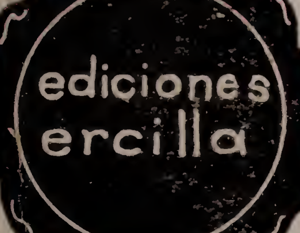


Luis Alberto Sánchez

Corrected Copy

# HAYA DE LA TORRE o el Político

2.a EDICION




BIBLIOTECA AMERICA

Dr. Mackay:

~~Les~~ Este es un ejemplar en el cual he quit[illegible] muchos nombres propios y pasajes innecesarios. Pero, creo que us[illegible] pue[illegible]e aun h[illegible]cer otras supresiones al traducir. Lo faculto entera[illegible]ente para modificar aquellos pasajes muy recargados de datos. Yo [illegible] me siento cap citado para hacerlo.

En total he suprimido alrededor de 200 li[illegible]eas de unas paginas y otras, ~~dejando lo más característico~~ supri[illegible]iendo lo superfluo. Pero, repito, cabe hacer mayor seleccion.

Hágalo, pero hagalo pronto. Nuestra causa [illegible] la vida y el triunfo de~~l~~ nuestro comun amigo Victor Raul re[illegible]uieren esto a la brevedad posible.

Ya le anuncié la traduccion y está alegre [illegible]mo unas castañuelas. Sera un gran respaldo su biografia en ingl[illegible]

Ya sabe que es nuevamente candidato a la [illegible]esidencia y que sigue perseguido. Pero triunfará.

Espero sus lineas ansiosamente.. Proceda c[illegible] el original como mejor le parezca y contrate con el editor inglé[illegible] en l[illegible]s condicio nes que a usted le parezcan mejores.

Lo saluda muy afectuosamente su amigo

Luis Alberto Sánchez

# Haya de la Torre o el Político

Crónica de una vidà sin tregua

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla

BIBLIOTECA AMERICA

LUIS ALBERTO SANCHEZ

# Haya de la Torre o el Político

## Crónica de una vida sin tregua

2.ª edición, corregida




EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936

## PREAMBULO QUE DEBE LEERSE

Al propio tiempo que escritor americano, oriundo del Perú, soy aprista. No debo escamotear al lector mi posición políticosocial. Ella condiciona mi actitud literaria. Sin incurrir en la necesidad de renegar de mis predilecciones por André Gide, Jean Cocteau o James Joyce, los veo ahora desde un ángulo nuevo, y avaloro una dimensión que, hace cinco años, no advertía. Adquiriendo una ubicación políticosocial tan amplia como la aprista, no existe el riesgo de sufrir amputaciones mentales; al contrario: se enriquece el panorama con perspectivas inéditas.

Desde luego, la vida de Haya de la Torre, fundador y Jefe del Aprismo, narrada por un aprista, *debe* ser un relato parcial. Me veo obligado, sin embargo, a una digresión: se tiene por "parcial" aquello que sólo mira un lado o una parte de determinada realidad. No pertenece a tal laya mi parcialidad: ella es subjetiva, mas no objetiva. Refiero *todo* lo que ocurrió; trato de ser nada más que expositor. Claro, no puedo negar que mi simpatía intensificará tal o cual matiz, tal o cual color. Me ofendería saberme incapaz de "simpatías y diferencias", usando el expresivo giro caro a Alfonso Reyes.

Las anteriores advertencias son, en verdad, no sólo superfluas, sino superficiales. Gran parte de mis lectores en idioma castellano—este libro como algún otro mío, pasará el meridiano de la traducción—me sabe aprista, y me ha leído o escuchado, con ocasión de mi reciente destierro, bien sea en clases o conferencias sobre temas literarios—América de todos los tiempos y Europa actual, como campos—, bien sea sobre tópicos polémicos acerca de teorías y táctica del Aprismo. Con todo, debo recordarles a tales lectores, una vez más, mi filiación.

¡Mi filiación! ¡Mi filiación y mi fe!... Yo recuerdo que, allá por febrero de 1927, sostuve un debate con mi amigo José Carlos Mariátegui, y él me hizo meditar laboriosamente con un estribillo suyo: "Soy escritor con una filiación y una

fe: yo soy un agonista". Algo habría dado entonces por improvisarme una fe, para no estar *off side* en semejante terreno, al cual, tácticamente, me empujaba José Carlos. No lo intenté, ni quise fingir nada. Yo era demasiado "intelectual puro", con la cobardía y el escepticismo bautismales de todo puro intelectual. Ahora, sí, ahora también puedo repetir: "Soy un escritor con una filiación y una fe: soy un agonista". Y el grito me sube desde lo hondo, y se prolonga a la acción y se aquilata con el agua regia de la experiencia y del sacrificio efectivos y constatables. No es mi filiación la que Mariátegui trató de inculcarme, sin llegar a persuadirme. Hoy me explico mi resistencia. No era incapacidad para la pelea, ante la que nunca fuí remiso. Era que mi tozudo y terco realismo necesitaba afirmar los pies sobre la tierra: y el Aprismo se asienta sólidamente sobre ésta.

Algún antiguo lector mío remanga, sin duda, ya la nariz en arisca mueca de desdén. "¡Hum! ¡Ya acabó el literato!" Y no querrá aplaudirme como antaño. Antes bien, engrosará el bullicioso grupo de los detractores. ¿Qué hacer? No me intimida la constatación ni quiero evitar el hecho. Jamás publiqué libro o folleto que no suscitara, a cambio de algunos elogios, numerosos ataques. Generalmente me loaron más por lo que menos trabajo me costara y en lo que pusiera menos espíritu. Claro, que hay excepciones. Con todo, me hallo muy satisfecho del coro de los unos y de los otros. Y aquí les ofrezco esta "Crónica de una vida sin tregua", para que ensayen sus habilidades.

Lo malo está, sin duda, en que, confeso ya de mi filiación aprista, todo cuanto desde ahora escriba—aunque sea un comentario a ese maravilloso y marginal Rainer María Rilke, pongamos por caso—, será tildado de "politicismo". Sin embargo, tengo para mí que mi radicalismo literario era mayor ayer que hoy. Ahora saboreo con más fruición y conocimiento a Valéry, a Cocteau, a Giraudoux, a Rilke, a O'Neill; pero, a la vez, no sólo tolero, sino que hasta paladeo con deleite el antes odiado teatro clásico español. *Voilá!*

Después del anterior preámbulo general, debo responder de antemano a las principales objeciones globales que se harán a mi biografía de Haya de la Torre, y establecer ciertos distingos esenciales.

* * *

Escribir la biografía de un político encierra, en sí, difícil empresa. Si el político es contemporáneo, aumentan los

obstáculos. Y si, además, es indoamericano y en plena militancia, los tropiezos se elevarán al cubo. Ninguno de estos escollos es, a pesar de todo, tan insalvable como el de pertenecer Haya de la Torre a un partido de izquierda, antiimperialista y persecutor de la Justicia Social. El simplismo malicioso o la malicia simplista anotarán jubilosos: ya surgió el caudillo... "Tate, tate, folloncicos", responderé, evocando al clásico español: aquí no hay caudillo ni cosa que se le parezca; pero, vosotros que devoráis—gentes de extrema izquierda y de derecha—el voluminoso "Carlos Marx" de Franz Mehring, el "Lenin" de Trotski, los "Recuerdos" de la Kroupskaia y hasta el abigarrado y malintencionado "Lenin" de Ossendowski; vosotros que devoráis las "Conversaciones con Mussolini" y la silueta de Stalin por Emil Ludwig, el discutible "Stalin" de Essad Bey, la apasionante "Mi Vida" de Trotski y las narraciones de "Mi campaña" de Hitler, o el manualete biográfico del jefe *nazzi* por Czech Johrberg, ¿por qué encontráis, entonces, inaparente y absurdo que se relate la vida azarosa, polarizada por un solo ideal—la Justicia—, de efectivo combate contra el Imperialismo y la Tiranía, como es la de Haya de la Torre? ¡Máxime si ha creado una nueva teoría políticoeconómica americana! ¿Por qué si aplaudís el "Sarmiento" de Aníbal Ponce, el "Martí" de Mañach, el "Don Manuel" mío, no encontráis la paridad en el ejemplo y el sacrificio de este hombre de nuestro tiempo y de nuestra inquietud?... Biografiar no es crear caudillos. Carlyle, acaso, lo pretendiera. Pero, la biografía moderna, al revés, desciende de su sitial a los semidioses para que hablen como hombres. Esta es la lección de la biografía moderna, oh, desatentos lectores de lo que ocurre en nuestros días...

"No se escriben biografías de los que aun viven". Doctoral antagonista: Stalin, Mussolini, Hitler, están vivos y ya tienen su biografía correspondiente. Guillermo II aun come pan en su castillo de Doorn; sin embargo, Ludwig publicó ya la biografía del ex kaiser. Históricamente Guillermo II rubricó una etapa, aun cuando se sobreviva a sí mismo. Históricamente Haya de la Torre ha dado un rumbo nuevo a la política peruana—y también a la americana—, rumbo rectificable, pero indestructible, por los valores perdurables que encierra.

Ya aparecerán los impugnadores de mi libro por las omisiones que contenga. Humildemente me preparo a redactar próximas ediciones a base de aquellas correcciones; mas, desde ahora, es útil advertirles que una biografía, o una crónica de este jaez, no son lo mismo que un "Diario". Mucho que ya tenía coleccionado, lo eché por la borda en el instan-

te de redactar. Algo se fué, con aquello, sin mi consentimiento, arrastrado por el ansia de avanzar. Ajenas serán las manos buzas que devuelvan el tesoro perdido a la actualidad acezante... No faltará el crítico "genérico" que flanquee mi obra desde el punto de la preceptiva literaria. Este romperá fuegos con citas oportunas y oportunistas. Bajo los auspicios de André Maurois, Lytton Strachey, Emil Ludwig, Waldo Dunn y el profesor Cross, probará que esta "Crónica de una vida sin tregua" no es una biografía *propiamente* dicha. Conozco las recetas, y las he practicado. Los 13 primeros capítulos, son estrictamente *biográficos*, dentro de los cánones. Los restantes desertan de la Biografía—género literario—y se incorporan, con su tumulto, a la Historia, arte vital y que se vive, y hace vivir y morir.

Otros dirán, en el afán de insinuar mixtificaciones inexistentes, que, político como soy, en esta biografía "hago" política. No es raro que acierten, puesto que no me he regateado al escribir el libro. Y al no regatearme, al darme entero, lógicamente, imprimiré en la obra aquello que bulle triunfadoramente sobre las otras potencias, aunque sin detrimento de ninguna de ellas: al contrario, avivándolas como perenne aguijón.

En todo caso, jamás oculto el pensamiento, y, al par que política, si la acusación se prueba, "hago" historia, vivo historia, escribo historia, y me empeño en que el lector viva, lea, sienta, respire, y trasude historia, nada más que historia, pero historia constructiva y viviente, sin mezcla de museísmo ni de momificación pasadista.

Todo lo anterior indica, vehementemente, que esta biografía se aleja del lirismo para penetrar, sin aspavientos, por los senderos de la epicidad. Ludwig compuso su "Napoleón" épicamente, porque no es posible un Bonaparte melifluo. Harold Lamb nos da un "Gengis Khan" épico, pues sería absurdo pintárnoslo bucólico o siquiera pintoresco como el débil "Atila" de André Brión. Un Haya de la Torre novelesco es poco. Es tan poco como el pedagógico "Sarmiento" de Aníbal Ponce, muy hermoso por otros conceptos, o como el rapsódico "Bolívar" de Salaverría. Hay que ajustar el acento al personaje; "hallar su *leitmotiv*", aconseja Maurois en sus "Aspects de la Biographie". Y así como el "Martí" se explica todo él por el amor y la poesía, traducidas en patriotismo poético y en heroísmo siempre alquitarado, así Haya de la Torre es, por excelencia, "*el Político*".

Su biografía tiene, pues, un acento distinto a mi "Don Manuel", por ejemplo, que es el "Precursor". En Haya, la

pasta de apóstol se junta admirablemente a la entraña de Político. ¿No ha leído el impugnador futuro cómo al asomar la concepción del "político" en el "Mirabeau" de Ortega y Gasset, se manifiesta claramente que no cabe hablar de hombres políticos sin dialogar sobre doctrinas políticas?

También se dirá que polemizo constantemente. ¿Y cómo no? Pero, también, y lo apunto en mi haber, también indago. No hay una afirmación que no corresponda a una pesquisa. Los vacíos significan no tanto que ignore los hechos, sino que no he podido comprobarlos; y, no obstante estar constantemente en contacto con mi biografiado, los apremios de la lucha sin tregua en que vivimos años ha, no han permitido oportunos esclarecimientos. Lo fantástico es muy poco: apenas lo indispensable para romper la bronquedad del relato; menos dosis aún de la que el chileno Augusto Iglesias asigna a los diálogos de su biografía de Carrera. Me lamento de no haber dado más rienda a la imaginación. Tiranías de tiempo y espacio hanla constreñido hasta tornarla en sierva de la verdad, lo cual no está muy bien que digamos. A pesar de ello, no faltará quien acuse al libro de demasiado "periodístico": bien empleado le estará el calificativo. Adelanto, desde ahora, la gratitud que ello me provoca, porque "periodístico" es todo estilo literario moderno, como "reportaje" es toda novela de hoy. El que lo dude, puede consultarse con Georges Bernard Shaw, en el estupendo prólogo a "The Sanity of Art", o con... Haya de la Torre, en su formidable carta titulada "Nuestro Frente Intelectual", publicada en "Ideario y Acción Aprista", página 101.

Ya sé que este no es un "lindo libro", como un crítico chileno, aún joven, calificó a otra biografía mía. La evocación es aquí beligerancia. Por eso, me adelanto a las objeciones, prometiendo solemnemente, con toda la solemnidad de que soy capaz, inhibirme de servir de "magnavoz" a alguna "ictericia" en estado crítico, según el inelegante giro del elegante cronista y mal diplomático don Ventura García Calderón.

Finalmente, haré una confidencia. Cuando principio una obra, experimento el invencible vértigo de terminar. No es prisa ni atropellamiento, no. Es vinculación profunda con la obra, identificación con ella hasta el punto de restárseme el sueño en el afán de "acabar", a fin de ver el conjunto, y, luego, si es necesario, retocar. Me siento un obrero obligado a cumplir. Mi vértigo es el del cumplimiento inexorable. Sé que tengo una tarea precisa y que debo acabarla a su tiempo, con intensidad y sin desmayos. Acaso, por eso, jamás me he sentido artífice: siempre artesano u obrero intelectual. Y

siempre trabajando a destajo; rara vez a jornal. Mi estilo revela, sin duda, mi idiosincrasia y mi propósito de ser obrero — obrero intelectual — y no artífice. Pero, artífice no es lo mismo que decir artista. No soy culpable de haber nacido sin vocación a la floristería, al arte de la repostería o al abaniqueo. Por eso no confecciono bouquets, ni decoro abanicos.

*L. A. S.*

Lima. 1934.

## I

# MONTONERA

Todavía resonaba, sobre el empedrado de las calles desiguales, el traqueteo de heráldicas calesas, bamboleantes como andas. Bajo escudos historiados de anchurosos caserones, se desperezaba el alma quijotesca y agraria de Trujillo. ¡Trujillo, la noble; Trujillo, la blasonada; Trujillo, la libre! Por ironía, acaso, en Trujillo, ciudad de abolengos remotísimos de La Torres y Chopiteas, Orbegosos y Calonges, González y La Puentes, Bracamontes y Ganozas; ciudad colonial por excelencia, aristócrata y empingorotada, donde, según la leyenda maliciosa, enterrárase una costilla del Quijote; en Trujillo, pues, proclamóse, tal vez por ironía, la independencia del Perú, antes que en ninguna otra ciudad; y en premio de tal audacia, recibiera el sonoro título de Departamento de la Libertad la conservadora Intendencia de Trujillo, en donde el tímido pero ambicioso Marqués de Torre Tagle salpicara pláticas conspirativas con chocolates virreinalicios.

Aquello había ocurrido en 1820. Grave inconsecuencia la del señor Marqués don José Bernardo de Torre Tagle. Si fuera más previsor, nunca habría prestado su concurso ni el apoyo de su nombre a una causa netamente antitrujillana por ser antiheráldica y anticolonial.

Tal yerro fué en 1820. Pero, felizmente, la aristocracia se impone y surge libertándose del peso ominoso de absurdas medianías. A los pocos años, hacia 1834, Trujillo tenía reconquistados sus prestigios: el Mariscal don José Luis de Orbegoso, trujillano de pura cepa, disputaba con Gamarra la hegemonía; derrotaba, sin verter sangre, con simbólicos abrazos comprometedores, al General Pedro Bermúdez, y, de esta suerte, lograba asentar sus muelles y redondas posaderas de hombre comodón y epicúreo sobre la silla montaraz de Presidente de la República del Perú... Cierto que a Orbegoso lo llamaron el "Presidente inútil", y que memorialistas malicio-

sos y procaces se mofaban de su amor al lujo y su blandura; mas, fuere ello como fuere, lo evidente es que ya podía Trujillo, la colonial, congraciarse con la republicana La Libertad.

Vinieron, después, los torvos días del resurgimiento de Gamarra: Orbegoso, cómplice de cierta interesante empresa internacional para fusionar repúblicas, sufrió una derrota en las puertas de Lima, y, fugitivo, se asiló en el Ecuador. Orbegoso había representado a la aristocracia colonial, oligárquica y republicana; Gamarra, al "*profiteur*" de la Revolución Emancipadora, plebeyo, agudo, ambicioso y mendaz. Orbegoso fué a perderse definitivamente en el destierro. Para con él tuvo el olvido una piedad infinita. El coloniaje había muerto hasta en sus desleales traducciones republicanas.

De todo ello habían pasado sesenta años. Trujillo, recordando los consejos, prestigios y afanes del Deán Saavedra, legislador y hombre de estudio, se jactaba de la distribución de sus aguas de regadío, de sus plantíos de azúcar, de sus laboriosos trapiches, donde míseros *coolíes* reemplazaban ya al esclavo negro. Habían llegado inmigrantes famélicos, y otros acuciosos y emprendedores. Perdíase en la leyenda la memoria del piurano Matalaché. Don Andrés Larco, un italiano robusto y terco, iba absorbiendo posiciones, al compás de un trabajo duplicado. Los Iturregui y Orbegoso, soslayando inocultable veneración a la imagen del antepasado Presidente, muelle, comodón y flojo, olvidaban sus nostalgias de poderío, tratando de entregarse a más provechosas tareas rurales. Poblábase de futuros doctores trujillanos la Universidad de la Libertad. Atildados señoritos fungían de hacendados rotundos. Se trabajaba, sí; pero, el trabajo ¿de qué vale sin esta bendición de Dios que se llama un capital saneado, fruto de medias anatas, lanza, alcabalas y todas esas cuquerías coloniales, cuquerías amargas, en donde agotárase la vitalidad de innumerables indiadas y esclavizado negrerío?

Además, corrían malos tiempos. La guerra había asolado todo en 1881; y ahora, la anarquía liquidaba todo lo que la guerra dejara en pie. En La Libertad se dió la última batalla de la Guerra con Chile, Huamachuco, donde se peleó cuerpo a cuerpo, y el General Cáceres, "El Brujo de los Andes", terminó su campaña de guerrillas incesantes contra los invasores. Por eso, se admiraba vehementemente al "Héroe de la Breña", aunque se respetaba con igual vehemencia, a su rival, Nicolás de Piérola, ex seminarista, diminuto, inquieto y elocuente, gangoso y audaz; periodista de combate al principio; luego, Ministro de Hacienda, y, por último, tras de una etapa motinera de sublevaciones y revueltas, Jefe Supremo del Perú, en circunstancias en que el Presidente Constitucional, Ge-

neral Mariano Prado, sucesor y seguidor del Conservador civilista, don Manuel Pardo, abandonaba precipitadamente el Perú, a pesar de que la guerra había estallado y las fuerzas enemigas avanzaban por el sur.

Piérola se hizo cargo del caos subsiguiente a la ida de Prado, pero como sus capacidades militares no andaban a tono con sus intenciones cívicas, y como el "civilismo" había entregado al Perú maniatado, inerme, a cualquier agresión, poco pudieron obtener el entusiasmo y la decisión cuando faltaban los elementos que robustecen decisión y entusiasmo.

El ambiente andaba, pues, convulsionado. Había crecido —bola de nieve— la efervescencia contra el militarismo. El conservantismo criollo se aliaba para ir contra el conservantismo militar. La lucha sólo tenía los caracteres de una guerra familiar, en que todos los protagonistas debían guardarse algún secreto, pues todos habían actuado en alguna coyuntura común. El país — ilusionado — vibraba, creyendo que resolvía un problema definitivo. 1894: fué entonces cuando el cajamarquino don Raúl Edmundo Haya y Cárdenas, resolvió casarse con doña Zoila Victoria de la Torre y Cárdenas.

Don Raúl Edmundo tenía gallarda prestancia. Alto y robusto, miraba la vida con cierta conmovedora austeridad muy norperuana. En pugna con la vida, después de fracasado un esperanzado viaje a la montaña, don Raúl y sus padres establecieron una escuela en Moyobamba, tal como don José Haya y su esposa doña Jacoba Cárdenas fueron antes maestros de escuela en Cajabamba. Doña Zoila Victoria era espejo de catolicidad y vehemencia. En el hogar de doña Zoila Victoria hubo más lágrimas que risas cuando se supo que se acercaba el casorio con don Raúl Edmundo, no tanto por desagrado por la pobreza del novio como porque una virgen del Señor que se pierde, deja huérfano su escaño en la cofradía devota, y aunque es una madre que se gana, también es una doncella que se va. Sin embargo, sus hermanos, Ana Lucía y Roque, la embromaban continuamente mientras ella, inclinado el aristocrático perfil medallesco, se ruborizaba y sonreía. En el testero del salón, su padre don Agustín de la Torre y Urraca, noble como su apellido, discutía con su esposa, doña Francisca de Cárdenas, los pormenores de la próxima boda. ¡Gran consejero don Agustín en estas cuestiones matrimoniales! Como que doña Francisca era su segunda mujer, y ya tenía hijos talludos de su primer matrimonio: toda la floresta de los De la Torre González...

Entretanto don Raúl Edmundo discutía en su casa con su hermano Samuel, quien había entrado ya por las veredas

de la Iglesia, y mecía hábitos, y condecorábase con tonsura, y amenazaba con un enorme rosario de enormes cuentas negras. Raúl Edmundo tenía criterio liberal, pero el P. Samuel se encrespaba contra aquel liberalismo, desde las simas de su conservantismo a machamartillo. El padre de ambos, don José de la Haya, había suprimido ya de su apellido el rancio y abolengado "de la", trocándolo en un "Haya" a secas. Era sólo don José Haya, aunque a su mujer doña Jacoba Cárdenas de Haya, le dolía a menudo ese desdén de don José por sus sabrosos títulos, gratos tratamientos y heráldicos "de", sobradamente significativos en una ciudad como Trujillo.

Año de 1894. Había muerto envenenado—según decían los más—el Presidente Morales Bermúdez. Poco antes de morir, en plenitud de salud y vida, casárase en Palacio, y aquella boda presidencial, cuajada de uniformes militares, revistióse del boato y la pompa de las grandes ceremonias en el extinto "coloniaje romántico". Mal presagio matrimoniarse en días tan revueltos.

"Del tálamo a la tumba", ironizaban solterones empedernidos, amigotes de don Raúl Edmundo, y a ella la embromaban confidentes mal contentas. El curita Samuel Haya sonreía socarrón, pero feliz, al ver que Zoilita Victoria, su inminente cuñada, era catolicísima y cumplidora devota de los mandamientos de nuestra Madre Iglesia. Bien era de advertirse que una cohorte de angelitos, destinados a cantar las glorias del Señor, nacerían de la bendita unión de don Raúl Edmundo y Zoila Victoria.

Sin embargo, la égloga sacarina de Trujillo se resquebrajaba. En Lima, el general Cáceres, el legendario "héroe de la Breña", convencido de que la nación debía pagar su heroísmo con una especie de intermitente presidencia vitalicia, había conseguido extrañar del país al primer vicepresidente de la República, el "civilista" don Pedro Alejandrino del Solar, y colocar en su reemplazo—bigotes y bigotes—al coronel Borgoño, amigazo y hechura de Cáceres. El civilismo, formado por una oligarquía de azucareros y arroceros del norte—los "Pardos de *Tumán*", los Leguías de Lambayeque, los Aspillagas de *Cayaltí*, los Salcedos, Piedras, Auriches—de algodoneros, ganaderos y gamonales del sur, mineros del centro, latifundistas, caciques y negociadores del Gobierno—no podían permitir que el Poder—cima y yugo—que el Poder se deslizara por entre sus largos dedos flexibles y ágiles. Sí, el civilismo había apoyado al general Cáceres y cantado sus glorias militares, mientras éste fué su aliado e instrumento, y para ello tuvo como tribuna y altoparlante al

diario "El Comercio", fundado por el chileno Amunátegui en 1839, y adquirido después, a vil precio, de manos del peruano Carranza, por el colombiano Miró Quesada, (personaje llegado al Perú en plan de aventurería, malquisto con Piérola desde los días en que éste fué Ministro de Hacienda, por unos negocios referentes al ferrocarril de Lima a Huacho, y luego dado a cierta clase de empresas en el puerto del Callao. cuando el inodoro era un numen lejano en el Perú, y el letrinaje público, objeto de explotación y monopolio.)

El *civilismo*, pues, no podía consentir que el general Cáceres hiciera de las suyas sin consultarlo. Mientras Cáceres sirviese a los civilistas, se le podía conservar su título de "héroe de la Breña"; si no, de nada valían sus heridas y su heroísmo. Para el *civilismo* no era ya sino un soldadote brutal. De ahí que el *civilismo* aceptó que, al terminar la primera presidencia de Cáceres, en 1889, éste impusiera como sucesor al general Morales Bermúdez, pero a condición de que el primer vicepresidente fuese un civilista, Pedro Alejandrino del Solar.

Y Morales Bermúdez murió. Morales Bermúdez, en la plenitud de su vida, recién casado, robusto, reluciente y jocundo, Morales Bermúdez murió intempestivamente. La chismografía habló de su asesinato. "Está negro el cadáver; lo han envenenado", cuchicheaban las comadres en todos los corros. "Ahora subirá Del Solar". Y Del Solar era civilista. Pero Cáceres paró el golpe asestado —¿por quién?—contra la hegemonía militar, e impuso al segundo vicepresidente, el general Borgoño, haciendo abandonar el país a Del Solar. Borgoño convocó a elecciones generales, y Cáceres resultó electo. El civilismo buscó entonces un "*hombre de a caballo*". La plutocracia civilista había tenido antes su "*hombre de a caballo*" en el general Prado. Luego, lo buscó en Cáceres, militar como Prado. Ahora, ¿en quién podría encontrarlo? Sólo había uno: Nicolás de Piérola. Mas Piérola había sido el antagonista implacable de don Manuel Pardo, cofundador y ex jefe del Partido Civil caracterizado como una unión de grandes propietarios, negociadores y gente "decente" contra el militarismo y "la plebe" que se juntó, esta última, al lado de Piérola.

Durante la guerra con Chile, el civilismo tendió mil trampas a Piérola, entonces Jefe Supremo de la Nación. "*Primero los chilenos que Piérola*", fué un grito significativo que la opinión pública puso en boca del civilismo despechado. Tanta fué la grita que Piérola se vió obligado en 1881, a clausurar el diario "*El Comercio*", acusándole, oficialmente, en el decreto de clausura, de antipatriota. A pesar de to-

do ello el civilismo y "El Comercio". en manos de Miró Quesada, buscaban aproximarse a Piérola, para tener en él su *"hombre de a caballo"*. "La política consiste—decía la máxima civilista—en perdonar agravios cuando se está abajo y cobrar venganza cuando se está arriba". Piérola escuchó las proposiciones, y el jefe del Partido Demócrata aceptó aliarse con el Partido Civil, para hacer la revolución contra el militarismo cacerista, hasta pocos meses antes halagado y aliado del civilismo...

En 1894, hervía el Perú con la inquietud revolucionaria. El civilismo acudió a sus sistemas de campaña. Mientras Piérola organizaba tropas de civiles—no civilistas—preparando la lucha de guerrillas, sus aliados realizaban una intensa campaña de papel. No era necesario apelar a ideas. Mejor vehículo de propaganda resultaba el dicterio o la calumnia. Muchas hojas eventuales se publicaron al amparo de la Libertad de Imprenta. Una, de filiación perfectamente civilista, llevaba como título *"La Melón Podrido"*, mote malamente tenido como afrentoso, con el que se pretendía atacar el origen humilde de la esposa de Cáceres, doña Antonia Moreno, de quien se decía que había sido vendedora de frutas. Para el civilismo, aquello era un estigma, pues no acusaba cuna noble ni dinero virreinal. Y en lugar de atacar el sistema político, se prefería inundar de pasquines contra la familia de Cáceres, los ámbitos de la república... Piérola armaba sus guerrillas: 1894. El civilismo armaba a sus plumarios. Aquél se disponía a jugarse en la lucha, los otros preferían atacar a las mujeres y emplear calumnias. Subalternizada la política en esa forma, sólo podía salvarla un gesto de hombría. En la orfandad de doctrinas y programas, lo único personal que podía depurar el ambiente consistía en una actitud arrogante. Ella le tocaba a Piérola. Atacar a las mujeres y penetrar en las alcobas, fué misión que, gustosamente, se reservó al civilismo.

En el norte, los hacendados armaban sus huestes. Los peones creían que iban a luchar por la libertad, aunque pagados por sus explotadores. El civilismo se valía del penacho romántico y demócrata de Piérola para ganar crédito entre las masas analfabetas y sin doctrina. Los Pardo, Auriches, Leguías, Salcedos, Aspillagas, Delgados, de Lambayeque, se agrupaban en un interés común. Los Seminario de Piura, se dividían en caceristas y pierolistas, atentos a escisiones caciquales que nada importaban a la solución de la crisis de entonces.

Trujillo se sumaba a la inquietud. Agentes enviados ex profeso recorrían las haciendas, los valles. En el sur, la

agitacion crecía como una tormenta. Se adivinaban sombrías perspectivas para los meses posteriores. La Coalición — así se llamó a aquella amalgama de intereses confusos — avanzaba, pero Cáceres sonreía tranquilo. Su ejército era aguerrido, numeroso, disciplinado y bien armado. Diez mil hombres con el célebre quepís rojo cuidaban por la tranquilidad de la República. Diez mil hombres y una oficialidad leal y brava, a la que se acababa de ver sacrificarse sin desmayos en la guerra con Chile. Y, a la cabeza de aquel ejército, él, Cáceres, el guerrillero de la Breña, "el brujo de los Andes", el hombre de la resistencia al invasor. ¿Quién podría derribarlo con tales elementos?

Dentro de aquel ambiente, don Raúl Edmundo Haya y Cárdenas—desterrado el "de Haya" de origen—casó con doña Zoila Victoria de la Torre y Cárdenas, el 28 de abril de 1894, en la ciudad de Trujillo. El cura les pronunció un largo sermón sobre los deberes y obligaciones del matrimonio, pero leyó la "Epístola" de San Pablo en latín. Como presintiéndola, bajó los ojos, ruborizada y palpitante, la novia de perfil de medallón y alma de cristal. Apenas si el novio pudo escuchar el "sí" con que respondió a la clásica pregunta del sacerdote, que era don José Antonio Cárdenas, Deán de la Catedral de Trujillo y tío de la desposada.

Epitalamio trujillano, luego. Paseos a Huanchaco, excursiones campestres por los cañaverales propicios. En las pequeñas haciendas vecinas había siempre acogedora sonrisa para la amorosa pareja. El, Raúl Edmundo, ya conocía durezas y agitaciones. Periodista inquieto, se entregaba, sin embargo, en aquel momento, a la molicie beata que emanaba de la dulce prestancia de doña Zoila Victoria. La ciudad seguía, en tanto, su lento paso, en una evolución que se perfilaba claramente. Poco a poco aumentaban sus dominios, hacendados tenaces, al par que desplazaban a pequeños propietarios, enloquecidos momentáneamente por las utilidades de la venta, sin advertir el declive en que se encontraban rumbo a la proletarización. *Latifundia Italiam perdere* había leído don Raúl Edmundo, alguna vez, en su apolillado Plinio. ¿No perdería también a Trujillo? Pero, vivía su noviazgo. La sombra de una iglesia proyectaba siempre su severidad sobre la algazara de aquel amanecer hogareño: La sombra de un escudo heráldico proyectaba también su engañoso miraje sobre la latifundización de Trujillo. Largos diálogos, largos apretones de mano, largos besos, largas pausas, lentitud, ritmo amoroso marcaba el "tempo" de aquella égloga. Y mientras alumbraba una nueva vida para Trujillo, palpitaba también otra en las entrañas de doña Zoila Victoria.

Y, entretanto, el Perú se conmovía. Al descontento, había sucedido el alzamiento armado. Por los senderos vecinales, transitaban, a menudo, partidas de mozallones y hombres maduros, con carabinas, tercerolas, trabucos y pistolones: todos ellos con una enseña blanca para distinguirse de los quepis rojos de Cáceres: eran los montoneros de la *"Coalición"*. Rotosos, pero optimistas, se apostaban en los desfiladeros, en las escarpaduras, cazando soldados en un deporte singular. Cuando estaban fatigados, las haciendas de ricos propietarios se abrían subrepticia, pero eficazmente para ellos. El señor feudal republicano tenía un gesto acogedor, pero no él en persona, sino por medio de su administrador: "Hombre, quédense acá esta noche; somos hermanos; ustedes representan el músculo y nosotros el cerebro".

¿Habrían leído a Renán cuando dice a los trabajadores manuales: "Haced vuestra tarea, y dejadnos a nosotros especular". Especular: equívoco verbo, que así como significa contemplar, significa también, en su más pura acepción criolla, explotar... Y así los montoneros encontraban en colmados vasos de ese virilizante *claro* de Jequetepeque, símbolos de alianzas inesperadas. Y así se juntaban los dirigentes de los dos partidos coaligados: los *civilistas* Pardo — nietos de oidor colonial, Marqueses de Fuentehermosa de Miranda, Aspillagas — latifundistas improvisados — Leguías — sedicentes descendientes de los Condes de Haro, — Salcedos — ricos propietarios, emparentados con los Leguía, — Barredas — emparentados con los Pardo, negociantes afortunados bajo la protección fiscal de la primera etapa republicana; y los *demócratas* de Piérola, conservador, clerical y enfático, de Osma — demócrata abolengado, rico propietario, emparentado con los Pardo. — Ortiz de Zevallos, descendientes de los Marqueses de Torre Tagle. *Et sic de coeteris.*

Tronaban improvisados cañones que saltaban de su cureña, al primer disparo, o reventaban con grande estrépito matando a los artilleros. Una orquesta desacordada de disparos de diverso calibre, saluda a las descargas uniformes de los rifles oficiales. Poco a poco, las montoneras cercaban a Lima. Los bravos generales de la Guerra con Chile se reunían en torno al general Cáceres, mas sin lograr reemplazar con su atuendo impecable la popularidad en fuga. En vano, los más decididos militares de la célebre "ayudantina", compañeros de Cáceres en toda la campaña de la Breña, discutían planes de batalla, hacían salidas y se lanzaban al combate. Los montoneros les hurtaban el cuerpo, los asesinaban por la espalda, y los fatigaban sin cesar. Era el

pueblo en armas que se erguía contra la amenaza del militarismo, pero en provecho de la aristocracia civilista, emboscada. Y por eso, aun cuando tras el esfuerzo heroico ocultara sus ambiciones la plutocracia colonialista, sobreponíase a todos los gestos pudibundos de señoritingos cobardes, la fuerza incontrastable de la "plebe" montonera.

Y el pueblo en armas avanzaba. Y avanzaban, también, los males de Zoila Victoria a quien perturbaban continuos mareos, desmejorándola a ojos vistas, ahondando sus ojeras sobre el pálido rostro de perfil de medallón. Ya no eran posibles los paseos campestres. Don Raúl Edmundo, al volver de sus andanzas cotidianas, miraba dolorosamente a su mujer, cuyos afilados dedos acariciaban, con inocultable gozo, fajas pulquérrimas, gorritas de lana, de suaves colores: rosa, por si el esperado era niña; celeste, por si era varón.

—Será hombrecito — habían vaticinado ambos: y el diálogo se prolongaba con muchas pausas mientras a lo lejos se escuchaban estampidos aislados de rifles montoneros.

—Será revolucionario — comentaban con travesura: y en tanto que doña Zoila Victoria se asomaba a la todavía desierta cuna, don Raúl Edmundo, a través de la ventana, veía cómo la noche iba invadiendo lentamente la estancia.

El 22 de febrero de 1895 llegó el esperado momento. En pleno bochorno estival, a la hora de la siesta, dos y cuarto de la tarde, nacía el primer hijo de los Haya de la Torre. El nombre estaba decidido de antemano: doméstica alianza de los dos progenitores: Víctor porque su madre era Victoria; Raúl, por uno de los nombres del padre. Y así quedó solucionado un importante problema hogareño, germen de mil disputas y de más de un pliegue en la frente de doña Zoila Victoria. No pasaron muchos días sin que el fornido angelote fuera llevado, entre sedas, gritos, encajes, berridos y mimos, a la pila bautismal. El Magistrado de Trujillo, doctor Carlos Washburn, ofició de padrino, y Víctor Raúl Haya de la Torre nació a la gracia del Señor.

Al comunicar don Raúl el nacimiento del chico a su cuñada Ana Lucía, que se hallaba en Lima, empezaba simbólicamente la carta así: "Gloria in excelsis Deo..."

La revolución había llegado a su *climax*. El 1.o de marzo de 1895, las avanzadas de la montonera estaban cerca de Lima. Inútiles esfuerzos los del general Cáceres. Días antes pasara revista a sus aguerridas tropas. Diez mil hombres, bien equipados con quepis rojos y vestidos blancos, desfilaran ante el general de negras patillas y ojo al desgaire, por efecto de un balazo. Desde el Palacio, Cáceres miraba orgulloso aquellas tropas veteranas.

—¡Que se atrevan a venir! — barbotó jactanciosamente entre las patillas.

Hubo un florecimiento de sonrisas bravías entre la caterva de galoneados que le rodeaban.

—Ahí pasa el sordo Aguirre — y el sordo Aguirre saludaba con su espada, centelleante.

—Eso es oficial del Alcázar — y saludaba también el joven oficial Samuel del Alcázar.

Todos pasaban, mirando desafiadores y galanes a la muchedumbre. Un alemán había adiestrado y disciplinado a aquel ejército. ¿Qué podría él Piérola, el chiquitín, ex seminarista, jactancioso montonero? Pero, las noticias indicaban que los revolucionarios ganaban palmo a palmo el territorio. El Prefecto de Lima salió a detener a la montonera de Oré, cerca de Ayauca, mas los astutos y audaces guerrilleros encerraban a las tropas fieles en una quebrada y los acribillaron desde las alturas, como en Huaripampa, de donde nació el término popular "*Huaripampeada*", que significa burla.

El 16 de marzo ya no se pudo ocultar la verdad. Un tren blindado recorría la línea de Lima al Callao, limpiándola de partidas de montoneros, para tener cubierta la retirada en caso necesario. Desde Cieneguilla, Piérola dictaba sus órdenes. El pueblo de Lima se alborotaba, aunque las tropas caceristas reprimían con dureza toda manifestación. Al amanecer del 17 entraban por diversos puntos las montoneras a Lima. Se habían dado cita ahí para la última batalla. Piérola, con su Estado Mayor, entró por Cocharcas, extramuro abandonado. Batallones aguerridos salieron a cortarles el avance, pero la civilidad enardecida acribillaba a las tropas desde los balcones, azoteas y ventanas. Oré entró por la Portada del Callao: con él iba Marta la *Cantinera*, mujer entusiasta y hombruna, feroz en los combates. Por todas partes se asaltaba a la capital. Y, cumpliendo férreamente su plan, llegaron a la Plazuela del Teatro, en donde quedó establecido el cuartel general revolucionario. Cáceres, desde Palacio, organizó el ataque.

El mismo intentó dirigirlo, pero no bien salió a la Plaza de Armas, una granizada de balas cayó cerca de él, y los ayudantes hubieron de obligarle a entrarse a Palacio nuevamente. Vomitaron fuego los fusiles desde las torres de la Catedral. Tocaban a rebato algunas campanas. Regueros de sangre fecundaban la revolución de la civilidad, inconsciente de que se sacrificaba en beneficio de la plutocracia civilista, emboscada y cobarde.

Tres días íntegros de combate en las calles de Lima. Cadáveres y cadáveres se amontonaban por todas partes. Dos

mil muertos en Lima; veinte mil en todo el Perú. Al tercer día se planteó una tregua para enterrar a los cadáveres que infestaban el aire con su hedor, centuplicado por el calor aplastante del verano. El Delegado Apostólico, Monseñor Macchi, un italiano insinuante, apuesto y donjuanesco, por quien se pirraba más de una linda beatita aristocrática, pidió la tregua. Acuciosos gallinazos, baja policía limeña, más de cien siguieron respetuosamente el cortejo de su Ilustrísima. La tregua fué duradera. Cáceres, convencido de su impotencia, abandonó el poder y la ciudad misteriosamente. El 21 de marzo había triunfado la revolución. Derrúmbase el militarismo, y fué un emocionante espectáculo asistir al desfile del ejército intacto de Cáceres, cuando, cumpliendo lo convenido, fué a entregar las armas.

Contrastaba el aspecto de los montoneros mal armados y peor vestidos; y esos soldados con excelente equipo y armas de último modelo. Se derrumbaba el militarismo, pero a través de una aparente hegemonía pierolista y demócrata se afincaba la plutocracia civilista, explotadora. El pueblo había derramado su sangre por el patrón. En el instante de la victoria brotaban de todas partes víctimas y héroes ocultos. Cáceres, en sus momentos de desesperado, apresó a muchos ricachos civilistas, imponiéndoles cupos para sostener la campaña, entre ellos a Olavegoya, Aspillaga y otros. Estos, libertados por la revolución, reclamaban su parte en el botín, mientras el pueblo volvía a sus plantíos, a sus campos, a sus fábricas, a su orfandad y a su hambre.

El 22 de marzo estaba decidida totalmente la situación. Aquel día cumplía un mes de vida Víctor Raúl Haya de la Torre. Y hubo mantel largo y festín familiar en el hogar de don Raúl Edmundo y de doña Zoila Victoria, todavía pálida y desencajada, celebrando al muchachote y a la paz recién venida. Algo quedaba todavía de la antes considerable hacienda de don Agustín de la Torre y Urraca, abuelo materno de Víctor Raúl...

## II

## RADICALISMO E INFANCIA

—Si nace varón, tendrá que ser revolucionario — habían dicho algunas veces, refiriéndose al entonces futuro hijo de don Raúl Edmundo y doña Zoila Victoria. Y es que el ambiente se cargaba de presagios funestos. La revolución avanzaba por todos los senderos de la sierra peruana. Hasta que la revolución triunfó. Para los amantes de las viejas leyendas heroicas, para el nacionalismo intransigente y chovinista, aquella fué una derrota tremenda. Después de todo, el general Cáceres encarnaba al militarismo que resistió a la invasión chilena, mientras que sobre Piérola — como sobre el militarismo "civilista" — cerníanse innumerables acusaciones, fundadas o no, pero, en todo caso, insistentes, acerca de su eficacia como Jefe Supremo de la Guerra.

—Cuando Cáceres pidió permiso para atacar en Chorrillos a los enemigos que estaban borrachos después del saqueo, Piérola se lo negó por celos — solían murmurar las gentes. Y, cierta o falsa, la acusación había penetrado en el ánimo de muchos.

A pesar de ello, la cooperación de la propaganda insidiosa, el descontento, la opresión militarista y el dinero civilista, logró mover contra Cáceres a casi toda la civilidad peruana, y, tras larga campaña *montonera*, derribar a su gobierno. El poeta Chocano enunciaría, entonces, con arrogancia verbal, que a los tiranos como Cáceres

"encerraré en la cárcel de mis versos,
y como reja les pondré mi lira".

Sobre los escombros del militarismo, Piérola y los "civilistas" trataban de hallar un denominador común. Tácticamente, Piérola, caudillo vencedor, se eliminó del Gobierno provisional que reemplazó a Cáceres. Pero, en la Junta

que dirigió las subsiguientes elecciones generales, suyo fué el predominio. Como consecuencia, Piérola fué ungido Presidente por el sufragio popular. Se instauró así un régimen "demócrata", pero con el dinero de los latifundistas y negociantes del fisco llamados "civilistas". El Parlamento escuchó debates interminables. Uno de los diputados más jóvenes, Augusto Durand — terrateniente de Huánuco. mocetón apuesto y audaz — inició la ruptura con el "califa", pintoresco sobrenombre de Piérola. Durand había sido uno de los cabecillas más valerosos de la Coalición vencedora. Su estrella se levantaba señera, y atraía, por igual, la simpatía de los hombres y el capricho de las mujeres. Le llamaban "Napoleón", mitad por veras, mitad por broma. Y este "Napoleón" criollo se opuso a su antiguo jefe, mientras el civilismo regocijado presenciaba tal reyerta, seguro de que él — el civilismo — saldría a la postre ganancioso, bien fuese con la complicidad de un militar, bien con la sumisión de un civil. El nuevo Partido Radical, "Unión Nacional", fundado por el inmaculado don Manuel González Prada, rumbaba, aprovechando la ausencia del fundador, hacia las playas seudoliberales de Durand. Y así se fortaleció el nuevo Partido Liberal peruano, con supérstites de un Partido Radical excesivamente severo y rectilíneo: supérstites apresurados en ubicar más productivamente su entusiasmo, para lo que buscaron compañía más estratégica, influyente y perspectivera que la del puritano González Prada.

Piérola trabajó bastante. Su democratismo, empero, no vaciló en aceptar la cooperación inmediata de la clerecía. Su esposa doña Jesús de Itúrbide, descendiente de don Agustín, el emperador fugaz de México, vivía en ambiente de plena devoción religiosa, en tanto que su presidencial esposo, galanteador impenitente, acrecentaba su devoción por Francia. (Años antes, hacia 1891, Piérola había sentido el halago de París). Resultado de aquella doble influencia fué clericalismo y afrancesamiento. Una mañana desembarcaron en el Callao gallardos militares franceses. miembros de una misión instructora del ejército peruano. El barón Félix d'André—copiosos mostachos borgoñones—el capitán de Dragones Dogny, el seco y arisco Paul Clement... Palpitaron los corazones femeninos ante tan bravos guerreros. Una trujillana, hija de don Rafael Víctor Larco. se unió en matrimonio con el Dragón Dogny. Una dama de rancia estirpe colonial dijo el "sí" en respuesta al "oui" de Clement. Otra, a D'André. Para estabilizar las finanzas nacionales se estableció el patrón de oro. Nueva ley electoral — sobre base plutocrática siempre, — pomposas declaraciones de res-

peto a la libertad individual, alusiones a la "era de paz y trabajo" inaugurada, y algunos debates parlamentarios conducidos hábilmente por don Carlos de Piérola, presidente de una de las Cámaras Legislativas, en un régimen que no era nepótico. Cuando se trató de la sucesión presidencial, Piérola indicó a un arequipeño, totalmente desconocido para todo el resto del país: don Eduardo López de Romaña, sumamente devoto de la Iglesia y con un "de" en el apellido, acaso signo de democratismo y popularidad. Los "civilistas" asediaron a Romaña. Naturalmente, un asedio inútil, porque bajo organización social tan democrática, el pueblo era soberano y elegía a sus mandatarios...

Romaña era un desconocido para el pueblo. Pero Romañana iba a ser Presidente.

Por aquellos días había regresado de Europa don Manuel González Prada, el fundador de la Unión Nacional. Un domingo de agosto de 1898, el recién llegado pronunció ante sus cofrades el sensacional discurso sobre "*Los partidos políticos y la Unión Nacional*". Cruda y restallante oración. El gobierno hostilizó a Prada. Poco después, éste fundó el periódico "*Germinal*", y el régimen encontró el medio de quitarse de encima aquella hoja en la que, al atacar al conservadorismo criollo, se descargaban golpes contra los demócratas y los civilistas. Prada denunció la catadura espiritual de Romaña, su filiación conservadora, su alianza con la clerecía. Romaña era desconocido. Había libertad absoluta en el Perú. Y Romaña fué elegido. Pero, el radicalismo de la "Unión Nacional" tenía eco en provincias. En Cuzco los radicales tenían al federalismo, con Chaparro y otros. En Trujillo, capitaneados por Benjamín Pérez Treviño, atacaban al clero y denunciaban los avances del conservadorismo. En Piura, López Albújar no daba reposo a la pluma admonitiva. Mariano Lino Urquieta y Francisco Mostajo clamaban, en la propia Arequipa, contra el entronizamiento clerical de Romaña.

—Este Pérez Treviño escribe cosas muy duras que no se deberían leer—aconsejaba entre atemorizada y molesta doña Zoila Victoria a don Raúl Edmundo, en la tibieza del hogar, alegrado por nuevos hijos. Y Trujillo se dividía en dos bandos. Al margen de ellos, crecía el latifundio. Desaparecían, absorbidas por hábiles terratenientes y empresas tácticas, las haciendas de poca monta. Ante la importancia de la gran propiedad, cedía paso el orgullo abolengado de la nobilísima Trujillo. Algo fermentaba en el ambiente. La transformación económica aparejaba cambios de todo orden. Y, en medio de aquella paz aparente — pero lucha se-

creta y persistente en el fondo — se deslizaron los primeros años del matrimonio Haya de la Torre.

Víctor Raúl tenía cinco años. Los padres cuidaban celosamente del muchacho, preservándole de "malas compañías". Engreimiento y mimo eran la cifra y emblema de aquella infancia normal. Cuando un día, al volver de una fiesta, el chiquillo inició en el viejo piano una marcha marcial que, minutos antes, escuchara en la calle, la familia entusiasmada pensó que había que halagar las aptitudes del nuevo Mozart... La vida seguía rápido desenvolvimiento. De repente, el Perú se encontraba atraído como por un abismo, girando velozmente. Se sucedían problemas internacionales. Piérola había sido "desbancado" por Romaña, quien llamó en su ayuda al civilismo. Romaña, como Cáceres y como Piérola, clausuró el periódico de don Manuel González Prada. Se extinguía la "Unión Nacional" con el apartamiento orgulloso de Prada. Romaña insinuaba ya como su sucesor a un civilista de pura cepa: don Manuel Candamo. Aquel mismo año principió el advenimiento de capitales yanquis en gran escala al Cerro de Pasco.

Comisionado por capitalistas saxoamericanos, Mac Cune, aventurero inescrupuloso y desfachatado, empezó a comprar las minas del Cerro de Pasco. Sin previsión, enloquecidos por la utilidad momentánea y la molicie entrevista, los propietarios peruanos fuéronse entregando a Mac Cune. El Gobierno llevó al Ministerio de Hacienda a Augusto Bernardino Leguía y Salcedo, negociante de origen lambayecano. Leguía había sido agente de seguros en Guayaquil y, luego, empleado al servicio de la casa azucarera inglesa Lockett. Consagró su fama de experto financista el hecho de haber logrado salvar la fortuna de su suegro, don Enrique Swayne, lo cual entusiasmó al civilismo que vió en sus métodos de comisionista de negocios privados la salvación de la fortuna pública. Jugador de azar y experto en siniestros, Leguía aumentó, en efecto, los ingresos fiscales con la sencilla substracción de dinero al pueblo, por medio de impuestos poco técnicos. El civilismo aprobaba beatíficamente, disfrutando de los beneficios de la revolución "popular" del 95 y persiguiendo a Piérola, vuelto a su cubil de conspirador.

Claramente se advertía el rumbo de la política peruana. El civilismo había ocupado el poder en su exclusivo beneficio. Si escogió a Candamo como Presidente, ello se debió a que Candamo, por haber sido delegado del civilismo ante la Coalición del 95, disfrutaba de cierto prestigio ante algún elemento popular. Pero, Candamo — los civilistas lo sabían bien — estaba herido de muerte. También

estaba enfermo el primer vicepresidente, don Lino Alarco Para nadie era misterio todo aquello. Alarco murió primero. Luego, Candamo. El Segundo Vicepresidente, el cuzqueño Serapio Calderón, hombre de ninguna significación, se concretó — nuevo Borgoño — a dirigir las elecciones generales de 1904.

Piérola asomó, otra vez, como candidato, lleno de popularidad. Creyendo que eso bastaba, no observó que el civilismo, solapadamente, y con la complicidad de Serapio Calderón, se adueñaba de "la maquinaria electoral". Para el criterio de Piérola, el buen éxito de la Revolución de 1895 se debía a su incuestionable y personal prestigio de caudillo anticivilista y popular. La experiencia indicaba, sin embargo, que en ello había cooperado considerablemente el dinero civilista. No lo entendió así Piérola, ufano de su popularidad. Con sus huestes aguardentosas, pero sinceras, se lanzó a la conquista de la calle, que era suya desde antes. La tuvo, pues, mas las oficinas electorales y los mentideros oficialistas, estaban ya en manos del civilismo, aliado un día de Piérola, su enemigo siempre. A pesar del indudable y cuantioso capital electoral con que contaba Piérola, comprendió, en vísperas de las elecciones, su inminente fracaso, porque sus aliados de otrora, aquellos a quienes él había libertado con su esfuerzo y jugádose la vida — Olavegoyas, Aspillagas, Pardos — militaban en el frente adverso y habían puesto su dinero en juego para sacar triunfante a José Pardo y Barreda, hijo del fundador del civilismo. El cálculo de probabilidades no admitía errores. En vano las manifestaciones pierolistas eran más numerosas y totalmente espontáneas, mientras el civilismo derrochaba oro y alcohol para reunir a algunos alquilones que hicieran comparsas de otro puñado de ingenuos. En un país colonialesco, feudal, sin industrias, el "cuello blanco" juega un papel decisivo. Y el "cuello blanco" se iba a imponer sobre la miseranda camiseta rotosa del peón pierolista. Piérola midió todo esto, y se retiró de la lucha. José Pardo, rico hacendado del norte, buen mozo, pero retaco, de bigotes engomados y tacones aperillados, subió al solio virreinal para gobernar su latifundio del Perú... ¡Indudablemente, la revolución del 95 había libertado al país!

Entretanto, los yanquis avanzaban vertiginosamente en Cerro de Pasco. Mac Cune se empinaba como un reyezuelo, sobornador de conciencias. Alguna vez, en medio de una orgía, el buscador de oro disparó sobre un individuo— "peruano", el pobre — y lo tendió muerto. Mucho dinero yanqui corrió para obtener el prodigio de que Mac Cune,

asesino e imperialista — doblemente asesino — quedara impune. La justicia, por ser terrena, tiene también su cotización en la Bolsa. La historia de Alaska, Transvaal, la India, Panamá, Orange, Filipinas, se había trasladado a la sierra central del Perú.

Ya Panamá estaba libre de Colombia, pero atada a otra tutela. El capital financiero yanqui se lanzaba vorazmente sobre el Pacífico y aseguraba su hegemonía en el Caribe, obtenido el tratado con Panamá. En la conquista de campos de materias primas, mano de obra barata y mercado para la circulación de sus manufacturas, se advertía claramente que el capitalismo yanqui desafiaba al capitalismo inglés. José Pardo mantuvo como Ministro de Hacienda al taumaturgo de los impuestos sin traba, Augusto B. Leguía Salcedo, civilista también, a quien se adornaba ya con un título nobiliario: el Condado de Haro. Bajo el civilista patriarcado de don José, la economía nacional sufría el espoleo fugaz del capital extranjero, convirtiéndose, con mayor descaro cada vez, en patrón exigente, opresor, implacable. El Imperialismo se definía así. Todavía, como un eco de la Colonia, cuando vino al Perú un emisario del Rey de España, con el objeto de examinar las titulaciones de Perú y Ecuador en el pleito de fronteras sometido al arbitraje de aquel monarca, usaría el título de "Comisario Regio", virreinaliciamente. Y grandes festejos y saraos civilistas, y zalemas y sonrisas, saludaron el paso por Lima de don Ramón Menéndez Pidal, comisario regio de Su Majestad el Rey de España. Tal vez algún viejuco recalcitrante, vociferaría que, por no aceptar a un enviado con idéntico mote, allá por 1866, el Perú guerreó, aliado a tres otras naciones sudamericanas, hasta derrotar a España. Y que un bisabuelo del Presidente Pardo, allá por 1814, y en las montañas del Cuzco, ofició como oidor contra Pumacahua, rebelado por la emancipación peruana, mientras Pardo defendía al Rey, y, mohino por la independencia, marchó con toda la familia a la Península hacia 1820. Y que don Felipe, hijo de aquél y abuelo del Presidente, pactó con los chilenos contra Santa Cruz, y con los bolivianos contra otro caudillo. Internacionalismo civilista, muy patriota, muy peruano!...

Pues, realmente, el Norte estaba de pláceme: Pardo, el latifundista de "Tumán", era Presidente de la República, y Leguía, financista de Lambayeque, actuaba en el Ministerio de Hacienda. Javier Prado y Ugarteche, hijo del general Presidente del Perú durante la guerra con Chile, desempeñaba el Ministerio de Relaciones Exteriores. y, así se confabulaba el latifundismo norteño con el *trust* capitalino. En el norte reinaba júbilo. El régimen se asentaba sobre

sólidas bases. En ese ambiente civilista sumiso al imperialismo, se desenvolvía la adolescencia de los hijos de don Raúl Edmundo y doña Zoila Victoria. Don Raúl Edmundo había venido a Lima, como Diputado por Trujillo, ante el Congreso de Pardo. Incidía en la política bajo el signo civilista. El norte estaba de plácemes..

En el hogar del señor Diputado, la vida discurría mansamente. Víctor Raúl, el mayor de los hijos, y Agustín que era un año menor, se instruían en el Seminario de San Carlos y San Marcelo. Frailes lazaristas moldeaban, dentro de protocolarios moldes de moralismo eventual, el espíritu de los muchachos. Sin embargo Víctor Raúl manifestaba inconformidad, desasosiego, muy leve, pero cierto. Se refugiaba, a menudo, en la música, bajo la dirección del Maestro Tejada, en cuya "estudiantina" actuaba Víctor como primer violín. Agustín, *Cucho*, como se le nombraba familiarmente, le acompañaba con la flauta. El conjunto musical realizaba pequeñas proezas bohemias reñidas con la disciplina lazarista. Bohemia blanca, de pequeñas inquietudes, buena para amenizar el lento ritmo de la vida seminaril. Doña Zoila Victoria anhelaba que sus hijos crecieran y vivieran en el "temor de Dios". Para su espíritu devoto, cualquier otro camino habría desembocado en la perdición. Don Raúl Edmundo después del ejercicio diputadil en Lima, luchaba a brazo partido con la crisis que se presentaba dura y amarga para los pequeños propietarios. Avanzaba el latifundio; y aquella gráfica frase de Plinio vibraba en su memoria: *Latifundia Italiam Perdere*. Mas, ¿quién quería escuchar sus divagaciones? Crecían los hijos todos: Víctor, Agustín, Zoila, Lucía y el menor de todos Edmundo, a quien llamaban *Piño*... De pronto, los lazaristas abandonaron la enseñanza, y fueron canónigos trujillanos quienes ocuparon las desiertas plazas. Típicos canónigos criollos, ventrudos, muelles para exigir trabajo, duros para hacer callar, blandos para pedir estudio, pero rígidos para imponer silencio: viviente y curiosa mezcla de holgazanería y despotismo, dueños de un método que despertaba la devoción de las señoras empingorotadas para quienes el colegio era el lugar en donde "te corregirán, muchacho malcriado".

Quien más engreía a Víctor era su tía Ana Lucía Latorre, casada con un comerciante chileno de apellido Acharán. Víctor Raúl no había dejado de mirar, sin prevención, al "roto" sanguinario; porque para la mentalidad infantil de entonces, interesadamente envenenada de chilenofobia por la pedagogía oficial de los responsables de la guerra, todo chileno era un "roto", y todo "roto" era un malvado. Sin embargo el señor Acharán mimaba mucho a tía Ana Lucía y aca-

riciaba a Víctor Raúl. Y fué sobre el regazo de la tía mimadora y maternal, en donde aprendió el chiquillo que los chilenos son hombres como los peruanos, que las fronteras no diferencian tanto a los hombres; y un vago internacionalismo balbuceante rompió los diques del "petit Chauvin" aposentado en el alma de Víctor Raúl... Ana Lucía, toda ternura, guiaba las incipientes fantasmagorías del hijo "cadete" de su hermana.

En los días de asueto, Víctor Raúl y *Cucho* salían de excursión con su primo Macedonio de la Torre y con los González Orbegoso. Escalaban cerros, emprendían feroces caminatas y, en las ruinas de Moche, fingían revivir escenas incaicas, entrevistas en el texto de Historia del Perú. La montaraz caterva realizaba prodigios de andarinaje. Macedonio solía fatigarse antes que los otros, menudo y frágil como era. En cambio, Víctor Raúl y los González Orbegoso rivalizaban en pruebas de atletismo. A la hora del concierto. Macedonio recuperaba su importancia, y la ganaba más todavía, en la charla, en el trance de fantasear. Pero, además de la tarea de caminar, había otra que atraía mucho más aún a Víctor Raúl. El grupo se dedicaba a la cría de gusanos y abejas. Habían observado que las colmenas constituyen repúblicas ordenadas y discretas y que entre los gusanos surgen muestras de abnegación y laboriosidad increíbles. Horas de horas observaban los muchachos las organizaciones apícolas. Alguna vez uno de los Orbegoso lanzábase a destruir el criadero de gusanos, pero Víctor Raúl le detenía, decidido y vehemente. Nadie habría de atentar contra aquellas sociedades cooperativas y laboriosas en donde no existían canónigos parásitos.

—"Aquí morirían los reverendos" — comentaba burlonamente, y cierta vez, que tales chanzas llegaron a oídos de una de las rozagantes "paternidades" abrió el aludido resuelta, pero estéril campaña contra los falansterios zoológicos de aquellos científicos traviesos.

—"Suframos persecución por la justicia"—comentaría irónico don Raúl Edmundo, al tener noticias del hecho.

Cuando no eran excursionistas, la turba se dedicaba a la filarmónica. Sobre el tinglado del Teatro Municipal de Trujillo aparecieron, en varias oportunidades los adolescentes músicos de la estudiantina del Maestro Tejada. Víctor Raúl, Macedonio, *Cucho* y los demás compañeros recibían aplausos y mimos de la orgullosa sociedad trujillana. Mas, no paraban ahí los entretenimientos de la caterva. Los días de fiesta los Haya de la Torre salían a caminar con el propio don Raúl Edmundo. Otras veces, en unión de los Orbegoso, volaban a casa de éstos en Moche, o se encerraban en

los anchurosos aposentos y patios del "Palacio Iturregui", en donde tenían sus colmenas. Y, en fin, Víctor Raúl, ávido de formar agrupaciones y con un didactismo delator, se reunía con sus hermanos menores y algunos chicos del barrio para jugar "a la escuela": ahí, Víctor oficiaba de *magister*, e imponía una severa disciplina a sus fingidos discípulos. Empero, no siempre lograba mantener la solidaridad que apetecía. Por ejemplo, al salir de la escuela, una tarde, el más travieso y agresivo de los camaradas, el gringo Baldwin, acometió sorpresivamente a uno de los más pacíficos condiscípulos, mucho más débil que su agresor. Víctor Raúl, intervino violento, pero en vez de castigar con sus manos al atacante, reunió a los muchachos y, juntos, tras breve deliberación, resolvieron llevar al díscolo a casa de sus padres, denunciar su intemperancia y entregarlo a la justicia hogareña. Y así fué como los tirones de oreja paternos y los regaños maternos realizaron estrictísima sanción.

Los años se tornaban más y más difíciles. El gobierno de Pardo después de una administración financiera caracterizada por el alza inmoderada de impuestos, decidió señalar como sucesor a Leguía, su Ministro de Hacienda. El Cerro de Pasco había caído totalmente en manos de los yanquis. La Inglesa Peruvian Corporation, tripulada por cierto flaco, rojizo y seco Mr. Morkill, aumentaba sus exigencias y pretensiones. Para el régimen financiero civilista, la intromisión extranjera no representaba ningún peligro, sino que, antes bien, multiplicaba las coimas y comisiones. Pertenecientes a un mismo sector mundial — terratenientes criollos, terratenientes extranjeros — podían aunar aspiraciones y métodos sin contradecirse absolutamente en nada. El civilismo se entronizaba más. Piérola vigilaba inútilmente: "agente de siniestros" llamó a Leguía, cáustica frase que logró fortuna; mas, en elecciones de "walk-over"—término grato al hípico candidato civilista — Leguía recibió la unción presidencial en 1908. Su ascenso al poder se realizó entre la indiferencia nacional, el regocijo de los civilistas y los elogios encendidos de *El Comercio* de los Miró Quesada.

Era el 24 de septiembre de 1908. En Trujillo realizaban una excursión los alumnos del Seminario. A las cuatro de la tarde Víctor Raúl pidió permiso para volver a la ciudad.

—¿Por qué tienes tanta prisa?—interrogó su profesor el P. Briand, francés.

—Porque deben haber llegado noticias de la transmision del mando en Lima.

—Y tú qué tienes que ver con la política. mocoso.

—¡Oh!—contestó Víctor Raúl—a mí me interesa mucho la política...

—Este chico dará mucho que hacer — comentó el P. Briand, mirando al pequeño Haya de la Torre, que tenía entonces trece años.

Poco más tarde sobrevinieron complicaciones de todo orden. Por haber rechazado una corona de bronce ofrendada por el gobierno chileno en homenaje a los héroes peruanos en la guerra de 1879 — corona aceptada por Pardo — Chile retiró a su Ministro, Echenique, y se rompieron las relaciones diplomáticas. Se agudizó el problema de límites con Bolivia. Un golpe de mano, dirigido por un hijo de Piérola, Isaías, capturó el Palacio de Gobierno y la persona del Presidente Leguía, el 29 de mayo de 1909. Leguía sufrió larga vía crucis en manos de amotinados que carecían de plan, y tras un terminante "no firmo", con que respondió a la intimidación para que firmara la dimisión del mando, fué libertado por un piquete de soldados que no sabían lo que hacían. Piérola, el *Califa* desaprobó el gesto del hijo, pero tuvo que refugiarse, como siempre, en un convento. Leguía inició entonces, desembozadamente, su política absolutista, en complicidad con el civilismo pardista. En tanto, Eloy Alfaro, viejo caudillo y presidente del Ecuador, para quien se presentaba una difícil situación de política interna y aprovechando de las noticias sobre un Laudo del Rey de España adverso a su país, adoptó actitud francamente bélica contra el Perú. El gobierno de Leguía, que también necesitaba de un pretexto internacional para reforzar su deleznable situación interna, aceptó gozoso el *casus belli*. Pobladas marciales recorrieron las ciudades, al son de fanfarrias entusiastas. La charanga patriotera atronó los ámbitos. También en Trujillo los chicos de las escuelas salieron a las calles pidiendo armas para combatir... La mediación, prevista de antemano, puso término a tanto ardor. Se habían gastado algunos millones y consolidado la política interna. Era el año de 1910. Se perfilaba en el Perú una tiranía solapada, y el malestar ganaba terreno. Económicamente, Trujillo había caído en manos de las grandes empresas monopolizadoras: la riqueza minera del Perú pasaba a instituciones extranjeras, intemperantes y abusivas: la agrícola se encontraba en pocas firmas. Nuevos encomenderos, nuevos señores feudales, pleno civilismo reinaba ya. Los ímpetus e ilusiones democráticas habían sido ahogados. El civilismo, valiéndose de Leguía, había recuperado totalmente sus posiciones de cuando los peculados del guano y el salitre, determinante del desastre de 1879. Cáceres, sin doctrina, estaba aliado en tal obra a Leguía. El militarismo se uncía al civilismo: ambas fuerzas conservadoras defendían sus conquistas y se lanzaban, optimistas, al disfrute sin trabas del bienestar mal obtenido.

Aquel año de 1910 era destruído por un incendio el Teatro Municipal de Trujillo, escenario de los triunfos musicales de la estudiantina del maestro Tejada. Y aquel mismo año, don Raúl Edmundo veía quebrantada totalmente su pequeña fortuna personal. Víctor Raúl tenía quince años. Se abría la etapa del deporte, la inquietud y la estrechez económica. El 9 de julio de aquel año diez, murió un condiscípulo de Víctor, dos años menor que él: José Julio Espinoza.

Algo inédito removía la conciencia de los muchachos: La tragedia se rozaba por vez primera con el alma de Víctor Raúl. Como era ya elocuente, profesores y alumnos le designaron para pronunciar el discurso necrológico sobre la tumba de Espinoza. Arrasados los ojos de lágrimas, pero la voz entera, Víctor Raúl dió el adiós al camarada definitivamente partido.

—Has estado muy bien—comentó Macedonio, trémulo y lloroso.

—Nunca he sentido tanto miedo—confesó Víctor Raúl, también lloroso y trémulo...

## III

## RUMBO

Víctor Raúl vió llegar sin miedo la estrechez económica. Su risa, característica desde entonces, resonaba clara y franca, sobreponiéndose a toda pena, aun a la angustia por la muerte de la tierna tía Ana Lucía. Mientras don Raúl Edmundo se esforzaba en salvar los restos del naufragio, Víctor Raúl amenguaba su tarea de infundir disciplina en su improvisada escuela, y de estudiar el cooperativismo de las abejas y la laboriosidad de los gusanos. Los entretenimientos eran, ahora, un poco diversos. Se iniciaba la etapa deportiva. Los jugadores de fútbol adquirían grandes prestigios, y hervía de pasión el pueblo cuando los de Pacasmayo venían a disputar con los de Moche o cuando equipos de las haciendas vecinas osaban desafiar a los de Trujillo. Los "capitanes" de equipo publicaban pomposas cartas de reto a cuya redacción no era extraño Víctor Raúl. Y nacían las apuestas y las discusiones entre grandes y pequeños. Las riñas de gallos cedían el paso a estas riñas de mozos en pos de un balón de cuero. Pero la persecución del balón de cuero servía también para agrupar a los hombres en equipos, y formar el espíritu de disciplina y de cooperación. Víctor Raúl y Agustín Haya decidieron, entonces, fundar un club deportivo, el *Jorge Chávez* en el que se prepararían los futuros campeones regionales.

La advocación de Jorge Chávez estaba de moda: En septiembre de 1910, Chávez había trasmontado los Alpes pagando la hazaña con su vida. Niño casi, Chávez clamaba desde el lecho del hospital un taladrante grito de angustia: "*je ne veux pas mourir*", pero murió, a despecho de la gloria. Y Jorge Chávez se volvió un símbolo de audacia, de valentía, de arrojo, para los mozos peruanos. El club deportivo cantaba en su mismo nombre al esfuerzo del piloto arriesgado: *Club Jorge Chávez.* Los partidos de fútbol se sucedían. Agustín, *Cucho,* como le llamaban en casa, se destacaba como un jugador agresivo y vivaz. Alto

y delgado, tenía una agilidad desconcertante, mientras que Víctor Raúl, más seguro y malicioso, desarrollaba mejor juego asociado. Pero, no era esta su única actividad. Escribía a menudo crónicas volanderas en *La Industria* — cuyo director era D. Raúl Edmundo — con pseudónimos o sin ellos. Como hermano mayor, tenía que acompañar a sus hermanas a las fiestas infantiles y ser el *partner* obligado de alguno u otro holgorio trujillano, protocolario y complicado. *Cucho* y *Piño*, vivían libres de tal rito. Podían dedicarse más a las labores deportivas y perderse en la égloga campestre y sacarina de los cañaverales propincuos. Luego, fundaron otro centro deportivo, el *Centro Juvenil*. Víctor Raúl, *Cucho*, Leoncio Muñoz, Manuel Vásquez Díaz, formaban parte de aquel nuevo núcleo restallante y retador. Víctor presidía siempre el *Jorge Chávez*. Su optimismo había infundido nueva existencia al deporte juvenil. En los instantes más difíciles, cuando los ánimos se caldeaban, discutiendo un goal, la risa sana y optimista de Víctor desarrugaba los ceños y llevaba calma a espíritus dispuestos a la pendencia.

Había que pensar ya en una carrera profesional. Sus padres decidieron que estudiara Derecho. Le apasionaban las letras, tenía aptitud para la discusión, era orador congénito: la familia sentenció:

—Será abogado.

A Víctor Raúl también le interesaba ser abogado. Sentía la tentación del foro, y siempre aseguraba: —"Yo no seré tinterillo, sino abogado. Sólo defenderé causas justas".

—Entonces te morirás de hambre —socarroneaba Agustín.

—Eso no importa, pero no seré tinterillo.

Víctor se matriculó en la Universidad de la Libertad...

La Universidad correspondía exactamente a la mentalidad y a la realidad económica de entonces. Era una Universidad de claro abolengo colonial, de doctores togados y estirados, reñidos con un concepto de la vida. Universidad "civilista", exigía de los estudiantes, adhesión ciega y respeto sumiso. El civilismo había plasmado su tipo de universidad. La de San Marcos de Lima estaba en manos de una *élite*, heredera de ricos propietarios. Ganaban los premios, casi siempre, gentes aristocráticas o su clientela más adicta. Las contentas universitarias, lejos de favorecer a estudiantes pobres, gratificaban a los estudiantes más ricos. Se explicaba, porque la Universidad, según declaraban las autoridades magisteriales "era un patrimonio de las minorías llamadas a dirigir los destinos del país". Así pensaban los admiradores de Rodó, a cuya cabeza figuraba García Calderón, condecorado con una carta cordial del autor de *Ariel*.

"El Perú no se salvará sino entre el polvo de una biblioteca", había sentenciado el grave Francisco. ¿Sería verdad?

Más tarde, la Universidad fué peldaño de políticos. Los rectores surgían de acuerdo con necesidades personales del momento. Cooperaban en una tarea de táctica civilista, en lugar de servir a una labor pedagógica. En 1911, cuando después de la aventura con el Ecuador pareció como que se serenaban los espíritus, la Universidad comenzó a intervenir en los sucesos del día. Y ¡qué sucesos! El civilismo pardista, viendo en el civilismo leguíista un peligro, decidió quitarlo de en medio. Para ello coparon la presidencia de ambas cámaras legislativas, y con Antero Aspillaga en el Senado y Antonio Miró Quesada, hijo del propietario de *El Comercio* en Diputados prepararon la maquinaria política, cuya resultante final sería la vacancia de la presidencia de Leguía y una posible elección por el Congreso en favor de Miró Quesada. Leguía, astuto, tomó sus precauciones. Como las Cámaras se renovaban, por terceras partes, la cuestión palpitante en julio de 1911 era la incorporación de nuevos representantes electos. Dentro del régimen plutocrático que presidía las elecciones en el Perú, lo corriente era que siempre hubiera dualidad en los procesos electorales y el Congreso decidiera cuál de los postulantes era el legítimamente designado. El civilismo pardista se dispuso a cerrar la entrada a los candidatos del gobierno. El gobierno civilista de Leguía se resolvió a imponer a sus allegados. Para ello, la tarde del 13 de julio de 1911 hubo extraordinario despliegue de fuerzas. El Ministro de Gobierno en persona, don Enrique Basadre, dirigía las maniobras desde un coche cerca de la Plaza de la Inquisición. Una turba de gente de policía secreta y elementos populares frustró los empeños de Miró Quesada y del civilismo llamado entonces "bloquista", porque habían formado un *bloque*, de oposición, cuyo líder era un señor Manzanilla, diputado por Ica, conocido por la sonrisa inexpresiva estereotipada en su rostro, y por su oratoria reticente. Sonaron disparos. Miró Quesada perdió la presidencia de la Cámara de Diputados; cayó un muerto, y entretanto, el Presidente de la Cámara de Senadores, con quien contaban los *bloquistas*, el señor Aspillaga, civilista de pura cepa, hacía un táctico cuarto de conversión, e iba a Palacio a saludar al señor Presidente Leguía, pues, en sus adentros, acariciaba la esperanza de que, en las próximas elecciones presidenciales, Leguía ayudaría con la fuerza del gobierno sus expectativas de sucederle en el poder. Poco después, siguieron los atropellos. El gobierno civilista de Leguía no se detuvo ya.

En 1912 se perfilaba una cuestión más honda. Los universitarios, en tanto, tomaban parte en todas aquellas actividades con criterio partidarista. El Dr. José de la Riva Agüero, conspicuo historiador, biznieto del Mariscal Riva Agüero; Marqués de Monte Alegre de Aulestia, simpatizante de Piérola, pero arraigado por la tradición al civilismo, escribía un artículo bien entonado contra el gobierno, que respondió apresándolo. Los estudiantes fueron en masa hasta Palacio a pedir su libertad, y aunque la gendarmería sableó a los mitinistas, el Dr. Riva Agüero fué libertado, todo lo cual dió motivo a un discurso parlamentario del señor Manzanilla, a un banquete en honor del señor de la Riva Agüero y a una placa conmemorativa de la "heroica" jornada en el Centro Universitario de entonces.

La lucha entre el civilismo histórico bloquista y el civilismo leguiísta asumía sus justas proporciones sociales. Al lado del "bloque" estaba el pardismo, los descendientes de Pardo y sus afluentes; del lado de Leguía estaban algunos miembros del civilismo histórico, que esperaban algo de sus favores —Aspillaga, por ejemplo— y un sector de provincianos civilistas, desconfiados del civilismo centralista y capitalino encarnado por el "bloque". En el fondo y bajo el mismo aspecto de lucha de intereses gamonalescos, se trataba de una insurrección de las provincias contra el coloniaje limeño. Ello se hizo más tangible cuando, en 1912, por un motivo baladí, don Ricardo Palma, escritor representativo del virreinato limeño, al que inmortalizó en sus "Tradiciones Peruanas", renunció la dirección de la Biblioteca Nacional de Lima en son de protesta contra Leguía por haber éste nombrado conservador de aquella biblioteca al poeta arequipeño Percy Gibson. y no al poeta, más limeño que iqueño, Alberto Ureta. Tras una breve escaramuza, se resolvió reemplazar a Palma con don Manuel González Prada, el pensador más discutido y firme del Perú de entonces. soberbia ave de presa, quien, por vez primera, iba a intervenir en función administrativa, llegado ya al ocaso de su magnífica vida de combate y pureza. El civilismo histórico se arremolinó en torno a Palma. Mitad porque le admiraba sinceramente, mitad porque odiaba a González Prada, y, si fuera añadir un todo completo a estas dos mitades, un todo por censurar a Leguía a propósito de Palma. González Prada, austero e inconmovible, vivía frente al Teatro en donde se realizó el bélico homenaje. Escuchó paciente desde su ventana, florida de madreselvas, aplausos, aclamaciones a Palma y algún dicterio cobarde y esquinado contra él. El virreinato protestaba con-

tra la insurgencia de un nuevo tiempo. El civilismo pardista hacía gala de incomparable valor, valiéndose de Palma para atacar a Leguía, también civilista. No olvidaban las palabras de González Prada, el 98, cuando censuró tan rudamente a los llamados partidos políticos peruanos, ni perdonaban la incorruptibilidad del apóstol, indoblegable.

Se acercaba la época electoral. Aspillaga, civilista disidente del grupo histórico, era candidato oficial de Leguía. Así lo reconocía el partido civil, que amainó fuegos pensando que Leguía tornaría al redil y que, luego, habría oportunidad de atacarlo duramente cual procediera contra su antecesor. Pero se presentó un nuevo candidato. Desde Alcalde de Lima, don Guillermo Billingshurst se había destacado como hombre popular. Viejo teniente de Piérola, su fama se cimentaba en la decisión que mostrara durante la guerra con Chile, sobresaliendo por su valor. Además, cosa rara en hombres públicos peruanos, era estudioso. Sus libros y folletos sobre el salitre, el departamento de Tarapacá y cuestiones económicas le realzaban más allá del Perú. Como alcalde, había sido incansable piqueta demoledora de antros capitalinos, en donde dialogaban, en admirable consorcio, chinches, chinos, mugre y tisis. Amigo del pueblo, se ponderaba su campechanería de "huaso", como que había vivido mucho tiempo en el ambiente llano de los chilenos de campo. Billingshurst tenía además, mucho dinero, por intemperante, le temían los civilistas; y porque los conocía a fondo. Por generoso y decidido le admiraba gran parte del pueblo pierolista. Piérola, se entendió, de momento, otra vez como en 1895, con los civilistas; y en casa de José de la Riva Agüero, conferenciaron el caudillo demócrata, el jefe de los "liberales" Durand, y como delegados civilistas don Enrique Barreda y don Enrique de la Riva Agüero, puro y rancio civilismo histórico. La nueva coalición anti-billinghurista fracasó, porque el civilismo no quiso otorgar amplios poderes a Piérola, el más significado de todos los políticos, recelando de su influencia. Fué un rompimiento de intereses, no de doctrinas. Aspillaga, por su lado, trabaja con otro sector del civilismo al par que Augusto Durand despertaba la ambición de Enrique de la Riva Agüero —pequeño, meticuloso, lentes apenas asentados sobre las naricillas, orgullosas y ariscas, paso menudito y tacones aperillados— a fin de impedir el nuevo auge de Piérola, con quien, él, Durand, no tenía influencia desde la ruptura de 1895. Quedó, pues, Aspillaga frente a Billingshurst. Y Leguía como árbitro. Tal arbitraje era dudoso, puesto que la política de Leguía, experto en miserias humanas, había sido la de-

dividir a los carcomidos políticos, revelando que sólo eran alianzas de intereses y no conglomerados con doctrinas. El Partido Constitucional, fundado por Cáceres, escindíase en dos: el histórico, encabezado por el propio Cáceres, que era Ministro en Alemania, apoyaba a Leguía, mientras que otra fracción, encabezada por el General Múñiz, seguía las aguas del bloquismo, con los Pardo y los Miró Quesada; el Partido Civil se había fraccionado: una parte con Aspillaga, sumándose a la fracción de Leguía y otro, el bloque, con los Pardo; el partido Liberal manteníase a la expectativa; el Demócrata conservaba su unidad, pero sus elementos populares reconocían en Billingshurst al auténtico sucesor de Piérola. Nacía un nuevo partido, sobre las ruinas de los viejos: el Nacional Democrático, fundado por José de la Riva Agüero, pero, al revés de los otros, y por una exageración intelectualista, a esta agrupación de universitarios, profesionales y gente de clase acomodada, pequeños burgueses y descendientes de grandes terratenientes, les faltaba calor popular. Oscilaban entre el democratismo de Piérola y los prejuicios civilistas: arrastraban un lastre colonial con pujos de modernidad. Partido de Estado Mayor sin ejército, activo sello de jebe, proclamas bien entonadas y frecuentes, pero ayuno de multitudes...

Billingshurst lanzó sus masas a la calle. Fundó un Comité de Salud Pública. En el mes de mayo, Lima vió asombrada desfilar veinte mil hombres portando un "pan grande" en lo alto de un lanzón, al lado de un pan pequeñísimo y tras un cartelón alusivo: "Si sube Billingshurst tendrás pan grande, si sube Aspillaga, el pan será reducido". Sistema demagógico que arrastró por su objetividad, la simpatía popular, en la que se insinuaba la crisis ocasionada por los altísimos impuestos de Leguía, y provocó en las *élites*, sonrientes y escépticas, un apodo: a Billingshurst lo llamaron desde entonces: "*Pan Grande*". Pero Billingshurst había sido táctico. Echó a la calle sus veinte mil hombres y no pocas mujeres —entre ellas la célebre Marta, La Cantinera— el mismo día que Aspillaga exhibía sus fuerzas electorales. Billingshurst se situó populacheramente en la Alameda de los Descalzos y desfiló hacia el centro de la ciudad; Aspillaga, aristocráticamente ofreció un ágape en el restaurant del Parque Zoológico —cristales y música de damas vienesas— y emprendió el cortesano desfile. Ningún contraste peor. El porcentaje de cuellos blancos quedó opacado por el entusiasmo de las camisetas sudorosas de los billinguristas. Leguía comenzó a virar. Las elecciones dieron ocasión a otro movimiento táctico de Bi-

llingshurst: organizó un paro general. Las turbas, alcoholizadas en parte y en otra hirviendo de entusiasmo, asaltaron algunas casas, el local político de Aspillaga quedó en ruinas. La policía, formada por tímidos "celadores", fué arrollada. Leguía, en el fondo, dejaba hacer, porque Billingshurst llevaba como primer vicepresidente a su hermano Roberto Leguía, y en el Perú siempre se piensa que los presidentes, muy dinámicos o muy pasivos, pueden tener vida frágil. Si Billingshurst muriera... Augusto Leguía palmoteó sonriendo las espaldas cuadradas de su hermano Roberto, hombre ducho en peleas de gallos, en embelecos criollistas, bajo su apariencia de burgués tranquilo, con barba de candado, calva reluciente y vientre orondo.

En el norte, las elecciones las ganó Aspillaga. El mismo día que Leguía abandonaba el Poder, *El Comercio*, con súbita valentía, le atacó en grandes titulares incitando al pueblo para una acción punitiva. Se formó una comisión parlamentaria que examinara sus actos de gobierno. Pero había mayoría leguiísta. Billingshurst comprendió el peligro. Meses después, la casa de Leguía, en la calle de Pando, era atacada por poblada resuelta. Desde los techos, familiares y sirvientes hicieron fuego y algunos agresores cayeron nadando en sangre. El prefecto de Lima, Ferro, se apersonó a la casa atacada, y Leguía pasó a la reclusión del Panóptico, de donde salió cuando el *Penguín*, un remolcador pequeño y veloz, tuvo listo su camarote para conducirlo al destierro. *El Comercio* siguió pidiendo sanción y vociferando bravíamente. Billingshurst se sintió tranquilo y capaz de afrontar otros problemas: el primero el de la corrupción parlamentaria. El Parlamento peruano arrastraba un curioso saldo de oradores oquerosos, de abogados de empresas industriales que se oponían a la ley de accidentes de trabajo; de defensores de los obreros que contribuían con sus yerros y su calco retaceado de legislaciones extranjeras a dar visos de justicia a la injusticia social de ganaderos de la sierra, excelente elemento para la hora de las votaciones, y de ladinos constitucionalistas que invocaban los precedentes de Inglaterra y la estructura de EE. UU., los unos y la Revolución Francesa y el "éter azul", los otros. A veces se presentaba algún teórico defensor de los indígenas, y salpicaba todo eso la bélica presencia de unos cuantos *montoneros* de la época de la coalición. Además nunca faltaba un representante "obrero", elaborado trabajosamente en la antesala de Palacio y la redacción de *El Comercio*, pero el Congreso así formado constituía una constante amenaza para Billingshurst, y éste quería librarse de la oligarquía. Había muerto Piérola. Billin-

gshurst rindió homenaje absoluto al *califa*. Manos devotas llenaron los muros con una inscripción que recordaba a los "*Luises*"; "Piérola ha muerto: Viva Piérola". Pero, el Partido Demócrata, desaparecido su jefe y fundador, estaba deshecho. Todavía era la época del caudillaje romántico...

En los últimos meses de 1913 y enero de 1914, se inició una activa propaganda contra el Congreso. Secundaba en tal tarea al Presidente, el orador Mariano H. Cornejo, fervoroso cultor de la Revolución Francesa, perteneciente un día al Partido Demócrata y que, después de diversas evoluciones, actuaba como consejero de Billingurts. Este tenía como Ministro de la Guerra al general Enrique Varela, soldado de veras, a quien historiadores chilenos, — Vicuña Mackenna — rindieron homenaje por su valor durante la Guerra del Pacífico. Varela llamó a la jefatura del Estado Mayor al coronel Oscar R. Benavides, oficial adiestrado en Europa, de donde volvió a participar en la dirección de una acción de armas, en el río Caquetá, región selvática, contra una guarnición colombiana. De todos los rincones del Perú, mediante la presión gubernativa, llegaban mensajes pidiendo la disolución del Congreso. En los últimos días de enero de 1914, se vió claramente que el movimiento contra el Parlamento existente era ya acogido por el gobierno. Durand, desde *La Prensa* que había pasado a su poder, combatía duramente a Billingshurst. *El Comercio*, discretamente, callaba; a lo sumo opinaba con gran prudencia. El prefecto de Lima clausuró *La Prensa* en febrero; en seguida allanó la casa de Durand. Este fugó a tiempo, y disfrazado por el actor de comedia Gerardo de Nieva, de la Compañía de Virginia Fábregas, se alojó, con nombre supuesto, en el Hotel Francia-Inglaterra. La noche del 3, Varela llamó al jefe de Estado Mayor, el coronel Benavides, a quien Billingshurst había destituído por serle sospechoso, y adquirió la convicción de que no conspiraba.

Grandes pobladas recorrían Lima pidiendo la disolución del Congreso. Benavides pasó entre ellas y fué a encargarse del golpe de estado cuando nada había que temer. Varela decidió dormir esa noche en el cuartel de Santa Catalina. A las dos de la madrugada, Benavides en la Plaza de la Exposición, dirigía el movimiento de tropas rebeldes contra el Palacio de Gobierno. Varela que dormía más confiado despertó violentamente al escuchar voces y pasos inusitados a medianoche. Quiso incorporarse para encender la luz: una descarga le tendió muerto sobre el lecho. En Palacio, la gendarmería, comandada por Luque, resistía los fuegos que se le hacían de todos los ángulos. Capitanes y tenientes sublevados atacaban

con sus tropas a Billingshurst. Hubo unos cuantos heridos. Algún infeliz soldado muerto. Entre los heridos estaba un capitán, Sánchez Cerro, a quien, a pesar del parapeto tras del cual actuaba, una bala perdida le ocasionó ligero daño. Otros oficiales recibieron rasguños, la guardia de Palacio franqueó la entrada a los amotinados. El Ministro de Guerra había sido asesinado. En la imprenta *El Comercio* se esperaba con ansia el desenlace. ¿Saldría el pueblo a defender a su ídolo? Pero — Blanqui lo ha dicho — "quien tiene el hierro, tiene el pan". — Dos editoriales opuestos aguardaban los sucesos para ir a la prensa. Al fin se supo: Billingshurst había dimitido. Miró Quesada decidió: "Que salga la edición con gran título: *La gloriosa alborada de hoy*"... Billingshurst estaba preso. En seguida se le transportó al Panóptico y luego partió al destierro de Arica, en donde publicó su tremendo manifiesto. Murió de asco y de pena, en el exilio, al año siguiente.

Cuando Durand, dejando el disfraz llegó a Palacio, ya el civilismo se le había adelantado. Por las antesalas pululaban jovencitos engomados, vociferando contra el "populacho apestoso", contra la "chusma" de Billingshurst. En la Junta de Gobierno que presidió Benavides, Manzanilla representaba al *bloque*. En seguida exportó al extranjero, con dineros del Estado, a una turba de jóvenes amigos personales. Pero se presentaba un conflicto: el Congreso con mayoría leguiísta pedía que se llamara al vicepresidente Roberto Leguía. El civilismo clásico, que ahora tenía como arma a *El Comercio*, súbitamente envalentonado, sostuvo la tesis de las elecciones populares, cuyo propugnador era don Javier Prado, personaje universitario. Convocado el Congreso, turbas oficiales impedían su reunión. El civilismo bloquista sabía que estaba en minoría. Grandes manifestaciones recorrían las calles, portando gallos de lata, para burlarse del vicepresidente don Roberto. La casa de éste, en los altos del *Palais Concert*, fué atacada a balazos, por las civilizadas turbas de la oligarquía. Al fin, el 15 de mayo se decidió el golpe de estado. La policía y el ejército debidamente instruídos, no permitieron el acceso al local del Congreso a los representantes que no eran bloquistas. Reunida la minoría del Congreso, decidió confiar la Presidencia Provisoria a Benavides, "*hombre de a caballo*" del civilismo entonces. Entretanto, la mayoría parlamentaria se reunía en la casa de los Swayne, en Pando, y elegía Presidente a don Roberto Leguía. El flamante Presidente tuvo que huír por los techos y ampararse en una Legación, mientras Durand hacía lo propio, peleado ya con el

civilismo. Desempeñaba el Ministerio de Gobierno — hombre fuerte — un señor que era a la vez catedrático de Metafísica y coronel del Ejército. Las conspiraciones menudearon. Don Manuel González Prada, puro y austero como siempre, incapaz de aceptar mandonaje civilista-militarista, renunció en una nota llena de altivez y brío la Dirección de la Biblioteca Nacional. Como no le aceptaron la renuncia, insistió hasta ser destituído. En seguida publicó *La Lucha.* El gobierno se incautó de la edición y prohibió que siguiera publicándose. En ese único número, refería el proceso del asesinato de Varela y atacaba a fondo la satrapía que se entronizaba en el Perú. Respetaron a Prada porque él simbolizaba al Perú juvenil, a las provincias. Su hijo Alfredo, en cambio, fué tomado preso. Setenta días después estallaba la Guerra Europea. Ante el ocultamiento del oro se emitió el billete circular.

En seguida un levantamiento... Había que hacer elecciones de Presidente. Javier Prado, el líder de la campaña "pro elección", sentíase el llamado a ser el lógico candidato del civilismo, como presidente del Partido Civil que era, y porque sus hermanos cooperaron al derrocamiento de Billinghurst. El civilismo no confiaba en Prado, sabía que había un arma tremenda contra él y que por su prestancia intelectual y su debilidad de carácter daría muestras de tolerancia. Entonces se importó de Europa al ex Presidente José Pardo que llegó en plan de viaje particular. El militarismo protegía la candidatura del general Muñiz. Como Muñiz había sido aliado del bloquismo, no era posible echarlo por la borda, amén de que representaba las expectativas del ejército. José Pardo fué a visitar a su antiguo ministro Muñiz, y comentando la situación política, reafirmó su absoluta prescindencia de todo apetito presidencial. Muñiz, radiante, le confió a sus íntimos: "Pardo no desea intervenir en la política".

Entretanto el civilismo que tenía su refugio feudal en la Universidad, sagrado recinto en el cual sólo penetraban los adictos de la oligarquía, recordó que José Pardo había sido catedrático de Derecho Diplomático, y que, si bien sólo en una ocasión llegó a dictar el curso, dentro del sistema vitalicio de cátedras seguía perteneciendo al claustro. Aprovecharon de que se aproximaban las elecciones de Rector de la Universidad, y José Pardo, hombre alejado de toda actividad universitaria, tomó solemne posesión del cargo y adquirió un título más. Con todo, todavía era peligroso hablar de él. Javier Prado, sospechando el juego turbio de sus partidarios de ayer, y viendo en el viraje de *El Comercio* un expresivo

anuncio de lo que iba a ocurrir, viéndose abandonado del civilismo que él presidía, renunció a su candidatura, y entonces, llenadas todas esas fórmulas, se lanzó oficialmente la del *Rector* José Pardo. Para no descontentar al elemento popular que sostenía a Muñiz, se fraguó una Convención de Partidos. En el recinto de la Convención había un ajetreo tremendo. Hábiles capituleros del civilismo repartían promesas de puestos, y algunos dinero contante para decidir la votación. En la primera, el resultado estuvo dudoso. En la segunda votación el triunfo se decidió por Pardo. Los billetes circulares habían hecho su obra. Muñiz caía con todos los honores. Pero, él supo que había sido engañado y traicionado por los hombres a quienes antes apoyara y defendiera tanto... En los comicios triunfó el candidato de la Convención, don José Pardo y Barreda; hijo del fundador del Partido Civil. Benavides incitó a un levantamiento militar para vender caro su destronamiento; pero el día que bajó del poder Benavides, grandes pobladas amenazaron lincharle, atacando el carruaje en que iba. Había sido tiempo de huelgas y de paros. Los motoristas y conductores recibieron sableamientos y caballazos cada vez que reclamaron sus derechos. La lucha social se planteaba.

Para que Benavides saliera de Palacio fué menester que un grupo de jefes y oficiales lo rodearan, revólver en mano, pues era de temer un linchamiento. *El Comercio* azuzaba las bajas pasiones contra su defendido de meses antes; y Pardo dejaba hacer. El general Muñiz, asmático, enfermo y desengañado, abandonó el lecho, para ir a Palacio y acompañar a Benavides en la breve vía crucis que hubo de recorrer hasta su alojamiento... Era en 1915. El civilismo estaba plenamente entronizado.

En Trujillo Víctor Raúl Haya de la Torre había ingresado a la Universidad de La Libertad. Con su afán de reunir y cooperar, dió vida al Centro Universitario que lo eligió primero su secretario y, luego, su vicepresidente. Víctor Raúl era un atleta ya. Orador fogoso, electrizaba a los estudiantes y dirigía la acción indecisa aún. A menudo iba a Huanchaco a descansar, siempre amparado en su risa cordial, ancha, generosa. Ahí un día de 1915 conoció a un adolescente alto y esmirriado, de ojos pequeños y entusiasmo contagioso: Carlos Manuel Cox. Para el nuevo amigo fué una aparición inolvidable la de Víctor Raúl, optimista, jocundo y ya inquieto por problemas inéditos para la mansedumbre y la jactancia trujillana.

Víctor Raúl, alternaba sus justas deportivas en el "*Club*

*Jorge Chávez* que ya lo había elegido presidente, con sus colaboraciones en *La Industria,* dirigida por don Raúl Edmundo, sus actividades en el Centro Universitario y frecuentes visitas a una Biblioteca Obrera, vecina a su casa y "que izaba todos los años, en el 1.o de mayo, una bandera roja". Ahí se reunía con trabajadores manuales y comenzó a conocer los libros indispensables del anarcosindicalismo en boga todavía. Ahí rozó con Kropotkine y Tolstoi, ahí se sintió conmovido y perplejo ante "*El Origen de las Especies*" de Darwin; ahí se desorientó con los apóstrofes incendiarios del agitador peruano Carlos del Barzo, autor de "*Auras Rojas*", y sintió un extraño calofrío al experimentar algunos juicios lapidarios de don Manuel González Prada, autor de "*Horas de Lucha*" y "*Páginas Libres*", páginas buídas, vitriolescas por donde desfilaba la realidad peruana chorreando sangre y lodo. La conversación de los obreros le abrió nuevos horizontes. Rudos trabajadores de "Cartavio", de "Laredo", de "Chiclín", referían las injusticias de sus patrones. Cada cual tenía un agravio que contar. Y todo ello se solucionaría si el mundo fuera transformado como quería Kropotkine. Víctor Raúl no comprendió bien aquellos pensamientos esquematizados, pero ya estaba abierto su espíritu a una inquietud inédita.

Por las tardes, cuando se reunía el grupo, discutía no sólo de Literatura, sino también de Filosofía... Presidía el cónclave Antenor Orrego, pequeño, menudo, ojillos claros, calva ya considerable, nervioso y vibrante. Orrego representaba el concepto filosófico. Por antonomasía era el director de debates. A él se consultaban los versos y los proyectos. Cerca, Alcides Spelucín, pequeño, robusto, cargado de hombros, renegrida y abundosa cabellera ensortijada, recitaba sonetos en los que Baudelaire había dejado su lechuza y su campanario, y a los cuales el mar revistió después de su tónico yodo y color incomparable. Spelucín estaba ya consagrado. En *La Prensa* de Lima en donde asomaba Valdelomar — billingshurista en derrota — y campeaban Yerovi, Fernán Cisneros y el editorialista Ulloa, habían publicado algunos sonetos, entre ellos "Aquelarre" que llenaba de entusiasmo a la juvenil cohorte. Otro contertulio asiduo era César Vallejo, natural de Santiago de Chuco, el más tétrico y raro de todos; perfil de Mefistófeles, trigueño, frente descomunal coronada de cabellos rebeldes, mentón agresivo, ojos profundos, rostro surcado de prematuras arrugas, cuerpo delgado, gesto pensativo y alma tocada ya por intensa emoción social. Vallejo escribía poemas en los que llamaba "voluntad de Dios" al suertero, y en un

panteísmo anarquista — contradicción y figura — sentía que a Dios debía dolerle mucho la desigualdad humana... Estaban ahí Garrido y tantos más. Víctor Raúl a veces recordaba su violín empolvado, y la música se levantaba en el cenáculo consagrado a la discusión incansable. Una noche Víctor dió una sorpresa. Se presentó con un cuadernillo bajo el brazo.

—¿Qué es ello?

—Una comedia que he escrito — contestó ufano — se titula: *"Triunfas, Vanidad"*.

Y empezó la lectura voraz. La compañía de Amalia Isaura llevó a las tablas esa comedia. Fué todo un éxito social.

Trujillo vivia entonces, ya en pronunciada inquietud. La insurrección que se producía en Lima, Arequipa, Cuzco, encontraba franco eco en La Libertad. Se ponían en contacto juventudes, no sólo de diversas regiones del Perú, sino de diversos países de América. Incansable promotor de aquel intercambio provechoso era Abraham Valdelomar, "El Conde de Lemos", beligerantemente alzado contra la tradición conservadora. Había publicado, por entonces, "La Mariscala", libro destinado a relatar las aventuras y andanzas de doña Pancha Zubiaga de Gamarra, segunda mujer del Mariscal Gamarra, ex presidente y ex caudillo del Perú del 830. Algunos poetas conservaban el ritmo romántico, como Víctor Alejandro Hernández en Trujillo. Pero, la muchachada irrumpía, resuelta, en plan de insurgencia aguda. No era el arte por el arte: era el arte como expresión de una inconformidad que no hallaba su expresión cabal.

Año de 1916. Víctor Raúl veía con cierta creciente responsabilidad su mundo y el mundo. Entero aún, el padre trabajaba en dura brega. Doña Zoila Victoria continuaba las tradiciones devotas de su casa. Víctor Raúl tenía ya veintiún años, la ansiada mayoridad: ciudadano del Perú. Recordaba que, en pugna con la democracia, don Felipe Pardo, usufructuador sin embargo de la democracia y la república, le dijera, sardónicamente a su hijo don Manuel:

"Dichoso hijo mío, tú
que veintiún años cumpliste;
dichoso, que ya te hiciste
ciudadano del Perú;
dichoso que eres igual,
según lo mandan las leyes,
al negro que unce tus bueyes
y al que te riega el maizal..."

Veintiún años: ciudadano... Agustín tenía veinte; Zoila, Lucía y Edmundo, los menores, aun no comprendían la fermentación que ocurría en el mundo...

Discutían sobre la guerra. El civilismo se declaraba germanófilo, pero la oratoria de Cornejo decidía la ruptura de relaciones con Alemania. "La clara Francia", "la dulce Francia", "la bárbara Alemania", los "derechos", "la causa de la justicia". ¡Ay! Don José Pardo admiraba fervorosamente al Kaiser Wilhelm. Su andar seguramente lo aprendiera pensando en Kaiser Wilhelm: las puntas de los pies hacia arriba, taconeando ferozmente, como Kaiser Wilhelm...

Pasaban los días. Víctor Raúl avanzaba en su carrera y en la inquietud. Cada día vivía más en la Biblioteca Obrera, tratando a peones y empleados de las haciendas. El avance del latifundismo se convertía en el fenómeno imperialista de Trujillo. La *Zucker Plantation* se cernía ávida sobre el valle. Gildemeister representaba al interés vigilante del azúcar, dueño de mejores trapiches, señor de una economía más avanzada. Los yanquis oteaban ya por la sierra de La Libertad, en procura de yacimientos mineros. La guerra continuaba. Aquel año se hablaba de un presupuesto nacional prorrogado y se debatía sobre la cuestión política. Los intelectuales capitalinos se preparaban para grandes actividades. Comenzaba 1917. En febrero una noticia alarmante: cayó el Zar. Víctor Raúl frenético, discutía, sin comprender bien, las proyecciones de aquel hecho, devoto de su Gorki, su Kropotkine, su adivinado Jaurés, Kerenski, la Duma, Social-Democracia, bolchevismo. ¡Qué cosas nuevas surgían ante sus ojos! Un universo distinto parecía brotar dentro de los escombros de la hecatombe. Se iba a abrir un nuevo año universitario, y le quedaba estrecho el ambiente de Trujillo. Para delegado por Trujillo a la Federación de Estudiantes del Perú, con sede en Lima, aparecían dos candidatos: Dileo Herrera, representante del conservantismo estudiantil y Víctor Raúl Haya de la Torre.

Animoso, vibrante y tenaz, Víctor Raúl decidió partir hacia Lima. Finalizaba marzo, un marzo estival, ardoroso, sofocante. Graves sucesos políticos conmovían al Perú. El civilismo combatía sin tregua, pero solapadamente a sus enemigos. Víctor Raúl se reunió, por última vez, con sus amigos. Ya Spelucín partiera en busca de otros horizontes, gitano de su ritmo. Vallejo se preparaba a salir, abandonando la Universidad conservadora y señoril de La Libertad. Orrego formaba planes tremendos. Una juventud inquieta se alzaba junto a ellos. El poeta Eloy Espinoza,

Manuel Vásquez Díaz, Carlos Manuel Cox, a punto de entrar en la Universidad, confiaban tímidamente en la capacidad agitadora de Víctor Raúl. Y así fué como un día, tras largo agitar de pañuelos, doña Zoila Victoria dió un abrazo trémulo al mayor de sus hijos. y don Raúl Edmundo estrechó, en despedida viril, la mano ya de hombre que le tendía Víctor Raúl. Y aunque alguna lágrima asomó a los ojos todavía románticos del viajero, su ancha risa contagiosa y optimista fué lo último que, como una estela, quedó prendido en el recuerdo de los despedidores...

IV

## GONZALEZ PRADA

En 1917, la política peruana tomaba un rumbo sorpresivo. El nepotismo civilista asumía caracteres odiosos. Don José Pardo tenía como presidente de la Cámara de Diputados a su hermano don Juan Pardo, y como Ministro en Washington a don Felipe Pardo, su hermano, usador del título virreinal—no republicano—de Marqués de Fuentehermosa de Miranda. Su primo hermano, don Felipe Barreda y Laos, recibió una cátedra en la Universidad Mayor de San Marcos, especialmente creada para él; luego, segregóse antigeográficamente, la provincia de Cajatambo, típicamente serrana del departamento de Ancash, pasándola al de Lima, para que el mismo Barreda y Laos pudiera ser diputado, ya que había nacido en Lima. El consejero de Pardo era don Manuel Bernardino Pérez, chusco personaje, grande amador de comiquillas de la legua, conductor de los debates parlamentarios con observaciones pancescas, regalador profesional de medias a las segundas tiples y coristas de las compañías de zarzuela y opereta. Su Ministro de Gobierno era don José Manuel García Bedoya; entre sus prefectos figuraba cierto Julio Chávez Cabello, también relacionado por diverso y secreto modo con la familia reinante. Barredas, Ferreiros, Ayulos, Laos, Olavegoyas, figuraban en los puestos públicos. El primo, Tudela y Barreda, casado con una Barreda, aparecía como futuro embajador en Washington, después de haber sido Ministro de Relaciones Exteriores. Un Benavides Canseco, casado con otra Barreda, prima de los Pardo, desempeñaba funciones importantes. Alianzas y mezalianzas tejían la guirnalda pomposa de un régimen nepótico y plenamente civilista. De ahí que, cuando Rafael Grau y Cavero, hijo del almirante Miguel Grau, el héroe por antonomasia de la Guerra con Chile; cuando un Grau, adverso al civilismo, postuló, como otras veces, su candidatura por Cotabambas, provincia del Cuzco, la ca-

marilla gubernativa resolvió cortarle el paso. El Ministro de Gobierno, García Bedoya, llamó a su despacho al prefecto Chávez Cabello, avezado ya en lides de tal naturaleza. El contendor de Grau era un tal Montesinos, gamonal de aquellas regiones. ~~Montesinos~~ precipitadamente, viajó al Cuzco, en compañía del prefecto Chávez Cabello, hombre de la absoluta confianza de Pardo. En tanto, Grau seguía en jira política. Llegó el prefecto y con él Montesinos. Grau viajaba a Palcaro. En las cercanías columbró el desenlace: le esperaba una emboscada... Rápidamente reflexionó: en el corazón de la sierra, decidido su contendor a todo extremo, y con el amparo del prefecto, después de conferenciar ambos en Lima—contendor y prefecto—con las altas autoridades... no había remedio. Siguió avanzando. Una descarga le cerró el paso. Rafael Grau, el hijo del venerado héroe de Angamos, el defensor del ejército en tantos debates parlamentarios, cayó muerto. Así era la independencia política de aquellos tiempos del auge civilista histórico...

Gran escándalo en Lima. Se aseguró la caída del régimen. Los miembros de la minoría parlamentaria—Manuel Quimper, Alberto Secada, Juan Manuel Torres—acusaron al Gobierno. El espíritu criollo vistió de luto, pero tenía un refugio tradicional: la sonrisa. En *Don Lunes*, semanario creado por el ingenio de Málaga Grenet, zaherían a Pardo, periodistas como Félix del Valle, Federico More, Ismael Silva Vidal, Fernán Cisneros. Se había fundado hacía un año *El Tiempo*, y ahí combatían José Carlos Mariátegui y César Falcón. *Las Voces*, de Mariátegui, fustigaban a Pardo. Desde *La Prensa*. Valdelomar ironizaba sobre las realidades parlamentarias y desarrollaba una intensa labor literaria. Habían asesinado al poeta Yerovi, la víspera del carnaval de 1917. Otra vez se hablaba de Leguía como posible candidato, y de Aspillaga, como su contendor. Leguía estaba en Londres. Se afirmaba que había perdido toda su fortuna en bonos rusos, después de la caída del zarismo. Javier Prado era elegido por la Federación de Estudiantes, Primer Maestro de la Juventud del Perú. Había muerto en Roma, mísero e impotente, desgreñado y sucio, el gran José Enrique Rodó, espejo de la generación neocivilista que fundó el Partido Nacional Democrático. Los estudiantes soportaban la Universidad feudal en la que don Manuel Bernardino Pérez se refocilaba durante el año con la lectura de los pasajes verdes de la literatura castellana. Felipe Barreda rapsodiaba el texto Historia de América, por Navarro Labarca; don Constantino Salazar era profesor porque su padre, don Manuel Marcos, consejero de los Pardo, lo había sido antes.

Cierto profesor, naturalmente civilista, para explicar la soberanía nacional se amparaba en una curiosa alegoría familiar. Don Luis Miró Quesada era catedrático de Pedagogía; don Oscar Miró Quesada, catedrático adjunto de sociología; don Antonio Miró Quesada, titular de Derecho Administrativo; don Aurelio Miró Quesada, profesor de la Escuela de Ingenieros; don Matías Manzanilla, líder del bloquismo, catedrático de Economía Política. Además, don Antonio Miró Quesada ejercía la senaduría por el Callao; don Luis, la diputación por Lima; don Matías, por Ica. Naturalmente, *El Comercio* consideraba que se vivía en el más hermoso de los mundos.

Ese fué el ambiente que encontró Víctor Raúl Haya de la Torre al llegar a Lima. Su optimismo provinciano sufrió rudo desconcierto al darse de manos a boca con semejante realidad. Carente de medios de fortuna, su padre había anticipado el viaje del primogénito a algunos viejos amigos. Los primeros días Víctor Raúl estuvo alojado en casa de un amigo trujillano. Mientras se orientaba en la universidad, trataba de encontrar trabajo. Pronto captó amistades, pero carecía de recursos. Un único traje negro era delito grave en la universidad colonial y civilista de entonces. Sin embargo, su comunicabilidad, su espíritu captador, su entusiasmo constante, le ganaban simpatías. En los primeros comicios electorales universitarios, Víctor Raúl destacó una rotunda personalidad de orador. Al saberlo, Matías Manzanilla, sedicente orador irónico, trató de ganar la confianza del novel alumno trujillano. Víctor Raúl preocupado por la legislación obrera, acudía al estudio de Manzanilla, para revisar leyes y conversar sobre tópicos sociales. Deslumbrado, al principio, por las cabriolas verbales del profesor de Economía Política, pronto se percató de que la legislación peruana, tras de ser inadecuada e injusta, significaba, sólo, un retaceo de legislaciones extranjeras, especialmente de la ley francesa. Sin embargo, ya fortalecida su vocación hacia la Economía Política, creía encontrar en el catedrático en la materia, orientación segura. Pronto fué deshaciéndose el embrujo. La Economía Política había que estudiarla en contacto con las masas obreras. Y fué en busca de don Manuel González Prada, nuevamente Director de la Biblioteca Nacional. A Víctor Raúl le sorprendió el gesto y la figura de don Manuel, que estaba ocupado en dirigir la tarea de limpieza de los libros. Bajo el cubrepolvo claro, se destacaba su silueta erguida. De frente ancha, cabellos blancos, tez sonrosada, Prada tenía un sortilegio especial en sus claros y grandes ojos azules, de mirada firme. Rara vez hacía un gesto: terso, marmóreo, toda la vida del rostro estaba concentrada en sus ojos inquisidores, de pureza infan-

til. Hablaba poco y con voz queda. A Víctor Raúl le sorprendió el contraste entre el escritor tonante de "Horas de Lucha" y el hombre discreto y hasta tímido que tenía ante sí.

"Yo era entonces—escribía Haya al redactar "*Mis recuerdos de González Prada*", desde Londres, en 1925—un jovencito a la criolla, enfermo hasta los huesos de esa frivolidad epidémica—peste de la gente "decente"—que manifiesta sus primeros síntomas a la salida del colegio y se agudiza hasta el colapso a la entrada de la Universidad. Había crecido oyendo decir que González Prada era el demonio y viendo santiguarse a las viejas cada vez que alguien recordaba su nombre. Sin embargo, un sentimiento de curiosidad y respeto me atraían hacia la figura del viejo luchador. Recuerdo haber oído conversaciones calurosas de algunos artesanos de mi provincia, sobre González Prada. Cerca de mi casa había, en Trujillo, una biblioteca obrera, que izaba todos los años, el primero de mayo, una bandera roja. Ahí me escapaba por las noches y escuchaba la charla de los obreros. Recuerdo fijamente la lucha interior que aquellas conversaciones fuertes y libres me producían a mí, alumno de un seminario. Quizá si naciera entonces el primer indicio de mi línea de vida definitiva. No lo sé. Lo cierto es que había en mí, cuando llegué a Lima, cierta atracción para tratar personalmente a González Prada. Pero, debo confesar que entonces, — período lamentable de nebulosa—también me atraían otros personajes. Los diarios de provincias y las revistas de Lima facturan muchas celebridades nacionales. Para la mente inquieta de un adolescente provinciano con miras a la Universidad, la adjetivación pertinaz e inagotable de nuestros "grandes diarios", y la campaña de propaganda teatral de las revistas ilustradas, crea de cada hueco señor de la política o de las "intelectualidades", un semidiós omnisciente y fulmínico. Por eso yo llegué a Lima pensando en el inmenso honor de verme en las aulas cerca de ciertos personajes de quienes tantas cosas decían los periódicos. El "maestro Fulano", el sabio "doctor Zutano", el genial "señor Perencejo", me producían cierta fascinación. Y la primera impresión—¡oh, la primera impresión de nuestros hombres!—fué verdaderamente admirable. Solemnes, elegantes, medidos, gentiles, hablando con la voz ahuecada y los gestos de teatro, me parecieron genios, genios absolutos, genios indiscutibles, genios universales. Decididamente: Lima era el centro del mundo..."

La entrevista con González Prada se realizó el 26 de abril de 1917. Víctor Raúl se le presentó, portador de una carta y un libro de un pariente suyo. Prada, sereno y afable, le tendió las dos manos. Víctor Raúl hacía girar rápidamen-

te, entre las suyas, su flamante sombrero de paja. Prada le preguntó:

—¿Es usted un joven escritor?

—No, señor, yo soy un estudiante que vengo a la Universidad.

Prada hizo un gesto apenas perceptible y añadió:

—¡Ah, la Universidad!...

Víctor Raúl, curioso, no pudo contener la pregunta ansiosa:

—Bueno, y la Universidad, ¿qué?

—La Universidad será para usted un crisol; será consumido por ella o se salvará usted.

—¿Es tan mala la Universidad?—indagó anheloso y decepcionado, Víctor Raúl.

—Tan mala, tan mala, que ya no tenemos juventud— y los ojos claros del Maestro horadaban a los del joven estudiante trujillano.

—Pero en provincias tenemos una juventud—acertó a observar el visitante.

—Es verdad—y González Prada, ganado por el turbión de recuerdos de sus amigos y correligionarios, los radicales de provincias, y los de sus amigos literatos de provincias, enumeró a muchos: Orrego, el compañero de Víctor, a Gibson, a Hidalgo...

—Déjeme usted venir a verlo, señor González Prada — instó ya al despedirse Víctor Raúl—: soy muy muchacho, pero quiero ser su amigo.

Los setenta años de Prada se tornaron más cordiales ante el amigo estudiante de 22 años.

—Venga usted, venga usted siempre. Y mi casa esta en la Puerta Falsa del Teatro. Vaya usted allá...

No dejó de cumplir el deseo del Maestro, que era su más hondo anhelo, el estudiante trujillano. Fueron muchas las veces que regresó a la Biblioteca y las que fué a la casa de Prada. Una de ellas, Víctor Raúl exclamó en un *improntu*:

—Detesto a Piérola.

—¿Es usted civilista?—interrogó don Manuel.

—Señor, también los detesto porque me parecen todos malos...

Don Manuel sonrió satisfecho:

—¿Y con quién se quedaría usted? Muerto Piérola, no han quedado sino los civilistas...

Víctor Raúl, embarazado por la pregunta, sólo atinó a balbucear:

—No sé, señor, pero los detesto a todos...

Prada calló un instante, y juntando sus finas manos sobre la mesa, dijo con mezcla de rabia y melancolía:

—Tiene usted razón: son malos, tan malos que han hundido y seguirán hundiendo al país... El pueblo del Perú es un pueblo desgraciado...

Víctor Raúl aún respetaba a los "sabios maestros" de la Universidad: apenas "salía de la nebulosa"...

Se había formado la primera Federación de Estudiantes, después de los largos debates de una Convención Universitaria en la que sonaron feroces ataques al clericalismo en boca de Luis Ernesto Denegri y del mosqueteril estudiante venezolano Vetancourt y Aristeguieta, descendiente de Bolívar. Presidente de la Federación era Fortuna Quesada Larrea, de origen trujillano. Haya de la Torre disputaba con el conservador Dileo Herrera la delegación de la Universidad de La Libertad. Ya entonces había logrado un empleo: humildísimo empleo de escribiente en el estudio de un abogado de campanillas: el doctor Eleodoro Romero, primo de Leguía. Eleodoro Romero y su hermano Eulogio eran dos prototipos del conservadorismo criollo. Apegados a la tradición y al clero, concurrentes asiduos a triduos, procesiones y sermones, sin embargo, profesionalmente, participaban de la consabida ética del abogado indoamericano. En ese estudio, ganando el reducido salario de cincuenta soles al mes, Haya conoció libros fundamentales.

"Ahí leí a Renán, a González Prada, a Sarmiento, a Marx y a muchos otros. Ahí apliqué las teorías de la relatividad einsteniana a la virtud oficialmente consagrada. Ahí vi muchas cosas, y muy cerca de ahí, en la puerta vecina, donde un hermano de mi jefe, don Eulogio Romero, habilísimo político, conspiraba en favor de Leguía, vi también muchas otras de interés y trascendencia. Muy cerca de mí pasaron todos los políticos profesionales de entonces. Muy cerca de mí, vi a las *fieras* de la política peruana, empujadas por su hambre, a la genuflexión y al soborno, ya que el hambre de los políticos latinoamericanos es como la del tigre, el chacal y el tiburón, la más peligrosa de las hambres, según ciertos zoólogos".

Por las tardes, después de clases y de terminar sus tareas, Haya de la Torre concurría a la Federación de Estudiantes, y en las noches, para leer y conversar, acudía a casa de Raúl Porras, cuya biblioteca devoraba ansiosamente. Luego, a su covacha de estudiante paupérrimo, en la calle de Plateros de San Agustín, 138, frente al Café Péndola. Era un cuartucho miserable, cuyas paredes sin pintura, ni papel,

mostraban la blancura de la cal. Estaba en el interior de la casa, y sobre el frágil techo funcionaba el motor eléctrico destinado a subir agua a los altos. Todo el día, y a menudo buena parte de la noche, funcionaba el motor aquél, haciendo vibrar la habitación. Haya de la Torre tenía que lanzarse a la calle, mareado y ensordecido. Pero, ¿qué más podía esperar por diez soles al mes? Comía cuando tenía cómo en restaurantes baratos, de ínfima clase, o en casas de amigos. Y entretanto crecía su actividad y se reunía con los obreros. Su despego por sus amigos de la primera hora crecía cada vez más.

Ya era 1918. El 22 de julio murió González Prada; y Haya de la Torre, contrito y húmedos los ojos, acudió al cementerio en el interminable cortejo de trabajadores manuales, más que intelectuales, que fué en pos del féretro prócer. El que habló, por primera vez en el Perú. de "el intelectual" y "el obrero", el que buscó como escenario de sus conferencias, locales nada pomposos y huyó sistemáticamente de los proscenios; el hombre que no claudicó jamás en su vida y supo arrostrar, por igual, la persecución de Piérola, el odio de Cáceres y la calumnia del civilismo, don Manuel González Prada, había muerto.

"En el mes que siguió a su muerte, yo sentí hambre por primera vez—confesaba Haya de la Torre—y comencé a comprender el dolor de los otros..."

Ya había amanecido en Rusia un mundo nuevo. Haya de la Torre se volcaba en la cuestión social. No había reunión obrera en la que él, delegado estudiantil, no estuviera presente. Se trataba de obtener la jornada de ocho horas, negada por los empresarios civilistas, y de reivindicar el pleno derecho a la huelga: Haya se virtió íntegramente en esa tarea. Sin embargo, todavía quedaban rezagos románticos en su corazón. Una noche, en casa de Raúl Porras, leyéndose en voz alta un cuento de Clarín—"Adiós Cordera"—Víctor Raúl no pudo contener las lágrimas, herido en lo vivo por la patética escena. Al día siguiente, repetimos la lectura, en son burlesco, limeñamente burlesco, y Haya de la Torre, indignado, abandonó la casa. Más tarde explicaría, comprensivo: "Es que ellos no sabían qué dolores recónditos despertaban en mí".

Haya de la Torre era ya el inobjetable líder de la juventud universitaria. Precisamente, al comenzar 1918, planteado el problema obrero por la jornada de ocho horas, la Federación de Estudiantes nombró una comisión de tres, integrada por Haya de la Torre, Bruno Bueno de la Fuente y Valentín Quesada Larrea, los tres de origen trujillano por curiosa coincidencia. Haya de la Torre había cambiado total-

mente su mentalidad después de ocho meses pasados en 1917 en la sierra del Perú. En Cuzco, Apurimac, Arequipa, sació sus ojos con el dolor milenario de los indios. Huésped del viejo caudillo apurimeño, David Samanez Ocampo, irreductible enemigo de Leguía, pudo ver, desde adentro, la maquinaria de opresión contra el indígena. En Cuzco aquilató la vieja organización incaica. De Arequipa trajo las retinas impregnadas con el cuadro del campesino sometido por un conservantismo secular: "Yo no puedo recordar al indio del Perú—diría en 1923 al inaugurar la Universidad José Martí en La Habana—sin decir mi palabra de protesta y de acusación. Quien haya llegado hasta nuestras soledades andinas, habrá visto aquellas grandes masas de campesinos tristes, haraposos y cabizbajos, que llevan sobre sus hombros la carga de cuatro siglos de siniestra esclavitud, y no podrá desmentirme"... "Yo he vivido ocho meses, —dirá en 1925 en carta a Julio Barcos—en el Cuzco, conozco Cajamarca, Apurímac y otros puntos de la sierra peruana. Usted no puede imaginarse los horrores que allí se cometen. He visto indios con las carnes tajadas por las vergas con que les azotan"... Estas visiones habían transformado, pues, la mentalidad del líder. Al intervenir en la lucha por la jornada de ocho horas, se entregó por entero. Fué una dura brega. En uno de los episodios la gendarmería a la orden del comandante Juan Carlos Gómez, rodeó el local de la Biblioteca "Ricardo Palma", en donde sesionaban los huelguistas con la orden de disparar sobre éstos: Haya de la Torre, solo, salió a entrevistarse con el comandante Gómez y se responsabilizó de lo que hicieran los obreros, solicitando un instante de tregua. Accedió Gómez, de mala gana. En el entretanto Haya de la Torre dispuso que los ocupantes se pusieran rápidamente a salvo. Cuando la gendarmería ocupó el local, encontraron solamente a Haya de la Torre, que estaba allí fiel a su promesa de responsabilizarse. Gómez se conmovió, a pesar de las órdenes recibidas y de su atuendo impresionante, con la generosidad y el valor del líder. Haya de la Torre prosiguió en la tarea. Los obreros, reciamente organizados, ponían de manifiesto una decisión única. Daban ejemplo a los estudiantes, un grupo de los cuales abrazó abiertamente la causa de los trabajadores. El Gobierno tuvo que aceptar la jornada de ocho horas. Se había sellado una alianza perdurable. Ante la sinceridad indudable de aquel grupo, la Federación Local Obrera abatió sus dudas. Y no podía ser de otro modo: en la misma Biblioteca "Ricardo Palma", situada entonces en el Parque Neptuno, los estudiantes. bajo la dirección de Haya, habían dado una prueba elocuente: intimidados por la gendarmería a retirarse, a

fin de que se hiciera fuego contra los obreros, Víctor Raúl zanjó el peligro:

—Que disparen. Los estudiantes moriremos brazo a brazo con los obreros. Nadie se mueve de aquí.

Y nadie se movió: ni tan siquiera los dedos listos sobre los gatillos.

Poco después, en la Universidad, se lanzó la candidatura de Augusto Leguía como Maestro de la Juventud. Movían tal actitud fines políticos. Haya de la Torre se opuso, pero sin darle mayor importancia al hecho. Su vida rumbaba hacia otros fines. La politiquería criolla perdía toda importancia ante sus ojos ávidos de nuevos horizontes. En cambio, en las huelgas y paros de 1918, su voz era la primera en dejarse oír. Habían surgido otros líderes obreros: Gutarra, Fonken, Barba. El patriarcal Gobierno de don José Pardo, civilista y colonial, experimentaba alguna inquietud ante aquel fermento revolucionario. Pero reposaba en la justicia inmanente de un ejército leal, comandado por sujetos que participaban de sus mismas ideas legitimistas y borbónicas.

Leguía fué elegido, por pequeña votación, Maestro de la Juventud. Una fracción votó por Javier Prado. La gran mayoría de estudiantes permaneció al margen, indiferente. Sin embargo, se advertía cierta inquietud social. El año 1917, se había perfilado un movimiento revisionista que tuvo, momentáneamente, un grotesco epílogo. Félix del Valle y José Carlos Mariátegui, periodistas inquietos, lanzaron un periódico titulado *Nuestra Epoca*. En el primer número, Valle escribió largamente sobre la "política testicular peruana" fustigando el caudillismo. Mariátegui publicó, en seguida, un artículo sobre el ejército peruano. Un grupo de oficiales fué en son de ataque blanquista, a la imprenta de *El Tiempo*. Mariátegui era un hombrecillo físicamente minúsculo. Magro, enteco, con una pierna anquilosada, tenía una palidez de cera y caminaba rengueando, apoyándose en su bastón. Tenía entonces veinticinco años y pesaba no más de ciento cinco libras. Al pasar por la calle central, frente al Palais Concert, en compañía de Falcón y de un amigo, pequeño y magro también, Leonardo Campos, se destacó un capitán, alto y fornido, quien, sin decir palabra, tundió al indefenso Mariátegui de un puñetazo, y luego lo pateó en el suelo, antes que los demás pudieran intervenir. El capitán se llamaba José Vásquez Benavides.

Leguía llegó a Lima en febrero de 1919. Desde la Plaza Dos de Mayo, por la avenida de la Colmena, hasta la plaza de La Micheo, se extendían largas y densas filas de manifestantes. Se hablaba de un atentado personal. El odio al ci-

vilismo justificaba aquel entusiasmo, a pesar de los atropellos de 1911. Y el civilismo, incapaz de airearse, se aferraba a un candidato imposible: don Antero Aspillaga. Una vez más el arrocero del norte pretendía probar fortuna. Leguía hacía su campaña sobre bases demagógicas: abaratamiento de las subsistencias que habían alcanzado precios muy altos, rescate de las provincias de Tacna, Arica y Tarapacá, cautivas de Chile, desde la guerra; destrucción del civilismo. Un trujillano, Agustín Ganoza, presidía el Comité de Leguía. En *Germinal*, periódico de combate, se reunían estudiantes como José Antonio Encinas, Doig y Lora, Juan Manuel Carreño, Erasmo Roca, José Ugarte Barton, unidos todos en el odio al civilismo y en la reivindicación de las provincias. Al margen de estas actividades, Haya de la Torre seguía reuniéndose con los obreros. Anudaba una profunda amistad con algunos líderes: Fausto Posada, carpintero, Miguel Gárate, tranviario, Arturo Sabroso, textil, Calderón, Lévano, también textiles, Conde, campesino, Ponce, tranviario, Samuel Vásquez, chofer, Samuel Ríos, carpintero, Fonken, Otazú, Fajardo y otros más... El Presidente de la Federación de Estudiantes don Felipe Chueca: como tal viajó hasta Panamá para recibir a Leguía.

Pero 1919 presentaba una fisonomía inquieta. La campaña demagógica de *El Tiempo* y *Germinal*, ganaba terreno en el espíritu de las gentes. En la precipitación y el desconcierto, el Congreso de Pardo había dejado de sancionar un presupuesto, y, como consecuencia, se vivía en la anarquía fiscal. Las huelgas se sucedían las unas a las otras. Habían encarecido las subsistencias y el alza de las viviendas no merecía ninguna atención del Gobierno civilista, en que formaban la mayoría de los propietarios. Fermentaba el malestar social.

En la lucha electoral, meramente electoral, la política perdía su significado auténtico para convertirse en una mera lucha de intereses momentáneos. No se omitían recursos. Mientras cierto "Abate Faria" acometía al civilismo, utilizando datos históricos impresionantes y títulos guiñolescos—"La Danza de los Millones"—en la Universidad, un sector estudiantil, sinceramente equivocado, ofrecía máximos homenajes a Leguía. Haya de la Torre, con un grupo de delegados de la Federación, exigió entonces, ya que el veredicto alumnal había ungido "Maestro de la Juventud" a Leguía, que el Presidente de la Federación estaba en la obligación de decirle públicamente lo que la juventud, no sólo esperaba, sino exigía de él.

Era el 18 de mayo de 1919. En la sesión de la Federa-

ción se leyó una nota cuyas firmas encabezaba Haya de la Torre, en la que protestaban de que el presidente de la institución la hubiera desviado de sus fines estudiantiles, haciéndola participar en cuestiones de política partidarista. . Poco después. Haya de la Torre y 32 delegados más se apartaban de la Federación, clausurándola virtualmente. Le acompañaban en aquel gesto, universitarios del más encontrado matiz. Figuraban civilistas limeños y radicales de provincias. Decididamente el estudiantado no había salido aún de la "nebulosa". Y Víctor Raúl tampoco...

Los diarios opuestos a Leguía acogieron la renuncia con grandes titulares. El doctor Eulogio Romero llamó a Haya de la Torre para amenazarlo y reconvenirlo, insinuando la posibilidad de que su hermano lo echara del empleo, que, con cinco libras mensuales de retribución, tenía en su bufete. Pero Haya no se rectificó.

Por esos días llegó a Lima Alfredo Palacios, el socialista argentino. Mostachos borgoñones, sombrero mosquetero, corbata y vestido negro: asombraban su gesto, su oratoria fácil, su ademán preciso, su voz clara de magnífico registro. Palacios trajo su inquietud. Mientras el doctor Javier Prado, en nombre de Lima, le pronunciaba un discurso en la Plaza de Armas, a él, socialista, la juventud se acercaba tácticamente, presintiendo una enseñanza inédita. Haya de la Torre fué contertulio constante del socialista argentino. Manzanilla, sedicente socialista, imitaba las frases y actitudes de Palacios. Cuando se fué el argentino, había dejado prendido el consejo de la reforma universitaria y de la unión entre los trabajadores manuales e intelectuales. Haya de la Torre no olvidó la frase de Palacios en el banquete de despedida que se le ofreció en Lima:

—"La Reforma Universitaria deberá hacerse con los decanos o contra los decanos".

Leguía, entretanto, seguía su política de captacion subterránea. Conocedor de la táctica del civilismo histórico, utilizaba las mismas artes, él, civilista también. Cada mañana sentaba a su mesa, en la casa de Pando, a un militar, un estudiante, un amigo, y, ahí, sin protocolo halagaba pasiones, despertaba ambiciones, exploraba conciencias. A Víctor Raúl le invitaron tenazmente: nunca quiso aceptar. La marea social iba en aumento. Una huelga bien dirigida alcanzaba determinadas reivindicaciones. Sin embargo, no se prestaba oídos al pueblo. Los obreros Gutarra, Barba y Fonkén, trabajaban activamente. Ya Mariátegui, Falcón y del Aguila habían abandonado *El Tiempo*, para fundar *La Razón*, en donde era redactor obrero Fausto Posada. El 27 de mayo la

ciudad despertó aterrorizada. Había estallado el Paro General. La noche anterior tuvo la policía en sus manos la posibilidad de deshacerlo todo, pero, fiada en las "medidas represivas" precipitó el movimiento. Los mercados fueron asaltados. Turbas portadoras de piedras atacaban las casas de los "burgueses". A las ocho de la mañana, llegaba el primer muerto a la Asistencia Pública. El Gobierno civilista de Pardo dictó la ley marcial y entregó el mando de la ciudad al comandante Pedro P. Martínez, Jefe de Estado Mayor. La ciudad estuvo a obscuras esa noche, porque había parado la central eléctrica. Los transeúntes eran detenidos y registrados. Durante tres días, la ciudad estuvo así. Se clausuraron algunos periódicos: naturalmente *El Comercio* incitaba a la represión. Un periódico dió la cifra de cuatrocientos muertos, evidentemente exagerada, pero, al amparo de la ley marcial, se cometieron tropelías sin cuento. El orden se aseguraba sobre la imposición sangrienta. Pardo estuvo a punto de apresar a Leguía, acusándolo de promotor de tal desorden: en realidad Leguía aprovechaba del desorden, pero carecía de fuerza para provocar un movimiento de tal naturaleza. El Gobierno civilista enloqueció de terror. Llegaban las noticias abultadas de Rusia, y se puso, entonces, en juego toda la maquinaria policial. No tardó en ser clausurado *El Tiempo*. El civilismo histórico estaba haciéndose la revolución.

Se lanzan entonces a la lucha "pro-reforma universitaria" algunos estudiantes, utilizando como ariete a *La Razón*. En el grupo estaba Haya de la Torre. Tres artículos de examen individual de profesores, provocan el primer estallido en una clase del civilista pardista Constantino Salazar. Los alumnos de Letras plantean el dilema: se van tres profesores o se declaran en huelga: los profesores eran dos civilistas par distas—Pérez y Salazar—y un civilista leguiísta—Antonio Flores. —La juventud no se abanderizaba en política personal. Al reclamo estudiantil, el decano Deustua—ex ministro de Romaña, civilista neto, ex secretario de Rosas, el cofundador del civilismo—contestó echándola al canasto. Don Carlos Wiesse, hombre y maestro, se substituyó en la tacha de los alumnos contra Pérez y la fundamentó. En el Comité de Reforma de Letras actuaban estudiantes del más variado matiz político y social: Manuel Seoane, Jorge Guillermo Leguía, Ricardo Vegas, José León Bueno, Jorge Basadre, Aquiles Gamarra, Jorge Ramírez Otárola, Luis Alberto Sánchez. Pero el contagio no cundía. Los estudiantes de últimos años de medicina y jurisprudencia querían terminar su carrera. Hubo que apelar a medios drásticos. El Gobierno de Pardo atacó, —igual que Leguía en 1911—a los estudiantes en su propio lo-

cal. Se había decidido la clausura de la Universidad, cuando ocurrió el golpe de Estado del 4 de julio. La gendarmería asaltó Palacio. Jefes y oficiales previamente comprometidos, aceptaron el nuevo estado de cosas. Leguía asumió el cargo de Presidente Provisional. Cuando en el jirón de la Unión Carlos Moreyra y Paz Soldán, estudiante perteneciente a la plutocracia republicana y a la aristocracia colonial, preguntó alarmado a Víctor Raúl:

—¿Qué te parece la revolución?

—Esto no es revolución—replicó Víctor Raúl—sino un nuevo asalto al Presupuesto...

V

## LA UNIVERSIDAD POPULAR

El golpe del 4 de julio arrancó suspiros de satisfacción a los ingenuos que creyeron—frágil memoria—convertido en redentor al Leguía de hacía no más de siete años. Tanto había cansado la oligárquica disciplina pardista, que salir de ella pudo confundirse con una efectiva era de libertad. Don José Pardo pasó del Palacio al Panóptico, y del Panóptico al destierro, con pocos días de intervalo. Leguía deseaba quitárselo de en medio, sin odiarle nada. *El Comercio* observaba una neutralidad espectante. Ya insinuaría el cuarto de conversión oportuno.

Leguía titubeó, aconsejado por un grupo de civilistas no pardistas, entre una Junta de Gobierno y un provisoriato. Iracundo y vehemente, le convenció su primo don Germán Leguía y Martínez. Era preciso ser gobernante personal y personalista. ¿Cómo confiarle el mando al coronel Martínez, el de la represión de mayo? El redentor Leguía convocó a un plebiscito para ciertas reformas constitucionales, asesorado por Cornejo. Pomposamente creó la "Guardia Republicana" —casacas celestes, bombachos rojos, chacó alto, banda de músicos numerosísima con su tambor mayor. —Delicioso remedo napoleónico guiaba los pasos de don Augusto y los discursos de don Mariano H. Cornejo. Como se trataba de jugar a la Revolución Francesa, exhibiéronse en la "Asamblea Nacional" algunos *Felipe Igualdad*, de los muchos que vivían resentidos del pardismo; Javier Prado y Ugarteche, Mariano Nicolás Valcárcel, José Salvador Cavero, figuras de prestigio y campanillas, cuyas flébiles modulaciones de voz y verbal ortografía y puntuación, emocionaban a los concurrentes a la "barra" de la Asamblea. No faltaba, desde luego, un terrateniente norteño en el Gabinete de Leguía—Salvador Gutiérrez. —Los que sobraban ahora eran los jóvenes de *Germinal*. Para instantes de demagogia y alharaca no tenían pre-

cio, mas, después... Don Augusto Leguía les fué ubicando en lugares sin mayor belicosidad: direcciones ministeriales, reparticiones inofensivas. Comprendiendo el propósito, aquellos jóvenes, con quienes Leguía debió gobernar, se reunieron en torno de su primo don Germán...

La reforma universitaria se envalentonó con el golpe de Estado. Sólo que las dificultades, en vez de provenir de los catedráticos civilistas-pardistas, surgían de los civilistas-leguiístas. Leguía no estaba aún en situación como para enfrentarse a la juventud. Prefirió soslayarla y hasta auxiliarla. Sus decretos ampararon a la Reforma. Don Hernando de Lavalle, que ejercía a la sazón la presidencia de la Federación de Estudiantes, pertenecía, naturalmente, a la familia Pardo. Por la tibieza de Lavalle, el movimiento de huelga general de los estudiantes fué confiado a un Comité Revolucionario de Reforma, encarnación auténtica de la voluntad universitaria. Haya de la Torre pertenecía a ambos cuerpos. Por entonces había trabado amistad con Manuel Seoane, un mozallón alto y esbelto, quien, después de un viaje turístico por el primer año de Ciencias Naturales, se había decidido a ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras.

Brotó, al fin, contexturado, el programa de la reforma y el pliego de reivindicaciones inmediatas. Manuel Abastos tuvo a su cargo la redacción. Las objeciones fueron de índole, más que otra cosa, formal.

—"Me opongo a que la Universidad sea nodriza" — objetaría Raúl Porras, glosando con ironía un párrafo campanudo del manifiesto.

Y, mondado y más sobrio, el Manifiesto llegó al Rectorado: los estudiantes pedían la cátedra libre, abolición de la vitalicidad de las cátedras, supresión de las listas de asistencia y de premios y contentas, creación de becas para estudiantes pobres, participación del alumnado en el gobierno de la Universidad, concurso obligatorio y veraz para proveer las cátedras, trabajos prácticos... El Rector Javier Prado convino muchos puntos del Manifiesto-Programa. Estaba decretada la caída del feudalismo universitario.

En ese mes, de octubre de 1919, Haya de la Torre fué electo Presidente de la Federación de Estudiantes. El Comité de Reforma habíase disuelto, después de algunos duelos d'artagnanescos e inocuos. La Federación, en manos de Haya culminó la revolución estudiantil. Habíase decidido el triunfo por los estudiantes. Dos docenas de profesores fósiles ingresaron al desván de las pensiones de cesantía; se reabrieron las clases; en 1920 dictóse una nueva Ley Orgánica de Enseñanza, afanosamente elaborada por los profesores Villarán, Deustua y

otros, todos ellos enamorados de la realidad francesa, italiana, norteamericana o suiza, mas no de la peruana. Desaparecieron las divergencias estudiantiles. San Marcos era una fuerza embrionaria. El Ministro de Instrucción, que lo era entonces el abogado y ex poeta Alberto Salomón, quiso conversar con el flamante Presidente de los Estudiantes. Haya de la Torre, vestido con su único traje negro, pero empuñando su imprescindible bastón, acudió a la cita. Salomón, insinuante y ágil, prodigó "piropos" y elogios al joven provinciano, que salía ya de la "nebulosa". Tras una pausa, una de tantas, el Ministro observó sonriendo:

—Yo soy muy amigo de su padre, señor Haya... Muy amigo... Estuvimos juntos en el Congreso, cuando su padre de Ud. era diputado...

—Lo sé, señor; me lo había referido alguna vez...

—Oh, sí, éramos muy buenos amigos... Yo aprecio mucho a don Raúl Edmundo... Tan fino y tan cordial... Pues, en recuerdo de esa amistad — la mirada del acicalado Ministro recorrió rápidamente la silueta lamentable del estudiante — yo quisiera ayudar al hijo de mi amigo Haya...

—Muchas gracias — atajó Víctor Raúl...

—Oh, no hay por qué. Tengo un profesorado vacante en el Colegio de Guadalupe. No es gran cosa, claro... apenas unas veinte libras mensuales, pero es algo para empezar y no le tomará mucho tiempo... Lo tiene Ud., amigo mío, a su disposición...

Víctor Raúl tenía un solo vestido y ganaba, por ocho horas de trabajo incesante en el estudio de Romero, cinco libras mensuales. No demoró su respuesta:

—Gracias, señor Ministro, pero siento no poder aceptar... Soy Presidente de la Federación de Estudiantes...

—¿Y eso qué? Al señor Haya, no al Presidente es a quien nombraremos...

—No, señor Ministro: siempre se entendería que la oferta ha sido hecha al Presidente de la Federación de Estudiantes y no al hijo del amigo. Y el Presidente de la Federación de Estudiantes, no puede aceptar puestos de Gobierno...

Y Haya de la Torre volvió a su empleo de cinco libras mensuales, en el que sintió HAMBRE, "hambre efectiva, hambre de estudiante, que es casi como hambre de político", según diría más tarde... Al llegar a su casa, involuntariamente, consideró su ropa... Además, Leguía iniciaba el asedio directamente. Acababa de haber salido de visitarle y dejarle una tarjeta de salutación en nombre del Presidente, uno de los edecanes de éste. El Jefe del Estado deseaba felicitar al

Jefe de los Estudiantes. Haya de la Torre hubo de retornar la visita, pero su único traje estaba roto en los codos y tenía las posaderas lustrosas... Afuera calentaba ya el sol primaveral, haciendo hervir la sangre y dejando al trasluz las telas. Haya de la Torre se metió entre un paletó grueso, que le hacía sudar a chorros, y acudió a Palacio. Leguía discutió largamente sobre los problemas de la Reforma Universitaria, aun en marcha, con el muchachote trujillano; pero éste "ya había leído *La Misa del Ateo* de Balzac, y recordaba sus reflexiones acerca de la ropa y los zapatos del estudiante pobre". A pesar del sol, cada vez más picante y agresivo, Haya de la Torre se lanzó por muchos meses, a sus quehaceres cotidianos, enfundado en el negro y pesado paletó. Risa en ristre, acompasaba sus labores con el tarareo incesante de una aria de "Bohéme".

Por ese tiempo murió trágicamente Abraham Valdelomar, el escritor rebelde. Recordando una promesa de otros días, Haya de la Torre inició la suscripción para erigirle un mausoleo y también para imprimir sus obras.

Muchas veces, — ya alboreaba 1920 — Haya de la Torre encontraba en su camino a Manuel Seoane, largo y flaco, travieso y deportista, cuyo padre, Fiscal de la Nación, pertenecía a lo más rancio y más puro del civilismo histórico. Víctor Raúl tenía entonces pasión por el "viejo Carlos Wagner", cuyos libros había devorado, en ansia de perfeccionamiento moral. Seoane hubo de adquirir "Juventud" del "viejo" para satisfacer las discusiones de Víctor Raúl. Una tarde, Víctor y otro estudiante, Arturo Osores, (hijo) le propusieron a Seoane ser delegado por Letras. No encontró ambiente el flaco y travieso "Manolo", como llamaban a Seoane, y malhumorado, no quiso saber más de aquellas lides. Pero, semanas después, se vió obligado a admitir nuevas conversaciones sobre política universitaria y nacional en una excursión de tres días a Río Blanco, allá, a 4,000 metros de altura. Seoane conoció de labios de Haya de la Torre los primeros tópicos de inquietud social. Además, como Seoane distrajese muchas energías en amorosos lances, Haya, que veía en su nuevo amigo un espíritu abierto y combativo, se empeñó en catequizarle para la sobriedad. Dialogaban, a menudo, hasta las cuatro de la mañana, acompañándose mutuamente, pues, vivían en calles cercanas, y ahí, Víctor Raúl, incitaba a Manolo a leer Anatole France, a compenetrarse de la pureza de Wagner y a usar ciertas estratégicas y mágicas bolsitas de alcanfor. A pesar de que por ese entonces el Gobierno de Leguía estaba en descubierto, revelando su contenido típicamente reaccionario. bajo la cáscara demagógica, Haya de la Torre decidió llevar a

cabo una obra largo tiempo acariciada: un Congreso de Estudiantes Peruanos. En marzo de 1920, partían al Cuzco las delegaciones estudiantiles, que fueron completadas por Arequipa y Cuzco.

Habíase roto con la rutina de los Congresos pomposos y oficiales de Lima. Dábase así un ambiente serrano, es decir, netamente peruano a la asamblea. Discutieron tópicos intrascendentes y trabáronse algunas discusiones bizantinas. Pero, ahí, logró Haya de la Torre la aprobación de su primer sueño realista: Las Universidades Populares; y el voto de solidaridad entre el estudiantado universitario y los trabajadores manuales. El texto de las ponencias aprobadas por el Primer Congreso Nacional de Estudiantes caracteriza dos tiempos diversos de la misma asamblea: el primero esencialmente patriotero; el segundo, de inquietud social. En las dos primeras sesiones el Congreso fué una asamblea chauvinista, con la única excepción de los homenajes a Alfredo Palacios y a don Manuel González Prada. En la tercera reunión se rechazó la propuesta de Luis Bustamante, que decía: "La Federación de Estudiantes defenderá en todo momento los postulados de la Justicia Social". Haya de la Torre sufría en su asiento. En la quinta sesión se avanzó a aprobar la participación del alumnado en la dirección de las facultades y el derecho de huelga estudiantil. Sólo después de estas escaramuzas, el estudiante Gómez, defendido por Haya de la Torre y Bustamante, presentó la ponencia de las Universidades Populares. El Congreso, sorprendido, aprobó 14 conclusiones sobre ellas, entre las cuales había unas que afirmaban que "la Universidad Popular tendrá intervención oficial en todos los conflictos obreros, inspirándose en los postulados de justicia social", "la enseñanza estará exenta de todo espíritu dogmático y partidarista" y que "la Universidad Popular procurará el acceso de su asociados (obreros y campesinos), a los gabinetes y laboratorios de los centros de instrucción superior y demás instituciones de carácter cultural"... la mayoría reaccionaria del Congreso aprobó, seducida por lo aparentemente demagógica y oratorio de la ponencia, todo lo que dijeron Haya de la Torre, Bustamante y Gómez... Víctor Raúl, al salir de la asamblea, palmeando gozosamente los hombros de Bustamante—frágil y terriblemente miope estudiante de Medicina, fogoso y zahorí — repetía:

—Hoy sí se ha trabajado algo serio.

Clausuráronse las sesiones. Al revisar los pasajes de regreso sobraba uno. Haya decidió que fuera utilizado para traer a Lima — meta y ensueño — al delegado por Arequipa, un joven poeta jactancioso, llamado Alberto Guillén. Ha-

ya cedió también las cinco libras que le correspondian como gasto de viaje para que Guillén viniera a perfeccionarse literariamente y a servir a la causa del nuevo estudiantado peruano... El 31 de marzo, al amanecer, perfilóse el aún inédito peñón de San Lorenzo. Desembarcaron muy temprano, y Haya de la Torre se dirigió rápidamente a su alojamiento en el balneario de Chorrillos, una humilde y estrecha pieza en un hotel semiabandonado, solitario y silencioso. Hasta ahí fué a verlo el capitán Eduardo Price, de la casa Militar del Presidente de la República, para saludarle en nombre de éste. Haya de la Torre no devolvió nunca esta visita. Ya se experimentaba el sentimiento libertador de la revolución leguiísta.

Un problema sentimental agitaba sus vigilias. La actividad de propagandista le arrancaba a sus sueños y a la creciente amenaza de un idilio avasallador, allí en Chorrillos, en medio de un ambiente propicio y celestinesco, frente al mar, en el malecón que munícipes románticos dejaban sin alumbrado eléctrico cuando asomaba la gorda y pegajosa luna chorrillana, arriba, en un cielo algodonoso y bobo. Como contraste, la vida práctica se volvía más y más dura. El Dr. Romero, el "patrón" del estudio, en donde Haya de la Torre ganaba difícilmente sus cinco libras mensuales, había sido nombrado delegado del Perú ante la Liga de las Naciones. Después de dos años y tres meses, sin ningún aumento, Haya de la Torre quedaba sin trabajo, con la única retribución de un certificado en el cual el importante Dr. Romero reconocía que abonaban al discípulo, "clara inteligencia, honradez y grandes condiciones para la abogacía". Felizmente, un colegio de señoritas en la calle de Valladolid le brindó un curso con el sueldo miserando de media libra semanal: unos parientes, "los únicos de mi larga y bastante acomodada familia, que no temían a mis ideas", le ofrecieron su mesa. En octubre de 1920, cesaba en la Presidencia de la Federación de Estudiantes.

Su sucesor, Juan Francisco Valega, le encomendó que se encargara de organizar las Universidades Populares. Al mes siguiente ya aparecían los cartelones, invitando a las clases en el local de la Federación. Alternaba sus nuevas inquietudes y ocupaciones con un cargo de profesor de instrucción primaria y secundaria en el Colegio Anglo Peruano, dirigido por el escocés John A. Mackay, autor de un importante trabajo sobre Miguel de Unamuno. Le pagaban al principio tres libras mensuales por su corto trabajo. El 22 de enero de 1921 logró fundar la Universidad Popular, inaugurándola. Esa noche, Haya de la Torre decía ya: "Un estudiante obrero no es un niño de escuela, ni un muchacho de colegio ni un mozo de universidad; tiene algo de los tres y mucho de sí mismo".

En asamblea de alumnos y profesores, la Universidad Popular eligió Rector a Haya de la Torre, quien dictaba las asignaturas de Geografía e Historia Social. En esta tarea le acompañaban jóvenes profesores, alumnos universitarios e intelectuales libres y snobs. Con él estaban Oscar Herrera, Enrique Cornejo Koster, Raúl Porras, Manuel Abastos, el sacrificado Chávez Herrera, Luis F. Bustamante, Jorge Basadre, Nicolás Terreros... Haya dictaba varias horas cada noche. Cuando tocaba clases a los mozos de hotel, su curso se prolongaba hasta las cuatro de la madrugada, pues, aquéllos trabajadores terminaban sus quehaceres a las dos de la mañana. Retirábase vibrante y efervorizado a su casa, siempre acompañado por obreros. Destilaba su garúa penetrante, cendal levísimo y taladrante, el cielo limeño. De mañana, muy temprano, la garúa atravesaba las horadadas suelas de los zapatos andariegos que calzaba Víctor Raúl. Volaba, presuroso, sin desayuno, a su clase del Anglo Peruano. Después de todo, ¡qué más daba aquel trajín! Hacía un año, ¿cuántas veces permaneció en ayunas hasta muy entrada la tarde, atado a la máquina de escribir en el estudio del Dr. Romero, mientras veía desfilar ante sí, cheques por centenares y millares de libras como pago por honorarios profesionales de su principal?...

Y entretanto, Leguía había desencadenado toda la furia de su régimen, descubriendo la falaz plataforma democrática en que sustentárase. Turbas, contagiadas por la promesa de abaratamiento, corrompidas, por el cohecho e ilusionadas por la demagogia patriotera, se prestaron al incendio de los diarios opuestos al leguiísmo. *La Prensa,* de Durand, fué la víctima propiciatoria. *El Comercio,* de los Miró Quesada, se salvó de las llamas, pero el domicilio privado de su Director fué saqueado: el propio Leguía firmaría, diez años más tarde, un decreto, indemnizando, con fondos del Estado, aquel desborde propiciado desde las alturas. Los civilistas optaron por la desaparición oportuna: Miró Quesada se oponía al leguiísmo... desde Europa. Riva Agüero lanzó su anatema contra el golpe del cuatro de julio, y desde entonces fuése a residir en Italia y España. Un grupo de diputados fué desaforado. La Isla de San Lorenzo poblóse de rebeldes. En la frígida isleta de Taquila, a 4,000 metros de altura, purgaron su altivez muchos insurrectos: el Mayor Gustavo Jiménez, hombrecillo pequeño, de ojos agudos y vivacísimos, mentón puntiagudo, frente ancha, enérgica y audaz, estaba entre ellos. A Jiménez le llamaban *el Zorro.* Todas las tentativas de Leguía para atraerlo o dominarlo, fracasaron. Intrépido y honesto, prefirió, cuando obtuvo la libertad, ganarse la vida

como chofer de un camión de carga, a vestir el uniforme de soldado.

Para afianzar el régimen, Leguía llamó a la Cartera de Gobierno a su primo don Germán, miembro de la Corte Suprema de Justicia. Gozaba don Germán de fama de talentoso y de cruel. Había escrito versos románticos y prosas de combate, cuando actuara al lado de don Manuel González Prada, de quien fué compañero. Después, lució como jurisperito en la redacción de un "Diccionario de Legislación Peruana" y como diplomático. Político, aceptó el Ministerio, "para aumentar más aún, si cabe", el prestigio de su primo Augusto. Instantáneamente, y con argucias jurídicas, convirtió en delito la capacidad de conspirar, desoyó los pedidos de "*habeas corpus*" y zamarreó implacablemente a jueces tímidos y a diputados levantiscos. Sus admiradores le obsequiaron con el mote de "*Tigre*", emulando a Clemenceau: Premier mostachudo, belicoso y honesto.

Para el Perú de entonces, bastaba un gato bravo. La hipérbole nacional buscó un hiperbólico *Tigre*. Mas, contra él se alzaban intelectuales futuristas y sonoros. Como afloraban auras de romanticismo, se creyó que tres escritores, tres poetas — aun cuando uno de ellos no hiciera versos — podrían canalizar la opinión opositora a los desmanes del Poder. No se percataban, los líricos, del tiempo prosaico en que se vivía ya. José Gálvez, poeta, catedrático y pierolista de limpia ejecutoria civil; Luis Fernán Cisneros, poeta y pierolista, director de *La Prensa* y Víctor Andrés Belaúnde, "futurista", ex pierolista, catedrático y director de *El Mercurio Peruano*, fueron los tres predicadores de la lírica cruzada antileguiísta. Belaúnde acababa de regresar de Uruguay, en donde había sido Ministro bajo el régimen de Pardo — agonizante — y Leguía — triunfador. Su oratoria fogosa, sabiamente secundada por el gesto de sus manos y de su cabellera nigérrima, encauzaba las parsimoniosas discusiones del grupo llamado, con infantil jactancia, "*La Protervia*", en el que se alineaban banqueros literatizantes, ingenieros, poetas-negociantes, artistas, burócratas y algunos jóvenes deslumbrados por tanto y tanto oropel. Los martes por la noche se realizaban las sesiones de "*La Protervia*". Se debatía sobre el heroísmo, la democracia, la extracción de la raíz cúbica según los descubrimientos de un matemático de nombre indescifrable, la filosofía de Lao-Tsé y Pascal; y al toque de once, en el comedor alumbrado penumbrosamente por una lámpara vestida de verde obscuro, se tomaba sabroso chocolate con tostadas chirriantes, en tanto que el jardín de Academos continuaba poblado de musas y de mitos, por mucho que, de momento, hubiese tro-

cado su peripatetismo en el más prosaico, pero más sabroso, Comedor de Academos... Los tres mosqueteros de la libertad, en abstracto, plantearon la invulnerabilidad del Poder Judicial, hollado por Leguía. Como Belaúnde era catedrático de Derecho Constitucional, a él se encomendó una conferencia en la Federación de Estudiantes. Un grupo de alumnos leguiístas, dirigido por Clodomiro Chávez, cierto Ernesto Byrne y otros, tomaron por asalto la Federación y formaron poco después un sedicente Comité de Reforma que encalló en las doradas playas de la burocracia leguiísta. Pero, Belaúnde, empeñado en dictar la conferencia, logró el local de la Universidad, cedido en una tímida nota por el Rector Javier Prado, civilista 100 por 100. Era en marzo de 1921.

Junto al conferenciante se erguían, ufanos, seguros de la reacción popular, los penates del civilismo universitario: Manzanilla, Deustua, que era Director de la Biblioteca Nacional, otros, Cisneros también estaba allí. Empezó la oración empenachada y rumbosa, cuando de repente, en el mismo patio de la Universidad sonaron disparos. Los alumnos leguiístas, encabezados por algunos empleados incondicionales, hacían estallar el escándalo, para que las fuerzas de policía, que esperaban afuera, interviniesen con el pretexto de restaurar el orden. Dos coroneles — Alcázar y González — cerraron las puertas de San Marcos, ayudados por estudiantes. Cuando prosiguió la conferencia, nadie se explicaba adonde estaban los jactanciosos maestros civilistas. Belaúnde, más trémula la voz, apoyado en Cisneros, continuó la perorata convertida, de alegato jurídico, en incitación insurgente. Esa noche — era martes—"*La Protervia*" estuvo desierta. En el tercer piso del Club Nacional — el vivero del civilismo pardista — se refugiaba el conferenciante de la tarde. y, ahí firmaron los catedráticos civilistas su decisión de "receso". Invocando no sé qué precedente de Koenisberg — más no a Kant ni a su imperativo categórico — acordaron no asistir a clases. Decretada la huelga de profesores, a quienes secundaron alumnos mayoritariamente civilistas, San Marcos quedó desamparado. Perdióse un baluarte. Los más empeñosos partidarios del receso emigraron a doctorarse a las universidades de provincias, en donde se conquista título, nombre y novias ingenuas. Fracasó Leguía en su empeño de abrir una universidad leguiísta. *La Prensa*, que continuó la campaña, fué expropiada; Cisneros preso; el diario suplantado; la Federación estaba copada; el Rector fué detenido, humillantemente, en una Comisaría, por algunas horas, confundiéndosele con vagos y rateros. Se aproximaba el Centenario de la Independencia Nacional. En vano quiso Leguía tener abierta la Universidad el 28 de

julio de 1921. Mas, como entre los embajadores extranjeros para las fiestas del centenario, había venido Antonio Caso, espíritu que encarnaba la reforma mexicana, un grupo de estudiantes independientes, opuestos al receso y a la intervención de Leguía, resolvió abrir por la fuerza San Marcos. A pesar de la furia del civilismo "recesista" — es decir, evasivo — y del veto del Gobierno intervencionista, los universitarios ocuparon el Salón General de la Universidad, cuyas puertas astilladas evidenciaban la violencia del prólogo; y esa tarde hablaron Manuel Abastos, miembro del Conversatorio Universitario de 1919; Luis Alberto Sánchez, el Maestro Antonio Caso y Víctor Raúl Haya de la Torre, que cerró la actuación organizada por él. A la caída la tarde, ciertos barrios contemplaron atónitos el desfile bullicioso de un reducido grupo de estudiantes y obreros precedidos por un hombre de cabeza beethoveniana—melena revuelta, mentón prominente, ojos vivaces — y por un joven alto, de ancho pecho, sonrisa plena y un extraño resplandor en la mirada. Vivaban a la libertad, a México y al maestro Caso.

Tiempos difíciles los que advinieron. La crisis metió sus garras en las entrañas mismas de la nacionalidad. Desterrados los opositores al Leguiato, nada perturbaba la paz del autócrata. Un Congreso domesticado decía "sí" a todos sus antojos. Los estudiantes dispersos, tras de diplomas, conquistas y aprobaciones, carecían de solidaridad y consistencia. Haya de la Torre había pasado largos meses en la sierra peruana de Cuzco, Puno y Apurimac, observando la tragedia del gamonalismo. De allí volvió con mayores ímpetus. Al celebrar el 22 de enero de 1922, el primer aniversario de la Universidad Popular, pronunció Víctor Raúl un discurso memorable. En él, diferenciaba ya lo europeizante de lo autóctono, definía el sistema didáctico seguido en la Universidad Popular como "el resultado de la observación de nuestra realidad social", que "no es el sombrero europeo sobre la cabeza del criollo" sino mejor "como la gimnasia para el músculo: su forma viene de dentro y pertenece a la carne misma".

Continuaba su tarea de profesor en el Colegio Anglo Peruano. Haya de la Torre siempre en pobreza no descansaba jamás. A las ocho de la mañana, llegaba al plantel, apurado, devorando a zancadas las escaleras de la vieja casa de la Plaza de la Recoleta. Subía acezando, y tras un rápido y reido "buenos días" a la secretaria, que era Lola Voysset, cogía sus papeles y penetraba en el salón de clase. Los cuarenta muchachos poníanse de pie para saludar al Maestro, ligeramente retrasado... Queríanle entrañablemente aquellos alumnos

suyos. Y es que Haya de la Torre comprendía como nadie la psicología del escolar.

Cuando descubriera que en la Primaria habíase constituído una "sociedad de auxilios mutuos" con el objeto de cooperar para resistir al bárbaro castigo de las "Líneas" por el cual se condena al estudiante a escribir cierto número — 100 a 1,000 — líneas, como castigo disciplinario, Víctor Raúl organizó una "liga de orden y limpieza" entre sus discípulos menores de doce años. En la Sección Secundaria, los procedimientos de Haya de la Torre eran un poco diferentes. Tratándose de muchachos más conscientes, creó "los tribunales de honor" de los mismos niños, quienes juzgaban a sus propios compañeros: el acusador debía ser siempre el mismo delincuente o infractor. En dos años que duró la permanencia de Haya de la Torre en el Anglo Peruano, jamás se presentó una queja contra las sanciones de aquel tribunal

A las 9.50 sonaba una campana señalando el descanso. Haya de la Torre, jovial y franco, recorría rápidamente el espacio que mediaba entre su clase y la secretaría:

—Lola, tengo hambre.

La secretaria, avezada a estos reclamos del profesor siempre ayuno de dinero, fingía no escuchar.

—Lola, tengo hambre... No sea mala, apúrese que van a tocar de nuevo.

—Y ¿qué tengo que ver yo con su hambre?—socarroneaba la secretaria.

—Pues que no tengo ni un centavo—y Haya volvía de revés sus bolsillos para mostrar la evidencia de su inopia. —Tengo hambre, hija mía: deme a cuenta de mi sueldo.

La tarea era cotidiana. Se ajustaba la cuenta: un café con leche y un *chancay* con mantequilla: 20 centavos.

—Veinte "cobres", no más, Lola.

Desaparecía velozmente por las escaleras, hasta la vecina calle del "Callejón Largo", y al cabo de unos minutos, regresaba devorando los últimos restos de un moreno y perfumado *chancay* con mantequilla...

Diariamente se repetían esta y otras escenas semejantes: Para entonces—Lola Voysset lo retrata—la indumentaria de Víctor Raúl era la siguiente: "Sombrero negro de paño; bastón—infaltable bastón—amarillo; saco negro de "alpahaca" (tela de lustrín), abrochado con un solo botón, roto en los codos, dando la sensación de que el pecho rompiera el saco, obligándolo a estirarse; corbata torcida a cualquiera de los la-

dos—era lo de menos esto de la corbata—no usaba chaleco; camisa que se hacía abuchonada alrededor y se le salía por la abertura del solo botón del saco que estiraba más arriba de la barriga, cerca del pecho; pantalón y zapatos negros, que, muchas veces, me imaginaba que estaban sin suelas, pues pisaban muy suavemente. Pero el bastón era un segundo Víctor Raúl: inseparable, insubstituíble".

En febrero de 1922, los estudiantes, cansados y defraudados por el "receso" querían volver a las clases. Los profesores civilistas, a quienes se pidiera su renuncia de los empleos gubernativos que desempeñaban, olvidaron la promesa. Los estudiantes de la Argentina invitaron por ese entonces, a Haya de la Torre. La víspera de su partida, reunió a un numeroso grupo de estudiantes en el salón de Primer Año de la Facultad de Letras, y ahí, bajo su presidencia, se deliberó sobre la situación universitaria. La mayoría acordó nombrar una comisión de alumnos que asesorara a dos catedráticos—Romero, el principal de Haya y Manzanilla, el jacarandoso economista del civilismo—en las gestiones sobre la apertura de la Universidad. Días después, partiría Haya de la Torre hacia Arequipa y la Paz, en donde fué recibido con fervoroso entusiasmo, rumbo a la Argentina y Uruguay... Pero, antes de partir quiso señalar el receso como una maniobra. Protestaron algunos, muchos de los que, andando el tiempo le acompañarían en empresas mayores. Seoane fué uno de los disconformes. Discutiendo sobre este y otros tópicos, salieron juntos Haya de la Torre y Seoane para hacer los preparativos del viaje del primero. Seoane quedó sorprendido del bagaje del viajero: libros, libros, libros y libros.

Como Haya carecía de dinero, el director del Anglo Peruano, el doctor Mackay, le adelantó quinientos soles de los sueldos que Víctor Raúl debía percibir como profesor de su plantel. Haya de la Torre desempeñaba la clase de Constitución y Derecho Usual. Uno de sus alumnos era hijo de cierto político leguiísta, dueño de influencias decisivas, allá, en las alturas del mando. El chico, que era pendenciero, enredóse, un buen día, con otro de sus compañeros, en pleito criollo y contundente:

—Vas a ver—bramó el caciquito—, vas a ver. Ahora le digo a papá que "*chape*" a tu padre y lo meta preso...

—So *palangana*... Calla la boca... A mi papá no lo *chapa* nadie... Aunque el tuyo sea ministro, primero están las garantías constitucionales...

—¡Ja, ja, ja!... Calla, zonzo... Eso de las "garantías constitucionales" es para decirlo en clase de Constitución. Dí-

selo al doctor Haya, pero mi papá puede más que la Constitución, para eso tiene soldados y policías...

No olvidó el incidente, el profesor atentísimo. Por ello, cuando premunido de credenciales de la Federación de Estudiantes y de la Federación Obrera Regional, partió hacia el sur, estaba resuelto Haya de la Torre a darse íntegramente en la lucha por la Justicia Social, a la que había consagrado decididamente ya su existencia entera.

# VI

## 23 DE MAYO

"Cuatro meses y once días he tardado en este viaje por Bolivia, Argentina, Uruguay y Chile, de los cuales no considero perdido un solo momento. Sobre el tumulto de recuerdos e impresiones que he de ordenar y reflejar en próximos artículos y conferencias, surge un anhelo intensamente avivado al volver al Perú: nuestra juventud debe salir, antes que a Europa, a América"—, escribía Haya de la Torre en *La Crónica* del 27 de junio de 1922. Y la silueta grácil que acompañaba continuamente los paseos de Víctor Raúl por el malecón de Chorrillos, frente a un mar apaciguado y lleno de resignación, anduvo menos con él, porque una legión de mozallones vibrantes, obreros y estudiantes, iban a dialogar con él sobre el palpitante problema del tiempo nuevo.

Haya de la Torre había remudado preocupaciones y aguzado las que se llevó. Entre los nuevos amigos, Luis Heysen, adolescente estudiante de Agronomía, era uno de los más constantes acaso como compensación a los reparos que, bajo la influencia de las calumnias gobiernistas y civilistas había opuesto antes a la personalidad del nuevo líder. Surgían, a través de la charla viviente y animadora de Haya, paisajes, problemas y personas. Arturo Alessandri, Bautista Saavedra, José Batlle Ordóñez, Hipólito Irigoyen, entre los políticos de viejo cuño; Alfredo Palacios, José Ingenieros, Ricardo Rojas, entre los maestros argentinos de pensamiento más cerca de la modernidad; Sánchez Viamonte, Sanguinetti, Gabriel del Mazo, Silva Castro—que entonces era un estudiante rebelde—, Schweitzer, Vicuña Fuentes, Lagarrigue, Labarca, Pablo Vrillaud, Ripa Alberdi, ¡cuántas, cuántas figuras pasaban por el calidoscopio de la parla centelleante y vivaz!

—"Creo que hay una distancia enorme entre la juventud del Perú y la que lucha en Argentina, Uruguay y Chile.

Entre nosotros, la juventud no desempeña el altísimo papel espiritual que allá—solía afirmar el regresado—y agregaba textualmente: "Yo creo no equivocarme al declarar que existen dos Uruguay, dos Argentina, dos Chile. En cada uno de estos países el pasado y el porvenir están definidos en un dualismo fecundo. El grito que oí en Santiago a un estudiante representativo, condensa la voz de las juventudes del sur del continente: "¡Seamos distintos de nuestros padres!"

La admiración de Haya de la Torre hacia la reforma Universitaria argentina, que animó en gran parte Del Mazo, subía cada vez más de punto. Al llegar al Uruguay—refería—le tocó asistir al estallido del movimiento estudiantil de Montevideo, y presidir, por acuerdo de los alumnos, la tercera asamblea; y esa asamblea resolvió confiar a Haya de la Torre la representación del estudiantado montevideano ante todas las universidades del Uruguay, Argentina y Chile. La Universidad Nacional de Buenos Aires abrió las puertas de su Salón Máximo al viajero del Perú, que pronunció ahí una conferencia. Al llegar a Chile, había acudido al punto a depositar flores sobre la tumba de Domingo Gómez Rojas, el poeta y estudiante sacrificado inicuamente por el régimen reaccionario de Sanfuentes. No se separó mucho de Haya de la Torre, el joven profesor Carlos Vicuña Fuentes, a quien la plutocracia chilena condenara acerbamente por el "delito" de haber publicado el libro *La libertad de opinar* en donde pedía una solución de derecho—y no de fuerza—para el asunto de Tacna y Arica. En tres diversas asambleas de estudiantes y obreros, Haya de la Torre y Vicuña Fuentes se dirigieron a las masas. Y tal fué la influencia del líder de alma americana, que, a pesar de la demagogia antiperuana, la mocedad prorrumpió, un día, en el grito de "Viva el Perú!" Gabriela Mistral, emocionada por todo aquello, comento con Víctor Raúl:

—Temo mucho que usted, como otros peruanos, no conserve ni refleje el recuerdo fiel de su permanencia en Chile...

Haya se quedó pensativo y luego respondió:

—Comprendo su duda, Gabriela, pero es que "los otros", a quienes usted se refiere, no conocieron, sin duda, al Chile nuevo, ni los sacrificios cruentos de su estudiantado, ni los holocaustos de su obrerismo, ni a estos hombres que, como Vicuña Fuentes, Paulino Alfonso, Carlos Lagarrigue, José Novoa Orellana, y usted, Gabriela, trabajan por renovar el pesado ambiente de rencores y odios suicidas... Don Paulino Alfonso, en un rapto de sinceridad, confió al estudiante peruano, un secreto de Estado:

—Mire Ud., Haya, aquí tiene el convenio de partir las dos provincias, de acuerdo con Leguía...

Haya se quedó pensativo...

Acababa de llegar Víctor Raúl a Lima, cuando los estudiantes de Santiago asaltaban la Universidad de Chile, y expulsaban al Rector: no había sido estéril la permanencia de Haya de la Torre en Chile.

Habíase instalado ya en la Facultad de Letras de San Marcos, Lima, un Conversatorio Filosófico — diverso al "Conversatorio Universitario", esencialmente histórico que, en 1919, fundaron Haya, Porras, Sánchez, Basadre, Leguía Iturregui, Abastos, Vegas, — y en él abordó Víctor Raúl el tema de la Pedagogía y de la Sexología. Edwin Elmore — vibrante y dinámico — animaba el Conversatorio. Haya de la Torre disertó varias sesiones sobre aquel tema: "pocos — apunta Oscar Herrera — pudieron comprender la importancia de tal discusión en un Conversatorio de Gente de la Facultad de Letras". Mas, el empeño de Víctor Raúl traspasó los linderos de aquel centro; y, en el propio Colegio Anglo-Peruano, inició una serie de charlas sobre el problema sexual, hasta entonces *tabú* de la educación peruana. Oscar Herrera, también profesor de la Universidad Popular, se encargó de la parte médica del curso, y Haya de la Torre de la parte filosófica y ética. Años más tarde, uno de los alumnos del Anglo escribiríale a Herrera, a la sazón desterrado en Buenos Aires: "Imposible olvidar esos consejos, que me han servido tanto; muchas veces, al borde del peligro, de mi degeneración quien sabe, he oído las palabras de mi maestro, hablándonos de la cuestión sexual".

Para equilibrar el ritmo agobiante de su actividad intelectual y propagandística, Haya de la Torre cultivaba, asiduamente, la natación y el remo en el "Club de Regatas Lima", de Chorrillos. Temprano, muy temprano, o al caer la tarde, jamás faltaba el líder estudiantil, en compañía de Manuel Seoane, cuyo prestigio universitario crecía por ese tiempo. Con su habitual locuacidad, Víctor Raúl le contaba a Seoane el éxito clamoroso que había obtenido, en Buenos Aires, el tango "Loca", y los esfuerzos que habían realizado los emisarios de la III Internacional de aquella ciudad, para afiliarlo a ésta. A Haya de la Torre le chocaba la ausencia de realidad americana en los tópicos comunistas... Seguía la conversación al tiempo de vestirse, o en un alto de los ensayos de carreras con vallas, en el corredor que une al Club con la orilla. El tema, ya desflorado, de la juventud del sur, o el de la cuestión sexual, surgía de nuevo, con aplicaciones al Perú, y persistía el consejo de Víctor Raúl, repetido insistente y maliciosamente a Seoane:

—Hay unas bolsitas de alcanfor, Manolo...

Tornaban a los tópicos trascendentales, y, luego, había que satisfacer curiosidades frívolas de aficionados a los tangos, a los deportes, a la politiquería criolla. Pronto, ampliábase el corro de auditores. La ausencia de pedantería permitía alternar el *allegro* con el *maestoso, andantes* y graves, y algunas *fiorituras* regocijadas. Decididamente, había mucho qué aprender Pero, cuando llegaban al tema musical, atajaba alarmado Seoane:

—Oye, Víctor: cuéntanos de los tangos, pero, por favor, no los cantes...

Las carcajadas sin reveses atronaban el espacio.

Desde la sombra, elementos allegados al Gobierno trataban de resquebrajar el prestigio de Haya de la Torre. En la Universidad de Chile, había dicho Víctor Raúl: "Yo se que un día la unión de nuestros pueblos será una realidad. Entonces el ridículo sangriento envolverá a los hombres que han hecho plataforma política de un odio que jamás han sentido". Con este motivo, agentes oficiosos propalaron la absurda especie de que Haya estaba "vendido al oro chileno". Pero, resuelto a seguir su camino y no contestar a cargos personales, continuó Víctor su campaña y se dirigió a Trujillo, a ver a sus padres, tras cinco años de ausencia.

Cinco años... Víctor Raúl tornaba, convertido en un mocetón erguido, de ancho pecho, robusto y siempre con esa risa optimista y franca, que llevó como amuleto, a la partida. Encontraba envejecido a don Raúl Edmundo, tan sobrio y tan enhiesto siempre. Algunas arrugas levísimas surcaban ya el rostro de perfil de medallón de doña Zoila Victoria. *Cucho* residía en Lima. *Piño* trabajaba en una hacienda. Lucía estaba casada. Zoila, solamente, quedaba en el hogar sereno. Faltaban muchos amigos. César Vallejo vivía borrascosamente en Lima, después de haber publicado su "Trilce". Orrego y Spelucin empuñaban el timón de *El Norte*, diario renovador que acababa de fundarse en Trujillo. Jóvenes — niños de ayer — acudían a oír al también joven maestro: ahí estaban Carlos Manuel Cox. Manuel Vásquez Díaz, Eloy Espinosa, Luciano Castillo, Pedro Lizarzaburu, Manuel Morales Loli, Alfredo Rebasa, cuántos más... En rápida visita a los valles vecinos, Víctor Raúl comprendió el trágico sino de su ciudad nativa. Absorbido totalmente el comercio por la firma alemana de Gildemeister; dueña la Northern Mining Company de la riqueza minera del departamento; secuaces de todo, algunos gamonales ávidos de poder, a costa de cualquier sacrificio de la nación, ¿quién, sino el pueblo, las clases oprimidas, adoctrinadas y resueltas, podrían detener el cataclismo a

que era arrastrada La Libertad por el irrefrenable apetito de lucro? Daba pena ver rumbo a la miseria una ciudad tan señoril y encopetada. Rebosando amargura, Víctor decidió dar tres conferencias en Trujillo. Los corrillos se poblaron de augurios cuando se supo que el hijo mayor de don Raúl Edmundo y de doña Zoila Victoria iba a discurrir en un teatro:

—¿Qué sabrá el *mocoso?* — cuchichearon los viejos.

—¡Cuánto no habrá aprendido! — comentaron los jóvenes.

Entre una duda y una afirmación — vejez y juventud, — llenóse el Teatro Ideal de Trujillo, al conjuro del nuevo tribuno. Hora y media duró la conferencia. El auditorio, prendido de la palabra de Víctor Raúl, veía, a través del intencionado relato de un viaje meditativo, el cuadro vergonzoso de la realidad peruana, y, por contraste, surgían los rumbos y las condenas. Y fué tanto y tanto el interés del público, que, para la segunda conferencia, en el Teatro Popular, la sala estuvo repleta. Trujillo supo que el "hijo pródigo", cuya infancia mecieron mimos y halagos, tenía garra de conductor de multitudes y hondura de sociólogo. Y entonces, las gentes reaccionarias acudieron al prefecto, un coronel Temístocles Molina Derteano, autoritario y duro, quien prohibió la tercera conferencia, anunciada para la Plaza de Toros, a fin de que cupiera el auditorio. Repetíase con el joven Haya de la Torre la misma táctica que contra el maduro González Prada, veinticinco años atrás: el civilismo no alteraba sus tácticas despóticas. Pero el pueblo trujillano estaba resuelto a oír a Haya de la Torre, y éste, a hacerse escuchar. Cuando la fuerza cerró la entrada a la Plaza de Toros, las masas movilizáronse hacia la Universidad de La Libertad. Y ahí, a despecho de los sables de la gendarmería y de las furias del Prefecto, ahí habló Víctor Raúl. Su tema fué "la actualidad peruana". La oración candente propugnaba el frente único de trabajadores manuales e intelectuales contra la autocracia, sometida a los intereses imperialistas. Aquello fué un latigazo a la conciencia cívica adormecida.

Ya no fué posible dictar más conferencias en Trujillo. La algarada insurrecta inquietó al Prefecto. Haya de la Torre dedicó el tiempo que permaneció aún en su ciudad natal, a adoctrinar a un grupo de jóvenes obreros y estudiantes, a organizar la Universidad Popular, a dar lecciones de ciencia social y de deportes... En la playa de Buenos Aires, vecina a Trujillo, enseñaba cómo se debía respirar hondo y bien. Otras veces, iniciaba a sus amigos en el gauchesco arte de *cebar* el *mate* con yerba paraguaya. Orrego

disertaba sobre temas estéticos. Cox, Vásquez, Espinosa, Castillo, escuchaban respetuosamente a Víctor Raúl. Por de pronto — preludio de la Universidad Popular — quedó establecido el Centro de Estudiantes y Obreros. Y cuando, días después, estalló la huelga obrera y campesina en los valles de Chicama y Santa Catalina, los estudiantes trujillanos se adhirieron resueltamente a la causa de los trabajadores. Vomitaron fuego, sobre los huelguistas, los rifles a órdenes del señor Molina Derteano. Pero, la siembra había sido fructífera: no se debelaría la inquietud suscitada.

Terminaba 1922. Ante la actitud irreductible del alumno Haya de la Torre, ya experto en Pedagogía, el profesor permanente de esta materia, don Luis Miró Quesada, decidió reprobarlo en el examen final. Víctor Raúl, sin titubear, emplazó públicamente al catedrático a discutir sobre Pedagogía, y criticó certeramente el programa magisterial. A la vez, el gobierno de Leguía ajustaba el cerco en torno del líder. Pero, cada día crecía la Universidad Popular, que funcionaba, entonces, 3 noches de la semana en Vitarte, y 3 en la Federación de Estudiantes. Fué entonces cuando, en homenaje al gran precursor de la renovación ideológica peruana, la Universidad Popular tomó el nombre de González Prada. Haya de la Torre había establecido ya la Fiesta de la Planta, en enero. 5,000 obreros de Vitarte y Lima acudían a ella. Las excursiones de maestros y alumnos de las U. P. G. P. (Universidades Populares González Prada), robustecían el fraterno vínculo que unía a los unos y a los otros.

De momento, se acentuaba la crisis política ante la cercanía de las elecciones presidenciales y el propósito de Leguía de remover el obstáculo constitucional para hacerse reelegir. El senador Roger Luján Ripoll y el diputado José Antonio Encinas, capitaneaban la oposición a la reelección. El Primer Ministro, y primo del Presidente de la República, renunció su cartera y se presentó como candidato en resuelta actitud. Pero, en lugar de él — que era don Germán Leguía y Martínez — el Presidente designó Ministro de Gobierno y Policía a Pedro José Rada y Gamio pintoresco personaje político, pasto de los caricaturistas por su curiosa indumentaria, y de la prensa adversa por sus detonantes e hiperbólicas oraciones áulicas. Rada y Gamio se encarnizó contra Haya de la Torre, entonces de 28 años. Mandó apresar a varios obreros, de los más adictos a la Universidad Popular, y, entre ellos, al carpintero Samuel Ríos. A éste se le quiso arrancar una declaración firmada, acusando a Haya de la Torre de haber recibido dinero de Chile: la eterna muletilla del antipatriotismo contra los ad-

versarios de un régimen. Ríos negóse resueltamente. Exasperada la autoridad policial del Callao, embarcó a Ríos en una lancha, a media noche, y lo condujo hasta alta mar. Pesaba el silencio de los navegantes. De pronto, detúvose el motor.

—Mira, tú — dijo el esbirro comisionado, encarándose a Ríos y propinándole un puntapie: — por última vez te digo, firma esta acusación contra Haya de la Torre y te pondremos en libertad.

—Yo no firmo nada — replicó terminantemente Ríos.

—Calla, mierda — y un taconazo ensangrentó la boca del obrero, atado al fondo de la lancha. — A ver, ustedes — continuó el sayón dirigiéndose a sus acompañantes, — vamos a proceder...

Ríos vió, en silencio, cómo ataban a su cuello una bala pesada; luego, otra a sus pies; sintió, inerme, que lo colocaban al borde de la lancha, y, después, el frío del agua que le llegaba a la cintura. Lo sostenían de los brazos:

—Tienes un minuto, carajo. Firma o te largamos al fondo... Te vamos a fondear.

Ríos no pronunció una sola palabra. Estaba la muerte en marcha.

—¡Lárguenlo!

El agua daba ya al cuello. Y la pesada bala arrastraba a Samuel al fondo del mar. Un largo minuto. Acaso una hora. O la vida entera...

—¡Sáquenlo, carajo, a este animal!, — y, enfurecido, el esbirro pateó, abofeteó al maniatado preso, hasta hacerlo desmayar de dolor. Pero, un alumno de la U. P. G. P. no traicionaba a su rector y compañero. Así era la conciencia formada en las U. P. G. P.

Entretanto, para afianzar la reelección, planeóse la consagración del Perú al Corazón de Jesús, no obstante que la Constitución garantiza la libertad de cultos. El Arzobispo Emilio Lisson coadyuvaba a este proyecto. Las actividades financieras de este prelado, que realizaba más viajes a Nueva York que a Roma, habían llegado a firmar un contrato con la firma yanqui "Fred T. Ley and Co." para que ésta administrara los bienes inmuebles de la Iglesia peruana. Con el objeto de deslumbrar a los ingenuos, la casa Ley demolió dos viejas fincas del Arzobispado y alzó, en su lugar, rascacielos de cinco y seis pisos; pero, el precio de tanta magnificencia era, como siempre, la parte del león... Los periódicos denunciaron el hecho de que entre el Presidente de la República y el Vaticano se discutía la posibilidad de un Concordato, mediante el cual quedaría suprimida la libertad religiosa en el Perú, con predominio

para el clero extranjero. La consagración de la República al Corazón de Jesús formaba parte del vasto programa político de Leguía. Y Haya de la Torre resolvió atacar este propósito substancialmente de orden político, y defender la libertad de conciencia peruana.

Había regresado, por aquellos días, José Carlos Mariátegui. Venía renqueando y débil físicamente, pero transformado de cuentista dandy y poeta romántico, en escritor socialista. La estancia de tres años en Europa le había sido sumamente provechosa espiritualmente. Pero, los obreros desconfiaban de él. Su ida, en inevitable "pour parler" con el gobierno; el haber ejercitado inoficial secretaría de Arturo Osores, Ministro en Italia, todo esto daba asidero a las dudas. Pero, Haya de la Torre no dudó. Al salir de una de sus continuas visitas a casa de doña Adriana, la viuda de González Prada — vieja casita, florecida de madreselvas que plantara la mano prócer del Maestro, — encontró a Mariátegui. Larguísima charla. Haya de la Torre expuso sus planes. Pero, Mariátegui, contagiado por ideas europeas, desconectado de la realidad peruana, sentenció con su aguda voz:

—Este sería un movimiento demoliberal. Creo que es un error...

—Aquí no hay aún conciencia revolucionaria — atajó Haya. — Yo no me puedo detener por definiciones, cuando la realidad está indicando el único camino

Seis años más tarde, en carta escrita desde Berlín, y que es la cabeza del proceso instaurado en 1932 contra Haya de la Torre, por el civilismo peruano, Víctor Raúl comentaría así aquella incidencia: "Yo siempre he simpatizado con Mariátegui. Me parece una figura interesante del romanticismo, de la fe y de la exaltación de un revolucionario. Pero, Mariátegui nunca ha estado en la lucha misma. El 23 de mayo, cuando lo invité a unirse a las filas de los que luchábamos con el proletariado de Lima, contra las balas de la tiranía, me dijo que ésa era una lucha liberalizante y sin sentido revolucionario. Varios años después, en carta que conservo, me confiesa su error. Pero, el líder que se equivoca en el momento mismo de la acción, tiene que aprender a rectificarse a tiempo. Mariátegui piensa, como un intelectual europeo, del tiempo en que él estuvo en Europa. Pero, la realidad de estos pueblos cambia y exige nuevas tácticas".

Para llevar a cabo la campaña, organizada por la U. P. G. P. — cuyos profesores de entonces, idos ya, los *snobs* de los primeros días, eran Luis F. Bustamante, Oscar Herrera, Luis E. Heysen, Enrique Cornejo Koster, Julio Le-

caros, Jacobo Hurwitz, Nicolás Terreros, — se emplearon varios medios. Ninguna ayuda fué desperdiciada. Los estudiantes, obreros, grupos de campesinos, profesionales y aun núcleos masónicos, y de simples adversarios políticos de Leguía, cooperaron a mover la maquinaria en "defensa de la libertad de conciencia" que capitaneaba Haya de la Torre. El movimiento lo inició una revista apolítica, *Variedades*, cuyo director, Clemente Palma, estaba tan vinculado al régimen de Leguía, que era diputado por Lima.

Leguía sospechó que la situación era peligrosa, pero pudo en él más el desdén por el joven estudiante, a quien conoció en 1919, cuando aquél fué electo presidente de la Federación de Estudiantes. Víctor Raúl tenía, entonces, 24 años: delgado, con aire adolescente, cubierto por un abrigo que fué negro y que pugnaba con el sol picante de la primavera, no despertaba en Leguía ningún temor. Luego, cuando Haya regresó del Cuzco, en marzo de 1920, no respondió a un saludo protocolario. Y, finalmente, en 1922, cuando volvió de su viaje por Chile, Leguía y el líder estudiantil celebraron una entrevista en la casa particular de aquél, calle de Pando. Haya de la Torre, hirviente de entusiasmo y de ideas nuevas, planteó los puntos de vista de su generación. Leguía deseaba utilizar aquella dínamo humana para la propaganda contra Chile. Haya de la Torre se negó rotundamente:

—Eso es derrotismo, señor Haya — argumentó Leguía, — y el Gobierno está en el deber de reprimir "enérgicamente" tales sentimientos y manifestaciones. — (Era el tiempo en que el adverbio "enérgicamente" estaba en plena moda en la política peruana. Y ¿cuándo no?...)

—Señor, usted no me comprende — respondió Haya. — Hay entre nosotros una montaña de prejuicios y realidades que no permite que usted perciba mi voz. Pero, nosotros los jóvenes no podemos vivir de los odios de nuestros abuelos.

—El patriotismo exige continuidad — había replicado Leguía.

—Lamento — concluyó el estudiante en aquel 1922 ya lejano, — lamento que no sea posible que usted me quiera entender. Pero, en nombre de mi generación, debo lealmente decirle a usted que tenemos que vivir en guerra. Nuestros puntos de partida son opuestos. Nuestro objetivo, por tanto, es inconciliable. El tiempo dirá quién tiene razón. Tal vez la posición que usted ocupa le impide percibir ciertas inquietudes, que el tiempo depurará y definirá incuestionablemente.

Leguía dejó partir al joven estudiante de 1920, con un

mohín desdeñoso, por tan explicable jactancia. Mas, ahora, en 1923, la situación había variado. Leguía llamó a Rada y Gamio. Acaso entonces comprendió que le hacía falta la cazurrería de don Germán, su distanciado primo y ex Ministro, porque el sucesor sólo atinó a proponer medidas de cohecho y fuerza. Y así llegó la noche del 22 de mayo. Reuniéronse profesores y alumnos de la U. P. G. P. en la Federación de Estudiantes. Haya de la Torre dijo:

—"Mañana vamos a dar una lección práctica al demostrar que nuestra pedagogía es algo vital. El que flaquee debe perder su puesto y ser castigado. Si yo flaqueo, que se me castigue o se me suprima. En esta lección viva, nosotros tenemos el deber de ser los primeros. Mañana vamos al laboratorio de la acción para una gran experiencia. Si no sabemos conducirla, seremos indignos de ser vuestros maestros. Vosotros debéis ser dignos discípulos, cumpliendo hasta el fin vuestro deber y cuidando, con toda energía, de que nosotros lo cumplamos".

Amaneció el 23 de mayo de 1923. Desde las 4 de la tarde, el local de la Universidad de San Marcos estaba repleto de estudiantes y obreros. También pululaban los agentes del Gobierno y de congregaciones clericales, con el frustrado objeto de impedir la asamblea. Haya de la Torre llegó a las 5 de la tarde, venciendo mil obstáculos policiales. La salva de aplausos que lo recibió dió comienzo a la tensión. En la puerta del Salón General de San Marcos, Seoane detuvo a Víctor Raúl:

—Conforme a lo acordado, aquí tienes la moción que vamos a presentar. Léela.

—No tengo tiempo para leerla, pero si tú has intervenido en su redacción, la firmo ahora mismo. Ya conoces mi pensamiento. — Y Haya de la Torre firmó la moción central.

Hora y media de ardorosos discursos. Al cabo de ellos, la Asamblea aprobó la moción que señalaba la Consagración de la República al Corazón de Jesús como una treta política y reaccionaria, y, como a tal, la rechazaba. Pero antes, Haya de la Torre pronunció un discurso formidable. *El Tiempo*, dijo en su edición del día siguiente, que Haya de la Torre "analizó brillantemente la figura de Cristo, exaltando la pureza de su doctrina y la elevación de sus ideales de humanidad y de justicia, que no se compadecen con los prejuicios y métodos absurdos que se están empleando". El elogio a Cristo en boca de Haya de la Torre tenía una sinceridad tal, que hasta los reacios aplaudieron. Y creció el fervor. A las 6 y media, millares de manifestantes se echaban a la calle. La policía montada, sable en mano, de-

tuvo al cortejo que desbórdaba hacia la Avenida Piérola. Quedó rota la manifestación. El grueso siguió por la calle de los Huérfanos, mientras otros iban por la Avenida Piérola. Un piquete de la Escuela Militar se precipitó contra el grupo en que iba Haya. Este. saliendo al frente, se dirigió al oficial Freyre, que mandaba a los soldados, y gritó:

—La Escuela de Chorrillos no puede disparar... La Escuela no ataca al pueblo...

Y la Escuela no atacó. Pero, seguían las escaramuzas. En la esquina de los Huérfanos. un pelotón cerró el paso a los estudiantes y obreros, mientras otro atacó por retaguardia. Sonaron las descargas. Zumbaron las piedras. Tiros de revólver, gritos. Desde la torre de la Iglesia de los Huérfanos llovieron disparos sobre el pueblo. Al replegarse éste, dejaba tendidos varios heridos y dos muertos: el tranviario Salomón Ponce y el estudiante Alarcón Vidalón. Cinco soldados estaban sin vida. Otros tenían heridas graves. La multitud cargó para rescatar los cadáveres. Pero, era imposible. Los agentes armados preguntaban:

—¿Dónde está Haya de la Torre? Vivo o muerto...

Y Haya de la Torre, en esos momentos, lleno de furia y de indignación, transitaba sólo por el centro, y a grito herido detenía a los transeúntes, llamaba a los que estaban en las puertas, y clamaba:

—Están asesinando a los estudiantes y obreros... Vengan conmigo... Vamos a la Plaza de Armas... Vengan si tienen dignidad... Vamos a gritarle a quien manda matar que la voluntad del pueblo es todopoderosa... Vengan... Abajo los asesinos... Mueran los criminales...

Y la gente lo seguía. Y llegaron a la Plaza de Armas, frente a Palacio, venciendo a las tropas con la audacia magnética de tanto brío. Y ahí pronunció una terrible arenga. De milagro no fué capturado. Pero había que dar la batalla en toda la línea. Fué a refugiarse al cuarto de un empleado de casa civilista. De ahí salió disfrazado, y disfrazado logró entrar, por la mañana del día siguiente, a la Universidad, a fin de dirigir la nueva asamblea. La Universidad de la Libertad se adhería a la actitud de los obreros y estudiantes de Lima. Hacía falta, sin embargo, algo más. En vano el rector Manuel Vicente Villarán trató de impedir que se realizara la asamblea. A las 12 del dia del 24 se acordaba ir al paro general. Y, en seguida, a la calle. Los obreros que salían de las fábricas se unían a la manifestación y al paro. Aterrorizada, la fuerza pública se replegaba ante el pueblo iracundo. Y el pueblo llegó de nuevo hasta frente a Palacio. Ahí hablaron varios oradores. Haya de la Torre, dirigiéndose a los soldados que es-

pectaban absortos, exclamó en su peroración: "Quien asesina a estudiantes y obreros, no sois vosotros, soldados, que obráis bajo el terror: es el tirano que se esconde ahí". Nuevamente habló Haya al llegar a la Plaza San Martín: "Todos los ciudadanos quedan invitados — dijo — para las 3 de la tarde, a fin de ir a La Morgue y cautelar la autopsia de los mártires del pensamiento libre. Se les quiere inventar un fallecimiento. Estemos ahí para obligar a que la verdad triunfe".

Desde la una del día estaban repletos los alrededores de la Morgue. Circulaban papelitos de diversos colores, con inscripciones incitadoras. La infantería, con la bayoneta calada, y la caballería, con el sable desenvainado, custodiaban la entrada a la Morgue. Un obrero, enardecido, pidió que se desarmara a los soldados. El grito extremista tomaba cuerpo. Había conatos de choques violentos en condiciones desfavorables para el Frente Unico. Se había practicado ya la autopsia. Ante la presión de la multitud, no hubo médico capaz de emitir un certificado falaz: Ponce y Alarcón habían caído muertos con bala de fusil Mauser. La policía se incautó en ese momento de los cadáveres, y dispuso que se realizara el sepelio. Creció el tumulto. Obreros y estudiantes resueltos amenazaron a la tropa. Producíase ya una colisión cruenta, cuando surgió Haya de la Torre. Había logrado llegar disfrazado con los anteojos de Cornejo Koster, que lo acompañaba, un sombrero de Heysen, que también venía con él, así como el estudiante de Ciencias Naturales, Málaga. Cortando el diálogo cada vez más tenso, Haya de la Torre llamó a los más exaltados y dijo:

—"Yo respondo de que no se llevará la policía los cadáveres, pero que haya calma, que se cumplan las órdenes y que me dejen hacer. Respondo de que nosotros nos llevaremos los cadáveres"...

Hubo un paréntesis. Heysen, Cornejo y otros estudiantes y obreros, destacados en comisión, se acercaron al Intendente a manifestarle que la multitud estaba llana a que en ese momento se realizara el sepelio, como quería el Gobierno, pero a condición de que obreros y estudiantes condujeran los ataúdes. Discusión acaloradísima. El Intendente no aceptaba nada. Retiro liso y llano de la masa. Griterío inmenso. Inquietábanse los caballos. Fulguraban las bayonetas al medio sol otoñal de aquella tarde tibia... Entretanto, Haya de la Torre, con otro grupo, resuelto a todo, entraba por la parte posterior a la Morgue, y substraíanse los restos de Ponce y Alarcón. El uno en la caja mortuoria; el otro en la tapa de aquella caja, ambos pálidos, marfileños, im-

ponentes, con el aire trágico de la muerte; pegados los cabellos a las sienes, perfilados, rígidos... Llegaban ya los raptores a la calle, con su fúnebre carga, cuando el grueso de la multitud advirtió la estratagema y acudió a ayudarles en la tremenda empresa. La policía cargó, furiosa, sobre la muchedumbre. Relampagueaban los sables, escuchábanse disparos, surcaban las piedras el espacio, caían de uno y otro lado, pero el cortejo avanzaba... Fué una lucha titánica: más de dos horas para cubrir la distancia de un kilómetro. Los caballos de la policía, más humanos que sus jinetes, reculaban al llegar ante los despojos inermes de las víctimas de la víspera. Caían unos portadores, pero otros les reemplazaban. Llovían los golpes de sable sobre los mismos cadáveres, abriéndoles heridas que no sangraban... Carnes heladas, martirizadas hasta después de la muerte, pero tendidas ahí como un símbolo perdurable... Piedras, tiros, sables, denuestos, palos, y el cortejo avanzaba hacia la Universidad... Haya de la Torre, rodeado por un grupo de obreros heroicos, dirigía la batalla cívica. Al pasar frente al cuartel de Santa Catalina, la tropa hizo un supremo esfuerzo para arrebatar los restos de Ponce y Alarcón. No pudo hacerlo. En la puerta misma de la Universidad, un negro gigantesco, sable en mano, sobre una cabalgadura menos feroz que su jinete, trató de impedir la entrada. Cayó derribado. Y la multitud irrumpió en los claustros, portadora de sus muertos; y atronaban el espacio ayes y hurras; y en el Salón de Grados de la Facultad de Letras, cuajado de doctores feudales, se erigió la capilla ardiente de los dos caídos.

La policía resolvió que nadie entrara a la Universidad. En cambio, franqueó la salida. Los que estaban en el local resolvieron, entonces, no abandonarlo. A las 9 de la noche, un policía secreta que simpatizaba con el movimiento obrero-estudiantil, avisó que a las 3 de la madrugada, la fuerza pública, por orden del Gobierno, asaltaría a mano armada San Marcos, a fin de extraer a los muertos y evitar el sepelio fastuoso. Al punto, 150 obreros y estudiantes recibieron la orden de inamovilidad y defensa. Haya de la Torre se encerró con los obreros y acordaron el plan defensivo. Los estudiantes de Ciencias y Medicina prepararon explosivos y gases lacrimógenos en el laboratorio. Obreros y estudiantes se situaron en la torre del observatorio meteorológico, con la orden de incendiarlo, cuando no fuera posible resistir el ataque. Haya de la Torre, desde el salón del Decanato de Ciencias Políticas, ejercía el control general en unión de los delegados obreros... A las 10 de la noche, intempestivamente se presentó en el local de la Uni-

versidad el Ministro Rada y Gamio, con sus ayudantes, en plan de inspección. Entró a la capilla ardiente, y se disponía a una visita general, cuando, advertida su presencia, alguien gritó:

—Ahí está Rada y Gamio... A la pila, a la pila. . — y el Ministro salió a toda prisa del local universitario. Se alojó, por unos momentos, en una Comisaría vecina. A las 3 y media pasó frente a la Universidad el automóvil del Presidente de la República con las cortinillas bajas. A las 4. "Sacrificio" — tal era el nombre de guerra del agente policial que ayudaba a los estudiantes — telefoneó diciendo que no se realizaría el ataque. A las 8 de la mañana llegó el Rector Villarán. Ya antes, Haya de la Torre había tenido que usar la férrea disciplina de acción contra el propio Rector. En la noche habían cambiado al Intendente de Lima, que ahora era don Julio Luna. Este aproximóse a la Universidad para parlamentar. El frente único lo rechazó, desconociéndole en su investidura. En tanto, las "mujeres libres", encabezadas por la doctora Miguelina Acosta Cárdenas, se unían al movimiento. El Rector, a un nuevo requerimiento del Intendente, confesó paladinamente: "Nada puedo hacer yo: la Universidad está controlada por estudiantes y obreros; mi autoridad no existe". Luna insistió en tener una conferencia. El Rector fué en busca de Haya de la Torre.

Se encontraba éste descansando sobre el sofá del Decanato de la Facultad de Ciencias Políticas, tras cuatro días de absoluto insomnio, cuando Villarán llegó hasta él. Expuso el propósito del Intendente. Haya estaba descalzo y debía levantarse a dar órdenes. Manos solícitas y civilistas le alcanzaron los toscos y gastados zapatos... Se puso de pie. Dictó disposiciones. Al cabo se convino en que una delegación, con todo género de garantías, se entrevistaría con las autoridades. El propósito de éstas era evitar que el cortejo pasase por las calles céntricas, ya que no se podría evitar la manifestación. Continuaba el paro general. Además, se llegó a un acuerdo: habría garantías hasta el Cementerio. El Ministro no se comprometía a más. Haya de la Torre comprendió la amenaza y preparó el plan de batalla. A las 10 de la mañana salía el impresionante desfile de la Universidad. Iban 40,000 almas en pos de los féretros. Desde lo alto de la pila de Jurisprudencia, Haya de la Torre arengó a la muchedumbre, en cuyo centro, con pálidos semblantes, iban los catedráticos.

—Esto es espeluznante — comentaría, sin sonrisas, el doctor Manzanilla...

—Imponente — agregó don Luis Miró Quesada, quien,

sin embargo, 10 años después calificaría de irreligioso ese acto en el cual participaba...

Rojas banderas flamearon al viento, y avanzaba la muchedumbre con una disciplina admirable. Llegaban los primeros al Cementerio, cuando la cola del desfile estaba muy lejos. Desde la Cripta de los Héroes habló Haya de la Torre, en nombre de la Universidad Popular, glosando el mandamiento cristiano: "No matarás". Cristo aparecía redivivo en la oratoria palpitante del líder. Hablaron en seguida Carlos Alberto Izaguirre, por el Ateneo Universitario "Ariel", del cual era miembro Manuel Alarçón Vidalón; el doctor Humberto Borja, por la Facultad de Letras; el poeta Manuel Beltroy, por el Conversatorio Universitario; el chofer Emilio Bobbio, por su Federación; el textil Felipe Barrientos, por su centro representativo; el obrero Pedraza por las U. P. G. P.; David Hevia, por los ferroviarios del Callao; Borje, por los obreros de Vitarte, y Alcocer por los tranviarios... Terminaba la ceremonia. Pero, desde que Haya de la Torre descendió de la improvisada tribuna, se advirtió un movimiento agresivo de un centenar de agentes de policía para apresarlo en pleno Panteón. Pero, ya estaba dispuesta la vanguardia obrera que trabó lucha a brazo partido con los soplones, mientras se enterraba a los muertos y Haya salía por la parte del panteón viejo. Había fracasado su intento de quedarse en el Mausoleo de la Familia Billingshurst, por no haberse podido comunicar a tiempo. Saltó la tapia y, acompañado por un obrero, se dirigió a un escondite. Fueron avistados por la gendarmería, pero lograron salir del paso mediante un ardid. A lo lejos sonaban las descargas. Haya de la Torre desapareció de su acompañante en la calle de la Soledad...

Al amanecer, los diarios publicaban el decreto arzobispal suspendiendo el acto de la Consagración, "considerando que la proyectada consagración de la nación al Corazón de Jesús se ha convertido en arma contra el Gobierno legítimamente establecido y contra las instituciones sociales" y "que la Iglesia tiene misión de paz y fraternidad". Era ya el 26, y habían ocurrido muchas cosas. Heysen, Cornejo Koster, Hurwitz se hallaban perseguidos.

La noche anterior, fresca aún la jornada, un grupo de oficiales de ejército hizo llegar hasta el escondite de Haya de la Torre la tentadora proposición de "llevarlo a Palacio". Haya de la Torre tenía entonces sólo 28 años. Su respuesta fué, sin embargo, categórica:

—Diga a esos jóvenes oficiales que les agradezco de todo corazón su oferta, pero que yo no necesito que *me lleven* a Palacio. Lo que necesito es la libertad absoluta del

pueblo del Perú. Espero que coadyuven a ello. Nada más".

Afuera, todavía sonaban las descargas. Y en los mandamientos del Sinaí se mantenía enhiesto el terminante: "No matar".

## VII

## CRISOL

No se extinguía el fervor de la trágica jornada. El 28 de mayo sin que hubiera declinado la efervescencia, reuniéronse estudiantes y obreros en el local de la Federación de Estudiantes (Palacio de la Exposición), para protestar contra los términos agresivos del decreto arzobispal del 25. Además, ocurría que *La Prensa*, diario oficial, acusaba a los organizadores de las jornadas de los días 23, 24 y 25 de querer establecer el Soviet en el Perú. En cambio *El Comercio*, diario civilista, declaraba que el movimiento había sido específicamente político, sin que en él interviniera ningún espíritu anticatólico: tal constaba del editorial del día 27. El ambiente estaba, pues, caldeado en la asamblea, cuando, burlando la persecución policial, llegó a ella Haya de la Torre. Cuando empezó a hablar, tenía la voz quebrada, ronca, apenas perceptible:

—"Miente la prensa oficial—dijo—cuando afirma que nuestro propósito ha sido imponer en el Perú el régimen del Soviet. El país sabe bien que nuestra acción significa un ejemplo heroico por defender la libertad y la justicia. en un país sometido al imperio de una tiranía vergonzosa".

Los asambleístas trataban de formar un Comité obrero-estudiantil de lucha. Haya de la Torre creía que bastaba con la Universidad Popular. Cuando quiso hablar para reforzar su argumentación, un golpe de tos le cortó la palabra. Se llevó el pañuelo a los labios y lo retiró tinto en sangre. Mudo tuvo que asistir a la constitución de aquel Comité que iba a desvirtuar el movimiento, por prestarse a interpretaciones insidiosas. De todos modos, acató disciplinadamente el acuerdo. Y se retiró, con fiebre altísima a la habitación de Heysen. Hasta ahí no llegó la persecución policial desorientada.

En esa "buhardilla de estudiante" — así la llamaba el doctor Carlos Monje, que asistía a Víctor Raúl—. entre un

lecho, una *chaise longue* y montones de libros, estaban Haya de la Torre, el obrero Colfer y Heysen. Monje prohibió a Haya de la Torre todo trabajo intelectual, y sobre todo, hablar. Era imposible poner dique a aquel turbión que se debatía en su cama de enfermo. Dictaba cartas, sostenía discusiones con visitantes y cooperadores. Ocurría ya lo previsto. *El Comercio* se sumaba al órgano del gobierno para atacar al Comité Obrero Estudiantil, en el que trataban de ver prolongaciones bolcheviques. Edwin Elmore, escritor de procedencia típicamente universitaria burguesa, que había advenido a las filas de vanguardia, escribió en defensa del Comité. Haya de la Torre, a pesar de haber sido enemigo de la formación de aquella entidad, también combatía en favor de ella. Pero, había ocurrido lo esperado: en el seno del Comité, un sector extremista tomaba un rumbo inconveniente, mientras que otro sector manifestaba su disgusto. Manuel Seoane, miembro del Comité, y sobre quien pesaban aún sus amistades escolares con jóvenes civilistas, en pugna con su evidente vocación revolucionaria, decidió renunciar su puesto, pero, antes, quiso consultarse con Víctor Raúl.

Estaba Haya de la Torre ronco, embadurnado el pecho de yodo, en la buhardilla de Heysen. Escuchó a Seoane y le pidió que no publicara su renuncia y la dilatase. Seoane aceptó. El obrero Fonken habló largamente con Víctor Raúl. Y, con su perspicacia y limpieza habituales, comprendió la situación. Fonken trabajó valientemente. Poco después, el mismo comité, fraccionado, se disolvió. La Federación Obrera Local y la Federación de Estudiantes reiniciaron la tarea organizadora. Pero el Gobierno los trataba de batir en detalle, encarnizándose contra los profesores de la U.P.G.P. Mudó de escondite Haya de la Torre: lo halló en casa del doctor John A. Mackay, director del Colegio Anglo-peruano. Ahí, en Miraflores, pasó algunos días de convalecencia. La biblioteca numerosa—una bandera inglesa ornaba uno de los muros—fué su asilo preferido. En recuerdo de aquella estancia, Mackay retrató a Haya de la Torre en su habitación predilecta, con los propios hijos del hospitalario escocés. No sabían que, andando el tiempo, aquella fotografía hogareña, en la que aparecía como fondo la bandera de Mackay, habría de ser mixtificada para utilizarla como "prueba" de que el líder actuaba al servicio del imperialismo inglés...

Estaba en casa de Mackay, Haya de la Torre, cuando, un día, pidió verle un amigo de la Universidad, cuyo padre desempeñaba un cargo de confianza en Palacio:

—Víctor Raúl, debo comunicarte algo que te interesa. Perdona...

Había llegado la propuesta de soborno. El Gobierno in-

dicaba que Haya de la Torre podría salir en calidad de desterrado, pero que recibiría en el acto 30.000 soles, al contado, y una pensión mensual de 100 libras en donde estuviera. Nadie lo sabría...:

—Mira, porque sé que tu procedes de buena fe y porque no estoy en mi casa no te despido de otro modo... Diles a tus amigos que no hay en el mundo oro suficiente para comprar la conciencia de un hombre honrado. Y Haya de la Torre, diles así, es un hombre honrado. No se te olvide nunca...

Mackay, Raúl Porras y el obrero Fausto Posada fueron testigos ocultos de aquello.

Ya, semanas antes, durante los sucesos de mayo, el mismo emisario llevó otra información:

—Víctor, mi padre me encarga contarte algo terrible. Lo ha oído a un alto funcionario del Ministerio de Gobierno... Imagínate que tienen el propósito de apresarte hoy o mañana. Luego, te desterrarán al Japón. Pero, no irás. Por la noche te "fondearán" en alta mar y un individuo con pasaporte a tu nombre, será el que se embarque. De todos los puertos cablegrafiará su protesta contra el gobierno. Después callará. Dirán que te compraron. Y tú ya estarás en el fondo del mar, mientras aquí te calumnien...

Pasó la racha aparentemente. Se reorganizaron las U.P. G.P. Como iban a producirse elecciones para la presidencia de la Federación de Estudiantes, despertóse vigorosa tendencia a elegir a Víctor Raúl, como en 1919-20. Pero, Haya de la Torre apenas podía andar por las calles. En una de sus salidas, presentó a la U.P.G.P. a José Carlos Mariátegui, quien previamente, había asistido durante 10 días en calidad de alumno, a fin de despertar confianza entre los obreros. Desde entonces, Mariátegui fué profesor de la U.P.G.P. Por esos días comenzaron entre ambos a publicar la revista *Claridad*, órgano del Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales: Haya de la Torre ejercía la dirección, Mariátegui cooperaba en ella... Crecía la agitación a pesar de todo. En el Cuzco, la juventud estudiantil, que aún creía en Luis Velasco Aragón, orador fogoso, apoyaba el movimiento de las U.P.G.P. En Trujillo, habíase realizado el 9 de julio una asamblea contra los atropellos cometidos en Lima; para contestar aquel gesto, el Prefecto Molina Derteano—a quien se ha visto en el capítulo anterior—organizó un centro universitario con cinco alumnos, quienes proclamaron maestro de la juventud a Leguía. La respuesta no se hizo esperar: el estudiantado trujillano repudió a esos cinco, y eligió Maestro de la Juventud al pensador mexicano José Vasconcelos. El Prefecto allanó el local del Centro Libre de

Universitarios, entre los que figuraban Cox, Vásquez Díaz, *Piño* Haya de la Torre, Castillo, Espinoza, Morales Loli, Quezada Campos. El 22 de julio, con ocasión del quinto aniversario de la muerte de González Prada, el Precursor, los estudiantes trujillanos fundaron la extensión universitaria para los barrios de la Unión y Chicago. En agosto, publicaron un manifiesto vibrante y acusatorio. Víctor Raúl escuchó conmovido el eco de su voz en aquellos jóvenes coterráneos suyos... De Arequipa surgía la protesta moceril acaudillada por Urquieta y Rómulo Meneses. Ante ese hervor, Leguía amainó el ataque y esperó, esperó...

Haya de la Torre seguía dictando sus cursos en el Anglo-peruano. Meses antes, en vísperas del 23 de mayo, las finanzas del líder flaqueaban más que de costumbre. Lola Voysset le observaba:

—Víctor Raúl, este año el déficit suyo va a ser desastroso.

Y Víctor reía cordialmente. Allá por el mes de abril, asomó por la Secretaría del Colegio, un hombre pequeño, tímido, preguntando por "el señor Haya de la Torre". Era Rubén Azócar, el poeta chileno de "La Puerta", quien venía recomendado desde Santiago a aquel amigo peruano. Desde ese día, a las doce en punto, casi diariamente, Azócar buscaba a Víctor Raúl. Se alejaban, Víctor inclinado y Azócar erguido para llegar a una altura que hiciera posible la conversación. Pero, a veces, desde la mitad de la escalera, Víctor Raúl regresaba precipitadamente a la Secretaría y cuchicheaba al oido de Lola Voysset:

—No tengo—contestaba ella con súbita seriedad.

—Pero no sea mala. Nos vamos a quedar sin comer. Y yo avergonzado...

—¿Y quién le manda a usted invitar cuando no tiene plata? Mañana, yo, Lola, tendré que proveer a su desayuno de usted...

—Hija mía, ¿qué quiere? Sermonéeme a su gusto, pero deme plata. Cinco soles.

—Hágame un vale.

—Oh, apúntelo en mi cuenta, ¿qué vamos a hacer con vales? Déme no más.

Y días después comenzaba la campaña del 23 de mayo.. Ahora, tras aquellas jornadas, Víctor volvía con su habitual buen humor. Pobre, pero alegre. Era el mismo muchacho juguetón, a quien adoraban los chicos del colegio. Nunca faltaba a sus clases, a pesar de todas sus preocupaciones Hasta que, en esos días, el alumnado de Farmacia de la Universidad, secundado luego por el de la Escuela Normal y Ciencias Naturales, lanzó la candidatura de Haya de la

Torre a la Presidencia de la Federación de Estudiantes. Comenzaba septiembre de 1923.

El panorama universitario era distinto al cabo de cuatro meses del 23 de mayo. Tanto el Gobierno como el civilismo clásico habían movilizado sus huestes contra el líder estudiantil. El grupo de U.P.G.P. destacábase por su intransigencia antitáctica: pero estaba decidido a imponer a Haya de la Torre. Dos candidaturas surgidas contra la de Víctor Raúl se unificaron para tentar a un amigo de éste, a Manuel Seoane. "Yo seguí de cerca las clases de las U.P.G.P. pero no tenía la audacia de ofrecerme como profesor, porque, sinceramente, siempre he creído que tengo mucho que aprender para poder enseñar. Hasta que llegó la elección. Yo le había ofrecido a Víctor Raúl votar por él. Pero, sus propagandistas, especialmente Terreros, Hurwitz y algún otro, llevaron campaña tan violenta contra los que no éramos de la U.P.G.P., que motivaron una reacción. Me ofrecieron ser su candidato, y yo cedí a la tentación de la vanidad. Mi conciencia me indicaba que ésa no era la solución, y quise arreglar con Víctor, en una célebre entrevista en mi "boliche" de la calle de Jesús Nazareno, de la cual salió perjudicado un sillón de esterilla y todo proyecto de arreglo, aunque nuestra amistad no sufrió nada. A mi me ataba de un lado la simpatía fervorosa por Haya, y de otro un tácito acuerdo surgido a raíz de los ataques de Terreros, Hurwitz, Bustamante, etc., que después fueron comunistas..."

En estas circunstancias, llegó el día de la elección de Presidente de la Federación de Estudiantes: el 2 de octubre. Por la tarde, Haya de la Torre pasó dos horas, en el Colegio Anglo-peruano, preocupadísimo en la tarea de salvar a un niño que había perdido cierta cantidad de dinero, y a quien perseguían las implacables iras de un padre tremendo. Se trataba del hijo de un enemigo político de Haya. La madre y el chico anduvieron con Víctor Raúl, en mil ajetreos, a fin de evitar el castigo brutal que se cernía sobre el muchacho. Al cabo se arregló el asunto. En seguida, llegaron unos indígenas. Venían a quejarse ante Haya de la Torre por los abusos que habían cometido contra ellos. El líder indio Urbiola los había conducido hasta donde el líder estudiantil. Después de discutir el caso, convinieron en una solución favorable a los indígenas. Al despedirse los cuitados, Víctor Raúl le dijo a Urbiola—quien moriría poco después—:

—"Esta tarde ha servido para evitar que los fuertes hagan daño a los débiles, pero necesitamos que los débiles se hagan fuertes para evitar los abusos por siempre. Vivimos en un país de gente dura. Un niño es torturado o es brutalmente consentido por sus padres. Así son también con

el pueblo, los padres de esta patria entregada a fríos e indiferentes explotadores".

Haya de la Torre salió del Colegio, y se dirigió a Miraflores.

Por la noche, la Federación de Estudiantes estaba llena de obreros y estudiantes que aclamaban a Haya. Pero, éste no llegaba. Le esperaron. No llegó. Al producirse la votación, que debía decidirse con 21 votos, resultó Seoane con 20 votos y Haya de la Torre con 18, y 2 en blanco. Acuciosos; e intrigantes, los estudiantes civilistas Herrera y Carlos Sayán, pidieron a Seoane que, en vez de votar en blanco, votara por sí mismo, puesto que la elección era secreta. "Naturalmente, no lo hice", comentaría Seoane más tarde. Eran las dos de la madrugada. Un bullicio terrible saludó aquel incierto resultado. Se acusaba a gritos a ciertos delegados de haberse vendido al gobierno y a *El Comercio*. Entonces, serenamente pidió Seoane la palabra y planteó el aplazamiento de la elección a fin de que los Centros federados rectificaran o ratificaran a sus delegados previamente, y se evitase la ruptura de la unidad estudiantil. Pocas horas más tarde se sabía que esa misma noche, Haya de la Torre había sido reducido a prisión y conducido a la Isla de San Lorenzo. El Gobierno no quería que fuese presidente de los estudiantes. El civilismo histórico, tampoco.

Cerró la policía la casa de los estudiantes. Seoane reunió a la Federación en el local de la Unión Fernandina, calle de Llanos, y ahí se resolvió la unificación absoluta del alumnado. A propuesta de Seoane, Haya de la Torre fué elegido, por unanimidad, Presidente de la Federación de Estudiantes, y, luego, Seoane recibió la vicepresidencia, encargándosele de la presidencia. Entretanto, el estudiantado, no obstante la oposición del Rector Villarán, se insurreccionó. Los obreros, también. Corrieron bala y sable, y sangre y dolor. El 3 de octubre la Federación Obrera Local decretó el paro general con un pliego de reivindicaciones inmediatas que decía así:

"1.º que el compañero Haya de la Torre sea puesto en libertad y goce de amplias garantías;

"2.º que el Gobierno formule la declaración de que se permitirá el libre funcionamiento de las Universidades Populares González Prada, y de los sindicatos obreros;

"3.º que se ponga en libertad a todo estudiante u obrero que fuera apresado durante la presente campaña en pro de la libertad de Haya;

"4.º que se garantice que no se obstaculizará la formación de nuevas organizaciones obreras".

Levantóse en masa la población textil de Vitarte por la captura de su maestro. ¿Por qué apresaban a Haya de la Torre?

Un sembrador de ideas, un profesor incansable, un auténtico "ami du peuple", no debía tener la Isla por morada. Pero, la respuesta llegó en forma de bala y sable. Heridos, heridos... Mujeres, niños, adultos, viejos rodaron bañados en su propia sangre... Dos muertos como saldo trágico de la represión: Calderón y Lévanos, ambos obreros... El Gobierno tenía preparada su maniobra. Por medio de un golpe de mano apresó a los dirigentes de la Federación Obrera Local y a los de la U.P.G.P. Clausuráronse todos los locales obreros y estudiantiles. El Frente Unico sesionó en el Círculo Médico, en locales aislados, en donde pudo. Continuaba el paro general, y era ya el 5 de octubre. Improvisados dirigentes reemplazaban a los aguerridos conductores arrojados a la prisión. El Gobierno, para sembrar el desconcierto, dió un golpe al germancismo. Ya estaban presos los líderes de la oposición parlamentaria: el senador Luján Ripoll y el diputado José Antonio Encinas. Ellos avisaron que Haya de la Torre había declarado la huelga de hambre desde el mismo momento en que fué apresado. *La Crónica* dió la noticia. Y el Gobierno fraguaba versiones absurdas que pretendían presentar al líder estudiantil en inútiles concomitancias con el viejo político Arturo Osores, ex ministro de Leguía y de Benavides, a la sazón en ejetreos conspirativos por el norte del Perú... Nadie aceptó la hipótesis. Para afirmar el rechazo, una mano generosa puso en manos de obreros y estudiantes la carta que Haya de la Torre escribió al día siguiente de su llegada a San Lorenzo. Decía así:— y la alcanzó a publicar *El Textil*:

"A LOS ESTUDIANTES Y OBREROS:

"Si estas líneas logran violar la insultante incomunicación en que se me tiene desde la media noche de ayer, llegue a vosotros mi saludo.

"El tan largo tiempo madurado proyecto de mi prisión y destierro se consumó al fin, aprovechándose de una de las muchas intrigas de Bajo Imperio, que nuestros prohombres de las diversas jaurías políticas promueven periódicamente, cada vez que el estómago les grita.

"Fuí capturado por medio de un engaño del comisario de Miraflores, que, después de prometerme que se trataba de algo personal con él, resultó cómplice, inconsciente o no, del plan de prisión que consumó el Intendente Elías en persona. Con rapidez y cuidado fuí traído. Comprendo que de lo que paga el Estado, lo que mejor marcha son los automóviles cuando arrebatan la libertad a un hombre.

"No sé cuál será mi suerte, ni me interesa pensar en ella. Cuido sí de ratificar en estos interesantes momentos

de mi vida, la afirmación de mi credo revolucionario, ajeno, y muy lejos de la podredumbre política nacional.

"Represento un principio, un credo y una bandera de juventud. Agito y agitaré las conciencias hacia la justicia. Lucho por producir la precursora revolución de los espíritus, y maldigo con todo el calor de mi convencimiento a los explotadores del pueblo, que hacen del Gobierno y la política, vil negociado culpable.

"Si he de marchar al destierro, algún día he de volver. Retornaré a mi tiempo, cuando sea llegada la hora de la gran transformación. Ya lo he dicho y lo repito: sólo la muerte será más fuerte que mi decisión de ser incansable en la cruzada libertadora, que América espera de sus juventudes, en nombre de la Justicia Social.

"Prisión de San Lorenzo, 3 de octubre de 1923.

*Haya de la Torre*".

Era ya el 6 de octubre y seguía la huelga de hambre absoluta del preso. Para quebrantar su resistencia o torturarlo más, el comisario Guerra, que no pudo doblegar la voluntad de Víctor Raúl, urdió una treta diabólica. En la misma barraca de la isla, pusieron a Haya de la Torre y al coronel Florentino Bustamante, quien fué el ejecutor del golpe de Estado que elevó a Leguía el 4 de julio de 1919. Bustamante era un hombre pantagruélico, gordo, aficionado al buen yantar y al mejor beber. Sus amistades las contaba por los obsequios culinarios que brindara o le brindaran.

—Ese canalla de R...—solía confiarle a Haya—, ahí donde lo ve usted, yo le mandaba lechoncitos asados deliciosos... Ese P. O., cuántos tamales de gallina le he hecho preparar... Comen y después no se acuerdan...

Haya de la Torre, febril, en el cuarto día de huelga de hambre, sintiendo terrible escalofrío en el cuerpo—plena autofagia—, con algunas náuseas, tenía que soportar aquel suplicio de Tántalo. Al quinto día trataron de ponerle inyecciones. Víctor Raúl negóse rotundamente. Encinas y Luján Ripoll protestaron indignados contra el crimen que se iba a cometer dejando morir de hambre a Haya. El coronel Bustamante, consternado, le argumentaba dolido:

—Pero, joven, ¿por qué no come usted? Se va a morir... Coma, coma...

Víctor enmudecía para no escucharse a sí mismo, para no romper su decisión. Aquella compañía bonachona era tan cruel como la agonía misma. Y no era por mala voluntad por lo que así procedía Bustamante... El 8 de octubre

Leguía aceptó todos los puntos de reivindicaciones de los obreros, excepto el primero: el relativo a la libertad de Haya de la Torre. Con eso no transigía. El Gobierno tenía necesidad de librarse del líder, y resolvió deportarlo. Víctor Raúl tenía 28 años y 7 meses, cuando el 9 de octubre le conducían, pálido, sin fuerzas casi, a bordo del vapor "Negada"—un paquete alemán de carga—, con rumbo directo a Panamá. Apenas pudo subir la escala: tal era su debilidad. Vestido de negro, exangüe, sobresalían en su rostro, los ojos tristes, la nariz aquilina y el mentón voluntarioso. Perfil quechua, de indio blanco... Detúvose en el puente, junto a la borda. El buque no tocaría ningún puerto hasta Cristóbal. La costa se extendía allá lejos, gris, gris, gris. Cerca, las casas del Callao, los chalets de La Punta, más allá, la ensenada de Chorrillos, al sur, con sus lucecitas imperceptibles, las lucecitas del Malecón de otras horas... Toda una juventud ahí, aventada, y el dolor y la incertidumbre mordiéndole el alma; y la debilidad, el cuerpo. Entre vaivenes y oscilaciones, rumores y crujidos, el "Negada" se alejaba más y más. Aún aferrado a la pasarela, Haya de la Torre, sin dinero, con su único traje negro raído en los codos, lustroso en las posaderas, miraba, miraba... Estaba más pálido aún. Se acusaba, contra el fondo plomizo del crepúsculo, el perfil de Inca o de medallón. El mismo perfil de doña Zoila Victoria. Pensó en la madre, el desterrado. ¡El hogar ausente! Y los compañeros que luchaban, allá abajo, por él, por las ideas que él encarnaba. Cuánto dolor, cuánta sangre, cuánta injusticia, cuánta rudeza... El mentón agudo, la boca pronta a la risa, dejaba ver un rictus expresivo en el cual dejó el dolor clavado su zarpazo. Perdíanse los ojos, un tanto enrojecidos por tantas vigilias laboriosas, perdíanse en el esfuerzo de escudriñar la lontananza. Ya era una sombra, una mancha, con asperges de luz, la bahía del Callao: "Retornaré a mi tiempo, cuando sea llegada la hora de la gran transformación"—había dicho en su carta a los obreros y estudiantes.

¿Cuándo llegaria aquella hora esperada y presentida? El destierro, ¿tendría fin alguna vez? Desde el fondo de su angustia viril y callada, desde lo hondo de su extenuamiento físico, de su ayuno de siete días, desde lo más recóndito del sér le subía una enorme protesta. un anhelo irreprimible de gritar contra tanta vileza. No era pena, no era tristeza, no era desmayo: era indignación viva y santa, asco y cólera. El puño se crispaba ya sobre la pasarela. Subíanle a los labios ya anatemas, cuando una voz de extranjero acento alemán, sonó amistosa a sus espaldas:

—Oh, señog Haya de la Togue... Mejog es que usted descanse abajo... Le va a seg daño todo egsto...

Retornó la risa ancha y humana, la risa cordial y fraterna de todos los días a los pálidos labios, apretados un poco antes:

—*Danken schön.*

Cruzaron frases corteses, mientras los "soplones" criollos no se apartaban mucho de su lado, mirándole, cautelosos y rufianescos. Ya no se veía nada de la costa, sino sombras remotas. El mar estaba negro, negro y espeso en derredor del buque. Apenas una estela blanquecina en popa. El zumbido de una hélice: la lancha de los vigilantes se despegaba del barco. ¡Ahora, a lo desconocido!... Pero, "si he de marchar al destierro, algún día he de volver".

No hubo claro de luna. La noche estaba negra... "volveré cuando sea llegada la hora de la gran transformación"... Sólo se oía el chas-chas de las olas contra los flancos del "Negada".

## VIII

## EL A.P.R.A

Lentos, los días de viaje. Más lentos aún para quien desata su vida y se encuentra sólo ante el futuro. Haya de la Torre precisaba recuerdos de los días borrascosos del último año. Cuando, en la asamblea del 23 de mayo, el estudiante Villavicencio proclamó su candidatura a presidirla, con las meras palabras: "Ya sabemos todos quién debe presidirnos, porque encarna el sentimiento de obreros y estudiantes..." Y la masa respondió: "Haya de la Torre"... Y cuando él aceptó con sencillas declaraciones: "Acepto porque sé que asumo una grave responsabilidad y estoy resuelto a soportarla..." ...¡Vaya si la había soportado...! Luego, el ataque llamándole "vendido al oro chileno". El obrero textil, Arturo Sabroso le defendió calurosamente en un artículo de *La Crónica*, en agosto de 1923. ¡Sabroso Montoya!... Pasaba ante sus ojos el film de su actuación con los obreros. Haya de la Torre redactó el acta de fundación de la Federación Textil, y fué uno de sus fundadores. En un campeonato futbolístico, trató —y lo consiguió— de que los equipos textiles de la República se organizasen sindicalmente... Los tranviarios: aquel sacrificado Ponce, el imberbe López Aliaga, el parsimonioso Molero, cuántos, cuántos... Vitarte: su fiesta de la Planta bullente e instructiva, que él había instituído... La Federación Obrera Local de Lima, los campesinos de los alrededores, recuerdos de Lévano y Calderón, el enigmático Barba, el *chino* Fonken, a quien Víctor Raúl debió más de un consejo y con quien fué un verdadero hermano; el desaparecido Gutarra, las U.P.G.P., nombres, hombres, hechos, sangre, y la tarea afanosa ante los ojos, y la necesidad de salvar aquellas conquistas, y la impotencia de volver, ahora, ahí, en el "Negada", mientras desfilaba ante él ya la cinta gris de la

costa peruana, el encrespamiento verde de la maraña tropical, bajo un calor ominoso... "Puertos de Dios, tirados —como los caracoles— sobre la arena parda —por aquí— por allá", decía el verso de Spelucín, su amigo de infancia... Promediaba octubre en su plenitud solar. Entre un paisaje de trópico brujo, el "Negada" entró a la bahía de Balboa, y, más lentamente que nunca, bajo un sol de fuego, inicióse la travesía del Canal de Panamá. Víctor Raúl, acodado en la borda, contemplaba los prodigios de mecánica y esclavitud imperialista. Disciplinados y simétricos, parques ingleses, *bungalows* como de fieras, con permanentes mosquiteros; hamacas y tela metálica; rígida división humana en "gold and silver"; negros jamaicanos, haitianos, barbadenses, curazaenses, trasudando brea, oliendo a algo áspero y picante, trabajando rudamente bajo la azul mirada fría del rubio mayoral. Camisas azules y pantalones kaki, pantalones kaki y camisas azules, azul y kaki: uniforme de presidiarios de la industria imperialista. Carritos tractores —las "mulitas"— halaban al "Negada" pesadamente. Llegarán ya a la esclusa de Miraflores. Abríanse las gigantescas compuertas, y el agua subía a borbotones, a marejadas, espumante, briosa, pero domesticada. Cemento, cemento, cemento; acero, acero, acero, cemento y acero: epopeya del acero y del cemento... La esclusa de "Pedro Miguel". Fantástica draga hurgando el fondo del Chagres en el corte de Culebra. Gruñía la humillada manigua; canalizábase el Chagres... Seis horas de travesía ya. Centuplicábase la borrachera de sol, acero, tela metálica, negrerío, sudor, bungalows, verde, simétrico y trabajo, trabajo... Al fin el Lago Gatún. Otras compuertas, otra esclusa. Ahora, el Atlántico. A bordo las gentes guturaban un diálogo de "Ja" con "Yes". Apropincuóse el buque a los muelles de Cristóbal. La bandera estrellada, y muchos esclavos de kaki y azul. Más allá, Colón, hotel internacional. Víctor Raúl, pálido siempre y delgado, desembarcó en el muelle del imperialismo. Un telegrama a Panamá. Al tren. Crujieron los frenos. En marcha ya...

A medida que avanzaba el tren con rumbo a Panamá, admirábase mejor el prodigio de aquella obra ciclópea, y maldecíase más contra el imperialismo. Fort Clayton: Corozal; cuarteles y fortines yanquis. Luego, Balboa: un joven moreno, de sombrero de paja tumbado sobre la ceja derecha, irrumpió en el vagón: era Alberto Luis Rodríguez, Presidente de los Estudiantes de Panamá. Al llegar, 15 minutos después, a la estación de Panamá, cuarenta muchachas de

las Escuelas Talleres, sonreídas, entusiastas, vitorearon al desterrado. Había mucha más gente en el andén. Unos que esperaban al líder peruano, y otros, a un cow-boy, as de la pantalla, que debía llegar en el mismo tren. Al ver el júbilo con que recibían a aquel mozallón alto y vibrante, de ancho pecho, pero de mejillas hundidas; al ver el gesto fraterno de Joaquín Franco, Diógenes de la Rosa, Carlos Sucre y Rodríguez, la multitud le aclamó, olvidándose del cow-boy. Los desterrados peruanos — los "germancistas" — tendieron sus brazos al líder magro y exilado. Emprendieron juntos el camino por la Avenida Central: la muchedumbre fué tras ellos. Al llegar a la Plaza de Santa Ana, el "ágora panameña", Ugarte Barton, uno de los "germancistas", saludó con un discurso a Haya de la Torre. Otros hablaron también. Al fin, se irguió el líder. Con su fino sentido del momento. vencedor de la fatiga que lo acoquinaba, ganóse al público, desde las frases iniciales de su peroración:

—"Yo no soy un personaje de la pantalla; soy un personaje de la realidad. No he visto correr sangre ficticia en los "estudios" cinematográficos: he visto correr sangre auténtica del pueblo, en las calles de Lima, sangre generosa de obreros y estudiantes del Perú... Traigo el mensaje de la juventud libre de mi tierra. La tiranía nada podrá contra la nueva conciencia que insurge en América... Formemos el frente único de los pueblos oprimidos contra el imperialismo y contra las tiranías que entregan nuestra riqueza..."

Víctor se alojó en el hotel "Barcelona", de tercera clase. Pero, ante todo quiso saldar una deuda que le quemaba las manos. Para desembarcar en Cristóbal, todo pasajero debía mostrar el equivalente de diez libras peruanas. El capitán del "Negada" le entregó tal cantidad, por encargo del Gobierno del Perú. No bien húbose instalado en el hotel. Haya de la Torre acudió al Banco más cercano para devolver las diez libras a Leguía, y, luego, dirigió a éste el siguiente cablegrama:

"AUGUSTO B. LEGUIA. — Lima. — Capitán "Negada" entregóme nombre Gobierno 10 libras indispensables desembarcar Colón. Como preferiria arañar tierra antes aceptarlas, devuélvoselas giro telegráfico para que sirvan precio nuevas combinaciones calumniosas que urda usted contra gente honrada. — V. R. HAYA DE LA TORRE, desterrado".

Enteróse, luego, de los sucesos de la tierra nativa. Trujillo, su ciudad, estaba revuelta. A pedido del Prefecto Molina Derteano, la Universidad, humillada y dócil, expulsó a

26 alumnos. Uno de éstos, Carlos Manuel Cox, vehemente y drástico, castigó de hecho en las calles, al catedrático Ricardo Rivadeneyra, por su actitud contra el estudiantado. Tres de los expulsados recibieron orden de abandonar la ciudad: Cox, Castillo y Vásquez Díaz. Con ellos iba también Edmundo Haya de la Torre, el hermano menor. *Cucho* renunció el puesto que tenía en Lima, como protesta contra la deportación de Víctor Raúl. Continuaban las convulsiones en el heroico Vitarte.

El exilado debía abandonar pronto Panamá. Sus amigos, entre los cuales figuraba el joven profesor Manuel Roy, lograron que Haya sustentase once conferencias, por las que no quiso recibir retribución alguna. Incansable en la propaganda, muy luego fué familiar entre la multitud de trajes blancos almidonados, el raído traje negro y lustroso de Víctor Raúl. ¡Cómo detonaba en medio de la teoría de sedas deslumbrantes de las gringas destocadas, las criollas dengosas y las mulatas ondulantes! Y era tal el fervor del desterrado, que un joven abogado, cauteloso, el doctor Harmodio Arias, le dijo un día a su compañero de bufete, el doctor Ricardo Morales:

—Oyendo a Haya de la Torre, a veces me parece que es un demagogo; pero, luego se le ve tan sincero y convencido, que me llena de desconcierto.

A fines de octubre, Víctor Raúl debía abandonar Panamá, porque el Licenciado José Vasconcelos, Ministro de Educación de México, le había invitado a que colaborase con él. En los últimos días panameños, los estudiantes y los miembros de la sociedad "Camena" le eligieron su Presidente de Honor. Acercábase la fecha de la partida. Al salir de un almacén de la Avenida Central, Haya de la Torre dióse de manos a boca con el coronel Florentino Bustamante, su ex compañero de San Lorenzo. Bustamante, con cómico gesto de sorpresa, se lo quedó mirando de hito en hito, y recordando la huelga de hambre del líder, sólo atinó a indagar con regocijada ansiedad:

—Joven, joven... qué gusto verle... Pero, dígame ¿ya comió usted?...

Eran los primeros días de noviembre de 1923, cuando Haya de la Torre arribaba al muelle de la Machina. La Habana juvenil esperábale generosamente. Viviánse horas de angustia, porque se complicaba la situación política. Vislumbrábase ya la candidatura del general Machado. Igual

que en Panamá, advirtió el viajero la pesada zarpa del imperialismo yanqui. Por las asoleadas calles, asordadas por el crepuscular runruneo de maracas bulliciosas y sensuales, por el Malecón Luminoso, por los cafés amplios e hispanos, por el Prado jactancioso, por la majestuosa Universidad de escalinata solemne, por las múltiples librerías, por todas partes, codo a codo con el estudiante rebelde, con el peón descontento, con los mulatos resentidos y las mulatas engreídas, con los negros depauperados y los españoles nostálgicos, con los escritores insatisfechos y los profesores sedientos, — Haya de la Torre continuaba su propaganda. Jóvenes escritores, como Martínez Villena, Julio Antonio Mella, Emilio Roig de Lechsenring, Jorge Mañach, Alberto Lamar Schweyer le rodearon auspiciosamente. El 9 de noviembre, Víctor Raúl dictaba su primera conferencia en la Universidad de La Habana. La situación social del Perú le dió pretexto para referirse a la de Cuba... Otras conferencias más sustentó, pero ninguna como la del 9 en que fundó la Universidad Popular "José Martí".

La U. P. "José Martí" estaba estructurada como las U.P.G.P. del Perú. Ensamblábase así el esfuerzo de cubanos y peruanos insatisfechos y en protesta. "La Nueva Democracia" de Nueva York reprodujo la síntesis de aquella disertación de Haya de la Torre. Poco después, los estudiantes cubanos, al igual de los argentinos, uruguayos, panameños y peruanos, le elegían Presidente de Honor. Casi diez años más tarde, Lamar Schweyer, trocado ya en jefe de propaganda de la tiranía sanguinaria de Machado, escribiría en *El País* de La Habana —28 de agosto de 1932— esta interesada y trunca remembranza de Víctor Raúl: "Los que en 1924 (error de Lamar; fué en 1923), oímos a Víctor Raúl Haya de la Torre en sus tertulias de café y en sus charlas a través de las calles habaneras, y lo leemos hoy en su discurso del 23 de agosto de 1931, en la Plaza de Toros limeña, en donde expuso, en síntesis admirable, su programa, tenemos el derecho de desconcertarnos un poco, tal ha sido el cambio de su pensamiento. De aquel revolucionario de ayer, que quería, a saltos y sin solidez, transformar la estructura espiritual de su país, al de ahora, hay una curva admirable...". Cox rectificaría desde su segundo destierro de México, con un artículo inserto también en El País — 23 de septiembre de 1932—, en el que dijo: "Es lamentable, en verdad, que el único recuerdo que de Haya de la Torre tiene el señor Lamar Schweyer es el de sus conversaciones y tertulias de café. Cierta insistencia en relievarlas, predispone

en contra al lector que ignora la actuación de Haya de la Torre en 1924".

No fué sermón perdido el de La Habana. Aquella invocación —"El crepúsculo de la Europa capitalista lleva palpitante una lección histórica: la vieja organización política y social muere sedienta de justicia: ayudándonos los unos a los otros, podremos infundir a nuestro Nuevo Mundo el ansia de una vida nueva también, libre y propia"— que pronunció Haya al fundar la U. P. "José Martí", repercutió en las conciencias juveniles cubanas, tan separadas del resto de América. Pero, Víctor tuvo que partir hacia México. A bordo, un sajón le confiaba tembloroso:

—"Todos son bandidos, señor Haya, yo lo sé bien". Meses más tarde, el mismo pasajero le decía a Víctor, ya en plena ciudad de México: "Cómo me habían engañado; esto es delicioso..." Vasconcelos recibió al líder peruano con el corazón de par en par. Le nombró su secretario. Y, entre labor y labor, viajó por todo el país y se compenetró del espíritu de la revolución mexicana, especialmente de la mentalidad agrarista. Tonificóse al contacto de aquel pueblo viril. Diego Rivera, el grande y belicoso Diego, —enorme y ancho de aspecto y alma— le quería entrañablemente. Juntos posaron ante un fotógrafo ocasional: Víctor Raúl, vestido de vaquero, y Diego, el formidable Diego, amparándole bajo su brazo, rama florecida. Hervía México en afán renovador. La Plaza del Toreo, en donde luciera sus hechuras el admirable Rodolfo Gaona, Califa de León, estremecíase ahora al rumor armonioso de las sinfonías beethovenianas, que, por orden de Vasconcelos, ejecutaban las bandas de músicos para culturizar y suavizar al pueblo bronco y agresivo. Las Prensas de la Universidad —"Por mi Raza hablará el Espíritu" —vomitaban innumerables y lindos volúmenes: "Diálogos" de Platón, "Vidas ejemplares" de Romain Rolland, las epopeyas de Homero, las tragedias de Esquilo, cuentos de Tagore, la Biología del doctor Ochoterena... Bibliotecas ambulantes surcaban el territorio. Las misiones culturales —Haya de la Torre participó en una— redoblaban su dinamismo.

A principios de abril de 1914, celebrábase en Cuatla el aniversario de Emiliano Zapata. Haya de la Torre fué invitado: —"Vaya usted: los agraristas son la mejor gente de México", le dijo Vasconcelos al despedirle junto el vagón en el que viajaba, también, el general Plutarco Elías Calles y la comisión parlamentaria. Llenaban el convoy campesinos entusiastas, armados de fusiles. Ahí escuchó el relato de cómo

el maestro Montaño intervino en la redacción del Plan de Ayala; de cómo la traición asesinaría a Zapata. (Mario Magdaleno pondría en escena, diez años después, la tragedia de "Emiliano Zapata"). Repetíanse las voces de orden: "Tierra y Libertad", "La tierra es para quien la trabaja"... Vasconcelos coincidía en ello con los agraristas y con el licenciado Soto y Gama, quien pronunció un discurso de constante alusión a Rusia. El general Calles, maestrescuela transformado en general por la Revolución. afirmó esa mañana del 10 de abril, que él cumpliría el testamento agrario de Zapata, apóstol, rebelde y mártir. "La Tierra para los campesinos" fué la frase final de Calles. Hervía de entusiasmo la muchedumbre. Al saber que Haya de la Torre era peruano y desterrado, rodeáronle los agraristas. terciado el rifle a la espalda, para preguntar si existía agrarismo en el Perú. Haya de la Torre, por respuesta refirió el proceso del gamonalismo civilista y la subsistencia del feudalismo para el indígena. Indignados y presuntuosos. los agraristas mexicanos afirmaban: —"Tenemos que ir allá para hacer la revolución agrarista"...

Ah, sencillos campesinos de Cuatla, voluntariosos y tenaces, dueños de su riqueza y de su propia defensa, rifle en mano, montaraces... Al recordar aquel episodio, Haya de la Torre escribiría después: "Cada vez que se comprende mejor Europa, se descubren claramente las tremendas diferencias que existen entre estos pueblos y los nuestros, y lo peligroso que es mirar nuestros problemas, a través de los problemas europeos. La Revolución Mexicana no tuvo modelos, y cumplió su tarea inicial de abajo arriba. Por eso, hasta donde se lo permitió la fuerza del imperialismo, venció. Ha sido el primer movimiento social del siglo XX".

En México encontró Haya de la Torre al comandante Alfredo Henriod, ex edecán del ex Presidente Pardo, civilista. Como siempre, la mano generosa de Víctor Raúl trató de aliviar al exilado peruano, a pesar de ser civilista. Lo presentó a Vasconcelos, y éste le ofreció un puesto a Henriod, encargando a Haya que se ocupara de hallarlo. Estaba obtenido el cargo, cuando Henriod salió rumbo a Nueva York, obedeciendo el llamado de Felipe Barreda, ultracivilista, de la dinastía de los Pardo... En el Perú, Leguía seguía la ofensiva contra las U.P.G.P. Había reaparecido *Claridad*, ostentando en su carátula el nombre de Haya de la Torre, como director fundador, y el de José Carlos Mariátegui, como director substituto. La reaparición, en febrero, fué con-

secuencia de la protesta del estudiantado cubano y de la U. P. "José Martí" que lo hizo presente ante la Legación del Perú en La Habana. Haya de la Torre aprovechó la circunstancia para agradecer a los cubanos su intervención, y refutar las palabras del funesto embajador yanqui William González —mentor espiritual de la clausura de *La Prensa* en Lima, el año 21— quien, en el "Current History", declaró que "la deportación es el único remedio contra las conspiraciones". Luego, envió Víctor Raúl un mensaje a *Claridad*: "adivino" — díjole Mariátegui — que el reaparecer de nuestra revista ha sido saludado por los pobres como un izarse de esperanzas". Supo, luego, que la Federación Obrera Local de Lima — y así lo recogió *Claridad* más tarde en su número 6 de septiembre de 1924, Lima — conocedora de que él iba a ir a Rusia, lo había ungido como "personero genuino de la vanguardia revolucionaria del Perú, animador y sostenedor de las Universidades Populares", en modo alguno, ninguna adhesión a la III Internacional:... "La F. O. L. os presenta a Haya de la Torre como a un militante ardoroso y abnegado de la causa de la redención de los trabajadores; y encarga a Haya la misión de investigar y estudiar la situación rusa para informar más tarde sobre ella a los sindicatos agrupados en esta organización". Tenía fecha 2 de abril... No vaciló en responder el desterrado, recalcando su misión en estas palabras: "Al acusar recibo a la F. O. L. de Lima, recibo de las credenciales que me autorizan a saludar al proletariado ruso e investigar acerca del proceso de la revolución en ese país, expreso a esa organización que cumpliré con la mayor exactitud los deseos expresados en el documento que aludo y que con la imparcialidad que jamás me abandona transmitiré al proletariado peruano mis impresiones".

Días después de contestada esta carta, el 7 de mayo de 1924, Haya de la Torre, que había discutido largamente con un ya maduro ingeniero peruano avecindado en México y con líderes mexicanos el problema de América, enunció la idea del A.P.R.A. (Alianza Popular Revolucionaria Americana), cuyos 5 puntos quedaron concretados sólo a fines del año, en el mes de diciembre. Los puntos de partida de Haya de la Torre eran claros. Si el imperialismo es, dentro del marxismo-leninismo, la última etapa del capitalismo en los países industriales, resulta que en los países semicoloniales o coloniales, él es la primera etapa del capitalismo: tal el caso de América Latina. De esa reversión del problema y, teniendo siempre en mira la necesidad de realizar la Justicia Social, surgía la

conveniencia ~~necesidad~~ de nuevos métodos y tesis para América. Dos afirmaciones centrales del marxismo ortodoxo —"Las etapas no se suprimen por decreto", que dice Marx en el prólogo de "El Capital", y "La realidad no se inventa: se descubre", que afirma Engels en su "Antidühring"— respaldaban el nuevo afrontamiento propugnado por el líder aprista. Desde luego, no implicaba ningún conformismo la teoría aprista. Había que acelerar la evolución, pero sin perder de vista la realidad, sin dejarse sugestionar por los libros ni los modelos extranjeros. La lucha de clases no se plantea lo mismo en los países industriales que en los semicoloniales. En éstos, por la interferencia imperialista y el rezago de caciquismos feudales, la división es de frente único: clase explotadora contra clase explotada, comprendiendo ésta a la clase media, depauperada por la coalición de caciques, gamonales y negociantes imperialistas. "La clase media latinoamericana, —diría Haya de la Torre— no ha cumplido su Revolución Francesa, ni su Reforma, ni su cromwelismo: no ha sido clase dominante aún: su destino la empuja a unir su suerte al incipiente proletariado y al feudal campesinado del continente. Por eso, era necesario una *Alianza Popular*, a la que había que dotar de espíritu revolucionario y sentido continental".

Todo cuanto se deseaba, pues teórica y tácticamente, estaba expresado en el nombre de "Alianza Popular Revolucionaria Americana", o sea A. P. R. A., que pasó a formar la palabra *Apra*. En diciembre, su programa máximo continental quedaría concretado así:

"1.o acción contra el imperialismo yanqui;
2.o por la unidad política de América Latina;
3.o por la nacionalización de tierras e industrias;
4.o por la internacionalización del Canal de Panamá; y
5.o por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos".

En la campaña que la III Internacional abriría más tarde contra el A p r a, interpretó esta palabra, intencionadamente, como si significara "América Latina para los indios", como se desprende de "La Correspondencia Internacional" de junio de 1929. Y el profesor peruano neocivilista, Víctor Andrés Belaúnde, preferiría en su libro "La Realidad nacional", página 53, esta falsificación comunista al auténtico nombre "Alianza Popular Revolucionaria Americana", por una de esas extrañas colusiones en las que la extrema izquierda anda de bracero con el clericalismo ultramontano...

Desde el instante en que fundó el Apra, Haya de la Torre encaminó sus empeños a constituir un frente único

continental y a educar a las masas para la acción política, ya que no había otro camino que la captura del Poder, para realizar el plan de nacionalizar tierras e industrias y procurar un entendimiento sólido entre los pueblos —ya que los gobiernos traicionaron casi siempre a los pueblos— de América Latina. La bandera del Apra expresó, sintéticamente, su misión: sobre fondo rojo aparecía bordado en oro el continente desde Patagonia hasta Río Grande: los Estados Unidos y Canadá quedaban excluídos.

Por esos días, publicaron los diarios de México un balón de ensayo lanzado por la Prensa Asociada: iba a realizarse en Panamá un plebiscito para decidir si la República se anexaba definitivamente a Estados Unidos. Era falso. Pero la Casa Blanca tanteaba el terreno. Haya de la Torre inició una campaña activísima contra semejante propósito. Y dirigió un vibrante mensaje a la juventud panameña: "Considero un deber mío —les dijo entonces—, sin dar crédito a tal noticia, dirigirme a ustedes, los estudiantes y los obreros de Panamá, para expresarles de nuevo mi adhesión más decidida, en estos momentos de amenazas para la soberanía de América. Yo sé bien que la verdadera voluntad del pueblo panameño no puede ni podrá aceptar jamás este nuevo acto de conquista del imperialismo yanqui"... Y así fué. Los estudiantes y obreros, los profesionales de Derecho, los empleados, la sociedad "Camena" se opusieron a tal supuesta pretensión. Y, a iniciativa de Alberto Luis Rodríguez, se acordó "enviar al compañero Haya de la Torre nuestra palabra de aplauso, de felicitación, de agradecimiento y de fraternidad por su noble actitud, y expresarle el profundo afecto que le profesan los corazones jóvenes de esta tierra nuestra". El 3 de junio, Panamá desmintió rotundamente la noticia de la Prensa Asociada...

En Lima, se supo, justamente entonces, la fundación del A p r a. Leguía proyectó una vigorosa ofensiva contra estudiantes y obreros, en nueva agitación. Por un lado mandó preparar una absurda reglamentación de la Ley de Accidentes del Trabajo, con la que se destruían de hecho sus efectos; por otro lado, frente a las reclamaciones de pequeños propietarios, ganaderos, campesinos y obreros de La Oroya, a causa de los humos tóxicos provenientes de las fundiciones cupríferas de la región, el gobierno apoyó a la Smeltter Mining Company, es decir, a los causantes del daño. La U. P. G. P. encabezó la protesta contra ambas actitudes. Por medio de dos de sus profesores —Merino Vigil y Terreros— abrió campaña oral y escrita: al punto, ambos fueron apresados y encerrados en la Isla de San Lorenzo. Manuel Seoa-

ne coordinaba diversas tareas insurgentes, desde la Presidencia de la Federación de Estudiantes. Mítines, volantes, una revista inquieta — *Juventud*— formaban parte del plan de propaganda. Por medio de una convocatoria a Juegos Florales, con un Jurado heterodoxo —Mariátegui, Sánchez, Beingolea, Beltroy y Percy Gibson— se abría brecha en la zona del respeto a las autoridades literarias consagradas. El gobierno utilizó, en la sociedad de Empleados de Comercio, al doctor Ramírez Gastón, como ariete contra el sector de izquierda, so pretexto de motivos "patrióticos", solidarizándose con el régimen a propósito del asunto de Tacna y Arica. Seoane y los otros delegados universitarios, se opusieron a tal moción. Los reaccionarios tildaron a éstos de "traidores". Seoane y sus compañeros se retiraron de la asamblea; un sólo artículo periodístico —de Sánchez— defendió a los estudiantes. La prensa civilista los atacaba unánimemente. Mas, continuaba la agitación.

Crecía en los espíritus un ansia enorme de lucha. La curiosidad intelectual de obreros y universitarios buscaba los cauces de nueva cultura. Para satisfacerla en parte, organizóse un ciclo de conferencias por la Federación de Estudiantes. La primera, a cargo del Ministro de México, licenciado don Leopoldo Ortiz, versó acerca del problema agrario mexicano. Gran ovación, testimonio de la simpatía por el país que amparaba a Haya de la Torre y daba ejemplo de revolución. Al terminar la conferencia, Oscar Herrera, de la U. P. G. P., y catedrático de San Marcos, invitó a los concurrentes a un mitin de protesta contra la prisión de Merino Vigil y de Terreros. Salieron. Inútilmente sableó y baleó la policía al Frente Unico, dueño de la calle. En momento de salir de la Imprenta Proletaria —finaba ya junio, y garuaba densamente— Seoane comprendió que estaba perdido. No cabía regresar al pintoresco sótano del cual salia. Encaró su porvenir. Pocos minutos después estaba preso. A la una de la madrugada, sutil viento marino hízole saborear al prisionero los prolegómenos del exilio, la certidumbre de San Lorenzo. Pedro Muñiz asumió la presidencia de la Federación de Estudiantes. Los obreros organizaron un paro general para protestar contra la prisión de Seoane. El gobierno aceptó no modificar la ley de Accidentes del Trabajo, ni insistió en su actitud en lo que se refería a los humos de La Oroya, pero no abrió la prisión a Seoane. El 15 de julio llegaba desde San Lorenzo un mensaje del prisionero sucesor de Haya de la Torre: "...La baba de la tiranía pretendió urdir una calumnia. Felizmente ustedes conocen la bazofia que

la inspira. La respuesta toda al memorial del proletariado sería una muestra de bajeza si no lo fuese de cinismo. Maldigo a quienes, no satisfechos comerciando en los negocios públicos, pretenden traficar con las honras ajenas, pues la propia no la han tenido... Renuevo ante ustedes mi credo de justicia social. Entrego a vuestro juicio, mi futuro. Confía mi optimismo que no ha de ceder la decisión de ustedes. Ante la burla y la opresión, apoyen todo aquello que tienda a formar el frente único de combate al despotismo..." En seguida lo lanzaron al destierro, a la Argentina. Había otros obreros presos: Santillán y Luyo, traídos de Cañete, para impedir que los comuneros de Cochahuasi, ejercitaran sus derechos. El poeta chileno Rubén Azócar, tan grande amigo de Haya de la Torre, fué apresado por haber dictado una conferencia en Vitarte, acerca de la revolución mexicana. Samuel Ríos, secretario general de la F. O. L. de Lima, había publicado enérgicas protestas.... Fueron más los presos. Pagaban en su carne, con su libertad, Sabroso, Samuel Vásquez, Ríos, cuántos más. El gobierno atacaba al núcleo de Vitarte y a las U.P.G.P. Pero, se rehacían los grupos y continuaba la pugna, día a día.

Entretanto, Haya de la Torre, acompañado de Vasconcelos, visitó la Universidad de Texas y, con varios estudiantes mexicanos, pasó a Estados Unidos. Nueva York. Aturdido por el tumulto de Manhattan, apenas atinó a decir a los reporters alguna declaración sobre la interferencia de los embajadores yanquis en el gobierno del Perú. Y, luego, se lanzó a conocer las entrañas del "enemigo" monstruoso. Estaba ahí en el centro mismo del poder y la propaganda imperialista. Con infantil curiosidad asomaba su robusta silueta por universidades, bancos, talleres, oficinas, fábricas, teatros, bibliotecas, la Bolsa, imprentas, hoteles, cines, estaciones. Aquella era la sede del imperialismo más voraz de la historia. Aquel, el edificio del National City Bank. Aquel, el de la Standard Oil. Aquel otro, el Astor. Ahí estaba Wall Street, el barrio de los devoradores de pueblos. Más allá, el vivero del Guarantee Trust. Por acullá, la guarida de Seligman Brothers. Alzaba los ojos y sólo veía jaulas, rejas, cemento y acero, acero y cemento, frialdad, cemento y acero, como en una prisión, como en un palacio. Las gentes transitaban con apresuramiento maquinal. Racionalización de la marcha... Sintió zozobra, por primera vez, Haya de la Torre, ante tan poderoso adversario. Y cuando el *subway* se lanzó como un bólido, por ahí abajo, Víctor Raúl recordó la entrada de Nueva York, vi-

niendo por la ruta del mar. Y un verso de Dante surgió en su memoria sin saber por qué. Después, sonrió. También en "El Capital" y aún en la "Contribución a la crítica de la Economía Política", Carlos Marx cita con deleite estrofas de Alighieri... ¡Ah, terrorífico florentino de los tercetos apocalípticos! Víctor Raúl pensó que, en la entrada de Nueva York, sobre la tea de la gigantesca Libertad, debiera inscribirse aquello de

*Per mé se va nella perdutta gente.*
*Lasciate ogni speranza voi che'ntrate...*

Pero, no. No había por qué despedirse de la esperanza. Precisamente, por esos días — y una ancha sonrisa rasgó los labios de Haya de la Torre —, por esos días, saldría, con otros estudiantes, rumbo a Rusia. La *flapper* vecina, que le miraba entre codiciosa y picaresca, rozándose con él a cada trepidación del *subway*, se quedó repentinamente atónita, mirando a la cara de aquel apuesto "*latín*", inesperadamente sonreído. Y hasta le pareció a la rubia *girl* que el *latín* aquel mascullaba entre dientes una palabra ininteligible, pero que a ella se le antojó que era: *Russia, Russia*...

## IX

## RUSIA Y EUROPA

Al fin desatracó del muelle de Brooklin, el gigantesco "Esthonia"—antes "Zar"—de la Baltic-América Line, con su promiscuo cargamento de turistas, tripulantes, repatriados, inmigrantes. Trepidaba el monstruo marino, y en la cubierta, entre un grupo de estudiantes yanquis y mexicanos, erguía Víctor Raúl su curiosidad como el mástil más empinado... Rusia, Rusia... Oyera tantos relatos acerca de la tierra de los Soviets... Pero, le absorbía de momento la visión de Nueva York, tentacular y apasionante. Desde el buque la veía bien, erizada de rascacielos. Pensó, al instante, en "La ciudad del diablo amarillo", de Gorki, la mejor pintura de Nueva York. A lo lejos empezaban a perderse ya los edificios asombrosos. Parecía la ciudad, legión de faros y ciclópeas arañas. Pasaban la isla ya. Frente al puerto, alzaba su majestuosa talla la estatua de la Libertad. Aun resonaban las voces de despedida:

—*Good bye... Good luck... So long... so long...*

Los estudiantes neoyorquinos, vecinos a Víctor, sonreían a lo distante, a lo invisible, con ojos empañados—niebla de verano—. "Los rascacielos de la gran metrópoli del capitalismo—escribe Haya en su artículo "De Nueva York a Moscú" —se ven muy bien en el fondo de la bahía gigantesca, bañada por un alegre sol de los primeros días de junio. La perspectiva nos ofrece un curioso contraste: la estatua de la Libertad, asentada en un islote del puerto, resulta empequeñecida por la proporción de las grandes moles que ha levantado el poder del oro yanqui. A medida que se construyen más grandes edificios del capitalismo en Nueva York, la estatua de la Libertad resulta empequeñecida. Quien ha estado en los Estados Unidos de Norteamérica sabe bien que tal fenómeno no es sólo una ilusión óptica... Al revisar el pasaje, tuvo Víctor Raúl sorpresas. El "Esthonia" era un mundo en pe-

queño, con todas sus jerarquías y pasiones. Viajaban ahí el príncipe Valdemar de Dinamarca, tío del ex zar Nicolás II y de Jorge V de Inglaterra, con quienes tenía gran parecido físico. El príncipe habíase casado con una hija de un millonario yanqui. Iba, además, una colonia de comunistas rusos, portadora de maquinarias para las aldeas soviéticas de la Tierra Negra. Los pasajeros representaban una Babel en pequeño: polacos, lituanos, finlandeses, daneses, rusos, norteamericanos, mexicanos, ingleses, y... hasta un peruano. El jefe de la colonia rusa era Víctor Sirault, quien viajaba en compañía de su mujer. Uno de los rusos, llamado Karuba, regresaba a su país, después de 11 años de haber trabajado en las minas, sin haber aceptado jamás aprender una sola palabra inglesa. El príncipe discutía con un campesino acerca de las ballenas enormes, escolta voluntaria del "Esthonia", desde el quinto día de navegación. Al anochecer surgía la música líquida de *domras* y *balalaikas* melosas, vibrantes, dolidas, punzantes, destilando amargura y melancolía... Melancolía: ¡qué bien sabía esta palabra olvidada desde los remotos instantes de la infancia!... Habría que olvidarla nuevamente...

Majestuosamente entró el "Esthonia" en mares europeos, cerca de las Islas Orkney y la costa norte de Escocia, "vestida de césped y sin un árbol, como los páramos andinos". Era la comparación autóctona la que surgía en la imaginación de Víctor Raúl... Multitud de faros anunciaban ya el Mar del Norte. "Casi en el paralelo 60—escribiría Haya—, tenemos la visión maravillosa de la noche blanca, la misma noche blanca del verano en Leningrado, a cuya luz, Puschkin podía leer y escribir versos". Al día siguiente bordeaban Noruega. Llegaron a Helsingfors. Después, a Copenhague. Desembarcó, solemnemente, el príncipe Valdemar, de vuelta a los "patrios lares". Desembarcó, también, Haya de la Torre. Inquirió por noticias de Sudamérica, mas, no las halló. La tierra de los *fiords* estaba sorda para el trópico. Siguió el viaje. En Dantzig, sobre el Vístula, asomó diverso paisaje ya. A pesar de tratados, de pugnas diplomáticas, Alemania imperaba ahí. "Todo ahí es alemán. Lo único internacional es la miseria de los niños que piden pan desde el muelle y que devoran, como animales, los restos que se les arroja desde a bordo"... Luego, Víctor Raúl y sus acompañantes abandonaron definitivamente el "Esthonia". Debían seguir viaje a bordo de un barquito inglés, que los condujo hasta Memel, sobre el Niemen...

Al llegar a la República de Lituania, Haya de la Torre inició sus acostumbrados sondajes a los trabajadores. El ham-

bre y la miseria saltaban a la vista. Vinieron grupos de obreros a conversar con los estudiantes yanquis y mexicanos. Haya de la Torre supo de aquella angustia reiterada y sin tregua. Miseria, opresión, hambre, injusticia... Cuadro uniforme y desolador. Pasó a Tilsit. Al puerto de Libau... Tránsito fugaz por la república de Livonia, uno de esos Estados surgidos del desastre europeo y de la aparición del Gobierno de los Soviets. Caminaban ya por recientes campos de batalla. Las cúpulas doradas de los edificios presagiaban a Rusia y evocaban las estampas de Bizancio. El Oriente europeo estaba ahí, palpitante. Diez horas de vagar por Libau, reiteraron en Haya de la Torre la experiencia de Dantzig: largas colas de hambrientos, miseria y más miseria. Los obreros anhelaban unirse a Rusia. Pero, las razones de Estado occidentales pesan... Al tren, ahora, para doce horas de traqueteo incesante. Al fin, Riga: "De Riga—observaría Haya de la Torre—salen todas aquellas noticias fantásticas sobre los bolcheviques que se comen a los niños, que beben la sangre de los burgueses en las copas de oro de los zares y que predican y realizan la destrucción, el exterminio y el mal, por simple deporte..." El más desagradable ambiente de desconfianza rodea a los viajeros todos. Víctor Raúl no pudo menos que recordar al espía policial peruano, llamado gráficamente "soplón". Haya de la Torre viaja en segunda clase. A partir de Ziebei, los pasajeros de primera son trasladados también a la segunda. Acezar de locomotora, acezar, acezar... Al fin, un arco de madera y una bandera roja: en el arco se lee la inscripción: "Bienvenida a los trabajadores del mundo", traducida a todos los idiomas. "Trabajadores del mundo, uníos", es otra de las palabras cabalísticas que indican la entrada a la República de los Soviets. Suben al tren soldados del ejército rojo. Visación prolija de pasaportes. Es domingo, domingo de junio, es fiesta en los campos vecinos. El tren se desliza por entre vastos trigales que recuerdan a Haya de la Torre la inmensa pampa argentina. Cabañas típicas, *isbas* humildosas, llanura inacabable, trigo, tierno trigo, dorado trigo, y doradas también las cúpulas que destacan sus curvas sobre el cielo azul. Cerca de los caminos, merodeando por las estaciones, brotan montones de gentes vestidas policrómicamente. Los mozos ostentan fanfarrones sus chaquetas azules o encarnadas, sus pantalones bombachos y sus botas recién lustradas, pero ya polvorientas y delatando su vejez... Las muchachas usan corpiños brillantes, faldas anchas y cortas, policromos delantales, pañuelo rojo sobre las cabezas morenas o rubias... Los ancianos, de pantalones claros, empuñan el báculo tradicional en la mano rugosa, áspe-

ra... Danzan y danzan, platican y platican: es domingo de junio en el mundo, y también en los Soviets. Un turista inglés, al constatar que no se ha visto un solo campesino borracho en el trayecto, comenta: "La alegría de un pueblo, sólo eso, bien vale una revolución". ¡Alegría de un pueblo, alegría, es decir, juventud y optimismo: bien valéis, en verdad, una revolución, si sois auténticas! Todos los campos están sembrados. La hoz no es símbolo vano... A lo lejos aparecen ya las doradas cúpulas de Moscú.

Se ha llegado por fin. Moscú encuéntrase inquieto por la reunión del Quinto Congreso Mundial del Partido Comunista, en el histórico Kremlin. Haya de la Torre asiste a las sesiones, que se realizan en la sala de San Andrés del Palacio de Alejandro, y observa, observa, como le ha encargado la F. O. L. de Lima. Va a investigar y analizar. "Visitante espectador", es la denominación que le asignan ahí al líder peruano. Contrasta el aspecto de los suntuosos tronos vacíos con la severa plataforma del "presidium" y el enlutado retrato de Lenin. A las 10 de la mañana comienza la actividad. Babel está ahí: los intérpretes se multiplican. A la 1 se descansa. El almuerzo estatal da derecho a dos platos y un postre. Después, se visitan los museos, cuajados de coronas y joyas del zarismo, de pinturas y retablos, de cañones y campanas historiadas, todo en perfecto orden: Bela Kun, el famoso líder húngaro, se queda largo rato contemplando la tina de alabastro de la zarina, colocada en una habitación tapizada de oro y azul. Más tarde, Trotski habla en la inauguración del Congreso. Cinco horas dura su arenga sin que nadie se fatigue. Es lo excepcional, porque sólo se toleran discursos de un cuarto de hora como máximo. Zinoviev cautiva a Haya de la Torre por su precisión y energía, cuando ataca a Trotski, entre la atención respetuosa de quienes ven en él al teorico heredero de Lenin. Clara Zetkin pronuncia, también excepcionalmente, un discurso de cuatro horas sobre la posición de los intelectuales; Bujarin expone las teorías marxistas; Radek ataca mordazmente a Zinoviev... Suben otros oradores a la plataforma. Ahí están y ahí hablan Manuelinski, el veterano comunista japonés Katayama, el fogoso irlandés Larkin, la alemana Ruth Fischer, que expone el movimiento hamburgués; el italiano Bordiga; los yanquis Dunne y Amter; el español Acevedo y el hindú Roy, a quien se confiaría la dirección del movimiento de la China, de la cual extrae las experiencias expresadas en su libro "Revolución y Contrarrevolución en la China".

Pero no basta el congreso, que es lo oficial del Soviet. Hay que ir a la calle. Le conducen a un comedor del Esta-

do: todo está ordenado, todo reluce, todo revela sistema y técnica; pero el visitante sudamericano pide que le lleven a la cocina, y ahí sorprende largas filas de moscas y cazos con la tradicional mugre zarista. El cicerone enrojece... "Todavía no se puede hacerlo todo"... Sí, es verdad, pero lo interesante es constatarlo. "Confieso—dirá más tarde Haya de la Torre—que yo no fuí a Rusia buscando el paraíso perdido. Siempre creí en la revolución de 1917 como en un hecho humano, profundamente humano". Pidió ver, y lo vió, al patriarca Tikhón, de quien la prensa burguesa europea decía que había sido despedazado por los comunistas: en su iglesia recibía el saludo de diáconos y fieles, todos los domingos a las dieciocho horas. Las obras de Tolstoi y Kropotkin—aquél moralista, éste anarquista—se vendían en todas partes. El 15 de julio asistió a la inauguración del Congreso Mundial de la Juventud Comunista, en donde trabó conocimiento con Michael Frunze, Comisario de Guerra: "Hacemos cultura, antes que estrecha educación militar"—había dicho Frunze. A principios del otoño, Frunze refería a Haya de la Torre su admirable vida, dura, terca y desinteresada. Insaciable en su afán de conocer, el líder peruano entrevistó a los líderes de la revolución rusa. El viejo Kalinin, presidente nominal de los Soviets, le abrazó pronunciando las únicas palabras rituales que suele pronunciar. Conversó con Trotski, con Bujarin, Zinoviev, la hija de Tolstoi, la esposa de Trotski, el pulido Anatolio Lunatcharski... En la Universidad de Moscú, a cuyo alumnado trató de cerca, pronunció una conferencia acerca de la situación de América. Como alguno le afirmara que en el Perú, la III Internacional tenía, según los informes oficiales, 20.000 afiliados, Haya de la Torre replicó tajante: "Los están engañando a ustedes miserablemente sus enviados: no tienen ni 1.000 inscritos en todo México."

No descansaba, entretanto, su comunicación con América. El había ido a Rusia para conocer el fenómeno de la revolución mundial, para informar a los obreros del Perú, para cimentar su cultura política y económica. En Buenos Aires se publicaron numerosos artículos sobre Rusia, escritos por Haya de la Torre. De pronto, supo que Rabindranath Tagore iría, como invitado de honor, al Perú, a las fiestas del Centenario de Ayacucho: estaba Víctor Raúl en Oriejobo, y desde ahí, el 27 de agosto, se dirigió al gran poeta hindú: en su carta le refería la tragedia de la juventud peruana, y muy especialmente, la de su estudiantado, a cuyo frente se hallaba entonces Luis F. Bustamante, de la U. P. G. P., naturalmente. Por esos días, Romain Rolland invitó a Haya de la Torre a visitarle en Villeneuve: Víctor Raúl cayó enfermo y se abs-

tuvo de hacer el viaje. Estuvo tan grave que los médicos prescribiéronle recluirse en un sanatorio de Crimea. No lo hizo. Había que ver, oír, trabajar. Entretanto, Tagore resolvió no ir al Perú... Víctor Raúl se entregó al estudio de la educación soviética. Como Lunatcharski, el piloto de la nueva pedagogía rusa. era un esteta, y un curioso impenitente, pronto anudaron sólida amistad. Lunatcharski era uno de los pocos compañeros de Lenin que conservaba firmemente sus posiciones ante el ya naciente empuje de Stalin. Trabajaba en un gabinetito, decorado con mascarillas, vaciados, cuadros, retratos, denunciatorios de las aficiones artísticas del líder soviético. Amigo de Romain Rolland, desde sus tiempos de desterrado en Suiza, Lunatcharski se interesó porfundamente por el problema espiritual indoamericano, ya que él mismo había sido apasionado cultor de lo hispánico. Como resumen de aquellas charlas, envió a Haya de la Torre (23 de septiembre), una compendiosa carta directriz, y, tres días más tarde, le confió un cálido mensaje para las U. P. G. P. del Perú. Haya de la Torre tradujo, conmovido, las palabras del compañero de Lenin:

"R. S. F. R.
Comisario del Pueblo
para la Educación — 26 de septiembre de 1924

"Queridos compañeros, maestros y discípulos de las Universidades Populares González Prada del Perú:

"Os envío el saludo del Comisariado para la Educación de la República Socialista Soviética Rusa, junto con el saludo de su numerosa juventud proletaria y campesina, que aspira hoy a armarse de las ciencias superiores. El jefe de nuestra revolución, Vladimir Lenin, dijo que ella debía apoyarse lo más velozmente posible en la nueva clase intelectual, no contagiada de prejuicios burgueses, y ligada por la sangre con los obreros y campesinos. Para este fin habíamos creado en todas las escuelas superiores, las facultades obreras (Rab. Fac.), las cuales están dando, cada año, ocho mil estudiantes que ingresan inmediatamente a las escuelas superiores. Este número representa más de una tercera parte del total de ingresados, y está demostrado que son los mejor preparados para el curso ulterior. No limitándonos a esto, nosotros damos toda preferencia en la recepción de alumnos para las Universidades a los jóvenes de origen proletario y campesino, y de ideología o disposición definitivamente revolucionarias. En conformidad con este programa, nosotros aspiramos a dar, no sólo a las Facultades Obreras (Rab. Fac.),

sino a todas las escuelas superiores, un carácter nuevo, adaptado para ese nuevo tipo de estudiante *que se halla en estricta conformidad con las necesidades de nuestro país*. Nuestra juventud se halla todavía en situación difícil, porque, sacudido el país por las guerras y por el hambre, resultados del boycott de los Estados capitalistas, sólo ahora viene a restablecerse. Nosotros tenemos en la actualidad (1924) 25.000 estudiantes de las Facultades Obreras, completamente costeados por el Estado, y damos un estipendio regular a 22.000 estudiantes de los 100.000 de las escuelas superiores. Esto es todavía insuficiente. Pero, los estudiantes, no obstante la carencia de domicilios buenos y la pobreza relativa en que viven, se dedican al estudio con celo colosal, inspirándonos vivo gozo. Nuestra Unión Comunista de la Juventud, que abarca la inmensa mayoría de los estudiantes de nuestro país, es ahora el más importante elemento de nuestro país, el más activo propagador de civilización, después del Partido Comunista. Nuestra unión con la juventud es la mejor garantía de la estabilidad de nuestra victoria. De todo corazón deseamos nosotros que la juventud obrera y campesina del Perú, que ha empezado tan seriamente su educación en las excelentes Universidades Populades González Prada, se una—lo más pronto posible—a nuestra gran familia de obreros y campesinos que ha despertado ya y está lista a conducir a la humanidad hacia la dicha. Vuestro compañero:

A. Lunatcharski.
Comisario del Pueblo para la Educación de la República Soviética Socialista Rusa."

Lunatcharski deseaba, pues, que las U. P. G. P. se unieran al Partido Comunista y reconocía que cada país se da la educación que necesitan sus condiciones propias. Haya de la Torre robusteció su tesis aprista, y anotó la experiencia cuidadosamente. Rusia miraba por Rusia como Rusia. América, sin perder de vista la meta de la justicia social, necesitaba su método propio. Al día siguiente, salió de Leningrado. En vísperas, una violenta crecida del Báltico, inundó las calles de la ciudad. Cuando Víctor Raúl salió de Leningrado, patrullas de soldados y obreros, secundadas por miembros de la Juventud Comunista, trabajaban con empeño en las obras de salvamento. Pero, al llegar a Berlín, tuvo que sonreír al leer la nueva de que en aquella inundación se habían cometido mil crímenes: la prensa occidental no merecía crédito alguno...

Mientras, pese a su enfermedad, Haya de la Torre redactaba febrilmente su libro sobre Rusia. Supo, por un núme-

ro de *Mundial*, que le enviaban a Londres, de la enfermedad de Mariátegui en Lima. Le habían amputado la única pierna sana que aquel tenía: tal era la noticia contenida en un artículo de Luis Alberto Sánchez. Haya de la Torre, emocionado y fraterno, dirigió al punto unas líneas a Sánchez: ellas testimoniaban la profunda amistad y compañerismo entre Víctor Raúl y su colaborador, José Carlos Mariátegui: "Alguien me envió a Londres tu artículo sobre J. C. M.—decía la carta de Haya—. Yo te agradezco muy cordialmente esa actitud, y te felicito por ella. ¿Han respondido a tu llamado? Quizá. Pero, tengo la evidencia de que todos los que tenemos a M. por nuestro sentimos hacia ti simpatía y gratitud. Desde lejos, sin noticias, sigo con el alma el proceso de la enfermedad de nuestro amigo. Pero, hay que decirlo: él ha caído en la lucha más generosa de los tiempos nuevos del Perú"... Pero, Haya de la Torre también estaba a pique de sucumbir como consecuencias de esa misma lucha. Como empeorase, tuvo que pasar a Suiza, en donde se recluyó en el sanatorio de Leysin. Romain Rolland conoció entonces a Víctor Raúl y tuvo, de él, una relación pormenorizada de la situación rusa, hecha sin prejuicios, descarnadamente: más tarde le escribiría Rolland a Barbusse: "He conocido a Rusia a través de cinco espíritus claros"; uno de esos cinco espíritus era Haya de la Torre.

Desde noviembre—invierno en cierne, —estaba Haya en el sanatorio. De Lima llegaban noticias inquietantes. A principios de diciembre, los alumnos de la U. P. G. P. organizaron un homenaje público a los libertadores San Martín y Bolívar, al par que la comitiva oficial hacía lo propio. La policía atacó violentamente al frente único. Como consecuencia de ello, Heysen, Herrera, Cornejo Koster y otros partían al destierro. Los tres primeros, a Buenos Aires. Inaugurábase 1925 con el canto a "la hora de la espada" por Leopoldo Lugones, secundado por Chocano. Los grandes poetas del 900 se conflagraban para elogiar a la fuerza... No hacía mucho, en una intentona revolucionaria, en el norte del Perú, habían caído fusilados el coronel del Alcázar y el teniente Barreda, y había sido preso el político Osores, en tanto que el general Benavides y otros desterrados civilistas continuaban proyectando planes en el Ecuador. Se consolidaba el Gobierno peruano, y hasta Suiza llegó su poder: a instancias del representante del Perú en Berna, el Procurador General de la Confederación Helvética, procesó a Haya de la Torre, acusándolo de conspirar, ¡desde Suiza!, contra el Gobierno amigo de allende los mares, cerca del Rímac.... Cuatro detectives se presentaron sorpresivamente en la clínica en donde se medicinaba Víctor

Raúl y le interrogaron durante varias horas. Luego, sonaron los alegres cascabeles del trineo en el cual partían los polizontes, llevándose consigo cuadernos, libros, cartas, fotografías halladas en las habitaciones de Haya de la Torre, a dos mil metros de altura, en el Sanatorio de Leysin. . . Romain Rolland publicó enérgica carta contra aquel inaudito atropello suizo. Salvador de Madariaga intercedió por la libertad del encausado, Mas, la solución demoraba. Entonces, amigos conocedores del medio, penetrados de los propósitos perseguidos por quien incitó al proceso, le aconsejaron salir bruscamente del país, aunque siguiera enfermo. Víctor Raúl no tenía pasaporte: se lo había llevado la "justiciera" policía helvética. Decidióse, pues, a burlar la vigilancia, y salió de Suiza, rumbo a Italia, dejando al Procurador una carta en la que le decía que se iba convencido de la *democracia y la libertad suizas*, y que le dejaba los pasaportes que le había arrebatado la policía, como un obsequic . Seis meses después, el "acusado ausente, Mr. Víctor R. Haya de la Torre", era absuelto por los jueces de Helvecia; pero, cuando le devolvieron sus papeles—él estaba a la sazón en Londres—no aparecieron ni sus apuntes para un libro acerca de la situación política del Perú, ni los borradores de su libro crítico acerca de Rusia, ni los autógrafos, cartas y fotografías de los personajes con quienes había tenido trato. Sólo se salvaron las dos cartas de Lunatcharski, por haber estado dobladas entre las páginas de un inofensivo libro de Tylor, acerca de las Culturas Primitivas...

No le fué propicio el ambiente de Italia. El fascismo desconfiaba de quien llegaba con tan malas recomendaciones de los diplomáticos peruanos. Víctor Raúl tuvo que abandonar Florencia, después de haber escuchado a Mussolini en un discurso; y pasó a París. En marzo de 1925 iniciaba ya su campaña de Londres. Y en marzo, el Gobierno de Leguía experimentaba la más violenta sacudida que nunca: el 9 de ese mes expidió su Laudo Arbitral el Presidente de los Estados Unidos, Calvin Coolidge, y en él declaraba que debía llevarse a cabo el plebiscito de Tacna y Arica. Las noticias cablegráficas de ello, así como de los sucesos de sangre en el Perú, con tal motivo, arrancaron a Haya de la Torre extensas declaraciones para la prensa. Acababa de fundar la Célula Aprista de París. Toda su esperanza estaba en las nuevas generaciones, y maldecía a los viejos políticos de ambos países, causantes de 50 años de rencores y de un absurdo encadenamiento económico al yanqui, para obtener sus favores.

París puso a Haya de la Torre en contacto con viejos amigos—César Vallejo, entre otros—y con revolucionarios y

artistas. Anudábanse amistades súbitas, y se orientaba mejor el camino. El dibujante centroamericano Toño Salazar, los pintores cuzqueños Cárdenas Castro, el pintor peruano Felipe Cossío del Pomar, el gran poeta chileno Vicente Huidobro, el español Larreo, cuántos espíritus alertas alegraron fugazmente aquellos días de intensa preocupación y de organización. Tenía 30 años cuando pasó a Londres. Era la ciudad que amparó permanentemente al desterrado Marx, al conspirador Lenin, al teórico Engels. Para perfeccionar conocimientos, Haya de la Torre se matriculó en la Escuela de Ciencias Económicas. Escuchaba ahí—y trabajaba con ellos—a Harold Laski, el célebre autor de "Gramática Política", al experto en finanzas doctor Gregory, a Firth y a Malinowski, sus maestros principales. Con ellos se perfecionaba en técnica económica. Fué un año fecundo el de 1925. Se afirmaba Haya de la Torre en la necesidad de aplicar métodos americanos, y no europeos, a la realidad americana. Contra los teóricos irrealistas, escribió entonces, categóricamente: ..."Tres años de vida de estudio y de actividad indesmayable, me han llevado al convencimiento de que es estúpido, antimarxista y reaccionario, querer implantar tácticas europeas en la lucha social de América. *Hay que descubrir la realidad social*, ha dicho Engels, y no querer edificar en nuestro país la *Utopía* de Tomás Moro, el Falansterio de Fourier, o los siete cielos de Kropotkin. La pasada generación revolucionaria ha cumplido su misión. Sus errores nos sirven a los jóvenes. Los grandes males de los viejos luchadores han sido el divisionismo y el europeísmo. Han vivido en países americanos primitivos, agrícolas, semimedievales, coloniales, soñando que se encontraban en la industrial Inglaterra, en la organizada Alemania. Además, como herencia del personalismo primitivo que ha caracterizado la lucha política criolla, el insulto personal, cuando no la pistola, han sido armas de lucha política. Esas son *enfermedades de infancia*. Nuestra generación ya no es generación de primitivos mentales. Las masas obreras han adelantado. Tenemos un concepto *social*, y no individual, de la lucha del mundo. Somos dialécticos, marxistas y disciplinados. Por eso, los revolucionarios de la vieja generación nos miran con recelo, y la burguesía con horror. *La negación de la negación*, se cumple".

Sonaban las palabras a rebeldía, pero con hondura y sistema. La admonición entrañaba un incentivo constante a la acción. ¿No se entregaba él mismo, sin regateos, a la lucha por la justicia social? ¿Qué era, sino un soldado infatigable, listo a polarizar todo esfuerzo en un sentido revolucionario, pero, remiso, negado a cooperar con el civilismo histórico que

conspiraba en defensa de sus intereses de clase? Sellaba, por eso, una de sus comunicaciones de aquella primera mitad de 1925, con patético llamado a la insurgencia:

"Los trabajadores manuales e intelectuales del Perú, los obreros, los indios campesinos, las clases medias, los soldados y marineros, el pueblo en masa, debe erguirse y derribar de un solo golpe el régimen de terror que el imperialismo yanqui nos ha impuesto. Este es el deber de los apristas peruanos, y no debemos dejar de trabajar un solo día hasta que el pueblo comprenda que su deber no es someterse, sino rebelarse".

Cierta parte del pueblo lo entendía ya así. Los estudiantes, después del destierro de Bustamante, eligieron una Federación de tipo "trujillano", con los alumnos expulsados de La Libertad: Cox, Castillo, Vásquez Díaz. Mientras unos partían al exilio, otros quedaban en la brecha. A la vez Mariátegui había adquirido una imprenta. Iba a intentarse una concentración táctica bajo las banderas del Apra. El esfuerzo de *Claridad* iba a reflotar en *Amauta*. Así lo entendieron todos. Y así fué. Cautamente, Mariátegui invitó a cooperar en *Amauta* a intelectuales de la más variada ideología. Estaba en marcha el frente único contra el despotismo. Frente a la coalición de la fuerza, había que coligar a la opinión. El llamado de Haya de la Torre comenzaba a ser puesto en práctica. El Apra cobraba los acusados relieves de la acción.

# X

## "POR LA EMANCIPACION DE LA AMERICA LATINA"

El mismo día que se fundó la editorial "Minerva", que editaría *Amauta* más tarde, cayó asesinado de un balazo en el estómago Edwin Elmore. Lima entera se conmovió: el poeta Chocano había sido el ejecutor del trágico designio. Era en octubre de 1925. Haya de la Torre, desde Londres, escribió: "No se vea en la muerte de Elmore un caso personal... Para mí, la mayor culpa de Chocano está en que es uno de los pocos peruanos capaces de comprender en toda su gravedad la situación actual del Perú". Pero, rastreemos los orígenes de la simbólica tragedia...

* * *

En marzo de 1925, conmovióse el Perú con el Laudo de Mr. Coolidge. Al punto comprendió Leguía el peligro que le amenazaba. Habíase derrumbado toda su política internacional, y sufría resquebrajamiento profundo la política interna. Para remediarlo, después de días álgidos, en los que como de costumbre, rodaron sin vida ciudadanos vehementes, Leguía afirmó el pie sobre el fracaso y dió principio a una llamada "política de unión nacional", para llevar a cabo el plebiscito de Tacna y Arica. Haya de la Torre enjuició severamente la realidad peruana y americana: "La oposición de los partidos burgueses del Perú—dijo entonces—, se hace ahora en nombre de una nueva agitación patriotera... Tacna y Arica ha sido, desde hace cuarenta años, la Celestina de los políticos profesionales en el Perú y en Chile... Un frente único es urgente... Un frente único de pueblos contra los políticos burgueses y los tiranos impúdicos que arrastran a los pueblos a matanzas inútiles... Desenmascaremos a los dema-

gogos del chauvinismo... La cuestión no es que, en Tacna y Arica, el explotador sea peruano o chileno, sino que lo esencial es que los pueblos se rediman y que las líneas fronterizas que hoy sirven de agarraderas al imperialismo yanqui y a las tiranías criollas, desaparezcan para siempre en el gran amor a la justicia..." Al leer la violenta requisitoria del líder, el Ministro del Perú en Londres comunicó a Lima que Haya de la Torre debía estar "vendido al oro chileno". Y. a su vez, el Ministro chileno comentó: "Este joven peruano nos hace más daño que su Gobierno".

Pasó, en seguida, algunas semanas en París. No siempre era posible hacerlo, pues la policía parisiense instigada por diplomáticos peruanos, obstaculizaba los pasos de Haya de la Torre. Sin embargo, el desterrado acudía al café de la Rotonde, en donde conoció a Unamuno: alto, enhiesto, con sus chalecos cerrados y su inverosímil sombrero redondo, el viejo filósofo ensayaba un terno más contra Primo de Rivera, y, entre venablo y venablo, amasaba cuidadosamente las páginas buídas de "L'Agonie du Christianisme", traducidas luego por Jean Cassou. "Dictadorcillo de verbena", "puñetero Primo". "Alfonsete": duras frases las de don Miguel. También él saboreaba destierro y opresión. Y, en eso, llegó una noticia grave: Estados Unidos, a instancias de Mr. Kellogg, se preparaba a intervenir en México. ¿Posible? Haya de la Torre llegó a París como un celaje. Al punto, José Ingenieros procedió a convocar a un mitin de latinoamericanos. Gran propaganda para denunciar ante el mundo la infamia imperialista. El 29 de junio, en la *Maison des Savants*, de la Rue Danton, de París, congregábanse centenares de jóvenes de cabellos nigérrimos y habla empenachada. Pronunciaron discursos Miguel de Unamuno, José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Eduardo Ortega y Gasset. y, entre los jóvenes, Haya de la Torre, el uruguayo Carlos Quijano y el guatemalteco Miguel Asturias, de la Universidad Popular de su país. Fué un ataque franco contra el oficialismo yanqui. Pero primaban las generalizaciones. Sólo cuando habló Haya de la Torre empezó a concretarse el acto. El líder enunció la posición radical del A p r a: "La nueva generación revolucionaria de América Latina—exclamó ahí—ha abandonado para siempre los caminos románticos, en su lucha contra el enemigo común... Sería error gravísimo unilateralizar nuestra campaña contra el imperialismo y declarar que sólo los yanquis son culpables. Conviene situar el problema en su verdadera posición económica. Del mismo modo que la clase explotada y el verdadero pueblo yanqui, no es ni puede ser culpable de los crímenes de su clase dominante; del mismo modo, digo, la clase ex-

plotadora, las clases dominantes, en nuestros países, no pueden estar de nuestro lado en esta lucha. Ellas son sus cómplices... Patria chica y patriotismo chico—gritó ya enfervorizado—en América Latina, son las Celestinas del Imperialismo. Cada cacique, cada tirano, cada oligarquía, cada clase dominante, grita patriotismo... Desde que yo he nacido, desde que cada muchacho nace, se le enseña en el Perú a odiar a Chile... No importa que el capitalismo peruano y el capitalismo chileno negocien a su gusto entre sí... Hablo aquí por la nueva generación de la América Latina.. "

La protesta contra la intervención yanqui en México—que no se produjo—transformábase, así, en la exposición del doloroso caso continental. Ese mismo día 29, al tocarle su turno a José Ingenieros, éste declaró perentoriamente desde la tribuna de la *Maison des Savants*: "La nueva juventud americana ha precisado la ideología de la lucha contra el imperialismo yanqui; nosotros, los hombres mayores, sumados a las filas juveniles, debemos declararnos guiados, y no guías".

Así avanzaba el año 1925, para desembocar en la tragedia de Elmore. Haya de la Torre, cada vez con mayor precisión, enjuiciaba severamente la realidad de América. Su carta al profesor argentino—expulsado de Panamá por el imperialismo—, Julio Barcos, deslindaba el fondo auténticamente serrano de la peruanidad. Pumaccahua y Túpac Amaru, los dos próceres indios, eran los auténticos próceres de la emancipación del Perú; y, sin embargo, el indio yacía esclavizado: "Yo he vivido ocho meses en el Cuzco—escribía ahí el líder—; conozco Cajamarca y Apurimac y otros puntos de la sierra peruana. Usted no puede imaginarse los horrores que ahí se cometen..." Para acentuar su ideología y la ideología del A p r a, insistía, en carta dirigida a Gabriel del Mazo, desde Londres, en los lineamientos generales de la revolución rusa, experimento formidable que pone en evidencia lo que hay de eterno en los movimientos sociales, desbrozando lo episódico. Pero, América Latina tiene su realidad propia y diversa. Muchos problemas, como el del judío y el negro, que son actualidad en Europa, ya están liquidados en América, y, en cambio, los grandes asuntos económicos apenas si los desflora el Nuevo Continente. "Creo—añadía—que el problema fundamental del Perú es el de la "humanización", digamos así, de cuatro millones de hombres aproximadamente, bestializados por un sistema económico criminal. Yo no creo que el indio peruano pueda redimirse sin resolver el problema de *su tierra*, que es el problema de su vida". Entonces, surgía la pregunta decisiva: ¿Cómo actuar? Y Haya, insistía en el robustecimiento del A p r a, del cual decía: "Estoy de acuerdo

en formar un *partido;* más aun: nuestra Alianza debe llegar a ser ese partido". Desde luego, el partido debía tomar el poder "en alguna parte de América", para servir de palanca y de motor, ya que, la frase es de Lenin, "la cuestión esencial de la revolución es la cuestión del poder". Haya de la Torre, decidido a constituir ese partido, auspiciaba la formación de técnicos, de expertos, el utilizamiento de la autocrítica constante y constructiva y la preparación de la futura acción política.

Los estudiantes del Perú recibían aquellas enseñanzas ávidamente. La Federación de Estudiantes, presidida por Castillo y teniendo a Cox como secretario, enunció una posición concreta frente al asunto de Tacna y Arica, para evitar conflictos bélicos. Ahora, todos los reaccionarios, incluyendo Miróquesadas y demás civilistas, de acuerdo con el Gobierno al que fingían odiar, atacaban a la Federación. Un grupo de alumnos reaccionarios, protegidos por el Rector interino de la Universidad, el ya nombrado Manzanilla, tomó por sorpresa el local de la Federación. El grupo de la Federación había desarrollado violenta polémica con el poeta Chocano con motivo de la designación de Vasconcelos como maestro de la juventud peruana. Vasconcelos viajaba por Constantinopla, pero Chocano, recién regresado de Venezuela, atacó a los jóvenes calificando a Vasconcelos de enemigo del Perú y de farsante. La polémica intelectual transformóse en guerrilla doctrinaria y política. Adjetivos, gruesos adjetivos turbaron el torneo académicofaccioso. Pendencia arrabalera reemplazó al debate formal. Entonces, un grupo de catorce intelectuales lanzó un comunicado compendioso:

"Los artistas y escritores que suscribimos, sentimos el deber de declarar nuestra solidaridad intelectual y espiritual con José Vasconcelos, y nuestra profunda estimación a su obra de pensador y de maestro. Los que suscribimos esta declaración no apreciamos igualmente todas las actitudes mentales de Vasconcelos. Discrepamos de su pensamiento en algunos puntos. Pero, reconocemos en Vasconcelos a uno de los más altos representantes del espíritu y la mentalidad de América... Lima, octubre de 1925".

Y firmaban José Carlos Mariátegui, John A. Mackay, Luis Alberto Sánchez, Manuel Beltroy, Edwin Elmore, Eugenio Garro, Jorge G. Escobar, Lucas Oyague, Carlos Manuel Cox, Carlos A. Velásquez, Eloy Espinosa, Armando Bazán, Luis Berninzone, Emilio Goyburu. (1)

Agriáronse más aún los términos de la polémica. Chocano trataba despectivamente a los estudiantes que le eran adversos. Elmore, más fogoso, escribió un artículo de dura

9.

(1) de estos 14, hay 2 muertos físicos - y, [illegible] menos 2, - Beltroy y Oyague - vendidos a la reacción - V. del A. junio de 1936

crítica ideológica al poeta. *La Crónica* no lo publicó. Pero, el ingeniero Elmore dictó una breve charla por la Broadcasting O. A. X. de Lima — que en ese entonces tenía por director a un hombre de amplio espíritu, Antonio Garland —, en la que calificaba a Chocano de *Chanteclair* criollo. Un redactor de *La Crónica* cometió la imperdonable infidencia de mostrar los originales de Elmore al irritado Chocano, y éste llamó a su contrincante, por teléfono, para colmarle de insultos personales. No contento con esto, le dirigió una carta soez, en la que llegaba al mal gusto de tildar de "cucaracha que aplastaré" a Edwin Elmore. Pero éste, dolido del ultraje que Chocano le hiciera por teléfono, insultando la memoria de su propio padre, salió en busca de éste. Elmore estaba desarmado. Chocano. que acababa de conversar agriamente con Mariátegui en la Editorial "Minerva", tropezó con él en la redacción de *El Comercio.* Violento diálogo. Elmore dió de bofetadas a Chocano. Este sacó un revólver, y descerrajó un tiro sobre su contrincante. El disparo hirió mortalmente al idealista. Rodó hecho un ovillo, sangrando bárbaramente. Era el 31 de octubre de 1925. Hasta ahí, la rijosidad tropical transformaba en riña bárbara la pugna de ideas. Pero luego Chocano tuvo un instante de diabólica ceguera y satánica soberbia, y comenzó una tarea de difamación contra su víctima y el padre de su víctima. Elmore había muerto ya. A su entierro acudieron estudiantes y obreros. Y desde Trujillo, el 11 de noviembre, llegaba la adhesión de los intelectuales a la causa de la juventud: firmábanla Antenor Orrego, Alcides Spelucín, Enrique Dávila Cárdenas, Juan Espejo Asturrizaga,. José Eulogio Garrido, Julio Esquerriloff, Federico Esquerre, Néstor Martos, Jorge Pinillos, Julio Torres Solari, Jorge Castañeda, Juan M. Sótero... Chocano fué recluído en una prisión provisional. Lo acompañó el comisario Castillo Vásquez: ocho años después, el mayor Castillo Vásquez sería fusilado, en Chanchán, por el delito de defender la libertad contra la tiranía...

Ardió la polémica continental. Nada valían Vasconcelos y Chocano, al lado del simbolismo de aquella pugna. Vasconcelos representaba el nuevo espíritu, del cual, luego, se olvidaría, cuando, sugestionado por oligarquías criollas, disparara más de un injusto y torvo dardo contra la generación libertadora de América en las contradictorias páginas de *La Antorcha* parisiense. Chocano encarnaba el culto a la fuerza, la idolatría de la violencia, la reacción armada. Desde Milán, Vasconcelos clamó, en aquel noviembre de 1925, al saber la muerte de Elmore: "¡Ya basta de odio en América! Antes mataban sólo los bandoleros de la política. ¿A dónde iremos

a dar, hoy, que aún nuestros poetas se convierten en asesinos? ¿Y todo para qué? Para allanar el camino al *reino de la espada*. ¡Pobre América Latina! Desesperaríamos de tu suerte, si no fuese porque, al mismo tiempo que Chocanos, das también Elmores. Que el nombre de Elmore sea desde hoy una bandera". Entretanto, el Gobierno de Lima pugnaba por exculpar a Chocano y agitaba un avispero patriotero para ese fin. Lo grave es que Chocano, premunido del amparo oficial, cometió el error de lanzar una hoja libelesca — *La Hoguera* — desde la prisión, con la ayuda de Aguirre Morales, Chioino, Rebagliati y otros... Haya de la Torre, objeto de feroces acometidas de aquella hoja tan mal nacida, formuló una declaración terminante para *El Universal Gráfico* de México. Estaba en Londres, y comenzaba diciembre. Haya de la Torre había sido incorporado por Chocano, en la polémica, basándose en cierta carta antañera del líder a un desleal amigo escribidor de Lima. Chocano había dicho con ese motivo, refiriéndose a Haya de la Torre: "...el joven escritor Haya de la Torre, cuyas opiniones políticas no vienen al caso, pero cuya sinceridad dentro de ellas, nadie puede negar..." Al comentar esto, el líder desterrado decía: "Chocano sabe — y lo sabe muy bien — que participo de la misma opinión de Vasconcelos. que admiro al poeta y maldigo al hombre... sabe que por mi parte no dudaría un minuto en contribuír a su gloria como artista, del mismo modo que no dudaría un minuto al negar el más mínimo perdón para su castigo como delincuente..." Y agregaba: "La tragedia de Lima no es sino un episodio de nuestra lucha contra el reaccionarismo, y Elmore un mártir glorioso de esa lucha. A nuestra generación le ha tocado el destino admirable de librar su última batalla por la liberación de América, luchando contra la fuerza de los virreinatos del imperialismo yanqui en nuestro Continente... No se vea en la muerte de Elmore un caso personal. Vasconcelos no es el motivo de la tragedia, sino un accidente en ella". Y hacía un esquema de lo que significaba aquel episodio agravando la culpa del poeta, por ser uno "de los pocos peruanos capaces de comprender en toda su gravedad la situación actual del Perú".

* * *

Transcurría el año 1926. Verdad que Leguía logró una tregua política, a base de la expectativa por el desarrollo del Plebiscito de Tacna y Arica. El general Pershing y el general Lassiter fracasaron en el empeño de cumplir el Laudo. Aque-

llo reforzaba la posición de Leguía. En junio de 1926 al disolverse la Comisión Plebiscitaria, se veía claramente los alcances de aquel acto. El civilismo histórico, en busca de caudillos para oponérselos a Leguía, rodeó de halagos a Manuel de Freyre Santander, antiguo diplomático, de hablar sajón, extraño al Perú durante 20 años, y quien había representado al Gobierno en el plebiscito. Freyre obtuvo una recepción triunfal en Lima: tirios y troyanos, por diverso motivo, le aclamaban. El civilismo histórico y dorado rindióle público homenaje en el Club Nacional, reducto de la aristocracia colonial y de los financieros criollos. Al salir, le acompañaron en manifestación de chistera y frac. Freyre, comprendiendo que era peligroso aceptar tan súbita popularidad, obvió el trance y se fugó a Buenos Aires. Antes de salir ya murmuraba: "Me quieren brindar la Presidencia de la República, para lanzarme contra Leguía, y éste acabaría por ofrecerme la Isla de San Lorenzo". Se fué. El civilismo empezó a buscar otro cabecilla más dúctil. Entretanto, *El Comercio*, blanco del leguiísmo, feroz opositor al régimen imperante, iniciaba un suave viraje hacia las pródigas playas fiscales. El rector Manzanilla amparaba todo movimiento reaccionario en la Universidad. Ibáñez mostraba su garra autocrática en Chile, y Machado empezaba a ser lo que después fué, en Cuba. Al hacer, el balance de la situación resultaba que Leguía se había consolidado, y tanto, que el civilismo comenzaba a reconocerle virtudes antes regateadas... Para contrarrestar, en lo posible, todo aquello, Haya de la Torre dedicóse a tenaz labor de propaganda y de organización. Había que formar los nuevos líderes políticos en el destierro y en las filas del frente único. Norman Angell le abrió las puertas de su prestigiosa revista *Foreign Affairs*. *The New Leader*, la afamada *The Labour Monthly*, intimamente vinculada al *Labour Party* de Inglaterra, *The Lansburg Weekly* ~~ofreciéronle sus columnas~~ recibían sus artículos. Los órganos de avanzada de Estados Unidos, tales como *The Nation*, *The New Republic* y *La Nueva Democracia*, amparaban continuamente ~~artículos~~ [illegible] del desterrado líder peruano. *El Universal* de Mexico; *Sagitario*, *Crítica*, *Revista de Filosofía* de Buenos Aires; *Atenea* de Concepción; *Repertorio Americano* de Costa Rica; *Universidad*, de Bogotá, disputábanse la reproducción de artículos políticos y culturales de Haya de la Torre. Por esos días, envió un mensaje de saludo al Congreso Nacional de Jóvenes, reunido en la ciudad de México, y la asamblea aprobó, como uno de sus votos, aquel en el que "El Congreso Nacional de Jóvenes... acuerda... Otorgar un voto de simpatía a Victor Raúl Haya de la Torre, genuino representante de la juventud latino-

americana, desterrado del Perú por su campaña antiimperialista". México no olvidaba.

Como, por entonces, el escritor chileno Torres Ríoseco, publicara una invocación a los pensadores peruanos—calificando así a los García Calderón, Belaúnde, Riva Agüero, etc. —Haya de la Torre dirigió una carta abierta, que apareció en *Repertorio Americano*. En ella aclaraba: "El señor Rioseco hace un llamamiento a un grupo de "pensadores" peruanos, entre los que no estoy ni puedo estar yo. Habla de los señores Calderón y Riva Agüero, Belaúnde y compañía, es decir, del Estado Mayor oficial y pontificio de la clase dominante en el país, que representa al partido llamado ***civil***... Los señores Riva Agüero, Belaúnde y compañía, los "pensadores" del civilismo peruano, están de acuerdo con su correligionario, señor Leguía, en agitar el odio a Chile, en intoxicar la mente nacional peruana con una campaña de chauvinismo y de demagogia patriótica muy aparente para los planes de la clase dominante..."

Y siempre la campaña de organización del A p r a. Ahí, la obsesión y el esfuerzo constructivo. Ya era Haya de la Torre un personaje de relieve inconfundible. Tenía 31 años, cuando, con ocasión del homenaje que la importante revista *Europe* tributó a Romain Rolland, fué solicitada su colaboración. Y llegó tan a lo hondo del gran escritor la página escrita por el líder desterrado, que le dirigió al momento una emocionada carta, fecha 15 de marzo de 1926: "Le agradezco sus cálidas palabras. Le considero a usted como a un hijo o un hermano menor. Si nuestro campo de acción es diferente, la llama que nos anima es la misma: es la pasión por la verdad, y la pasión acezante por la humanidad... Veo la historia de la humanidad como un combate perpetuo para arrancar al hombre del abismo de bestialidad, de nada, que lo atrae, y al cual volvería a caer sin el supremo esfuerzo de los músculos y de las almas de unos pocos que lo empujan a ascender hacia el sol. Y usted, *hijo del sol*, consciente de los propios orígenes, sostiene penosamente, en la ascensión hacia él, la desdicha del pueblo de usted, caído al fondo de la noche, y que se coge de usted. Es éste un duro destino. Pero, yo sé que no lo cambiaría usted por ningún otro. Doy a usted la acolada fraternal. Alegría en el corazón, a pesar de todo. Para hombres como nosotros, es una felicidad cargar, como Cristóbal, sobre nuestras espaldas, al Niño-Humanidad, y pasar el río bajo su peso agobiador. Las piernecitas del Niño nos oprimen la garganta. El Niño se vuelve pesado como una montaña. Yo beso sus pies: bendito sea el Niño. —Su:—

De todos los sectores de desterrados venían noticias auspiciosas. En Buenos Aires, Ingenieros dirigía la revista "*Renovación;* Alfredo Palacios había constituído la U.L.A. (Unión Latino-Americana). Seoane, Heysen, Ravines, Cornejo Koster, Arcelles, Herrera, cooperaban al lado de los antiimperialistas argentinos. Como, por presión de Lima, el encargado de Negocios del Perú en Argentina protestara contra ciertos conceptos de *Renovación* acerca de Haya de la Torre, José Ingenieros tomó la defensa del ausente, escribiendo estas proféticas palabras: "Creemos que Haya de la Torre es un hombre joven que honra a su patria en toda la América, y creemos, asimismo, que el señor Leguía desacredita a su patria ante propios y extraños. Lo creemos así, óigalo bien: creemos que antes de pocos años, el ilustre desterrado Haya de la Torre será el *leader* político y social que encabece a la nueva generación, llamada a revonar al Perú. Y también creemos, que, antes de ese tiempo, Leguía habrá desaparecido—¿de qué manera?—del escenario político peruano. No es imposible que los actuales diplomáticos de Leguía tengan que escribir alguna vez en loor de Haya de la Torre... ¡Hora feliz para el pueblo peruano!"

Encrespábase nuevamente el escenario americano. Otros estudiantes del Perú—Bustamente, Hurwitz, Terreros—que llegaran desterrados a Panamá, hubieron de salir violentamente, porque se les consideró agitadores del movimiento inquilinario contra los caseros. Patrullas afrentosas de tropas yanquis custodiaban las calles de Panamá y Colón. ¡Alzaron el pavimento de la Plaza San Ana, el ágora panameña, para vivaquear impunemente! Fué la misma suerte de Julio Barcos, el educador argentino, que lanzó la revista *Cuasimodo* en el Istmo. Mariátegui piloteaba al grupo de Lima. Haya de la Torre estimulaba a todos, desde el exterior. La idea aprista se abría campo. Haya dejó Londres para matricularse en la Escuela Antropológica de Oxford, en donde encontró a José Antonio Encinas, también desterrado del Perú. ¡Las cosas que surgieron de aquella charla interrumpida en la prisión de San Lorenzo, allá por octubre de 1923!

Finaba el año de 1926. Al regresar de París, en donde dejara definitivamente organizado el Comité del A p r a, Haya de la Torre encontró que le esperaba en Oxford el primer número de *Amauta,* "tribuna aprista", dirigida por Mariátegui en Lima. Aprovechó el auspicioso silencio de aquel 1.o de noviembre—día de difuntos—para redactar un mensaje en el que, bajo el título de "Nuestro Frente Intelectual", analizaba la posición de las nuevas generaciones peruanas con respecto a la "inteligentsia" civilista. El político incidía en

la literatura para dar explicación social al proceso literario del Perú. Fué ahí donde enfocó renovadamente a Prada y Palma, en su significado social, que Mariátegui glosaría más tarde. Terminaba, después del maduro y esclarecedor examen, con la invocación a la lucha: "Trabajadores manuales e intelectuales de América: formad el Frente Unico de la Justicia".

Nada, sino cenizas, quedaba del año 1926. Había sido quemado, más que vivido. El invierno londinense, cargado de brumas, despertaba en el exilado secretas ansias de hogar. Iniciábase el cuarto año de su destierro. El famoso antropólogo Marett acababa de felicitar a Haya por sus investigaciones. Sin embargo, el estudioso vivía estrechamente. En Oxford acogíanle sus compañeros con vivo gozo. No había perdido la ancha risa cordial de todo el tiempo. Lanzábase a las frágiles yolas a remar y remar, y remando, remando, dejaba atrás al río mismo. Pero... no había dinero para ningún esparcimiento.. El poco que cobraba de colaboraciones, lo empleaba en la propaganda del Apra y en auxiliar a compañeros sin ventura. Estrenaban "Hamlet"—teatro shakespeariano, la gran pasión de Haya de la Torre—con ropajes modernos, y era Holloway el intérprete. Un amigo generoso—Goyburú—brindóle la ocasión de asistir. Como el boletaje estuviera vendido ya, el invitante compró un palco vecino al que correspondía al rey. Cuando se vió en él, Haya de la Torre emprendió una cómica retirada, confuso y avergonzado: "¡Yo cerca del palco del rey!" Una carcajada epilogó el fastuoso episodio, y el resto lo hizo "Hamlet"... Diciembre: era fría, muy fría la víspera de Navidad. Muy fría. Estaba en boga "The golden rush", aquella genial película de Chaplin... Los compañeros dispersos en todas las ciudades de América... Chaplín también quería celebrar, en medio de su pobreza, la Navidad bienllegada... Venían cartas de Cuba, de Buenos Aires, de París, de México, de Panamá, de Santiago, de Ginebra, de Berlín, algunas de Lima; pero, ninguna de Trujillo. Huérfano estaba Víctor Raúl, frente a la Navidad bullente. ¡Qué fría víspera! Mordíale aquella noche la ausencia y le calaba el desamparo. Pero, precisaba fundar la sección peruana del A p r a, pese a la oposición del Gobierno de Lima y del civilismo, encarnado por los Miró Quesada. *Amauta* sería el ariete cauto... La Navidad. Sus padres irían esa noche a la ritual "misa del gallo" en Trujillo. Don Raúl Edmundo inclinaría la testa severa y gris, pensando en el primogénito tan lejano, tan distante, tan sin noticias... De Buenos Aires urgían por los originales de un libro... En "The golden rush", en vez de la amada, llega a acariciar a Chaplín, dormido con sus ensueños, una mu-

la vagabunda que lame tiernamente los manjares del frustrado festín. ¡Cómo sufría y cómo había sonreído amargamente, con amargura tónica, ante esa tragedia tan humana y, por eso, tan risible y lacerante! Doña Zoila Victoria lloraría, seguramente, sobre el reclinatorio, al sonar los pitos y matracas y cascabeles, de la misa provinciana. Don Raúl Edmundo la apretaría del brazo, y, suavemente, suavemente, la llevaría fuera del templo, y caminarían hacia la casa, condecorados por el respeto de todos, pero vacío el lugar hogareño que ocupaba, antes, la ancha risa de Víctor Raúl... Ningún proscrito tenía hogar. Visitaron la memoria del desterrado unos versos trujillanos también, de César Vallejo, ahora en París: los recitara innúmeras veces en la mocedad pueblerina:

> Hay soledad en el hogar, sin bulla,
> sin noticias, sin verde, sin niñez.
> Y, si hay algo quebrado, en esta tarde,
> y que baja, y que cruje,
> son dos viejos caminos, blancos, curvos:
> ¡por ellos va mi corazón a pie!

Ningún proscrito tiene hogar, y no hay hogar con proscritos, retazos aventados por aquí, por allá. Santa Claus venía a Londres, iba a Trujillo, para todos los niños, solícito... En el écran, Chaplín despertaba amargo, cómico de puro dolido: sus pies trazaban desconcertante marcha sobre el sendero blanco de nieve que borra huellas... Ningún proscrito tiene Navidad. En todas las ciudades del mundo los exilados mirarían caer del almanaque la hoja presagiosa del 24 de diciembre... "The golden rush"... Otros cenaban en restaurantes de lujo. Niños, bullicios, algazara: hogar, hogar, hogar, h o g a r... Dura cosa llevar a cuestas al Niño-Humanidad: "Sus piernecitas oprimen la garganta; el Niño se vuelve pesado como una montaña. Yo beso los pies del Niño: bendito sea"... Bendito sea, sí, a pesar de la ausencia y la melancolía que mordía agudamente el corazón del proscrito. "Melancolía, saca tu pico ya". Londres, brumoso, helado, empujaba a las gentes dentro de sus casas, en donde calentaba dulcemente el fuego hogareño. Relucían los árboles de Navidad, cuajados de juguetes. Santa Claus sonreía ecuménico. Navidad, navidad... Sin hogar, pero con fe y alegría intima, Haya de la Torre volcóse sobre su mesa de trabajo, y recibió la Navidad de aquel año, ordenando los materiales de su libro "*Por la Emancipación de la América Latina*"... Afuera, nevaba blandamente...

# XI.

## BRUSELAS — NUEVA YORK

"Inglaterra es el país capitalista del mundo — y hasta ahora creo haber visitado los más importantes, con excepción del Japón —, en el que puede percibirse mejor la sucesión de sus etapas históricas de desenvolvimiento económico." Así comenzaba un artículo de Haya de la Torre, apasionado por la colosal huelga general inglesa. Ante ella, no rehuía entonces su posición francamente antiimperialista sin distingos, tratárase del imperialismo yanqui o del inglés: "No me declaro imparcial. Sería tonta hipocresía pretenderlo. En la lucha del mundo tengo mi lado, y en la lucha de América tengo mi puesto. Justamente con el punto de vista antiimperialista, escribiré estos artículos" — y penetraba en el "país de las paradojas", Inglaterra, para demostrar cómo la Gran Bretaña había inculcado a los Estados Unidos, el afán de "construir un imperio" a todo trance.

Pero había que adelantar la tarea de París. 1927 sorprendía a Haya trabajando contra la anunciada agresión yanqui en Nicaragua. El 12 de enero realizóse en una sala de la calle Grenelle, un nuevo mítin antiimperialista. El hecho más saltante de aquella demostración contra la ocupación de Nicaragua, consistió en que los jóvenes chinos de París se hicieron representar numerosamente, aunando así el anhelo antiimperialista y liberador de los explotados del mundo, y la solidaridad de los pueblos coloniales y semicoloniales contra el imperialismo absorbente. Sia Ting, delegado a la Liga de las Naciones y miembro del Kuomintang, expresó el saludo de la juventud china a los latinoamericanos en pugna con la voracidad de Wall Street. Diez días más tarde, el 22 de enero, fundábase el "Centro de Estudios Antiimperialistas del A p r a" en París. En el discurso inaugural, Haya de la Torre expuso su tesis de los 4 sectores para estudiar América; según la penetración imperialista: el del Caribe, constituído por México

y Centroamérica, Panamá y las Antillas, en donde la influencia económica se ha convertido a menudo en intervención armada; el de los países bolivarianos, constituídos por Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, en donde se estaba en la etapa del empréstito; el de Chile y los países del Plata, que, por su mayor desarrollo industrial, vincula la acción imperialista con las clases dominantes, y se vale de los Bancos, compañías anónimas e instituciones de crédito; y el cuarto, o sector del Brasil, en donde las mayores inversiones producen redoblamiento de la acción imperialista.

Haya de la Torre propuso, como secretario general del Centro de Estudios Antiimperialistas del A p r a en París, a Eudocio Ravines, que acababa de llegar de Buenos Aires. Y se embarcó, al día siguiente, a Londres. Ravines le escribía, en seguida a Del Mazo, que estaba en Argentina: "Hablé posteriormente con Víctor Raúl; discutimos largamente. No he encontrado hasta hoy un hombre más honrado y que conozca más a fondo el problema latinoamericano". El periodista argentino Luis Di Filippo, que reencontró a Haya en esos días, escribía, en una crónica que publicó *El Litoral* de Santa Fe, sus impresiones acerca del líder. Habían pasado juntos la velada Haya de la Torre, Di Filippo y Rolando Martel. Haya refería con vivacidad sus experiencias de Rusia, sus juicios sobre Trotski y Zinoviev, y era tanta su graficidad, que Di Filippo le preguntó:

—¿Es usted comunista?

—No — respondió Haya. — En Rusia, creo que sí; pero, fuera de Rusia, no. Yo no creo en el comunismo de trasplante. Y se lo he dicho así a los líderes rusos en Moscú. Con toda franqueza les he manifestado que en Perú, Chile, Argentina y México, el Partido Comunista no tiene perspectivas de éxito; vive como planta exótica de invernadero. En la Argentina, el proletariado desdeña la política y vive en los sindicatos, es sindicalista como en España. En el Perú, nuestro problema es otro. El A p r a "no es comunista en el sentido político marxista del término".

Entraron los tres a un solitario cafetín de Montparnasse a sentarse y beber leche fresca. El mozo, extrañado, optó por traer una bebida alcohólica. Ninguno la bebió. Bastaba seguir charlando. "Cuando Haya de la Torre hablaba del Perú — escribiría Di Filippo — su rostro adquiría una suave transformación. Se le esfumaba la constante sonrisa optimista que lo iluminaba; su cabeza plástica, donde los rasgos indígenas le afloraban, adquiría un sobrio tono de gravedad, y los ojos se le tornaban un tanto tristes. Recordaba las orga-

nizaciones sindicales incipientes del Perú, la acción de las Universidades Populares libres en la masa indígena, en cuyo seno predicaban el levantamiento de la raza desposeída y esclavizada, recordaba el espíritu feudal de las clases dominantes, la ausencia de clase media ilustrada, la ausencia de un proletariado por el estilo del que engendra el sistema industrialista de producción. Y, a medida que trazaba el panorama social del Perú, comprendía que el A p r a no podía ser comunista en el sentido soviético, y que la revolución americana debía tener características propias, originales".

Se despidieron, cuando clareaba el alba. Volvían de Montparnasse, como los bohemios. Pero, no habían ingerido alcohol ni derrochado el tiempo en insubstanciales charlas... Luego, el 23 de enero, otra vez a Londres. Desde ahí respondió un mensaje a *Mañana* de Cuba, y envió su ponencia sobre "los 4 sectores" al "Primer Congreso Internacional contra la Opresión Colonial" que se reuniría en Bruselas el 11 de febrero.

Los delegados lucían, predominantemente, filiación comunista. El cubano Julio Antonio Mella era de los más impetuosos. El uruguayo Carlos Quijano, representante de una diminuta A g e l a (Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos), oponía briosas reservas a la tesis de Haya de la Torre. Alfonso Goldschmidt estaba un tanto embebido en sus ocupaciones de investigador. Quijano tenía una curiosa mezcla de comunismo y de reaccionarismo. El italo-argentino Codovila, estaba resueltamente con el Soviet. El uruguayo Carlos Deambrosis Martins mantenía una posición irresoluta. Para obviar debates ociosos, el Congreso acordó invitar a Haya de la Torre, quien ordenó a Ravines que saliera, también de París, rumbo a Bruselas, a fin de representar ambos al A p r a. El material estadístico que respaldaba la tesis aprista era macizo. Pero, los comunistas, que trataron, primero, de dividir a la delegación aprista, lograron que la ponencia fuese enviada a un *petit comité*, cuya orientación se sintetizó en una exclamación de Quijano: "Pero ¿quién es Haya de la Torre para dividir el mapa de América como le da la gana?" Mella, Deambrosis y Codovila condenaban absolutamente la táctica aprista de los 4 sectores. Codovila, más encarnizado, trató de confundir a Haya, con un recurso teatral: aprovechando de que Goldschmidt andaba cerca, ocupado en trabajar para otra subcomisión, le entregó la ponencia de Haya de la Torre, pidiéndole su dictamen. Goldschmidt leyó atentamente el informe, y, ante el asombro de los opositores, expresó:

—Muy interesante. Precisamente tengo los originales de un libro sobre América Latina, en donde coincido, en térmi-

nos generales, con las inteligentes observaciones de Haya de la Torre sobre los sectores de penetración imperialista.

No hubo más. La subcomisión aprobó el informe de Haya por unanimidad. Mas, luego presentóse otra dificultad con motivo del asunto de Tacna y Arica, triunfando una vez más la ponencia aprista contra la comunista. Pero, el choque fué irreductible al tratarse de la táctica política. En realidad, el congreso parecía más convocado para contemplar, preferentemente, el conflicto de las colonias africanas y asiáticas, y, secundariamente, el de América. Por eso la III Internacional había instruído para adoptar medidas que no encuadraban a nuestro Continente. Codovila, vehemente, defendió la tesis de la insurrección a toda costa, de la agitación por la agitación, aliados con cualquier clase, por feudal que fuese, pero agitar, agitar. Haya de la Torre propició la tesis de la alianza de clases, pero no con las clases explotadoras que sería fatal en aquel momento. Esbozó la tesis del Frente Unico de los oprimidos contra el Imperialismo — enemigo exterior — y las oligarquías criollas — enemigo interior. — Codovila, frenético, impugnó:

—Que perezcan, por último, esos veinte pueblecitos, con tal de salvar a la revolución rusa.

Haya de la Torre atajóle al punto:

—Está bien: que se salve la revolución rusa. Pero, América necesita cumplir sus destinos.

Cerróse el debate. Se veía la tesis comunista de organizar, por medio de la Liga Antiimperialista, una especie de Kuomintang, con alianza de clases burguesas. Mas, uno de los defensores de la III Internacional en otro debate, dejó escapar, después, su oposición a que siquiera se hablase ahí de la revolución rusa: era Quijano. Al punto Haya salióle al paso:

—Ese silencio sería absurdo. La revolución rusa cuenta en su haber, ciertamente, como conquista definitiva, el haber vencido al imperialismo.

Desde luego, al firmarse las conclusiones programáticas y las normas tácticas, la delegación aprista se abstuvo de dar su asentimiento. Firmó sólo con reservas. Comentando aquellos incidentes, Eudocio Ravines le escribía a Del Mazo, en Buenos Aires: "La táctica del Partido Comunista ha cambiado totalmente: se orienta hacia un Frente Unico por mandato de Moscú, pero hacia un frente único que tenga como deber primordial, contemplar, no los asuntos y los intereses latinoamericanos, sino los intereses políticos de la U.R.S.S., cosa inaceptable. Necesitan carneros para el holocausto, y toman a nuestros pueblos como chanchitos de experimentación. Codovi-

la nos declaró en Bruselas, "que a un comunista no le interesa sino la campaña de la III Internacional, aunque para sostenerla se sacrifiquen quince países"; esta es a todas luces, la voz de orden, la que no creo que nosotros tenemos por qué acatar. si se organiza bien el Apra allá. Tenga Ud. en cuenta esto y no deje penetrar al comunismo oficial en ningún resquicio".

Tal opinión se la corroboraba a Heysen, cuando éste llegó a París:

"Si Víctor Raúl no llega a Bruselas —díjole Ravines— el Primer Congreso Antiimperialista Mundial habría fracasado en su interpretación de la realidad latinoamericana, pues, a excepción de él, América Latina no tenía un representativo de su prestigio y su preparación. Julio Antonio Mella, un gran muchacho todo corazón, carecía de visión para valorarnos. Carlos Quijano, medio comunista, medio socialista, medio blanco, no constituía una garantía ni para América ni para los comunistas, ni para los neutros".

Haya de la Torre volvió a Oxford. Colaboraba en "The Socialist Review", (órgano de Mac Donald y de Lansbury) en donde publicó un artículo sobre la Revolución Mexicana. Sus relaciones periodísticas habíanse ampliado a "The Living Age" de Boston y otros periódicos. Sustentaba conferencias en el "New College" y en el "Ruskin College" de Oxford. Por esos días, llegó un equipo estudiantil perteneciente a la Universidad de Washington, a discutir sobre la Doctrina de Monroe y el Imperialismo. La "Oxford Union Society" designó como sus representantes a Haya de la Torre, estudiante extranjero, y Evans Durbin, del "New College". Con qué profunda alegría recibió la designación el líder. Frente a frente a alumnos del país del dólar y del de la libra esterlina iba a defender la posición de nuestra América. El idioma inglés adquirió extraña riqueza en los labios del polemista peruano, el día del debate. Y fué tal el éxito, que la revista "Isis" de Oxford, en su edición de 18 de mayo de 1927, comentaba el acontecimiento con estas palabras: "Mr. Haya de la Torre recibió una gran ovación, porque hizo el discurso más capaz e interesante que hasta hoy se haya dicho sobre esta materia en Oxford".

Casi simultáneamente había recibido una carta de Ravines, escrita en París el 2 de abril. Le comunicaba que estaba trabajando por encargo de Encinas, cooperando en un libro de éste sobre Universidades Italianas, y algunas discusiones tenidas entre el colombiano Prieto y los apristas cuzqueños Luis Eduardo Enríquez y Alfredo González Willis. Los muchachos pedían vacaciones desde el 15 de agosto para preparar exá-

menes. Ravines aludía a ciertas suspicacias de Luis Bustamante, y, utilizando el apodo de "*Pachacútec*" con que, familiarmente, designaban a Haya de la Torre, le decía a éste mismo: "América, en lo que es masa, muchedumbre, no se mueve con doctrina pura: esto también es realidad evidente. Hay que agitar sentimentalmente. Como ahora nuestra campaña está entre los vericuetos anárquicos del intelectualismo, hay que amoldarse a ellos, para conquistarlos. En la campaña para la muchedumbre, de palabra sobre todo, no veo sino el camino de: Pachacútec, Pachacútec. Peor para ellos. Mientras estos intelectuales hablen de puritanismo y tontería, la masa les sale vivando a un Alessandri cualquiera y, lo peor, a un Ibáñez". La carta de Ravines proponía editar un folleto que contuviera la síntesis del Apra.

A mediados de mayo, llegó otra carta interesante, fechada en Lima, el 14 de abril, de José Carlos Mariátegui. En ella dilucidaba un asunto del que se había rumoreado excesivamente: la supuesta disidencia de Mariátegui con el Aprismo. Pero, Mariátegui aclaraba en aquella carta: "Veo que Vargas no ha interpretado cabalmente mi opinión sobre la Apra. No me explico, en verdad, cómo me puede haber creído opuesto a ella... La observación o reserva que hice a Vargas fué ésta: que además de la Apra., debía formarse en el Perú una organización específicamente peruana, que impusiera su disciplina y sus direcciones a todos los elementos que, sensibles sólo a nuestros propios problemas, no estén inmediatamente aptos para entender u obedecer un plan continental. Pienso que, el sentido histórico, la emoción total de nuestra obra, no pueden ser comunicados sino a elementos de *élite*. Nuestra obra, en el Perú, necesita apoyarse en la particular situación del país... Naturalmente esta organización, por el mismo hecho de ser nosotros sus suscitadores, estaría espiritualmente y *de facto* subordinada a la orientación general de la Apra. La mejor prueba de que no soy absolutamente adverso a la Apra, es que le he dado ya mi adhesión en principio, aceptando el concepto que preside su carta a *Amauta*, y, sobre todo, participando, no por cierto pasiva ni adjetivamente en la constitución de la Apra. en Lima". Al revés de Ravines, Mariátegui se mostraba poco afecto a tocar los resortes sentimentales, y más inclinado a una fría lucubración de laboratorio.

Haya de la Torre no tuvo tiempo de meditar mucho. En

junio, la policía londinense dió una batida a Arco's House, en donde tenía sus oficinas el Consulado soviético, al que se acusaba de realizar gran propaganda comunista. Aprovechó de la coyuntura el gobierno de Lima, cuyo Ministro de Gobierno era Celestino Manchego Muñoz, personaje de grandes ambiciones, para allanar el local inofensivo de una sociedad obrera, pretextando haber descubierto un complot comunista, del cual era agente la sección peruana del A p r a. Apresó a Cox, Vásquez Díaz, Magda Portal, Blanca Luz Brum — poetisa uruguaya —, Serafín Delmar, al escritor Jorge Basadre, a varios obreros, entre ellos Barrientos, Sabroso, Samuel Vásquez, Ríos, León; clausuró *Amauta;* encerró a Mariátegui en el Hospital Militar; pretextó que las cartas de Seoane, de que se había incautado la policía, encerraban la clave del complot, y, luego, deportó a casi todos, excepto a Mariátegui y a Basadre. El embajador yanqui, Poindexter, no era ajeno a la maniobra. *El Comercio* aprovechó la ocasión para apoyar las medidas del gobierno, del cual se fingía adversario. El Rector Manzanilla aplaudió las prisiones y, por medio de uno de sus empleados, se prestó a delatar supuestas relaciones de Mariátegui con el Soviet. Otra vez, la simiente revolucionaria del Perú agitaría las conciencias de América: en La Habana, Luis Bustamante, ex-presidente de la Federación de Estudiantes Peruanos, polemizó, defendiendo al Apra, contra Mella, que lo atacaba. Cox participó raudamente en el debate. Machado abría las puertas de la cárcel para que salieran sus opositores, pero perseguía a los extranjeros. Fueron devueltos a la vida libre Emilio Roig de Leuchsenring, director de *Social;* Alejo Carpentier, de *Carteles;* José Antonio Fernández de Castro, del *Diario de la Marina;* muchos obreros, muchos estudiantes. Pero, estos mismos estudiantes cubanos llevaban sobre sí el tremendo delito de haber protestado contra la deportación de sus compañeros peruanos. La respuesta del secretario del Presidente Leguía había sido fina y delicadísima, diciendo, entre otras cosas:

—"No prestamos atención a las estúpidas protestas de Uds." (textual). Al comentar tal contestación, *El Tiempo* de Bogotá formulaba una glosa mordaz contra el régimen peruano.

Haya de la Torre propuso un Manifiesto del Comité Ejecutivo del A p r a "A los latinoamericanos". Perentoriamente declaróse ahí: "La acusación de "comunistas" es absurda pa-

ra quien sepa algo de la historia reciente del Perú, donde nunca ha existido o existe grupo o Partido Comunista... Desmintiendo las calumnias de la tiranía peruana y sus secuaces, respondiendo a las falsas acusaciones de *El Comercio* de Lima, hoja vendida al yanqui, declaramos que las sangrientas persecuciones del Perú son el resultado de la política de dominación de los Estados Unidos en esa república". Pero, la carta abierta de Haya de la Torre a don Joaquín García Monje, acompañando el Manifiesto, fué la más terrible requisitoria contra los Miróquesadas, al tiempo que una defensa del Apra y de Mariátegui. Nunca olvidaron los Miróquesadas aquella catilinaria: devolvieron el golpe, andando el tiempo, a la usanza civilista: desde arriba y con ensañamiento y calumnias... Poco después, en el número del 13 de agosto de *Repertorio Americano*, aparecía una declaración de Mariátegui, en refuerzo de la de Haya de la Torre. Mariátegui escribía así: "La batida policial ha estado exclusivamente dirigida contra la campaña antiimperialista, contra la organización obrera, contra el movimiento de la A p r a., y contra la revista *Amauta*, cada vez más propagada en el Perú. Se denuncia a la A p r a, como una organización comunista, aunque se sabe bien que es una organización antiimperialista latinoamericana, cuyo programa se condensa en tres puntos: Contra el imperialismo yanqui, Por la unidad política de América Latina, Para la realización de la Justicia Social... Y *El Comercio*, órgano de la clase conservadora, que pasa por silencioso adversario del gobierno, coreó, con estúpida gravedad, la versión policial del "descubrimiento del complot".

Informado de que la temperatura política del Perú subía, Haya de la Torre había decidido acercarse, dejando Oxford, cuando recibió invitación de varias Universidades yanquis, para ir a discutir sobre la Doctrina de Monroe y la penetración imperialista en América Latina. Ibase a reanudar, con más patetismo y sobre el terreno, el debate de mayo. En septiembre de 1927 salió el líder de Inglaterra. Y, otra vez, en el mar. al aproximarse al trópico, veía claramente el problema del Continente. A bordo, nadie imaginaba que aquel muchacho bromista, experto en *tennis-deck* y *ping-pong* encubriera a un agitador de tan gran envergadura. Las *girls*, las *fraulein* y las *mademoiselles* miraban, benévolamente, al hombrachón aquel, jamás triste. A ratos se le veía preocupado, pero apenas duraba la niebla en aquel semblante abierto. Sin embargo, al aproximarse a Boston, el pasaje dióse cuenta de que Mr. Haya era "alguien", pues fué densa la nube de reporteros y fotógra-

fos que acudió a su vera. Uno de los periodistas disparóle, a quemarropa, la pregunta más sensacional:

—Dicen, Mr. Haya, que usted nos odia a los norteamericanos.

—Le han engañado a usted. Nosotros, los apristas no somos enemigos del pueblo norteamericano. Sabemos que aquí hay millones de hombres que nos acompañarían si conocieran las circunstancias verdaderas de nuestros países. Somos enemigos de la política imperialista, y queremos que el pueblo norteamericano sepa que, cuando denunciamos una tiranía, ejercitamos un derecho de sagrada defensa de supremos intereses nacionales.

El Club Peruano de Nueva York ofreció una recepción a Haya de la Torre. Al agradecerla, no escatimó la franqueza el líder: criticó el chauvinismo aparente de la política gubernamental peruana y relievó la necesidad de romper con la política de reticencias y hostilidades inter-americanas. El 18 de septiembre, aniversario de Chile, la colonia chilena, en respuesta a su discurso, invitó especialmente a Haya de la Torre: obligado a hablar, pronunció pocas palabras, entre ellas, las siguientes: "*Chileno y vendido al oro de Chile* me llamó la prensa de Leguía en 1923. Yo sé que un día, como lo dije en Chile en 1922, la unión de nuestros pueblos será una realidad. Entonces, el ridículo sangriento envolverá a los hombres que han hecho plataforma política de un odio que jamás han sentido".

Crecía el interés entre los norteamericanos por escuchar al hombre que atacaba a la Doctrina Monroe. Samuel Guy Inmann ha observado que algunos sectores yanquis "creen que la salvación nacional viene por la trinidad — esta trinidad que consiste en Dios, el Partido Republicano y la Doctrina Monroe". "A Dios — agrega en "América Revolucionaria", Inmann — de vez en cuando se le puede criticar; en rarísimas ocasiones se puede admitir error en el Partido Republicano, pero en la Doctrina Monroe, ¡jamás!". Sin embargo, Haya de la Torre preparábase a atacar aquel fetiche. Los antiimperialistas norteamericanos de *The New Republic* le ofrecieron un *lunch*. Estaba ahí Upton Sinclair, quien dijo en un *speach*: "No puedo comprender, Mr. Haya, cómo los latinoamericanos no se dan cuenta del peligro ni del remedio para su gravísima situación frente al poder creciente y conquistador de los Es-

tados Unidos. El peligro no lo podemos detener los que aquí luchamos contra el imperialismo. ¡Sólo ustedes!... O ustedes se unen, o perecen". Conversando con el senador Borah, en Washington, Haya escuchó idéntico razonamiento, corroborador de la tesis aprista: "Muchas veces — díjole Borah — me he levantado yo en el Senado para protestar contra las intervenciones en países latinoamericanos, pero han sido los diplomáticos o gobernantes de los países intervenidos los que me han atacado, declarándose contentos con nuestra política. ¿Qué hacer en este caso? Por eso, quiero yo mismo visitar la América Latina".

Reporteros suspicaces abordaron a Haya de la Torre cuando salía del Senado. El del *Universal* de México manifestó que el líder aprista consideraba a Borah como el mejor amigo de América Latina: "Eso es absurdo — rectificó el desterrado. — He dicho que él, Borah, es, entre la gente oficial que traté en Washington, quien conoce mejor nuestros asuntos y está dispuesto a una política antiintervencionista". .... Borah envió una larga carta a Haya de la Torre, corroborando toda su conversación. Con este motivo, el líder socialista norteamericano, Norman Thomas, pequeño, rubio, menudo y activísimo, trabó amistad con el líder aprista. También Norman Thomas consideró el problema de la intervención de acuerdo con los postulados del A p r a: "El divisionismo y la falta de organización de los latinoamericanos — declaróle a Haya — es la causa de que no se puedan oponer a la intervención. *La solución de este problema está en ustedes mismos*".

Frente a frente con los capitanes del imperialismo, era fácil obtener esclarecimientos instructivos. Borah hízole una confidencia más concreta a Haya:

—"Si Honduras se opusiera, en un frente único, a la política intervencionista, nosotros retrocederíamos. Pero, si el gobierno de Honduras u otro adopta una actitud firme contra la intervención, no faltará un general o político que venga a ponerse a las órdenes de Washington, ofreciendo la sumisión de su país, a cambio de nuestro apoyo para ganar la presidencia". Era verdad.

Por eso, cuando Haya de la Torre se expresó en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, no fueron muchos los extrañados. El profesor William Shepperd formuló, algunas atingencias, entre ellas un esbozo de teoría:

—Los latinoamericanos — dijo Shepperd — necesitan,

para cumplir su etapa democrática, conocer 3 verdades que jamás han practicado: saber perder las elecciones, saber que el presupuesto no es la única fuente de riqueza y que la gran propiedad pública no es propiedad privada.

—También hace falta saber ganar democráticamente las elecciones — arguyó Haya de la Torre.

—Eso es también exacto, — asintió Shepperd.

—Y así hemos trazado la biografía del civilismo peruano — concluyó soltando la risa el líder aprista.

De Williamstown pasó Haya de la Torre a la Universidad de Columbia, en donde prosiguió el debate sobre la Doctrina de Monroe. Scott Nearing, el coautor del magistral libro "The Dollar Diplomacy", discutía continuamente con Haya. Luego, el líder pasó a Harvard, en el mes de octubre. El debate fué severamente organizado, debiendo contender con Haya el profesor Baxter. Un escueto volante invitaba y anunciaba la actuación:

HARVARD DEBATING UNION
Tuesday, October 25th., 1927, 7.30 P. M.
In the Living Room

QUESTION FOR DEBATE
"That this House believes that the Monroe Doctrine, in its application to Central and South America, sould be abandoned"
Moved by MR. TREVOR GRIMM
Opposed by MR. HARRY TURKEL
MR. HAYA DE LA TORRE will speak the third
PROFESSOR J. P. BAXTER will speak the fourth
In the chair: W. S. STONE

TELLER
MR. NORMAN GRIMM

Animada discusión aquella. Haya de la Torre, preciso y documentado, denunció los peligros de la Doctrina Monroe, cuyo mandato y sentido estaba trasgredido por sus supuestos defensores. Ya Roig de Leuchsenring desmenuzaría la tesis monroísta, y un norteamericano, Waldo Frank, indicaría que su objeto no fué otro que preservar a Cuba de la intervención inglesa...

Días más tarde, invitado por la Universidad y los es-

tudiantes de México, Haya de la Torre debía abandonar Estados Unidos. La colonia latina no quiso dejarle partir en silencio. Desde la mañana del 26 de octubre, circularon en los barrios, hoteles y almacenes frecuentados por latinos — aún aquellos a los que concurrían los desterrados civilistas del Perú — unos papelitos verdes, en los que se leía una larga inscripción:

¡LATINOAMERICANOS!

HAYA DE LA TORRE
(de las Universidades de Lima, Londres y Oxford)
FUNDADOR Y LEADER DEL FRENTE
UNICO DE TRABAJADORES MANUALES
E INTELECTUALES DE AMERICA (Apra)
OFRECERA UNA CONFERENCIA SOBRE

*"PROBLEMAS LATINOAMERICANOS"*

En el Hermoso Hall del BAR PALACE (3 y 5 W. 110.St.) la noche del JUEVES 27 de OCTUBRE de 1927. El Comité de Ciudadanos Latinoamericanos organizador y auspiciador de este acto invita a Ud. a honrarlo con su presencia. —JOSE M. BEJARANO, de la Cámara Mexicana de Comercio de Nueva York, presidirá.

---

Después de la conferencia se realizará el Baile de Despedida organizado por el Comité con motivo del viaje de HAYA DE LA TORRE a México, a donde va invitado por la Universidad y la Juventud, después de su brillante jira oratoria por los Estados Unidos, en donde ha sido huésped del "Institute of Politics" de Williamstown y de las Universidades de Columbia y Harvard.

---

El precio del Ticket para el BAILE es de $ 1.00
Hora: a las 8

---

Las localidades en venta en la Barbería de E. González. — 74 Lenox Avenue

---

Imp. MELENDEZ 31 W. 117th St. N.Y.

---

Fué otro éxito más. Los propios adversarios "latinos" aplaudían al líder del A p r a. Luego, zambullido en un tren vertiginoso, vió perderse otra vez, como hacía tres años, los rascacielos de Nueva York. Cruzaba campos, ciudades, llanuras. Acompañado por un uniforme chirrido metálico, enseña de la industria, fué dejando poco a poco tras sí el país del dólar. Regresaba a la América Latina, a Indoamérica.

## XII

## CONTRA EL IMPERIALISMO

Jadeante, la locomotora iba dejando atrás tierras sajonas. Quedaban a la zaga Arkansas con sus campos a un lado, atrás también, la Florida, retazo arrancado al alma hispanoamericana. Pasaban ya Texas, en donde España pervivía traducida al indo-sajón... Haya de la Torre ordenaba en su vagón apuntes y notas, pero los ojos abrazaban amorosamente aquellas cercanías del Río Grande; la perspectiva de la Sierra Madre, que asomaba ya sus cumbres a lo lejos, anunciando la plenitud de tierra mexicana... Y mientras el tren cruzaba la frontera, y devorando aquellas tierras poco pobladas del Norte de México, dejaba una estela de humo en el cielo de Laredo, y se aproximaba a Querétaro, donde la policromía de vestidos charros era fiesta de luz para el regresado, más allá, en Ciudad de México, los desterrados apristas, la nueva hornada de aquel año, cruzaba saetas y venablos con un grupo comunista, en el cual primaba el cubano Mella, investido de toda la importancia que le daba su ímpetu y la persecución enconada del tirano Machado: más tarde le tenderían de un tiro, en pleno México, los esbirros del "Carnicero"... Estaban ahí Cox, Vásquez Díaz, Magda Portal, Aníbal Secada, Serafín Delmar y el obrero Juan Guevara. Era en noviembre de 1927, y cerraba la noche, a las siete del post-meridiam, cuando el tren de los Estados Unidos chirrió todas sus ruedas, flejes, goznes, frenos y manivelas en un clamoreo de llegada... Víctor Raúl, medio cuerpo asomado a la ventanilla del vagón, saludaba a los que le esperaban. No se deshacía el nudo de los abrazos. Uno observó:

—Qué ronco estás...

—Así soy ya — replicó Víctor Raúl, y una niebla fugaz obscureció por un instante el brillo de sus ojos y la alegría de su ancha risa cordial.

Todos le encontraban más grueso. Los mexicanos ano-

taban que el prognatismo característico de su perfil estaba más acentuado; que sus ojos revelaban cansancio, que su voz ronca y su ademán tajante delataban la vida dura y la resolución inquebrantable de aquella existencia sin tregua. Avanzó hacia el Hotel Princess — ¡sólo tres pesos mexicanos diarios! — le mostraron en la Alameda los enormes *affiches* de Fernández Ledesma, que anunciaban sus conferencias próximas: era un Víctor Raúl crispado, con la agonía en el rostro, clamando a la multitud su grito de guerra antiimperialista. Además, la Secretaría de Educación Pública había hecho circular, entre sus publicaciones oficiales, el número 17 del tomo XV del Boletín del Departamento de Extensión Universitaria, con el programa de las ocho conferencias que dictaría Haya de la Torre... Qué bien se estaba en México. Hinchábase el pecho atlético respirando aire indoamericano. Pero, la avalancha de periodistas y amigos no le dejaba en paz. Ya, al filo de la media noche, quedaron sólo los compañeros del Perú y algunos íntimos de México. Como tanto se había discutido con Mella acerca del congreso de Bruselas, no hubo uno que no le preguntara acerca del reciente suceso. Y Víctor Raúl, desatando paquetes y mostrando papeles, refirió las andanzas de aquellos debates.

—Aquí estamos polemizando con los comunistas que, en *El Machete*, te atacan personalmente. Les hemos dicho verdades de a puño. .

—Mal hecho — indicó Víctor Raúl. — El ataque personal nunca se debe contestar en la lucha de ideas. Dejémosles con su impotencia, porque el ataque personal es indicio de incapacidad dialéctica. Discutamos doctrinariamente: lo personal, al traste. Si ellos descienden, mantengamos nuestra altura. Yo nunca he respondido a ataques individuales; en cambio, nunca dejé de contestar los doctrinarios..

Conversando y conversando, fué perfilándose un proyecto que Haya de la Torre venía acariciando desde Europa: la revolución aprista armada, en el norte del Perú. Se arguyó: no basta la idea, hay que concretarla en una persona, aunque sólo sea para darle empuje. Alguien sugirió:

—Lo más viable sería lanzar tu candidatura a la Presidencia de la República, aunque no tienes la edad constitucional... pero, eso qué importa. No se trata ahora de ganar las elecciones, desde que sólo hay un candidato posible, y es Leguía, que se va a hacer reelegir, desde el gobierno, por tercera vez...

El martes 6 de diciembre dictó Haya de la Torre su primera conferencia en el amplísimo anfiteatro de la Es-

cuela Nacional Preparatoria. El tema fué: "Inglaterra social, política e imperial, y América Latina''. Los diarios, especialmente *Excélsior*, decían al día siguiente, que nunca se había visto tal concurrencia y tal entusiasmo en el Anfiteatro. A partir de ese martes 6. todos los martes y viernes, durante cuatro semanas, hasta el 30 de diciembre, sustentó conferencias Haya de la Torre para la Universidad de México. Las siete restantes versaron sobre "Europa y las dos Américas", "El problema histórico de nuestra América", "¿La América Latina está en peligro?", "Por la unidad política y económica de nuestra América", "Un nuevo nacionalismo indoamericano", "El pueblo norteamericano con nosotros" y "El mensaje de México a América''. La tercera de ellas, sintetizada por Cox, fué inserta por *Amauta* de Lima: en ella definía por qué nuestra América es Indoamérica y no Hispanoamérica: "Hispanoamérica — decía Haya — igual colonia; Latinoamérica, igual emancipación y república; Panamérica, igual imperialismo; Indoamérica, igual unificación y libertad''. Así adquiría contenido social aquel término tan caro al ex Presidente de México Venustiano Carranza...

Concluía el año de 1927. Al celebrar la llegada del nuevo año, se reunieron los desterrados peruanos y los compañeros indoamericanos presididos por Haya de la Torre Como de costumbre, acudían al típico restaurant de "Los Monotes", en donde devoraban suculentos tamales regados con el clásico *atole* mexicano. "Por la emancipación de la América Latina", era el brindis más frecuente. Y así surgía el recuerdo de los compañeros de Argentina, que habían prologado aquel libro de Haya de la Torre:

—Se ve la sinceridad de Seoane, Heysen, Herrera, Cornejo. Arcelles y Ravines leyendo el elogio a tu campaña — decía uno.

—No olvidemos a Del Mazo, ni su "Reforma Universitaria", que tanto bien nos hace a los luchadores de la nueva América...

En los entretantos, Víctor Raúl dictaba a Cox las páginas de su libro "El Antiimperialismo y el Apra" — todavía inédito; — el prólogo para el estudio del colombiano Julio Cuadros Caldas, titulado "México-Soviet". Se trababan estrechas relaciones con los posibles revolucionarios del Perú y se ubicaba Talara como punto de la iniciación. Mas, como advirtiera en alguna carta de Mariátegui, y, más concretamente, en la de ciertos compañeros de Lima, la resistencia que despertaba entre algunos la táctica candidatura de Haya de la Torre, sin los 35 años constitucionales, a la Presidencia, escribió a Mariátegui una larguísima car-

ta de dieciséis páginas a máquina, que Cox mecanografió. y en la cual explicaba Víctor Raúl el porqué de aquella maniobra y cuáles eran las finalidades del movimiento. La carta fué a Lima por vía segurísima. La policía limeña no se incautó de ella nunca. Pero, Mariátegui aseguró que no la había recibido.

—Temo — decía Haya, en México — que el europeísmo haya vuelto a coger a Mariátegui. Ya en 1923, calificando de "demoliberal" el movimiento del 23 de mayo, lo saboteó; pero luego, subyugado por la grandiosidad del acto y bajo la presión de las masas de la U. P. G. P., se rectificó y fué apresado por defender el acto de aquella fecha. Sin embargo, nunca ha perdido sus reticencias intelectuales. Y yo conceptúo que el 23 de mayo es la primera gran experiencia revolucionaria y el primer triunfo del Frente Unico contra el sistema feudal de imponer creencias y ritos en nombre del Estado...

—Sí, es cierto — arguyó Cox, — a mí personalmente me ha dicho Mariátegui que tú superestimas el 23 de mayo...

—El porvenir dirá...

Los comunistas atacaban ahora más directa e individualmente que nunca a Haya de la Torre. Tuvo que hacer violentos esfuerzos para impedir que los apristas peruanos replicasen contundentemente a tales acometidas:

—Estoy habituado a esto. No es sino inferioridad tropical, enfermedad con la que se nace y de la que — sonrió Haya — a menudo se muere. Mientras ellos insultan y pierden el tiempo en ataques personales, trabajemos nosotros más.

Poco después quedó elaborado el llamado "Plan de México", que contenía las instrucciones completas para una insurrección armada, que se iniciaría en las petroleras de Talara. Mientras Lima tomaba sus providencias, y para despistar la vigilancia de los funcionarios del gobierno peruano, Haya de la Torre emprendió una jira de conferencias por Pachuca, Torreón, Cohauila, Chihuahua, El Paso... Estaba aquí, cuando supo que, en la Conferencia de La Habana, el delegado del Perú, Víctor M. Maurtua, robustecía la tesis intervencionista de Mr. Hughes y el cubano Ferrara, dándole validez jurídica a título de "derechos y deberes de los Estados". Ya el año anterior, el Presidente Coolidge, en un insolente gesto imperialista, había declarado que "las propiedades de norteamericanos en el extranjero serían consideradas como prolongaciones del patrimonio nacional de los Estados Unidos". Nada más agresivo. Al preparar-

se la Conferencia de La Habana, habían ocurrido hechos notoriamente sospechosos y delatores. Antes del 4 de febrero de 1928, día de la instalación, el gobierno de Machado había expulsado del territorio cubano a los eminentes políticos de Haití J. Jolibois (hijo), Dantés Bellagarde y Pierre Hudicourt, quienes se preparaban a pedir a la Conferencia la desocupación militar de su país natal. El propio Machado, Presidente de Cuba, declaró el 14 de enero, a "La Prensa" de Buenos Aires, que la delegación cubana tenía instrucciones para impedir que se discutiese la ocupación militar de Nicaragua; poco después se negó permiso al profesor norteamericano Samuel Guy Inmann, director de "La Nueva Democracia", para que sustentase una conferencia en la Universidad de La Habana durante los días en que estuvieran los huéspedes oficiales. Algo más: dos jóvenes cubanos sufrieron rigurosa prisión por haber distribuído volantes contra el imperialismo, en vísperas del arribo del Presidente Coolidge a La Habana. El obrero español Claudio Buzón y el polaco Noske Jalón habían desaparecido de la prisión a que fueron reducidos: semanas más tarde, el 5 de marzo, se encontraría en el vientre de un tiburón, varado en la playa cerca de La Habana, el brazo con la manga de la camisa y de la americana y los yugos o gemelos de Claudio Buzón... Todo estaba previsto para la mayor gloria de Yanquilandia, y Machado-Ferrara, en dueto trágico, inclinaban la cerviz ante el amo del Norte... El 28 de febrero, enterado de todo aquello, a pesar de la censura periodística, Haya de la Torre lanzó un aviso alarmante desde "El Paso"; el gobierno del Perú no tendría reparos en apelar a la intervención de Estados Unidos en su propio territorio, apenas estallara la revolución antiimperialista que, un día u otro, tendría que producirse. Citaba, en su respaldo, una declaración del coronel francés Verdy, ex miembro de la Misión Militar Francesa en el Perú, formulada ante Haya y el profesor Alberto Ulloa: Verdy había afirmado, enfáticamente, que la construcción de la Base Naval en la Isla de San Lorenzo, frente al Callao, tenía por objeto ofrendar apoyo al imperialismo yanqui. Sistemáticamente, por esos días, se publicaba profusamente la ponencia del delegado argentino Cantilo, ante la Liga de las Naciones, para desconocer la aplicación de la Doctrina Monroe en la América Latina. González Roa, delegado de México en La Habana, corroboraba las sospechas de Víctor Raúl, al decirle que, sin el sustento del Perú, la moción de Hughes habría sido rechazada de plano en la Conferencia.

Nada de esto se ignoraba en el Perú ni en la Casa Blanca. Por eso, cuando después de nueva estancia en Ciudad

de México, Víctor Raúl pasó a Mérida (Yucatán) — admirable laboratorio de experiencias sociales, — no le llamó la atención que en Lima se le tildara de ex-leguiísta, utilizando para ello al poeta Alberto Guillén, a quien Haya de la Torre ayudara en 1920. Era ya junio de 1928, y Víctor Raúl, en trance de abandonar México y puntualizar planes de acción, se limitó a responder en una larga y emocionada carta a García Monje, quien la insertó en *Repertorio Americano* del 28 de julio, bajo el título de "Autobiografía": "El mejor síntoma de mi fortaleza — terminaba aquella carta — es que, a través de tantas amarguras, nunca perdí mi risa. Mis más íntimos amigos lo saben bien. Jamás he sido un despechado bilioso. Reír ha sido y es hasta hoy mi placer favorito. Reír con la fuerza de una vida. Alguna vez lloré, en aquellos tiempos — hace años que las lágrimas se secaron para siempre de mis ojos, — y Raúl Porras y el mismo Guillén se han burlado porque hace un decenio me eché a llorar al oír la lectura de un cuento de "Clarín". Pero es que ellos no sabían qué dolores recónditos despertaba en mí"... En ese mismo número de *Repertorio Americano* publicábase la adhesión del Comité Ejecuivo del A p r a, fechada el 1.o de abril en México, a la proposición del senador Higinio Alvarez, planteada el 16 de septiembre de 1927 ante el Senado mexicano, en favor de la *ciudadanía continental.*

Víctor Raúl abandonó México en la segunda mitad de 1928, con rumbo a Centroamérica. Desde La Habana, la revista aprista *Atuey*, dirigida por Enrique de la Hoza y Nicolás Camolín, contestaban las invectivas de Mella; precisamente, en el número de agosto, Luis Elen, replicando a Mella, aludía al rechazo que el motinero venezolano Arévalo Cedeño, recibiera de parte de Haya de la Torre cuando aquel pretendiera que el A p r a secundase sus planes de invasión a Venezuela. "El A p r a —escribía Elen— no
" piensa vencer en Venezuela con la ayuda de Arévalo. Sa-
" be que triunfará algún día con los nacionalistas de "El
" Obrero Libre", con Machado, con Martínez, con La Pla-
" za, con Laguado Jayme, con los estudiantes y obreros en-
" carcelados en Caracas, porque su triunfo será el de la
" causa antiimperialista. Sabe lo que, en 1924, preveía Haya
" de la Torre, y lo que aceptan hoy sus detractores venezo-
" lanos: que la liberación no provendrá de *la montonera del*
" *cacique ni del cuartelazo del Perú*, y que, en el Perú, co-
" mo en Venezuela, llegará la hora de la Justicia, impuesta
" por la fuerza del pueblo coaligado por el Frente Unico
" de los Trabajadores Manuales e Intelectuales".

La ofensiva, iniciada en Moscú, era incesante contra Ha-

ya de la Torre y el A p r a. Sin que, viajando como estaba, lo supiese, Mariátegui había fundado el llamado Partido Socialista del Perú, que. a semejanza del socialismo ecuatoriano de 1926, encubría una forma de penetración de la III Internacional. Tampoco conoció los detalles del Congreso comunista de Moscú, al que concurrieron dos miembros de aquel partido, muy llegados a *Amauta.*

Hasta entonces, la ofensiva comunista había encontrado serios tropiezos. Apenas deportado Haya de la Torre, *Claridad,* en manos de Mariátegui sintió la atracción soviética, y algo semejante pasó, en 1924, con la U.P.G.P., pero el Segundo Congreso Obrero local de Lima cortó la desviación haciendo recordar que la U.P.G.P. "no tiene más norma que la Justicia Social". Más tarde se nombró una supuesta delegación de un intelectual—Armando Bazán—y un obrero a la segunda conferencia de Moscú. El obrero Arturo Sabroso confesaría a este respecto: ''Esta delegación fué escogida con criterio de círculo... yo también fuí estafado por aquella delegación bastarda...'' La delegación peruana tuvo un papel discutible. En septiembre, es decir, al mes siguiente, *Amauta,* en un artículo titulado "Aniversario y Balance", atacaría soslayadamente al A p r a, no obstante de que continuaba acogiendo las colaboraciones de Seoane, más aprista que nunca, y que en el número de octubre publicaba un manifiesto sobre la ciudadanía continental firmado, en París, por Heysen, Secretario General del Comité, y por Ravines, Secretario de Propaganda... En contraste con todo esto, *Renovacion* de Buenos Aires,—y también *Sagitario*—, *Guerrilla* de México, *Indoamérica,* órgano oficial del A p r a, *Atuey* de la Habana, *Repertorio Americano* de Costa Rica auspiciaban la tarea aprista. Espíritus tan señeros como los de Alberto Masferrer y Froilán Turcios se adherían al Frente Unico. Pavletich regresaba de los campos de Sandino, cargado de fantásticos relatos...

Entretanto, sumido en su tarea, Haya de la Torre viajaba por Centroamérica combatiendo al imperialismo en sus propios dominios. Veinticuatro conferencias pudo sustentar en Guatemala, pero, el Ministro de los Estados Unidos, Mr. Geisler, incomodado por aquella propaganda convincente, dispuso que se le deportara: el gobierno guatemalteco confesó paladinamente, después, que había actuado por indicación del poderoso amigo del Norte. Haya de la Torre pasó entonces a El Salvador. Para él abrióse con inusitada pompa, el Salón de Honor de la Universidad salvadoreña, en donde dictó hasta cinco conferencias antiimperialistas... Pero, ahí era más poderosa aún que en Guatemala la influencia yanqui. El presidente de la República era Romero Bosque,

sátrapa que mantenía al país en permanente estado de sitio, y que había heredado del sanguinario Quiñóñez—su antecesor—la obligación de servir al imperialismo, al cual había hipotecado el país a trueque de setenta millones de dólares... Para ejecutar sus tropelías, Romero Bosque tenía a sus órdenes a cierto hondureño, militar mercenario, a quien conocían por el nombre del "general Leizélar". Con la complicidad de tales gentes, el representante yanqui urdió una trama infernal. Tratábase de apresar por la noche a Haya de la Torre, quien se hospedaba en casa de un militar peruano desterrado por Leguía; conducirlo a una gasolinera que lo desembarcaría en Nicaragua, en donde sería ejecutado sumariamente, so pretexto de que era un agente y oficial de Sandino... Plan diabólico, pero, nunca faltan amigos leales. Cuando las fuerzas salvadoreñas rodearon con ametralladoras la manzana en la que residía Haya de la Torre, ya éste, avisado oportunamente por el noble y sexagenario Masferrer, se encontraba asilado en la Legación de México...

"No se consumó el crimen—referiría después el mismo Haya—porque todavía hay en América una bandera que cobija a los perseguidos del imperialismo: México".

Masferrer, días más tarde, refería así su conocimiento con el líder aprista: "Estuvimos esta mañana con este muchacho. No hallamos una palabra más exacta para sintetizar su alegría, su sencillez, su absoluta falta de *pose*, su agilidad de espíritu, su fuerza tan concentrada y grande que le hace aparecer como uno que juega con la vida"—y era en el momento en que Víctor salía del cuartel de policía, a donde le llamaran por incitación del enviado yanqui.

En Guatemala y El Salvador quedaron organizadas las U. P.: ahora se encontraban más fortalecidas, puesto que la Primera Internacional de Maestros Americanos (I. M. A.), reunida en Buenos Aires el 7 de enero de 1928, las había consagrado. Y esa reunión estuvo prestigiada por la adhesión de Romain Rolland, Henri Barbusse, Gabriela Mistral, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, Haya de la Torre... Seguía la obra incansable. Al pasar por Corinto, le entrevistaron algunos jóvenes nicaragüenses: no le era dado desembarcar al líder en la tierra de Rubén y de Sandino, pero siempre alcanzó a debatir con la vanguardia de aquella tierra desangrada por la guerra civil fomentada por el imperialismo. Poco después, llegó a Costa Rica. Ya había concertado con un ex condiscípulo suyo, Iparraguirre, la forma cómo éste debía levantarse en Talara y darle aviso—Pavletich asistió a la entrevista. Haya de la Torre debía regresar a México, antes, a fin de obtener algunos datos y elementos que ciertas personas habíanle ofrecido particularmente, para la empresa.

En tanto saboreaba la tregua costarricense. García Monje y los escritores y estudiantes de San José le brindaban un asilo compromisivo, por lo fraterno. Exortó a fundar una Universidad Popular. Realizaba excursiones a los montes vecinos. La paz, la anhelada paz venía, al fin, a orear, por breves instantes siquiera, su espíritu incansable. Había tregua para esa vida sin tregua. No le seguían espías, no le llamaban al cuartel de policía, no le amenazaban con expulsarle, y, colmo de facilidades, *Repertorio Americano,* central del mundo hispánico, le brindaba sus columnas y sus noticias. Así pudo contestar con severa energía, al señor Francisco García Calderón, quien desde su olímpico retablo de París había calificado de "democracias concertadas" a las satrapías de Guatemala y El Salvador. Haya de la Torre insurgió terminantemente, para atajar semejantes despropósitos...

Pero, había que volver a México para iniciar la acción del Perú. Mas, fuertes inundaciones hacían dificultoso, si no imposible, el camino entre San José y Puerto Limón, en donde hubiera podido embarcar directamente para México. Advertido de ello, optó por solicitar de la Legación de Panamá visación de su pasaporte, a fin de embarcarse en Puntarenas hasta Panamá y, ahí, tomar el "Galitzia" que, el 19 de diciembre saldría hacia México. Con ese plan zarpó hacia el Istmo, a bordo del "Phoenicia" de la Hamburg Amerika Line, cuyo capitán era Herr Sharr. Pañuelo en alto, vió perderse la costa costarricense, tierra hospitalaria y bonancible... Dos días después llegaría al puerto de su primer destierro. Y pesaba la noche como plomo, cuando el 15 de diciembre atracó el "Phoenicia" en el muelle de Balboa...

Gobernaba Panamá don Florencio Harmodio Arosemena y era su Secretario de Relaciones Exteriores don Demóstenes Arosemena... El "Phoenicia", sin embargo de su legal arribo, no estaba en libre plática, ya que cuando Haya de la Torre quiso desembarcar las autoridades norteamericanas le indicaron que debía esperar al médico y a los funcionarios de inmigración. Era ya media noche, cuando un oficial le invitó a pasar a la cámara del capitán. Estaban ahí reunidos el capitán Sharr, un oficial del buque y varios individuos yanquis, que bebían y regustaban, estruendosamente, la gratuita cerveza alemana que se les brindaba. Haya de la Torre mostró su pasaporte visado, su certificado sanitario y los 150 dólares exigidos a los pasajeros de 3.a clase. Pero, los individuos alegaron que "ni el gobernador de la Zona, ni el Presidente de Panamá deseaban que él desembarcara". Haya protestó contra aquella ilegalidad y expuso que él iba a Panamá sólo para esperar el vapor "Galitzia". Después de muchos ajetreos, se convino en que no desembarcaría, en

que regresaría a bordo hasta Cristóbal, y que ahí permanecería arrestado cuatro días hasta que saliera el "Galitzia" con rumbo a México:

—*To morrow, you will be in jail*—díjole el médico.

—*All right*—replicó Haya de la Torre;—*it will be a good experience for me and a strong argument against you.*

Entretanto, Manuel Roy, profesor y abogado, noticiado por un aerograma del viaje de Haya de la Torre, fué a recibirle al buque. El detective de la escala no le permitió subir a bordo, y le negó terminantemente: "Aquí no viaja Mr. Haya de la Torre"... Preguntas a los viajeros. Nadie sabía nada. Tampoco sabían en la Oficina de la Gobernación del Canal. Otra vez a bordo. Negativas... Hasta que un españolito, cuyo equipaje se negaban a desembarcar en Balboa, obligándole a pedirlo en Cristóbal, le reveló el misterio: —"Oiga usted, el señor Haya de la Torre viene a bordo... Nos han obligado a que no lo digamos... Pero estoy harto de tanto abuso y de que no me dejen desembarcar mi equipaje... Ya lo sabe: su amigo está preso a bordo".

Roy, atando cabos, comenzó a comprender... Días antes el Encargado de Negocios del Perú, un señor deleitado en conversar sobre el terremoto del Japón, las altas contribuciones a los inmuebles peruanos y sus complicadas obligaciones sociales, había dicho mefistofélicamente: "Sí, ¡quién sabe si es verdad que el señor Haya de la Torre viene acá, quién sabe!..." Y Mr. Roy Tasco Davis, encargado de Negocios de Estados Unidos en Costa Rica y Panamá, insinuó maliciosa sonrisa subrayadora... Manuel Roy, comprendió la treta. Y en unión del profesor José D. Crespo, fué en busca del Secretario de Relaciones Exteriores, el cual, ¡misteriosa coincidencia!, había salido ese día de vacaciones, al interior. Pero, el subsecretario, Ricardo Morales, antiguo amigo de Haya de la Torre, facilitóle una entrevista con el Presidente de la República. Discusión, afirmaciones gaseosas, evidencia de una intriga ilegal, demoras, y al fin, la orden de desembarco: por otra sorprendente casualidad la orden se dictaba cuando ya el "Phoenicia" estaba en viaje a Cristóbal...

Los marinos alemanes manifestaban su disgusto ante la permanencia de los detectives a bordo. Ningún barco apestado recibió trato peor. En Colón, Haya de la Torre recibió la visita del médico yanqui. Tenía órdenes precisas del Gobernador de la Zona, recibidas a las 11 de la mañana de ese día, 16 de diciembre: Haya de la Torre debía continuar en el mismo barco hasta el próximo puerto. ¿Cuál sería? El capitán respondió abrumado: "Bremen". Haya protestó violento. Nada era posible. Ni siquiera ir a la cárcel a esperar el "Galitzia": querían alejarlo de América. Ese era el

propósito, y no otro. Llegó el atropello al extremo de hacerle pagar el pasaje en tercera, por valor de 90 dólares:

—*"I think you are undesirable because you are a too powerfull speaker. Make you confortable here, and good bye.* (Pienso que usted es considerado indeseable porque es usted un orador de mucho poder. Procure estar cómodo y hasta la vista)—le había dicho, entre irónico, indiscreto y avergonzado el médico.

—Es ridículo que un país tan fuerte como el suyo le tenga miedo a los discursos de un hombre. Y más aún cuando esta vida de los trópicos me tiene sin ganas de decir más discursos, por lo que regreso a México.

Un grupo de amigos peruanos y panameños había logrado comunicarse a última hora con Haya de la Torre. El más afanado, Alberto Luis Rodríguez, le alcanzó alguna ropa de lana, pues Víctor Raúl viajaba con indumentaria tropical y había dejado su maleta en México. Ante ellos pagó los noventa dólares y formalizó su protesta. Luego enviaría una carta abierta de protesta al Presidente de Panamá. Todos los diarios, la sociedad *Camena*, los estudiantes, atacaron al gobierno por la sumisión ante los caprichos de la Zona, pero la orden era inexorable. Esa vez, sí, experimentó una ola de ira indisfrazable el líder aprista. Le aventaban al exilio, lejos, cuando estaba a punto de cuajar una laboriosa iniciativa. Alguien le había delatado, sin duda. En Lima, alguien había dicho algo más de lo debido. ¿Por qué, si no, ese empeño en alejarle de Sudamérica? No era sólo el afán del gobierno yanqui, que atravesaba su etapa más álgida de predominio. No. Se había unido a ello una sugestión de Lima, y esa sugestión tenía alguna razón oculta, alguna información confidencial. ¿De quién, de quién? ¿Dónde estaba la infidencia? ¿Cómo pudieron conocer el misterioso pero efectivo propósito de Haya, de embarcarse en un barquichuelo secretamente en Panamá, y partir al Ecuador a fin de entrar al Perú y dirigir la insurrección? Y mientras tanto, Iparraguirre se sublevaría, y los de México tendrían todo dispuesto para la expedición, y en Lima extrañarían su silencio, y él, el líder, entre cielo y mar, navegaría rumbo a Bremen, a bordo del pausado "Phoenicia"... Crispáronse sus puños sobre la borda de aquel nuevo barco alemán que, como el "Negada", le conducía otra vez a la deportación. Y cuando, terminando sus encargos a Rodríguez, zumbó la hélice y empezó a despegarse el barco del muelle, no pudo contenerse, y, amenazando a los detectives, gritó en inglés:

—¡Viva Sandino! Ojalá cuando regrese por acá, que no ha de tardar mucho, no tenga que tropezar con esta ver-

güenza clavada en el corazón de Indoamérica... Abajo el imperialismo, miserables... ¡Viva Sandino! ¡Viva el A p r a!

El "Phoenicia enderezó pausadamente su proa al norte. Herr Sharr estaba consternado. De tierra llegaron los ecos de clamores rebeldes: "¡Viva Haya de la Torre! ¡Abajo el imperialismo! ¡Viva Sandino!". Azul y kaki, kaki y azul, pantalón azul y camisa kaki, los esclavos del dólar doblegábanse, sudorosos, bajo la mirada del rubio mayoral de los muelles. La tarde se puso anaranjada. Comenzaba a anochecer.

## XIII

## "MIS DISCIPULOS SON LOS QUE ME NIEGAN"

(Nietzsche).

En los almanaques del "Phoenicia" se desprendió el 31 de diciembre de 1928. Habían pasado ya la Zona o Sector del Caribe. No había tocado el barco ni la pintoresca isla de Curazao, en donde, junto a una curiosa confiagración de mezquita, templo católico, sinagoga, templo masónico y acaso pagoda, se alzaba ese dialecto claro y turbio a la vez del *papiamento*; ni la limpia Kingstown, con sus calles pulcras y sus negros esmaltados; ni Barbados, otra estación del imperialismo. Enfilaban hacia el norte. Mares de Europa. En pos de Bremen, la misteriosa rada de los corsarios del siglo XVII... Bremen, Hamburgo: Liga Hanseática, poderosa. Heligoland, isla de corsarios... Pero, el viajero tenía a menudo un pliegue más hondo en las comisuras de los labios... No pudo ni ir a México, ni tomar el barco secreto que lo conduciría al Ecuador, para, esperar el alzamiento de Talara y entrar al Perú, en plena acción revolucionaria aprista... Estaba aislado de todos y de todo, a bordo de su cárcel flotante. Los marinos deseaban hacerse perdonar aquel atropello, pero los desarmaba la cordialidad de quien ocultaba sus angustias—adivinables, pero imperceptibles—bajo su risa, y bajo su alegría contagiosa y juvenil. La vida mandaba aquellos golpes. Luchar era su sino, y había que soportar los embates de diverso giro. ¿No fué Atahualpa, un Inca del Perú, quien pronunció la memorable frase de: "Son usos de la guerra vencer y ser vencidos"?

No conocía tampoco, en aquel vagar, cuánto se decía de él. Ni el elogioso artículo de Ravines en *"L'International de l'Enseignement"*, en donde se denominaba a Víctor Raúl, "trabajador infatigable", "ejemplo revolucionario", etc. Ni el entusiasmo con que, en París, en donde el comité del A p r a

tenía como secretario general a Heysen, fué recibido el Plan de México. Esa tarde, Ravines, que oficiaba como Secretario de Propaganda, le diría a Heysen—que lo refirió en una carta—: "En América, pocos comprenden a Haya, porque allí la ignorancia es el mal dominante. Tenemos que enseñar a conocer a Haya y a hacer comprender el marxismo. Fuera de Haya, de Mariátegui, y de unos cuantos de nosotros, en América no hay marxistas. El marxismo en la América Latina es el Aprismo..." Sin embargo, días después, cuando hubo recibido cartas de Lima, Ravines se opuso al Plan de México, arguyendo que era necesario fundar un Partido Socialista opuesto al "nacionalista revolucionario" o "nacionalista libertador nuestro". Coincidían sus palabras con el editorial del número 17 de *Amauta*... El grupo de París capeó el temporal y, comprendiendo el riesgo de una escisión, la dilató tácticamente. Alguien maniobraba, evidentemente. Las consecuencias de Bruselas se cosechaban. La III Internacional había plasmado su ofensiva antiaprista. Y la ausencia de Haya de la Torre había hecho el resto, por la falta de su decisiva influencia personal.

Avanzaba enero de 1929, cuando, al fin, Haya de la Torre desembarcó en Bremen. Supo entonces todo lo acontecido. Para evitar escisiones, decidió apartarse de la Secretaría General titular del A p r a. Así lo manifestó a París. Pero, los compañeros de París no aceptaron, y como Haya insistiera, comisionaron a Heysen para que disuadiese a Víctor Raúl, que estaba en Berlín. Haya estaba resuelto a militar como soldado: "No retiro mi renuncia a la secretaría—le expresó a Heysen—, ella es necesaria para la unidad del grupo. Es absurdo y cobarde pretender que abrigo algún personalismo, cuando vengo demostrando con mi vida entera que sólo sirvo a una causa y que a esa causa he dedicado mi existencia. Ya sé que los mezquinos piensan en mezquino, pero hay que evitar un rompimiento, y yo debo dar el ejemplo. Por eso renuncio, y estoy llano a aceptar órdenes como simple soldado del A p r a"...

La realidad reservaba peores sorpresas. Iparraguirre había conseguido apoyo en Cuba y entró a Talara. Ahí, denunciado por no se sabía quién, sufrió torturas policiales y se frustró el Plan de México. En una carta dirigida, el 29 de septiembre de 1929, a César Mendoza, de La Paz, Haya de la Torre refería así aquel desventurado incidente: "Yo salí a Panamá para encontrar a Iparraguirre en México, pero en Panamá fuí expulsado a Europa. Iparraguirre viajó a Cuba, y recibió nueva ayuda económica de los compañeros apristas. Fué al Perú, y trabajó seis meses con una cautela ma-

ravillosa. Se comunicó constantemente conmigo, y su última carta me avisaba la formación de un ejército revolucionario, sobre la base de 2.500 obreros de Talara. Yo debería recibir el telegrama acordado para trasladarme al Perú inmediatamente. Hasta allí nuestra labor. Mientras tanto, los compañeros de Lima debían hacer otra campaña según el plan. Una campaña neutralizadora de agitación electoral y aparentemente democrático-liberal para impedir que la opinión se moviera en contra nuestra, dándole al movimiento un carácter comunista que el Gobierno pretendía darle—tal lo manifesté á los compañeros, y todos estuvimos de acuerdo—desde el primer momento. Mariátegui tomó el rábano por las hojas, y no colaboró. Antes bien, inició la división. El fracaso de Iparraguirre, que es por ahora el fracaso de la revolución aprista en el Perú, se debe en gran parte a esa falta de comprensión. Iparraguirre, torturado, se le torturó para hacerle declarar que se trataba de oro ruso. Eso es tan falso como que el movimiento contaba con ayuda civilista. Nuestra revolución era aprista, y sólo tratábamos de neutralizar la oposición, de impedir eso que tú llamas el *cuco*, que es un *cuco* muy poderoso... La sangre de Iparraguirre, si es que ya ha corrido como se dice, ha pagado estos juegos metafísicos de los intelectuales"...

No era todo eso. En Francfort se reunió el segundo Congreso Antiimperialista, convocado por las agencias de la III Internacional, que impidieron que se invitara al A p r a. Sin embargo, las diversas secciones de ésta, por lealtad a la campaña antiimperialista, saludaron al congreso y designaron, como "observadores", a Manuel Ugarte y al líder laborista inglés James Maxton, que habían sido invitados a participar en el certamen. Pero, ahí estaba Alfonso Goldschmidt, el leal profesor comunista alemán, quien pidió que se invitara al A p r a, puesto que se trataba de un Congreso Antiimperialista: nunca lo hiciera. Eudocio Ravines y Jacobo Hurwitz saltaron de los asientos que ocupaban, y calificando a Haya de la Torre de "Mussolini americano", y a sus compañeros de "nuevos Farinaccis", lograron, con el apoyo de los comunistas, que la asamblea no aprobase la invitación al A p r a, auténtico partido antiimperialista americano... En los oídos de Víctor Raúl resonaba aún el "Pachacutec, Pachacutec", de las largas y numerosas cartas de Ravines y de sus chartas fraternas. ¡Todo lo que había podido su ausencia laboriosa y fecunda de un año, por tierras de América, combatiendo, en su terreno, al imperialismo!... Poco después, estando en Berlín, llegó de pronto el antiguo amigo, el nuevo enemigo:

—Víctor, querido Víctor—fué el saludo que le brindó Ravines, tendiéndole los brazos. Pero el abrazo quedó en el aire. Haya de la Torre, sin descomponerse, cogió las manos de Ravines, juntóle los brazos al cuerpo y, "frío como un cuchillo"—expresión de un periodista yanqui—, respondió secamente:

—¿Qué tal?, ¿cómo le va, señor Ravines?

Duro año de 1929. En Lima boicoteaban todo lo de Haya. Sólo *La Sierra* publicaba sus artículos y críticas. Ya, en marzo de 1928, cuando partiera Pavletich a Nicaragua, Haya había dirigido un mensaje a esa revista, en el cual enunciaba que "del Cuzco saldrá el nuevo verbo; y del Cuzco saldrá la nueva acción". *El Norte* de Trujillo, seguía, con la lealtad de siempre, cooperando en la tarea aprista. Los civilistas se rendían a Leguía. Enemigos jurados no vacilaban en bailar danzas incaicas para festejarle, y ofrecían las columnas de su periódico para conmemorar las "bodas de plata" de la vida política de su "enemigo". *El Comercio* cooperaba con *La Prensa*, órgano del Gobierno, con el propósito de atacar una huelga de tipógrafos. Habíanse enajenado a perpetuidad los ferrocarriles del Perú, en beneficio de la empresa inglesa Peruvian Corporation... "El Partido—decía Haya bromeando—cabe ahora en un sofá". Como un consuelo llegaba la voz admonitiva de Sandino en su busca. Con fecha de 3 de agosto de aquel año, y desde Yucatán, le agradecía la adhesión del A p r a a la campaña que el guerrillero encabezaba en Nicaragua y reconocía la actividad del líder aprista "en pro de la libertad de nuestros pueblos". Días después, el 18 de agosto, insistía Sandino pidiendo respuesta de Haya de la Torre y comunicándole que, por el momento, quedaría en Yucatán... Haya respondió, desde Berlín, el 22 de septiembre... Pero, el Partido estaba herido. Comentando aquel doloroso período escribiría, después, Seoane, estas palabras: "Recuerdo especialmente las cartas de Haya sobre Rusia, donde jamás perdió el sentido de la americanidad. También otra, cuando la división con Mariátegui. Hubo un instante en que todo se le vino encima. El A p r a era sólo él, Víctor Raúl. Y no desmayó. Con una tenacidad admirable, siguió la lucha. Yo le puse una carta, y él, al responderme, me dijo que no abandonaría la pelea jamás. Desde esa carta, yo sentí que mi fraternidad con Víctor quedaba sellada, más allá de toda coincidencia ideológica, en el plano humano y definitivo del afecto y la admiración hacia él".

Tenazmente, sin ostentaciones, Haya de la Torre empezó a recomponer el Partido y su vida. La tarea de recomenzar es la mejor prueba de la potencia creadora de los hom-

bres, y Víctor Raúl sentíase dueño de sí mismo. Empleado en el *Wirschaft Institut Latein Amerika*, trabajaba diariamente en la Biblioteca de Berlín, preparando un libro, de 9 de la mañana a 9 de la noche. Por las noches, escribía hasta la madrugada. ¿Comer? El desterrado nunca tuvo seguro su alimento. Trataba de cerca a politicos y economistas del más opuesto matiz. Visitó al viejo Kautsky, celoso custodio de los papeles y documentos de Carlos Marx. Stresemann tuvo con él largas confidencias. Su amigo Goldschmidt le conducía a menudo por los senderos en donde tropezaría con algo interesante y vital. Siempre preocupado en los asuntos del Perú y América, sus artículos de 1929-1930 convergen con más insistencia que nunca hacia el tema predilecto. Sabía que el civilismo se rendía a Leguía, y que, si bien Manzanilla había sido despojado, un año antes, del rectorado de la Universidad, no cayó con los honores de un combatiente, sino envuelto en sus propias redes, tras de haber dado una batalla de tarjetas de recomendación, en la que actuaron Roberto Leguía, hermano del gobernante, y el secretario de éste...

Haya de la Torre, a pesar de las urgencias de la lucha, estudiaba apasionadamente y dictaba clases de castellano a un grupo de alumnos alemanes. En esos días escribió su artículo "La crueldad latinoamericana", y otro más, en el cual decía: "Cuando estoy en Europa, veo mejor el panorama de América. Entonces se ve cómo la mirada de los hombres apenas abarca el campo de su afiebrada imaginación. Desde allá se siente que todo lo que creemos hoy eterno es como las casas de adobe y los techos de zinc de nuestras viviendas. Toda esta América es temporal. Con nuestros huesos, se harán los cimientos de una América futura, levantada de piedra como la América que los españoles hicieron de adobe"... Insistía más y más en el tema indigenista, como en 1923 y 1927, cuando enunció los postulados que, perfeccionando la intuición de González Prada, indicara a Mariátegui el camino auténtico. Pero, más que todo, afirmaba la necesidad de asentar toda renovación sobre una profunda transformación moral: "Un sistema *moral*—escribió entonces—es siempre el respaldo de todo progreso. Ejemplos vivos de esa moral son indispensables para la educación. Los niños de la Alemania imperial aprendían que Bismarck, el creador del último imperio germánico, tenía un déficit de mil marcos anuales en su presupuesto de gastos, porque su salario no le alcanzaba. La nación le obsequió, por suscripción popular, una hacienda. Los niños de Alemania de hoy aprenden que Ebert, el primer Presidente de la República, vivió y murió pobre. Los niños de Chile aprenden que Santa María, el presidente de la vic-

toria sobre el Perú, salió del poder sin una casa siquiera a donde vivir, y el país tuvo que obsequiársela. Sarmiento, maestro de escuela, murió pobre como había vivido. Lloyd George vive de sus artículos y de sus libros. Vasconcelos, que manejó un presupuesto de cuarenta millones anuales, por cuatro años, vivió en Europa de sus artículos para *El Universal Gráfico* de México, y yo le he visto viajando en tercera clase, en Francia, y llevando, en pleno invierno, un abrigo cuyos forros estaban rasgados. Nadie que conozca Rusia, dirá que sus líderes roban. Krassin, embajador ruso en Londres, y hombre que fué rico, dejó una herencia de cinco libras a su mujer"... Munido de tan sólida arquitectura, no es raro que Haya de la Torre desafiara críticas y ataques. Cuando conoció el artículo "Aniversario y Balance" de *Amauta*, en el que se criticaba todo antiimperialismo que no fuese socialista, Haya escribió: "Muchos necios dicen que el socialismo supone el antiimperialismo. Este es un grave error. El antiimperialismo implica una etapa previa de transición, de lucha larga y difícil. Corresponde a lo que sería la dictadura del proletariado en los países industriales, en tránsito al socialismo".

Finaba 1929. En el mes de diciembre llegó a Berlín el doctor Mackay, aquel viejo amigo y maestro de 1923, en Lima. Inmediatamente Mackay ubicó la casita del desterrado, en el barrio de Charlottemburgo, en donde al cabo de muchos años, Haya de la Torre saboreaba un retazo de hogar. Mackay refiere así aquel reencuentro en su libro *The other Spanish Christ* (1933): "En diciembre de 1929, en el curso de un paseo por Europa, hice una sorpresiva visita a mi antiguo amigo y colega del Colegio Anglo-peruano de Lima. Lo encontré en el barrio berlinés de Charlottemburgo. Atardecía cuando llamé a la puerta de su alojamiento (It was evening when I knocked at the door of his lodgings). Se abrió la puerta, y ahí estaba Haya erguido, vistiendo de casa como si todavía fuese de mañana. El comenzaba, como antes, el día por una hora de ejercicios gimnásticos para conservarse ágil. Después de esto, el resto del día se sentaba ante su escritorio, sin echar una mirada al exterior... Más de seis años habían pasado desde que Haya de la Torre fué desterrado del Perú. Yo descubría que había madurado grandemente, y que su panorama espiritual era más sereno y más claro. Pocas semanas antes, un grupo de oficiales peruanos en Europa habían venido a visitarle para proponerle encabezar una revolución en su país natal. El rehusó, a tener nada que ver con la vieja clase de revoluciones que aquellos proyectaban. Uno de los primeros gestos, esa tarde, fué sacar una pequeña Biblia de su estante: "Mire cuán marcada

está—me dijo, abriéndola—: el nuevo libro que estoy escribiendo acerca de América Latina estará lleno de citas de la Biblia". La tarde siguiente, cuando paseábamos juntos por *Unter den Linden*, me contó una experiencia que tuvo durante su última visita a México. El Ministro del Soviet y él coincidieron en estar juntos en un banquete. El primero hizo el siguiente comentario en el "speach" después de la comida: "Considero que nuestra organización social en Rusia debiera ser la solución ideal del problema Latinoamericano. Yo veo, sin embargo, gran dificultad en el camino de su adaptación: el misticismo innato del pueblo. Solamente si esto puede ser extirpado, será simple la implantación del Soviet". Cuando llegó el turno de hablar al revolucionario peruano, éste se volvió hacia el representante de la revolución rusa: "¿Cómo puede usted, un transeúnte—dijo Haya—sugerir que eliminemos de la vida de este Continente el sentimiento místico que es nuestra más grande ayuda para el futuro? Entienda, señor, que hay hombres que proponen integrar ese sentimiento dentro de la próxima revolución en América Latina".

La conversación entre Mackay y Haya de la Torre prolongóse más. Aquel supo que "el cuchillo", como llamaban los civilistas exilados en Europa al ejecutor de la propuesta revuelta, sería el entonces Mayor Luis M. Sánchez Cerro, quien había partido del Perú en situación de deportado, pero con goce de su haber íntegro, lo que le permitió llevar una vida fastuosa en las ciudades europeas. Haya de la Tore negóse terminantemente a coludirse en un motín civilista. El mayor Sánchez Cerro viajó al Perú. Ahí encontraría fácilmente el apoyo de un valido del señor Leguía, para ganar, en febrero de 1930, el galón de Comandante. El 25 de ese mismo mes de febrero, Haya de la Torre redactaba el documento que Heysen y Luis Eduardo Enríquez debían llevar, pasando por Argentina y Chile, a "la Célula del A p r a del Cuzco". En ese documento se refería a las disensiones fomentadas en Lima por el grupo disidente en forma concreta: "Las divisiones producidas desde Lima, bajo máscara de ortodoxia y puritanismo revolucionarios, no han producido hasta hoy otro resultado cierto que el debilitamiento de nuestras fuerzas, el confusionismo de muchas conciencias y la afirmación de nuestros enemigos, a los cuales ha estado sirviendo el grupo llamado limeño, conscientemente o no". Veía tan claro la caída de Leguía que recordaba el apotegma de Lenin: "Ahora o nunca", en aquel documento. "Toda tardanza en aprovechar los momentos de la crisis presente que no es sólo crisis política, sino, y esto es fundamental, crisis económica, significa para nosotros, en cierto modo, una

traición al precepto de todo revolucionario moderno, que consciente de su papel director, debe, ante todo, realizar, y realizar con eficacia..." "La distancia, la incomunicación, la censura, la persecución de las tiranías contra el Aprismo han dado lugar a ciertas aparentes diferencias que tanto júbilo produjeron a los socialistas limeños... Cada uno de los apristas que ahora no está allá, llegará a tiempo a su puesto. Ahora, más que nunca, creemos que ha llegado la hora de ponerse a la acción, no a las discusiones... Es antimarxista e ingenuo querer construir desde ahora un edificio fantástico del porvenir. La realidad enmienda todos los juegos de la imaginación. Lo que importa es marchar por una línea revolucionaria y sincera resueltos a afrontar todos los tropiezos, y a caer mil veces para levantarnos en seguida y llegar al objetivo de nuestro movimiento".

Heysen y Enríquez partieron hacia América, partiendo de un pasaje. "Tú te internarás en el Cuzco, aunque te apresen"—le dijo Haya a Enríquez. Había una actividad febril entre los apristas en aquel febrero de 1930.

Rómulo Meneses, que pasaba algunos meses en Italia, estudiando y trabajando, durante su destierro, llegó por tres días a Berlín, y, luego, partió a fin de preparar su viaje a Bolivia y acercarse al Perú. Francisco Apaza Fuentes, estudiante arequipeño de ciencias químicas, compartía las vigilias de Víctor Raúl. Silencioso y tenaz, era un colaborador inapreciable, desprovisto de exaltaciones y de todo rencor. Sus seis años de Alemania habían dado a su cautela quechua un marcado aire de parquedad germana... Partió Enríquez de Buenos Aires, en donde se quedó Heysen. En Chile halló a Meneses. En Sicuaní, ya en territorio del Perú, refrendaron el compromiso revolucionario Galiano, Cárdenas y César Enríquez. Era abril de 1930. Enríquez fué apresado. En la Intendencia de Lima, antes de ser enviado al peñón de San Lorenzo, el Jefe de Investigaciones, Fernández Oliva, trató de que Enríquez esclareciera, ante el asombro del comunista cuzqueño, Oscar Rosas, cómo había penetrado al Perú Eudocio Ravines, el disidente de Francfort, el rechazado de Berlín. La maniobra había sido clara. Al ir a un barco, los miembros de la policía, diéronse con Ravines, quien viajaba acompañado de una joven rusa, su mujer. No traían pasaportes en regla. Al punto, uno de los policías voló a Lima. Fernández Oliva que conocía algo del plan de fomentar la división del A p r a, y como era preferible empujar al llamado "socialismo", que era en realidad una sucursal de la III Internacional en Lima, a fin de contrarrestar la influencia aprista y de Haya de la Torre, consultó al Ministro de Gobierno, doctor Huamán de los Heros. Pero, éste

le informó que un ex Ministro de Guerra de Leguía había fiado por Ravines y que lo dejara ingresar, porque "acabaría con Haya de la Torre y los apristas"... Fernández Oliva pidió nuevas instrucciones: "¿Y si ataca al régimen?" La respuesta del Ministro no dejó lugar a dudas: "Por ahora, no atacará al gobierno. Tiene mucha ocupación con sus asuntos. Cuando divida al obrerismo, entonces no lo necesitaremos, y si se pone contra nosotros, lo apresa usted. Pero, no lo hará por ahora, no lo hará"... Fernández Oliva dictó sus órdenes, y Ravines, el desterrado Ravines, regresó al Perú. Poco tardó en realizarse la predicción del Ministro Huamán. Ingresaron nuevos miembros al Partido Socialista. Se produjo una recomposición de cargos. Mariátegui renunció la Secretaría General, y en su lugar, fué designado Ravines. Lo primero que hizo fué dar un tono agresivo a *Amauta*. contra el Apra. Mariátegui indicó a Sánchez la conveniencia de que la Facultad de Ciencias Económicas colocara en un puesto de intérprete a Ravines, y así lo ofreció el catedrático Erasmo Roca. Mariátegui estaba deshecho. Su enfermedad avanzaba. A fines de 1929, él y Sánchez habían capitaneado al grupo que, invitando a Waldo Frank, agitó la conciencia de los intelectuales peruanos. Mariátegui le había pedido, entonces, a Sánchez que influyera para transformar al grupo "invitantes de W. F.", en algo permanente, y que trabajara al sector universitario de los doctores Ulloa. Ureta, Basadre, Porras, para que fuesen el "centro" y estuvieran listos a una tarea política, en tanto que, entendiéndose con ellos en realidad, pero aparentemente desconectados, Mariátegui y los suyos adoptaban una posición violenta... Mas, en 1930, Mariátegui se agravó. Su gran obsesión de baldado era ir a Buenos Aires y ser operado para usar una pierna ortopédica. Samuel Glusberg arregló algunas conferencias, ayudado, desde Nueva York, por Waldo Frank. Sánchez, que partió a Chile invitado por la Universidad de Santiago, recibió un doble encargo de Mariátegui: obtener algunas conferencias para aliviar el viaje, y entregar a Seoane, que descansaba en Chile, una carta en la cual Mariátegui, refiriéndose al Aprismo, lo calificaba duramente, e invitaba a Seoane a separarse de él... Pero, el mal avanzaba. No podía resistirlo el cuerpo débil del escritor. Y al día siguiente de la partida de Sánchez, Mariátegui hubo de ser recluído en la Clínica Villarán, de Lima. No se levantó ya. El 14 de abril, a los 39 años, moría. Los funerales fueron impresionantes, solemnes. Cubierto por la bandera roja, y al son de la "Internacional", hombros de trabajadores condujeron hasta el Cementerio los

despojos de Mariátegui. Como era Jueves Santo, las charangas oficiales alternaron con el ritmo pausado y ascendente de la canción de los trabajadores del mundo... Ese mismo día, se descubrió un complot para asesinar a Leguía en la Basílica de Lima. Llenáronse las cárceles de presos, pero Leguía no deportó. sino que abrió instructiva criminal. Tanta pulcritud denunciaba su debilidad. Ya estaba electo para su tercer período consecutivo. Entre los comprometidos en el complot figuraba el propio Jefe de la Escolta Presidencial; pero, en cambio, entre los que congratulaban al mandatario por haber salvado la vida, figuraba el recientemente ascendido Comandante Sánchez Cerro, a quien se había confiado la jefatura de un batallón de Zapadores en Arequipa... Terminaba abril de 1930. Enríquez estaba en San Lorenzo ya. La revolución, tal como lo anunciaba Haya desde Berlín, dos meses antes, era inevitable.

*Amauta* no pudo publicar sino dos números más. La lucha de los epigonos llegó a extremos deplorables. Cercenaban discursos, artículos, apoderándose de la herencia ideológica e intelectual del insigne escritor. Ravines actuaba entre las organizaciones obreras con cierta libertad; ya en 1929 se fundara la Confederación General de Trabajadores del Perú, cuya línea fué orientada hacia la III Internacional. En Julio de 1930 la Universidad se enfrentó al Gobierno. El 14 de ese mes, Leguía, al concurrir a una película en la cual se entonaba la Marsellesa y se plasmaban los abusos de la monarquía capeta, fué silbado estruendosamente. Haya de la Torre, seguro y tenso, instaba a que todos estuvieran cerca. Magda, Delmar y Petrovic se encontraban en Chile. En México continuaban Cox, Vásquez Díaz, Guevara. Todos ocupaban sus puestos de lucha. Seoane, Herrera, Heysen, Cornejo, Arcelles, en Buenos Aires, agitaban el ambiente. Meneses trabajaba desde Bolivia. De pronto, el 22 de agosto, se supo que el comandante Sánchez Cerro se había sublevado en Arequipa, y, sin resistencia, tomó la ciudad: un grupo de doctores redactó el manifiesto que aquél firmó sin enmendaturas: prometíanse amplias libertades, restauración jurídica, retorno a la democracia. Leguía comprendió la gravedad del asunto. No había dinero ya. Para él, acostumbrado a sofocar incendios con oro. aquello era definitivo. El 23 se habló con el sublevado de Arequipa: éste exigía dimisión lisa y llana, y entrega incondicional. Puno se unió al motín. El 24 se dió orden de que un avión bombardease Arequipa, pero fué capturado. Al mediodía de aquel domingo, se realizó un Consejo de Ministros, y se resolvió formar un Gabinete Militar. Pero, se avanzó algo más: la renuncia del propio Presidente, para

entregar el poder a una Junta de Gobierno militar. Leguía redactó una dimisión dirigida al Congreso, y la guardó en su bolsillo. En seguida llamaron al general Martínez, luego al general Ponce, y al general Sarmiento. Unos opinaban por un gobierno civil. Y propuesto, entre otros, el nombre del civilista Villarán, salieron en su procura, (hasta Chosica) Mas, ya circulaba la noticia de la caída. Leguía, frío y audaz, almorzó ligeramente y se dirigió, como todos los domingos, al Hipódromo. Creía que nadie conocía los secretos del Consejo de aquella mañana, y que su actitud desconcertaría a los conspiradores de Lima. Pero, alguien había relatado la verdad. Los silbidos transformáronse en rechifla tremenda. De pronto, llegó la noticia de que la guarnición militar de Lima quería conversar con él. Tuvo que abandonar las carreras y dirigirse a Palacio; pero, en todo el trayecto, el automóvil — que marchaba como nunca, con lentitud desesperante — recibía gestos de rechazo y hasta los oídos de Leguía llegaban improperios y denuestos. Nada era posible ya. A las dos de la madrugada del 25, Leguía entregaba su dimisión al general Ponce, y, a las cinco, se dirigía al Callao en automóvil. El crucero "Grau" le recibió aún con honores presidenciales, izó al tope la insignia correspondiente, y zarpó hacia el norte. Pero, Némesis tiene extraños caprichos. No quiso Leguía, a quien acompañaban sólo su hijo Juan y su ayudante, el oficial de Marina Cabada, continuar el viaje a Panamá. Regresó al Callao. Desde a bordo vió cómo acudían lanchas para libertar a los presos del peñón de San Lorenzo. Entretanto, el mayor Gustavo Jiménez, alma de la conspiración en Lima, había viajado hasta Arequipa y volvía con el comandante Sánchez Cerro, en avión. Leguía estaba prisionero...

* * *

Hitler emprendía ya su ataque hacia el poder. Días convulsos aquéllos...

En Berlín, viajaba en un tranvía, aquel 25 de agosto de 1930, el desterrado Haya de la Torre. La radio gangosa transmitía noticias. De repente, una que le dejó paralizado: "El Presidente del Perú, Augusto B. Leguía, ha sido derrocado". Nada más. Cuando llegó a la pensión le esperaban algunos peruanos jubilosos y zalameros. Uno, el más optimista, le dijo, tendiéndole los brazos:

—Ahora, don Víctor Raúl, ahora, a preparar maletas.

Haya tuvo una sonrisa amarga, y se ahondaron los plieguecillos en torno de sus ojos:

—No. Está usted equivocado. Lo que viene es, por algún tiempo, mucho peor. Van a santificar a Leguía sus enemigos civilistas, y nos perseguirán con más saña aún. Yo le dije a Mariátegui, desde México, que, después de Leguía, pasaríamos por un período militar, reaccionario y cruel. Que el civilismo lo utilizaría sin escrúpulos, pero con maña. El creía en el advenimiento inmediato de la Revolución Social. Ahora vamos a ver quién tenía razón; si él o yo. Hemos liquidado una etapa: es verdad. Ahora nos toca trabajar más que nunca.

Hasta la madrugada brilló la lámpara en la alcoba de Víctor Raúl.

## XIV

## EL P. A. P

América Latina estaba de fiesta. Tras la catástrofe de la Bolsa de Nueva York, en 1929, se veía el derrumbamiento consiguiente de los sistemas autocráticos de gobierno, sustentados por el auge y el *boom*. Herbert Hoover sufría el primer ataque considerable, y su Partido también. No sería reelecto Hoover, el ingeniero Hoover, el optimista Hoover, no obstante que recién comenzaba su gobierno. La crisis y el *krack*, aliados, lo impedían. La caída de Leguía, prevista de antemano, era una consecuencia de todo aquello. Algunos porfiados politiqueros, sin visión panorámica, se obstinaron en atribuir el desastre a causas episódicas, pero pronto vieron su error. La causa estaba en Wall Street, en la inflación de los gastos, en el vivir de prestado, en la ilusión de opulencia, en la suntuosidad, en la imprevisión, en el menosprecio del propio esfuerzo, en la sumisión al imperialismo. Y así rodaron, desde agosto de 1930 hasta agosto de 1931, en un año de convulsiones, el presidente Hernando Siles, de Bolivia, el "peludo" Irigoyen en Argentina, Leguía en el Perú, Washington Luis en el Brasil, Harmodio Arosemena en Panamá, Isidro Ayora en Ecuador, el general Ibáñez en Chile... Los substituyeron personajes contradictorios: el del Perú, comandante Sánchez Cerro, entró triunfalmente en Lima el 27 de agosto, acompañado y traído por el mayor Gustavo Jiménez... Ese mismo día, *Crítica* de Buenos Aires recibía un cable de respuesta desde Berlín, firmado por Haya de la Torre. El desterrado aprista respondía así a la pregunta del gran diario bonaerense:

> "CRITICA", *Buenos Aires*.— La caída de Leguía no sólo significa la victoria del pueblo peruano, sino el triunfo moral de la opinión libre latinoamericana. Leguía dejó el poder con la misma indignidad con que se mantuvo. El mérito heroico del movimiento sólo co-

> rresponde al pueblo peruano. El ejército sostuvo a Leguía durante once años, y sólo tarde ha cumplido con el mandato de la opinión nacional. Nosotros los apristas conocemos los problemas sociales y económicos del Perú, y sabemos que no se resolverán por medio de una dictadura militar. *La segunda etapa del movimiento será, sin duda, la lucha contra los generales, si pretenden perpetuarse en el poder*, exigiendo la independencia económica del país y la justicia social bajo un programa aprista. Sólo el aprismo salvará al país de la anarquía.— *Haya de la Torre.*

Pronto justificaríase la previsión del líder desterrado. En pocos meses, desatóse una política de represión y venganza. Salió un periódico, no para echar las bases de una revolución auténtica, sino para difamar y calumniar a los caídos y adversarios. En vez de realizar justicia revolucionaria o de entregar a los Tribunales a los supuestos delincuentes, se apeló a un sistema civilista, tartufesco, de crear una jurisdicción especial. la llamada del Tribunal de Sanción, ante el cual no habría que probarse culpabilidad, sino inocencia. Doctores civilistas empezaron a utilizar al comandante Sánchez Cerro para ganar puestos honoríficos en el Poder Judicial y en el Gobierno. Manzanilla y Villarán confesaron, al corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, que el civilismo había muerto, pero era una treta tras de la cual veíanse los hilos de la comedia. En septiembre, al mes de la revolución, *El Comercio* de Lima, por medio de allegados, hacía insertar en "Commerce and Finances" de Nueva York la absurda especie de que Haya de la Torre regresaría, de acuerdo con Sánchez Cerro. Con ese motivo — tal hizo Chocano a propósito de Vasconcelos, cinco años antes — atacó al líder aprista y manifestó el repudio de los Miró Quesada al regreso de Haya de la Torre. Acto seguido. Antonio Miró Quesada visitó al comandante Sánchez Cerro, y, autorizado por éste, *El Comercio* declaró que Haya de la Torre no tenía ninguna vinculación con el nuevo gobierno secuestrado ya por el civilismo. Estaba en claro la maniobra: cerrar las puertas del Perú al desterrado de 1923... Pero, los otros desterrados volvían. en cabinas de lujo, costeadas por "la revolución", y recibían champañadas y albazos, porque había un Comité de Recepción para todo exilado, siempre que fuera civilista... En camaranchones de tercera clase volvieron, luego, Seoane, Cox, Magda, Delmar, Petrovic...

Los esfuerzos para unificar a las fuerzas anticivilistas. de filiación izquierdista, escollaban en la intransigen-

cia y absorbentismo de los llamados "socialistas', supérstites de Mariátegui, pero sin su sentido de comprensión y táctica. El frente meramente intelectual de la revista *Presente* — Spelucin, Bustamante, Basadre, Barrio, Raygada, Sánchez — quedó roto por la disparidad de tendencias. *Nueva Revista Peruana* — (piloteada por Ulloa, Ureta e Ibérico) — optó por enmudecer, igual que *Mercurio Peruano*, tripulado por Porras, Leguía y Espinosa Saldaña; la "intelligentsia" apelaba a la evasión. Confiada a dos intelectuales la redacción de un "Cartel" de izquierdas, las discusiones pudieron tanto como el temor, y ambos más que la decisión. No había otro camino que el previsto por Haya de la Torre. Había que fundar el Partido Aprista Peruano filial del A p r a, pero con dirección, contenido, programa, táctica, afiliados peruanos. Luis Eduardo Enríquez, recién salido de la prisión de San Lorenzo, fué nominado primer Secretario General. Poco después volvían Seoane y Cox. Avanzaba ya noviembre. En las vitrinas de las librerías se veía un nuevo libro de Haya de la Torre "Ideario y Acción Aprista", editado en Buenos Aires, por los argentinos simpatizantes del A p r a, entre los que, como antes, descollaba Gabriel del Mazo. Poco después, las prensas limeñas vomitaban "Teoría y Táctica del Aprismo", otra colección de directivas escritas por Haya de la Torre.

En tanto, desde Berlín, el líder seguía apasionadamente los sucesos. En sus largas charlas con Apaza, leal cooperador, y con sus amigos sudamericanos y europeos, anunciaba como un hecho inminente la próxima represión civilista. Pero, disparaba cartas y mensajes, tratando de neutralizar adversarios. Como un ex Secretario de José Pardo, el doctor Carlos Concha, declarase en Lima que el aprismo debía definir su programa, Haya de la Torre le escribió una larga y precisa carta, indicándole que debía empezar por exigir libertad de prensa, sin la cual el aprismo no podría publicar nada. "Libertad" es la palabra de orden, solía repetir. Y acuciaba a los remisos. "El político empírico, el caudillo arrogante, vive su hora postrera", declaró en un artículo amparado por la prensa de todo el continente, bajo el título de "Al margen de las últimas revoluciones". En otro, fechado en Berlín, como el anterior, sobre "La situación del Perú", analizaba la falaz y absurda política que el civilismo obligó a seguir al comandante Sánchez Cerro. En un tercer artículo, analizaba la posibilidad de formar nuestros "técnicos" para el gobierno. Pero, el más agudo fué el que tituló "El Primo-Riverismo, escuela política en la América Latina". Porque eso revela el estudio de la crisis política 1928-1934: Primorriverismo. Los

cultores de Mussolini o de Hitler no son, en realidad, sino amadores del jacarandoso Primo de Rivera. Alejados del clamor multitudinario que informó el movimiento ruso, italiano o alemán, creen que basta con ser autoritario, además de venales, jaraneros y pintorescos. El marqués de la Estella ha tenido, y tuvo entonces en 1930, sus supérstites y discípulos en tierras de Indoamérica...

Primo de Rivera en el Perú optaba por acallar periódicos a la fuerza, y adoptar teatrales gestos de opereta. No tardaron en manifestar su descontento las fuerzas armadas en noviembre, y urdieron un golpe definitivo, que el civilismo aprovechó, contando con la versatilidad del jefe de Gobierno, quien echó por la borda al mayor Jiménez y llamó a su lado al civilismo. Los apristas fueron perseguidos, encarcelados o desterrados. Haya de la Torre no regresaría al Perú. Cayó clausura o censura sobre la prensa toda. *El Comercio* reinaba, unigénito. Coincidió aquello con la masacre de indígenas en Oyolo, Malpaso, La Oroya y Cerro de Pasco, tras de haber alentado el civilismo al llamado comunismo a un "Plenum", en el Teatro Municipal, que le fué cedido a Ravines por el Municipio civilista, a condición de que atacara rudamente a Haya de la Torre y el Apra. Sánchez Cerro confiaba a un corresponsal de *The Chicago Tribune* que se quedaría ocho años en el gobierno, y a los apristas, encabezados por Enríquez, que fueron a exigirle garantías, declaróles que el señor Manzanilla era una "caña-hueca". Regía el caos. Andaban desatadas las pasiones. Insultos, difamación y calumnia eran la ley de aquellos días. Entretanto, el prisionero Leguía requería inútilmente los servicios de un médico, enfermo, a los setenta años. El civilismo había decretado su muerte lenta...

Haya de la Torre escribió desde Berlín, en diciembre: "Sé que el civilismo hará ahora grandes esfuerzos por dividir al A p r a. Si fuera necesario, yo estoy listo a todo. Lo que me interesa es que nuestra causa triunfe conmigo o *sin mí.* No saben los intrigantes que yo soy el primero en estar listo a dar todos los ejemplos de sacrificio que un hombre sin mezquindades puede dar. Pero, confío en que eso fracase. El Aprismo no debe ser sólo un partido, sino una fuerza de moralidad política ejemplarizadora. El enemigo nuestro y del país es el civilismo. Si esto no lo entendemos hoy, no lo podremos comprender nunca. Ahora, necesitamos más tino y más cohesión que nunca. Nuestro esfuerzo común debe agigantarse. Todo nuestro empeño debe dirigirse a mantener nuestra unidad y nuestra disciplina... Las noticias que recibo de todo el Perú anuncian un movimiento de fuertes arraigos, si el civilismo intenta preparar un

nuevo 15 de mayo... En París, rumores muy autorizados indican que estoy re-desterrado. Pero, pronto estaré en camino..." Antes, al conocer el Plan Kemmerer para el Perú, lo criticó duramente y planteó la solución bimetalista.

El 1.o de enero, después de larga gestación, un grupo de intelectuales sedicentes de izquierda, y un grupo inconfundible de capitalistas e industriales criollos, abogados de grandes empresas y agricultores constituían la "Acción Republicana". Partido "ómnibus", como lo llamó uno de sus constitutores, lo cierto es que restaba un sector preparado al movimiento de izquierda. El aprismo estaba perseguido, apenas brotado. El 4 de enero cambiaron disparos policías y soldados en el Estadio Nacional. Ajustaba sus garfios el caos. Los estudiantes de la Universidad habían arrojado al rector civilista Manzanilla y pedían un estatuto reformador. El 7 de febrero se aceptaba la postulación estudiantil, pero se desalojaba la Universidad a tiros, quedando el alumno Guido Calle tendido de un balazo. Así se iniciaba 1931. Haya de la Torre febrilmente seguía los acontecimientos. "Horqueteen a los indecisos" fué su voz por cablegrama. Y en una carta, fechada el 21 de enero, le decía a Sánchez, que ingresaba al aprismo, algunas confidencias sobre la acción del Partido en una campaña pro-libertad. Y le refería cómo supo de Sánchez Cerro, en Europa, y cómo desconfió desde el primer instante de su supuesta democracia, y añadía: "Supongo que habrás leído la denuncia del petrolero yanqui Graham sobre las grandes cantidades que los petroleros ingleses y un banco, que no menciona, han dado a los actores del "¡glorioso movimiento de Arequipa!..." En un manifiesto a los apristas del Sur del Perú, Haya de la Torre insistía en que el aprismo permite el ingreso de todos los hombres de izquierda; en la necesidad del frente único; en la campaña antiimperialista, anticivilista, anticentralista; en la reivindicación de las provincias por la descentralización efectiva; en la lucha contra la opresión. Por ser un "movimiento inicial", agregaba, el aprismo es un movimiento por la libertad... No bien había llegado aquel mensaje cuando se producía la sublevación militar del Sur. El Callao también insurgía, junto a Lima. En el norte se rebelaba el ejército. Fracasaban los intentos por dominar la situación. En vista de ello, el civilismo dispuso que Sánchez Cerro renunciara, antes que lo derrocasen. Y el 1.o de marzo había un gobierno "jurídico' en el Perú, que duró sólo cuatro días, para ser reemplazado por el del ya comandante Gustavo Jiménez. El 10 de marzo se instalaba la Junta Nacional de Gobierno, presidida por don David Samanez Ocampo. Jiménez actuaba como Ministro de

Guerra. Entretanto, Seoane y Heysen, que fueron llamados por los revolucionarios del sur, eran recluídos en una prisión de Buenos Aires, por obra del "libertador" Uriburu, sin que el Embajador civilista Barreda y Laos protestase en forma alguna...

Para componer las fuerzas del Partido, mientras en el Perú se henchían de gentes decididas y emocionadas los registros apristas, Haya de la Torre viajó muchas veces hasta París. En una de ésas, su juvenil amigo, Gonzalo de Arámburo, invitóle a tomar el té. Llegó Víctor Raúl, vestido con modestia, y constató sorprendido que había caído en una cordial celada. El civilismo de la emigración espontánea quería conocerle de cerca. Aceptó el duro destino. Dialogó largamente con Francisco García Calderón, que opinaba a la defensiva. Contestó muchedumbre de preguntas indiscretas, voraces y miedosas. Pero, al salir, tuvo una sorpresa: un civilista 100 por 100, pero pintor y emancipado ya, le retuvo la mano:— "Lo que usted ha dicho, Haya de la Torre, es la pura verdad. Yo lo firmo, si usted gusta; eso es exacto. Tiene usted toda la razón, pero allá no le entenderán o no le querrán entender. Pero, quiero que sepa usted que yo soy otra cosa y que yo no padezco ceguera ni prejuicios..." El acento era tan firme, que parecía sincero. Los años y los dolores no autorizaron nunca al líder a dudar de tan insólita franqueza...

Haya de la Torre se había trasladado de Berlín a Bruselas. El primer Ministro, de filiación socialista, Vandervelde, le mandó saludar. Todo fuego, y, al par serenidad, el líder aprista abordaba con criterio de realizador los grandes problemas americanos, particularmente los del Perú. No le miraban ya con tanto recelo los peruanos con pasaporte oficial. Un grupo de ellos, entre el cual se contaban varios militares, invitó a un almuerzo a Haya de la Torre. En el fondo, había más curiosidad que simpatía en algunos de los comensales. Transcurría el ágape con alegría. Rozábanse los temas profundos, añoranzas en plan de acción, de la tierra lejana. Haya deshilvanaba recuerdos de sus viajes por la sierra; la estancia en el Cuzco, llena de enseñanzas; sus excursiones por la sierra de La Libertad y por Cajamarca; ardua lucha la de Lima; el peñón desamparado de San Lorenzo, su prisión de ocho días; los calvos puertos del sur; aquella inolvidable campiña de Arequipa, coronada por el Misti como un blasón; las abrupteces de Apurimac; la tragedia de Cerro de Pasco, junto a la jocundidad de Huancayo... Uno de los comensales se refirió a la suerte de Leguía, a la sazón martirizado en una prisión, priva-

do de toda facilidad. A los 69 años, el ex gobernante recibía vejámenes sin cuento.

—Es lo menos que le han podido hacer por tanto daño que ha causado al país — comentó el narrador...

—No lo creo — replicó Haya de la Torre, vivamente. — Nadie ignora qué suerte me destinó Leguía. Hemos sido irreconciliables enemigos. No me arrepiento de ninguno de mis ataques. Pero, no es justo ni humano que a un anciano como él se le martirice y se le veje así. Eso es venganza, no justicia. Y sobre todo, cuántos de los que hoy le pegan de lanzadas se llenaron los bolsillos con sus dádivas. Eso es cobarde. Me subleva sinceramente. Eso no es ser adversarios; eso es ser verdugos...

Reinó un discreto silencio en la mesa. Quién sabe si el remordimiento aleteó ahí. Haya de la Torre rompió la pesadez con un epigrama:

—Entre los grandes beneficiados por Leguía, no cabe duda que están los señores Miró Quesada de *El Comercio*. En este período se han llenado de dinero. ¿No les parece a ustedes que ellos debieran presidir la campaña pro-libertad del señor Leguía?

La seguridad de tal espectáculo de canibalismo político había dictado ya a Haya de la Torre las palabras de un artículo "Sobre la crueldad latinoamericana". Ahí recordaba el líder que en 1927, un marino yanqui decía en la tribuna de Williamstown: "No hay pueblos más inclinados a la fácil crueldad que los latinoamericanos": "se despedazan cuando pueden con las manos *y siempre con la lengua*". Un profesor alemán había inferido también: no hay pueblos más crueles que los de Latinoamérica. ¿Por qué? El profesor teutón aseguraba sobriamente que en América del Sur hay más hombres dignos de respeto y estimación que en Europa; sin embargo. una vez que acudió a pedirle datos a una escritora sobre los escritores de su país — indoamericano, por cierto, — ella habló con crueldad sólo de sus colegas de su propio país. "Ustedes no respetan nada en los demás, y sólo los muertos se salvan en América Latina... Mientras viven, la crueldad los destroza; y cuando mueren, la superstición los respeta". "¿Tendrá razón el sabio alemán?", se preguntaba el líder aprista. Y la realidad, exhibiendo el caso de Leguía, aun con vida, parecía responderle que sí.

No se apartaban las miradas del desterrado del escenario peruano. Ahí la lucha perfilaba sus contornos reciamente. Los antiguos camaradas de las UPGP, los alumnos de 1923, los mozos de entonces, conducían la batalla por la justicia social. Heysen daba combate de frente a los seudo-

comunistas del Cuzco; Seoane fundaba *La Tribuna* en Lima. Era un instante álgido. Pleno mes de mayo. Soplaban ya las primeras brisas estivales en Europa, mientras en Lima, campo de batalla principal, se insinuaba ya la fresca brisa precursora de las garúas de invierno. Haya de la Torre, compulsando realidades, envió un cable presuroso al Comité Ejecutivo Nacional del Partido: —"Horqueteen a los indecisos", decía al final. Indudablemente, había llegado "la hora de la gran transformación".

Haya de la Torre salió para París, a fin de dejar organizado todo el trabajo de sus compañeros desterrados, y en seguida pasó a Londres, en donde discutió largamente, como lo había hecho en Alemania, Bélgica y Francia, sus planes económicos. Londres volvió a escuchar al inquieto estudiante de otro tiempo, convertido en jefe de un partido, al cual a través de los cables se adivinaba poderoso. Georges Lansbury, Secretario General del Partido Laborista, James Maxton, el minero trocado en ministro, y su antiguo profesor Harold Laski, descubrían nuevas aristas en aquel espíritu preñado de sugestiones, de intuición y sabiduría. Alfredo González Prada, hijo del precursor del Perú, era Ministro en Londres, y exponiendo su situación oficial, siguió siendo el camarada acucioso del líder. La pobreza, como siempre, rodeaba los días de éste. Viajaba con humildad franciscana.. Felizmente llegaba el verano, y con la ida al Perú, no necesitaría abrigarse con heroísmo y buena voluntad, en vez de mantas, a fin de resistir el próximo invierno europeo...

El Partido Aprista ganaba a las masas peruanas. En el mes de abril, en Lima, el civilismo intentó un golpe de mano, a base de soldados y clases, comandados por un sargento Huapaya. Se le dió al movimiento los ribetes de insurrección comunista. En menos de seis horas—de 7 y 30 de la noche a 1 de la madrugada—se quemaron más de cincuenta mil disparos de fusil, ametralladora y cañón. El comandante Gustavo Jiménez sofocó, personalmente, el motín. Cubriendo el edificio de *El Comercio* flameó por breves horas la bandera yanqui. La Junta de Gobierno dictó la ley marcial, pero nadie fué fusilado. Oficialmente se trataba de un movimiento comunista, pero, meses después, cuando Sánchez Cerro ocupó la presidencia, el sargento Huapaya lanzó un manifiesto declarando que se había sublevado en nombre "de Dios y de Sánchez Cerro"—representante del civilismo—, y recibió la libertad y un ascenso a suboficial... En mayo se había dictado el Estatuto Electoral, con voto secreto, representación de minorías, registro permanente y poder electoral autónomo. En junio, un rábula cuzqueño, Manuel Jesús

Gamarra, se sublevó proclamando el voto público contra el voto secreto. Heysen estuvo a punto de ser sacrificado por el motín. Cada día era más virulenta la campaña del civilismo contra la organización de las izquierdas, y entre éstas nadie era capaz de entenderse. La huelga de los choferes de mayo, había evidenciado el fracaso de la CGTP y de las directivas comunistas. Los apristas se afirmaron sólidamente. La reforma universitaria, lograda a costa de sangre, desterró a parte del civilismo universitario, estableciendo un sistema pedagógico más técnico y democrático, con participación alumnal en el gobierno de la Universidad de San Marcos, José Antonio Encinas, maestro de Puno, aquel que dió aviso en 1923 de la huelga de hambre que había declarado Haya de la Torre, fué electo rector. Encinas, no sólo era antileguiísta, sino también, anticivilista.

Para estructurar su programa, de abajo hacia arriba, se empezaron a reunir los Congresos Departamentales y Regionales Apristas en todo el Perú. Cada zona planteaba sus reivindicaciones específicas, como proformas para un Congreso Nacional. Avanzaba junio. Todos los núcleos coincidían en las ponencias principales: abolir la explotación del hombre por el hombre; frente antiimperialista; intervención del Estado en los asuntos económicos; tendencia a la escuela única; primacía del problema agrario; antilatifundismo, antigamonalismo; dirección cooperativa; afianzamiento de la marcha hacia la Justicia Social.

Finalizaba junio, cuando Haya de la Torre se embarcó, al fin, en el "Bremen", con rumbo a Nueva York. Iba a ocupar su puesto de combate. Viaje corto, pero lleno de tentaciones. Tras la brega, aquel paréntesis marítimo simulaba un oasis sahareño. Como miembro del Club de la Prensa de Berlín, Haya de la Torre disfrutaba de ciertas ventajas a bordo del formidable transatlántico germano. Y, ahí, entre la prosa de "Ja", "Danken" y "Prossit", alguna rubia Gretchen y cierta anacrónica Loreley suspiraron, bajo el influjo marino, por el "latino" moreno y atlético, campeón de "tennis deck" en los concursos de a bordo. Los violines languidecían prolongando la nostalgia del "Danubio Azul", bajo la inspiración de Strauss. Pero, también surgía, cada noche, la hora musical, en que el líder, en fugaz descanso, insistía en que repitieran "Toccata y Fuga" del bienamado José Sebastián Bach.

El 1.o de julio había llegado a Nueva York. Volvía a la tierra del yanqui. El cónsul del Perú, el comandante Henriod, a quien Haya favoreciera y protegiera en México, fué a visitarle. Los miembros del Club Latinoamericano y de

la colonia peruana le ofrecieron una comida. Haya de la Torre declaró esa noche: "Sólo soy un soldado del Aprismo. El haberme designado candidato a la Presidencia de la República, es una responsabilidad más que acepto consciente de sus consecuencias. En el Aprismo no hay caudillos, sino la voluntad de las mayorías, y soldados sumisos que cumplimos las órdenes de las mayorías". En seguida se embarcó en el vapor "Santa María" de la Grace Line. De Panamá llegó a bordo un mensaje invitándole a sustentar una conferencia a su paso: era el desagravio por haber sido arrojado en 1928. Firmaban el mensaje los personajes más connotados del Istmo: Lewis, Méndez Pereyra, Roy, Arosemena, Porras, Obarrio, Morales, Icaza, Victoria, Fábrega, Duncan, Miró, Andreve, Oller... Haya de la Torre viajaba de semiincógnito, confundido con los grupos de turistas. Deseaba descansar para la lucha que adivinaba durísima. Al llegar a Cristóbal, el mismo puerto de donde fuera expulsado 3 años antes, le esperaba una cordial muchedumbre. Todavía estaban ahí los yanquis, pero el "nacionalista" civilismo peruano había fracasado en su reiterado afán de lograr que los yanquis detuviesen el viaje del líder antiimperialista.

Apoteósica recepción la de Colón. Discursos en el Municipio, en el Andén. Viaje inmediato en tren de 4. Era el 9 de julio. A las 6 de la tarde llegaba a Panamá, que lo esperaba engalanado. Obreros, estudiantes, profesores, empleados rompieron en aplausos cuando apareció en el vagón, aquella misma figura, más recia ya y más dolida, del estudiante que llegó en 1923. Junto a él estaba como entonces el leal Alberto Luis Rodríguez. Tremolaba la silueta del líder su ancha risa cordial. No esperaba tanto Haya de la Torre. Eran millares de manifestantes espontáneos que aclamaban en él al enemigo de las tiranías y al adversario del antiimperialismo. Al político y al ideólogo. En la Plaza de la Catedral, el periodista y antiguo compañero del 23, Joaquín Fernando Franco lo saludó por los amigos panameños. Esmaro Salas, peruano, habló en nombre de los apristas del Perú. Eran ya las siete de la noche. A las ocho, el Aula Máxima del Instituto Nacional rebosaba de entusiasmo y concurrencia. Ahí declaró otra vez, en una conferencia que duró tres horas: "Nuestro partido no necesita caudillos ni hombres providenciales; hemos contexturado un frente de explotados que combaten por la libertad de América, por la Justicia Social". No avanzaba ideas más precisas sobre el programa del partido, porque, precisamente se iba a reunir en Lima el Congreso del partido que lo dictaría... A las 11 de la noche, fué invitado a la sociedad "Acción Comunal", en donde diferen-

ció el Aprismo de las escuelas capitalistas y comunistas. Al día siguiente, en un paréntesis, asistió a una ceremonia en la Escuela Profesional de Mujeres y al Instituto Nacional. Con maravillosa memoria le decía a Manuel Roy: "Ahí, bajo ese árbol y en esa banca, me lo presentaron a usted hace ocho años, pero falta la enredadera de entonces"... Los viejos amigos, Roy, Carlos Sucre, Ricardo Morales, Rodríguez, Franco, La Rosa, cambiaban ideas entusiastamente. En el pueblo surgían las comparaciones risueñas, con el fracaso de un discurso de Sánchez Cerro, en "Union Church" de Balboa, en donde dijera que el Perú tenía minas "de bronce"... Luego, a bordo, porque el "Santa María" zarpaba en la tarde del 10. Dos días después, la costa del Perú...

Aquellos dos días, el economista francés André Siegfried, que viajaba a bordo, trató de conocer al "político peruano monsieur Haya de la Torre". Pero, éste se había dedicado a estudiar, leer y disputar *golf deck* y *tennis deck*. Avecinábase la lucha más ruda.

El 10 de julio Seoane salía de Lima en avión hacia Talara. El 12 avistábase tierra peruana desde el "Santa María". Eran ya cerca de las diez de la noche. Surgían los mástiles y castillos de los pozos petrolíferos. Haya de la Torre desde la borda, miraba ávidamente el suelo nativo vuelto a vislumbrar. Ahora estaban ahí, nítidos, a pesar de la obscuridad, los clubes, las casas de la zona imperialista, y el caserío criollo. Otra Zona del Canal, pero de petróleo... De pronto, una lucecilla que avanza. Voces entusiastas. "¡Viva el Apra! ¡Viva Haya de la Torre!" Sintió el desterrado que algo se le rompía adentro y se nublaban sus ojos. Después de cuántos años, experimentó el olvidado amargor de las lágrimas. La lucecilla estaba junto al barco. Se veían ya las siluetas erguidas con el brazo izquierdo en alto:

—¡Víctor, Víctor!...

Arriba de la escala, cuatro brazos que se anudan:

—Manolo...

Y luego muchos brazos más, y un extraño gozo que hace sufrir, y la sensación trocada en lágrima y en mudo sollozo, de la responsabilidad que se aviva, y del drama que readquiere toda su crudeza...

## XV

## MUCHEDUMBRES

A medida que se aproximaban a tierra, crecía el vocerío. Desde el barco, cada vez más distante, se agitaban pañuelos en manos súbitamente entusiasmadas. Lanchones llenos de jornaleros formaban cortejo al líder del Aprismo. Sonaban gritos que nunca había escuchado. Y, de pronto, rompiendo solemnemente las sombras, empezó a sonar, en labios de trabajadores, la Marselliesa Aprista. Subían los acordes de voces dispares. La disonancia daba mayor robustez a las estrofas escritas por un trabajador manual, el textil Arturo Sabroso, compañero de las luchas de 1918 y 1923. Todos se descubrieron:

Sobre el pasado vergonzante,
nueva doctrina insurge ya...

Tatuaremos con sangre en la historia
nuestra huella pujante y triunfal
que dará a los que luchen mañana
digno ejemplo de acción contra el mal...

Otros, poseídos de frenesí, entonaban el Himno Peruano, dándole un sentido y un brío distinto. No era canción monárquica ni aristocrática aquella. Nació también, de gentes modestas, allá por los albores de la República, hacía 110 años. Hablaba de "libertad". No cantaba a ningún autócrata. Afirmaba fieramente un deseo que jamás tuvo cumplida realización...

Se acercaba la lancha al puerto. Haya de la Torre, emocionado pero sereno, respondía a los saludos. Seoane iba a su lado. Y con ellos, Gulman, secretario general del comité de Piura; Valera, representando al de Tumbes; Reyna, al de Talara; el Dr. Iparraguirre, al de Sullana, y el propio alcal-

de de Sullana, que era el ingeniero Vargas. Y la multitud en la orilla. Vítores y aclamaciones. El civilismo había asegurado que Haya de la Torre no regresaría jamás al Perú. No faltó quien publicara la noticia de su muerte en Europa, y helo aquí, con el ímpetu de siempre... Al desembarcar, cogió un puñado de tierra y lo miró largo rato... La sonrisa adquirió una rigidez nerviosa... Pero, ahí estaba la acción. En medio de la noche avanzó la inmensa caravana. Al lado se alzaban los alambrados de la posesión petrolífera. El imperialismo siempre...

—"Vengo a conocer por mí mismo los problemas de los trabajadores del petróleo", dijo, luego, contestando al discurso de recepción. Aquella noche, el líder no durmió. Asomaba el alba, y él y Seoane cambiaban impresiones y trazaban planes sobre la campaña electoral y política. Seoane llevaba encargo del Comité Ejecutivo de Lima, para informar a Haya de todo lo que había... Y tanto que existía.

Hacía pocos días había regresado el ex presidente de la Junta de Gobierno, Sánchez Cerro, ungido candidato presidencial por el civilismo. Para cruzar el camino a la candidatura de Haya de la Torre, y evitar la repetición de los desaciertos de Sánchez Cerro, se formó una llamada Concentración Nacional, que pretendía elegir un candidato único. Algunos de los organizadores de la Concentración pretendían que el candidato fuese el general Benavides, aquel que se rebelara contra el Presidente Billinghurst, siendo su Jefe de Estado Mayor, el 4 de febrero de 1914. El civilismo movía sus hilos tras la Concentración. Por de pronto fingieron ignorar en Lima el arribo del candidato aprista. *El Perú*, órgano de la Acción Republicana dió una versión somera. *El Comercio* enmudecía. Las fuerzas de la reacción cerraban filas contra el Aprismo, adivinando su poder. Fué entonces cuando Haya, aludiendo a las diferencias para nominar candidato único, comentó:

—Siempre llegarán a tener un candidato único, pero será un candidato civilista...

Amaneció el 13 de julio. En la tarde se realizaba la primera conferencia. Haya de la Torre visitó las petroleras. Ahí debía haberse sublevado Iparraguirre en 1928. Y el recuerdo de aquella experiencia, frustrada por la incomprensión, mordía, de cuando en cuando, la memoria del líder. Por la tarde, no cabía la gente en el teatro de Talara. Al aparecer Haya de la Torre en el escenario, estalló una ovación delirante. Dos mil pañuelos flamearon saludando, luego, al líder. Habló Gulman. Luego, Haya de la Torre:

—"No vengo a agitar; vengo a construir"—dijo.

Seoane también dirigió la palabra vibrantemente al pueblo. Más tarde, en el Club Peruano, continuaba el fervor. Al día siguiente, a las 10 de la mañana, sin haber dormido sino dos horas, llegaba el líder al asiento petrolero de Zorritos. Las masas salían a recibirle con un fuego incómparable. Nadie quedaba en las casas. Hombres, mujeres, niños, aclamaban al nuevo libertador. Pasó a Tumbes. El prefecto, Aníbal Secada, le recibió olvidando el oficialismo. La juventud hermanaba a los hombres, y los comunes sacrificios. Secada había sido desterrado y había estado con Haya en México. Infatigablemente, el líder recorrió haciendas y escuelas. Preguntaba sin cesar. Reconocía a gentes que se suponían olvidadas, a lo largo de los años. Tomaba apuntes. Iba reconstruyendo la realidad peruana. No era un candidato de los que se refugian en Lima. El Perú es mucho más que Lima. Y por eso, cumpliendo aquel mandato, resucitaba la fe en poblaciones enfermas de escepticismo.

A las 5 de la tarde, la conferencia de Haya de la Torre en Tumbes, estremecía a las gentes por su hondo realismo. A las 9 de la noche, volvía a hablar en Zorritos. Al día siguiente, el 15, en Sullana lo esperaba la población en masa.

—"Invito a los adversarios a discutir con ideas, no con insultos"—enunció, aludiendo a volantes procaces que contra él habían circulado. —"Desinfectemos la política nacional". —Cinco mil almas respondieron con un interminable clamoreo a las palabras del candidato.

El 16 llegó a Piura, ciudad natal de Sánchez Cerro. Los adversarios habían llevado a cabo una intensísima campaña contra el Aprismo. Algunos aconsejaban que no hablara ahí Haya de la Torre. Pero, el líder se negó a escuchar semejantes consejos. Por la noche, 2,000 personas hacían estallar el teatro de Piura. Seoane estuvo elocuentísimo. Cuando empezó Haya de la Torre, alguien lo interrumpió. Y, por primera vez, desde su llegada, surgió el tribuno impetuoso y contundente:

—"A los adversarios no se les amordaza; se les discute y convence"—comenzó diciendo. Y presentó, con claridad meridiana, los postulados de la doctrina aprista. Analizó tópicos económicos, realidades regionales, argumentos adversos. Al ocuparse del descentralismo, arrancó una ovación incontenible: "El descentralismo es, para el Aprismo, un medio; no puede ser un fin jamás".

Se había vencido en Piura. Visitas y recorridos. La conciencia estaba ganada. En la comida que le dieron muchos piuranos, estuvo el candidato socialista Hildebrando Castro Pozo. Instado a hablar, declaró su ferviente simpatía por el

Aprismo y por Haya de la Torre... El 18, Catacaos. El 19, Chiclayo. En la plaza de Toros se congregaban las masas, ahitas de la explotación del gamonalismo civilista de Pardos y Aspillagas. El 20 una apoteosis en la conferencia de Chiclayo. Luego, a Lambayeque. Seoane partió a Lima por avión. Haya de la Torre, recorrió pueblo a pueblo el departamento: Chongoyape, Eten, Motupe, Ferreñafe, Jayanca, Carhuaquero, la Puntilla... las obras de irrigación, truncas. Y en todas partes el clamor:

—"Tierras y escuelas, taitito".

Parecía estar en México. Allá decían los agrarios: "Tierra y libertad"; aquí, "tierra y escuelas"... Visitó los caseríos, la casa del sabio Villarreal, escuchó todos los reclamos, pronunció muchos discursos. Y el panorama peruano se abría más y más ante sus ojos.

El 26, llegó a Trujillo, su ciudad nativa. Cuando el auto se aproximaba a la tierra de los suyos, brincábale el corazón al líder. Hacía nueve años que saliera por última vez de ahí. Ocho años en que no vió a sus padres y hermanos, y en los cuales, muchas veces, careció de noticias de su hogar. Ahora volvería a verlos. Al meditativo don Raúl Edmundo y a la dulce doña Zoila Victoria... Varios kilómetros antes le alcanzó una comitiva de muchos automóviles. Se cansaban los brazos de tanto regocijo y de tanta fraternidad. La sonrisa se trocaba en mueca dolorida de puro júbilo y emoción. Al llegar al Estadio de Mansiche, 15.000 almas, enloquecidas, ondearon sus pañuelos; 30.000 palmas se juntaron, luego; 15.000 voces disciplinadas repetían el nombre del líder y vítores al A p r a. La muchedumbre lo arrebató del automóvil y lo condujo hasta la Plaza de Toros; de ahí a la Plaza Principal. Antenor Orrego pronunció las palabras de saludo. Palabras fraternas, en las que la intimidad devolvía un sentido de frescura que yacía adormecido en el espíritu del recién llegado:

—"Víctor Raúl... Enarbolas la enseña de una generación beligerante, y marchan contigo la esperanza, la resurrección y la victoria de una nacionalidad en trance de muerte... No te queremos ni por encima ni por debajo de tu responsabilidad histórica, sino en tu responsabilidad misma. Ni superhombre, ni infrahombre, sino hombre pleno, con el corazón y con los pies bien plantados en la tragedia cotidiana de nuestra nacionalidad..."

Los recuerdos y los propósitos se atumultaban, por vez primera, en los labios del líder, al escuchar aquellas palabras fraternas. Al ver ese frenesí tan multitudinario y, sin embargo, tan íntimo, habló con serenidad. Pero, cuando, al

volver a su casa, hijo recuperado, sintió entre sus brazos vigorosos temblar y sollozar a su madre, y sorprendió la huella de cansancio, entre el júbilo del recuperamiento, en los ojos de su padre, comprendió que, a pesar de "habérsele secado ya las lágrimas", como decía en una carta de 1927, no estaba exhausta la fuente: para evitarlo comenzó a hablar. Y ese día 26 de julio, mientras afuera era el delirio en Trujillo, en el hogar de los Haya de la Torre, dialogaban el gozo con la angustia, la tristeza con el orgullo paterno, al saber que no era sino un alto en el áspero camino interminable del apostolado y la batalla.

El 27 habló en el Teatro de Trujillo. Recorrió todos los pueblos, todas las haciendas Era su casa ancha y soleada. Luego, partió a Cajamarca. Ahí había nacido otro de los candidatos a la Presidencia: Arturo Osores. Pero, Cajamarca alborozada recibió al líder aprista. Nazario Chávez Aliaga, Burga, cuantos compañeros encabezaban allá las huestes renovadoras. Tornó a Trujillo. En cada lugar sustentaba conferencias, cambiaba ideas, anotaba necesidades. Emprendió viaje por tierra hacia Ancash.

En Lima, la atmósfera se había caldeado mucho. En la sombra de la noche, un grupo de *niños bien* del civilismo, asaltó el local central del partido, que estaba desguarnecido, para darse el femenino placer de rasgar un retrato de Haya de la Torre. Sánchez Cerro, por imitar al líder, inició su jira por los departamentos del Sur del Perú, siendo recibido con denuestos en el Cuzco. Se llegaba al punto álgido de la batalla. El 10 de agosto se instalaba el Primer Congreso Nacional del Partido Aprista, en medio de un entusiasmo fervoroso, en el Teatro Victoria de Lima. *El Comercio*, seguía ignorando la llegada al Perú del candidato aprista.

El civilismo se refugiaba en una voluntaria ignorancia de lo que ocurría con el Aprismo. En el fondo, lo subestimaba. Creía que era un conjunto de "muchachos" inexpertos y exaltados, a quienes el país, las "masas neutras", no darían ningún crédito. Por eso, cuando supieron que la Universidad de Trujillo había recibido oficialmente a Haya de la Torre; que 7.000 almas lo aclamaron en Cajamarca, el 31 de julio; y conocieron el atentado de Salaverry, prefirieron adoptar el gesto de indiferentes. Los servicios informativos no funcionaban, aparentemente, con respecto al líder aprista; pero, en la realidad, seguían estrecha y cautelosamente sus palabras y sus actos...

*El Comercio* imprimió un suave viraje a su política, en los primeros días de agosto: elogió a la Concentración Nacional y olvidó levemente a Sánchez Cerro, cuyos empre-

sarios forzaron la máquina para recapturar al sector esquivo del civilismo. En él figuraban, entre otros, el doctor José de la Riva Agüero, antiguo personaje universitario, autor de obras de historia en otros tiempos, el cual, después de haber condenado acremente la política de Sánchez Cerro, se plegó al candidato Osores, para entregarse después a la Concentración Nacional. En Lima, mientras el civilismo sanchecerrista, disfrazado con los nombres de "Unión Revolucionaria" y "Partido Social Nacionalista", incitaba al motín en caso de fracasar, y amenazaba, por boca de su candidato, a todos los que se le opusieran, incluyendo a la Concentración Nacional, Haya de la Torre se acercaba a Lima, desarrollando su plan de reconocimiento del Perú. En Cajabamba había dicho el 7 de agosto: "La dinamita civilista es incapaz de matar al Aprismo", al tiempo que el Comité Ejecutivo Nacional de su partido, en Lima, declaraba, por intermedio de Cox, que el Aprismo tenía ya 50.000 afiliados. El 10 de agosto, el comandante Sánchez Cerro llegó al Cuzco en plan de propaganda. Desde los balcones del Club le arrojaron un vaso de cerveza, algunos enemigos iracundos. La recepción originó conflictos. Heysen que se encontraba organizando al Aprismo, después de la escaramuza de junio, fué apresado por orden militar. Un mayor Fonseca, en persona, baleó el local aprista y aun el consultorio de un médico de filiación descentralista, el doctor Trelles. El 12 de agosto, Haya, que había regresado a Trujillo, salió con rumbo a Lima. Más de 20.000 trabajadores escucharon su palabra aquel día. Aludiendo a los ataques civilistas contra la juventud de los apristas, enunció:

—"Si los apristas son muy jóvenes para dirigir el Estado, los civilistas son muy viejos para seguir explotándolo".

El 13 de agosto, en Lima, se hacía un ensayo de concentración de masas. A las 12 de la noche, sin aviso previo, terminaban las actuaciones apristas en cuatro locales, y los oradores que eran Seoane, Cox, Cornejo Koster y Sánchez, condujeron a los afiliados a la Plaza de San Martín. 12.000 almas se congregaron ahí y desfilaron hacia la Plaza de Armas. Se había ganado el ensayo. Estaba seguro el éxito del mitin que sorprendería a la escéptica Lima por su número, su fervor y su disciplina. Tácticamente, *La Tribuna* no publicó fotografías de la asamblea, a fin de que flotase el escepticismo de los muchos que, a tales horas, no habían asistido ni visto el desfile. Ese día, Haya entraba al departamento de Lima, en automóvil, después de actuaciones en Chimbote, Recuay y Caraz. El 14 pronunciaba discursos en Supe, Barranca, San Nicolás, y finalmente en Huacho, en donde tuvo que hablar dos veces antes de su conferencia en el

teatro. En Supe, una mujer sanchecerrista, le desafió gritándole a la cara:

—¡Viva Sánchez Cerro!

—Muy bien, señora—contestó rápidamente Haya de la Torre; y, señalando al infante que llevaba entre los brazos, prosiguió—: Muy bien, pero su hijo será aprista. Usted defiende el pasado, señora; nosotros, defendemos el porvenir de su hijo. Vive usted a su candidato, pero él será de los nuestros.

La llegada a Lima tenía enorme importancia política. Por su escepticismo, por ser la capital de la República, por estar ahí concentrados los núcleos de dirigentes sanchecerristas y sus aliados, los civilistas, Lima era una incógnita. Haya de la Torre lo sabía, pero confiaba en el Comité del Partido. Desde el 14 la Disciplina del Partido se posesionó de casas estratégicas en la ruta del líder. El civilismo movía toda clase de rumores. Aseguraban algunos que Haya de la Torre temía entrar a Lima. Prepatáronse camiones con petardos de dinamita para arrojárselos. Proyectiles de diversa clase fueron dispuestos en lugares propicios, a fin de malograr la recepción. Se trató de volar un puente, para que se demorara el viaje, y frustrar todo. A las 3 de la tarde, desde la Plaza de San Martín, en donde se habían colocado los altoparlantes, hasta la Portada de Guía, había un hormiguero humano. En Malambo, esperaban los Comités de Sectores. La Sección Femenina portaba la bandera peruana, la bandera del A p r a y banderines de todos los países indoamericanos. Las Secciones de Disciplina habían pedido a la policía encargarse ellas solas del resguardo y control del orden, y cumplían rigurosamente. Decenas de automóviles iban a dar el encuentro a la comitiva del líder. A las 4 y 45 de la tarde, estallaba un clamoreo. Vestido de gris, resguardado con un grueso abrigo de cuero, acababa de llegar el auto que, desde Trujillo, en un triunfal, pero rudísimo viaje de tres días, traía al candidato. Los ojos llenos de polvo y rojos del insomnio ininterrumpido de tres días, entregado al trabajo, aparecían chiquitines. Sonreía. Se le veía musculoso y entero. Un grupo de obreros, de la vieja guardia de Vitarte, se arrojó materialmente sobre el carro del "Maestro", llevando palmas en las manos. De aquellas palmas plantadas por Haya de la Torre hacía nueve años: "¡Esta es la fiesta de la planta, esta es la fiesta de la planta!", gritaban, abrazando al recién regresado. La ola humana incontable empujaba de aquí para allá, pero el desfile se inició con una perfecta disciplina. Ochenta mil almas se habían echado a las calles para presenciar aquella entrada del líder estudiantil de 1923 que vol-

vía transformado en líder socialpolítico en 1931. Atronaban los ámbitos los cánticos apristas. Lluvia de flores caía de los balcones. Al llegar a la Plaza de San Martín, aquello era un mar humano. Dos horas había tardado el recorrido de sólo dos kilómetros. Haya de la Torre, la mano en alto, saludaba y sonreía... Empezaba la noche cuando apareció en el balcón de donde debía hablar. Al frente, en el Club Nacional, nido de todas las intrigas civilistas, y en el Hotel Bolívar, se advertían muchos rostros desencantados por aquel éxito admirable y patente. Cuando Haya de la Torre surgió en el balcón, ochenta mil voces entonaron el Himno Nacional. En seguida, brotaron las palabras de la Marsellesa Aprista. Cox pidió silencio. Religiosamente se hizo. Ya anochecía. Hablaron Cox, en nombre del partido; Sabroso, en nombre de los trabajadores manuales, y Seoane, en nombre de los trabajadores intelectuales. En seguida, Haya de la Torre se acercó al micrófono. Si el silencio puede ser más mudo que el mutismo, eso reinaba en la plaza. Todos esperaban una arenga vibrante y un ataque rencoroso por tantos años de ostracismo y de persecución. No hubo nada de eso. Fué un discurso sereno, admonitivo y alto. Discurso de afirmación y de oteamiento. Definió la transformación del Estado-yugo en Estado-defensa, bajo el impulso aprista; señaló las taras del régimen económico-político del Perú y ratificó:

"En el ejército civil que es el Aprismo, vengo como soldado, dispuesto a marchar al frente y a llegar al sacrificio que se me pida".

A las 8 de la noche, la ciudad entera se encendía de vivas al A p r a. Cuando en la intimidad le preguntaron al líder: —"¿Esperabas esto?", el replicó: —"Sí; tenía que ser como Trujillo, pero aumentado..." Luego, fué a comer a casa de su hermana Lucía. A las 12 de la noche visitaba *La Tribuna*. Asomaba el sol cuando después de tantas jornadas e insomnios fecundos, fué obligado a acostarse y dormir. Al día siguiente, todos los diarios reseñaban sorprendidos y atemorizados, el acontecimiento; pero, *El Comercio*, como de costumbre, se limitaba a aludir, en una minúscula e insidiosa nota policial, a algunos desórdenes ocurridos antes de la llegada contra los agentes provocadores del civilismo.

Dos días después comenzó el ataque. Ya no era posible "ignorar" al Aprismo. El doctor Riva Agüero, por ejemplo, sostuvo en la Concentración Nacional, que, aunque él reconocía que el comandante Sánchez Cerro era un "inepto"—según sus palabras textuales—cada uno debería escoger lo que más le conviniera y menos daño le hiciera, por lo cual él se pronunciaba por Sánchez Cerro.

El civilismo, sin poder atacar derechamente, flanqueó el discurso de Haya de la Torre, y, por medio de un editorial de *El Comercio*, del día 17, inició su ofensiva. Tres fueron los cargos que hizo al Aprismo: usar banderas extranjeras, atacar al ejército —"ejército civil" llamó Haya de la Torre al Aprismo—, y colusión con el leguiísmo. *La Tribuna* respondió bravíamente. Militares, como el coronel García Godos, el comandante Guerrero y otros, declararon que el término "ejército civil' 'implicaba el concepto de una fuerza organizada civil, sin que tuviera nada que afectara en lo menor al ejército en sí. El argumento de la bandera quedó deshecho, desde que, al lado de la bandera peruana, iba la oficial del Partido y los banderines de países hermanos. Para evidenciar la mala fe del ataque, *La Tribuna* exhibió, en fascímiles, artículos y manejos de *El Comercio*, durante el régimen de Leguía, demostrando cómo le rindiera homenaje, sin reservas.

Haya de la Torre no recogió ninguno de esos ataques subalternos. En un discurso fustigó a los "libertadores" que negaron "libertad". El 20 de agosto, al incorporarse al Comité Ejecutivo, ante 2,000 afiliados que llenaban el Teatro Lima, pronunció un discurso de dos horas y media sobre los fundamentos del Partido. Al conmemorarse el primer aniversario del levantamiento contra Leguía, el 22 de agosto, el civilismo organizó, a todo gasto, una numerosa manifestación, encabezada por el comandante Sánchez Cerro, a quien se había hecho volver por avión, desde el sur. El candidato civilista lucía guantes y, en el estribo del auto en que iba, estaba uno de los directores de *El Comercio*. También habló en la Plaza de San Martín, y también con altoparlante. Tras de él, advertidores y controladores, estaban conspicuos miembros del civilismo. A pesar del control, el discurso estuvo lleno de aristas y de procacidades. *El Comercio* lo estilizó al día siguiente, dándole un sesgo antiaprista: "Nada esperen de mí los Apristas ni los leguiístas", le hicieron decir en la versión periodística al Comandante. Haya de la Torre, entregado al trabajo, recibió todos los detalles de aquel acto.

—"El que pierda en esta lucha — le dijo a Sánchez, — irá contra la pared".

El 23 Vitarte recibía al Maestro. Fué una escena impresionante por su sencillez y entusiasmo. Haya de la Torre pronunció un discurso lleno de emoción. En seguida se dirigió a la Plaza de Acho. Por vez primera se iba a hacer una conferencia política, con entrada pagada por los asistentes. Entre apristas esa había sido la práctica. No así para el público en general. Muchos pronosticaban el fracaso. A las 3

y media de la tarde no cabía un espectador más. Habían más de 30,000 almas congregadas en el ruedo y los tendidos del virreinal coso taurino. Haya de la Torre expuso los lineamientos del Programa Mínimo, que estaba elaborando el Congreso Nacional del Partido, en una conferencia de más de tres horas. Al terminar, 20,000 apristas desfilaron por las calles en perfecto orden. Era la respuesta al 22 de agosto.

Días de intensa labor. No descansaba el líder. Organizó el Seminario de Oradores. Concurrió a sesiones de todos los sindicatos y secretarías. Elaboraba diariamente multitud de conferencias políticas. Discutía con adversarios. El 5 de septiembre se dirigió a la sierra del Centro. La Oroya, Cerro de Pasco, Tarma, Huancayo: conferencias, debates, apoteosis y ataques. Como estos ataques eran ya virulentos y procaces, la Junta de Gobierno publicó un comunicado exigiendo moderación en la discusión política. Cox se embarcó hacia Arequipa, cuna de la popularidad de Sánchez Cerro. El 12 de septiembre, al descender del ferrocarril, Cox estuvo a punto de ser asesinado por gentes civilistas mandadas ex profeso. Cayeron varios heridos. El civilismo comenzaba a desarrollar su plan... En tanto, Haya de la Torre había partido el 13, en avión, hacia Iquitos. Por vez primera un candidato llegaba a Loreto, la lejana región de la selva amazónica. 7,000 almas vitorearon frenéticamente al líder. El Aprismo loretano se afirmó más sólidamente aún. Ahí supo Haya de la Torre lo que significaba el problema de Leticia para Loreto, y recibió el mandato de procurar su definitiva y justa solución. El 20 de septiembre, en la Plaza de Acho, llevóse a cabo la clausura del Congreso Nacional Aprista, y la lectura y exposición del Plan Mínimo elaborado por él. Seoane y Sánchez se encargaron de la tarea. Ese día, se proclamaba, además, a los diputados electos por las masas apristas para representar al Partido en las elecciones generales. Nuevamente, 30,000 asistentes escucharon el Plan de Acción Inmediata del Partido. (Cuando Sánchez finalizaba su discurso, llegó del Cuzco. Heysen.) A las 7 de la noche, Lima se inundaba de manifestantes y propaganda aprista. A esa misma hora, en casi todo el Perú se daba lectura al Programa Mínimo. Y Haya de la Torre llegaba a Huánuco, entre el júbilo de la población que, unánimemente, vitoreaba al candidato. Carlos Showing, Alfredo Baluarte, Miguel de la Mata, Funegra y todos los miembros del Ejecutivo sesionaron con el líder. Era el 22 de septiembre. Ese día, un grupo de partidos de electorado menor, aparentemente secundados por la Junta de Gobierno, lanzó la candidatura presidencial del doctor José María de la Jara y Ureta, antiguo pie-

rolista, ministro entonces en el Brasil. Había sido, también, deportado por Leguía. Así, a 20 días de las elecciones presidenciales, se enfilaban cuatro candidatos: Haya de la Torre, Sánchez Cerro, Osores y La Jara. El civilismo resolvió apoyar totalmente a Sánchez Cerro.

Eran días de una intensidad tremenda. Haya de la Torre estaba enfermo de paludismo, adquirido en su viaje al Oriente. El 26 regresaba a Lima. Sin mayores avisos se verificó la entrada por un sector apartado de Lima, pero, sin embargo, más de 10,000 almas que supieron, a última hora, su venida, acudieron a recibirle. Toda la noche sesionó con el Comité Ejecutivo. Había que tomar disposiciones radicales sobre la situación. Se perfilaba un golpe de mano del civilismo, con la cooperación de un sector armado que habíase comprometido, en Lima, a hacer prevalecer a Sánchez Cerro. Un poco fatigado, el líder recibió informes toda la noche. En la mañana debía partir en avión al sur. Pero, hubo de postergar su viaje hasta el 28. Llegó directamente a Tacna. En el campo de Porongoche, núcleos de apristas y curiosos quisieron saludar al candidato que pasaba a la provincia recién rescatada de manos de Chile. Tacna vibró con la llegada de Haya de la Torre. 6,000 personas fueron a recibirle, y su conferencia fué un clamoreo fervoroso sin término. Tacna votó, después, sólo representantes apristas. Luego, la llegada a Arequipa, el baluarte del sanchecerrismo. Todos los apristas arequipeños estaban ahí, esperando al líder. Habló en la Plaza de Armas, y en la noche debía sustentar su conferencia en el Teatro. Pero, tenía 40° de fiebre. Rápidamente, los médicos —los doctores Portugal, Lizárraga y Apaza— acudieron a verle: "Reposo" fué la orden, pero Haya de la Torre insurgió: "Ordénenme cualquier cosa menos que suspenda la conferencia de hoy". Y en la noche, febril y agitado, disertó sobre el problema descentralista y la cuestión económica peruana. "De qué vale este hermoso cielo azul del que, con razón se enorgullecen los arequipeños, si la tierra está seca y el agua no corre como debiera", comenzó diciendo. El problema agrario surgió en toda su plenitud en labios de Haya de la Torre. Pero, en tanto que los graves intelectuales arequipeños convenían en que la doctrina aprista sustentaba puntos realistas y certeros, desde el púlpito cierto orador, ex capellán de Leguía, comparaba a Haya de la Torre con Satanás, porque tenía, según la pintoresca frase del predicador, "nariz curva y ojos agudos".

De Arequipa pasó el líder a Puno, a más de 4,000 metros de altura. Se enardecieron con el verbo de Haya de la Torre, a quien volvían a escuchar después de 11 años. Algu-

nos candidatos de filiación no civilista declararon que apoyarían la plataforma aprista. El líder regresó a Arequipa. Otra vez la fiebre le atenaceaba. Entre la enfermedad y el corto plazo no cabía cómo ir al Cuzco. El 8 de octubre llegó a Lima, siempre afiebrado. Cuatro días antes, un grupo civilista había intentado asaltar el Local Aprista Central, matando en la asonada a un guardia de policía. Sin embargo de ello, el 8, ante una manifestación meramente comicial, sólo de electores con sus libretas electorales en alto, que pasaba de 35,000 personas, alineadas en grupos numerados, Haya de la Torre no tuvo ninguna palabra amarga. Fué, sí, su único discurso fogoso en Lima. Se perfilaba un intento de imposición en favor de La Jara. Pero había fracasado el envío de un emisario, el poeta Luis Fernán Cisneros, inmerecida, pero explicablemente rechiflado a su arribo a Lima, en semanas anteriores.

"Ni venganza ni amenaza están inscritas en las banderas del aprismo: sólo queremos y realizaremos justicia", dijo aquella vez Haya de la Torre.

La manifestación electoral convenció a todos del triunfo aprista en Lima. Indudablemente, añadiendo las provincias el Aprismo contaba con más de 45,000 electores en el departamento. Las ánforas, en el escrutinio impugnado de fraudulento por el Partido Aprista, arrojaron sin embargo, 3 días después, 27,000 votos en Lima para la lista aprista. Había 372,970 inscritos en el Registro Electoral del Perú, cifra que, después aumentó misteriosamente, El 9 Haya de la Torre salía en avión hacia Trujillo. El aeroplano sufrió una *panne* y tuvo que aterrizar en la hacienda "Paramonga". Viajaba en él un sobrino de Sánchez Cerro, que iba en plan electoral, a Trujillo. Al llegar a esta ciudad, Haya de la Torre, que había dialogado amablemente con quien era su enemigo, le dijo:

—Oiga usted, le propongo que desembarque rápidamente antes que yo, y me demoraré un rato; o que se quede en el avión después de que yo desembarque, a fin de evitar cualquier disgusto. Vea usted que me esperan muchos millares de compañeros, y no han de verle a usted con buenos ojos. El emisario civilista aceptó y agradeció la observación de Haya de la Torre.

El 11 se realizaban las elecciones en toda la República, Haya de la Torre después de votar, fué a pasar el día en la hacienda "Molino", sin preocuparse de vigilar el curso del sufragio. El 13 de octubre se sabía que en Tacna y Loreto, las dos zonas con problemas limítrofes pendientes, había triunfado ampliamente la lista aprista. Comenzaba el escrutinio

en todos los departamentos. Haya de la Torre reorganizó los sindicatos en Trujillo. Entregado a una febril tarea de adoctrinamiento y reajuste, todos los días daba clase en el seminario de oradores, visitaba haciendas, sustentó conferencias. Hacia el 28 de octubre se sabía que el civilismo, ganador de los "resortes legales" de la elección, impondría su victoria: *El Perú*, diario, órgano de la candidatura de La Jara y de la Acción Republicana, clausuró voluntariamente sus puertas, en momentos en que el control era más necesario. *El Comercio* preparaba la tiranía, incitando los ánimos. Haya de la Torre se dedicaba a una tenaz labor de fortalecimiento de los organismos del Partido. Sabía que el triunfo civilista "lo colocaría junto a la pared" como dijera meses antes. El Aprismo protestaba ante escandalosos fraudes y proponía a la Junta de Gobierno su intervención depuradora. El 17 de noviembre, un grupo de representantes adictos a Sánchez Cerro instó a instalar el Congreso, sin convocatoria previa. El Jurado Nacional de Elecciones había descalificado, sin razón, a un representante aprista por Loreto y postergaba interesadamente la vista del proceso por Cajamarca, en donde triunfara la lista aprista. A tanto llegó el escándalo, que la Junta de Gobierno hubo de instar al Jurado para que acelerase su procedimiento. Se rumoreaba que el General Benavides sería Ministro de Gobierno de Sánchez Cerro, con el propósito de aplastar al Aprismo. El 27 de noviembre, Seoane caía herido de un balazo en una pierna. La marea popular se encrespaba. Para patentizar el fraude, el Aprismo convocó a una asamblea en la Plaza de Acho, llamándola, "mitin de las fuerzas perdidas". El Gobierno, presionado por el civilismo, prohibió toda clase de reuniones públicas. Entretanto, los escrutinios asignaban ya a Haya de la Torre, más de 106,000 votos, y a Sánchez Cerro algo más de 150,000. Osores y La Jara quedaron por los 20,000 cada uno. La fuerza aprista era incontrastable y efectiva, reconocida por los propios jurados civilistas. Pero algo había por dentro. En discusión privada, uno de los pilotos de la campaña de Sánchez Cerro afirmó, brutalmente, a un representante que alardeaba de su popularidad en un departamento vecino a Lima:

—Su popularidad nos ha costado 30,000 soles. Este proceso nos significa millones de soles. Y Haya de la Torre habría ganado lealmente las elecciones.

—Pero, entonces, ¿cómo va a subir Sánchez Cerro?

—Para eso hemos gastado los tres millones. Eso nos cuesta neutralizar al A p r a.

El político que se jactaba de su popularidad, fué a comentar en la intimidad:

—Yo no sabía que se había arrebatado el triunfo a Haya de la Torre... A ese joven... Yo le conozco... Yo he sido su amigo... Yo... yo... yo...

La convicción del fraude avanzaba en el pueblo. Cotidianamente ocurrían encuentros y pendencias. Poco a poco se iba extendiendo la sangre por el Perú. Una manifestación aprista, atacada desde el local central del sanchecerrismo, respondió, exasperada, al ataque y ese día, cayeron varios muertos. Se hablaba en todas partes de un golpe de Estado de Sánchez Cerro para acelerar la toma del poder, receloso de que la Junta de Gobierno, bajo inspiración del comandante Jiménez, se opusiera a la transmisión, contando con el apoyo aprista. Pero, Jiménez, cegado por su lealtad, sin ver el porvenir del Perú, estaba decidido, con el señor Samanez y todos los demás miembros de la Junta, a cumplir su palabra el 8 de diciembre. Por su parte, los civilistas hablaban de un golpe de Estado aprista. Ambos adversarios se medían. El 5 de diciembre el malestar ante el fraude y la absurda resolución del Jurado Nacional de Elecciones, al anular el proceso de Cajamarca, llegó a su punto máximo. Se cercenaban 10 representantes a la oposición. Sólo habíanse aprobado 27 credenciales de representantes apristas. Fué un día lleno de presagios. En la tarde se supo que en Huacho se habían sublevado civiles y policías, apoderándose de la subprefectura, el telégrafo y el ferrocarril. En Huánuco y Cerro de Pasco se sublevaron partidas de civiles. En Trujillo se declaraba una formidable huelga política, la primera en el Perú, con más de 20,000 adherentes. Se sabía de disturbios y agitación en Chiclayo. Gran parte del alumbrado de Lima fué suspendido a las 9 de la noche. Grupos de civiles capturaron la Central Generadora de Luz de Santa Rosa. Viéronse grupos de civiles por las calles de la capital, pero, el país ansiaba en ese momento paz, anestesiado por las promesas insinceras que formulaba el civilismo para conjurar el alzamiento general. El 7 de diciembre, el Comité Ejecutivo del Aprismo lanzaba un comunicado desenmascarando al régimen que se inauguraría al día siguiente. El 8 juró la presidencia Sánchez Cerro. Pronunció un discurso lleno de amenazas. Entre aplausos y silbatinas llegó a Palacio. Como primer día de "orden", partidas de alcohólicos atacaron a apristas, destrozaron el local del Callao y trataron de asaltar *La Tribuna*. Se advertía la calidad de gobierno que iba a empezar.

Haya de la Torre, que había seguido atentamente los sucesos y, con formidable calma, indicaba la misión del Par-

tido en la oposición o en el gobierno, concurrió ese día 8 al Local Central del Partido en Trujillo. Como siempre, le acogieron millares de afiliados, con la mano izquierda en alto. Reinaba un religioso silencio. Y en medio de una tensión tremenda, Haya de la Torre comenzó a hablar, a decir un profético discurso: su realismo y su enérgica serenidad contrastaba con el tono del triunfador de Lima. El uno, desde arriba, deliraba convulso; el otro, desde otra cima, que no era la del mando, exponía realidades concretas.

—Compañeros: Este no es un día triste para nosotros. Es, antes bien, el día inicial de una etapa de prueba para la Patria. Vamos a probar una vez más, en el crisol de una realidad dolorosa quizás, la consistencia de nuestra organización, la fe de nuestras conciencias y la sagrada perennidad de nuestra causa. Quien en esta hora de inquietud, de sombrías expectativas inmediatas para nosotros, se sienta acobardado o sin fortaleza, no es aprista. Nosotros no queremos cobardes. No queremos traidores. Y ser traidor en esta hora es ser, no sólo el Judas que nos vende, sino el cobarde que dé paso atrás... Yo afirmo que estamos más fuertes que nunca. Porque gobernar no es mandar, no es abusar, no es convertir el poder en tablado de todas las pasiones inferiores... Ellos mandarán, pero nosotros seguimos gobernando. Quienes han creído que la misión del Aprismo era llegar a Palacio, están equivocados. A Palacio llega cualquiera, porque el camino que conduce a él, se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del Aprismo era llegar a la conciencia del Pueblo, antes que llegar a Palacio. A la conciencia del Pueblo se llega, como hemos llegado nosotros: con la luz de una doctrina, con el profundo amor a una causa de Justicia, con el ejemplo glorioso del sacrificio... Sólo cuando se llega al Pueblo, se gobierna: desde abajo o desde arriba. Y el Aprismo ha arraigado en la conciencia del Pueblo. Por eso, mientras los que conquistaron el mando con el oro o el fusil, mandan desde Palacio, nosotros continuaremos gobernando desde el Pueblo. La fuerza que da el mando al servicio de la injusticia, de los apetitos, de la venganza, sólo es tiranía. Por la fuerza no se nos reducirá. Correrá más sangre aprista. Nuestro martirologio aumentará su lista inmortal; el terror iniciará su tarea oprobiosa, pero el Aprismo ahondará cada vez más en la conciencia del Pueblo... ¿Esperar?... Sí, esperar. Pero no esperar en el descanso, en la pasividad, en la falsa expectativa del que aguarda que las cosas vengan solas. Esperar en la acción, esperar en el trabajo infatigable, esperar con la convicción total de que los rumbos del destino los señalaremos nosotros... Yo también esperé ocho

años en la persecución, en la prisión y en el destierro. Ocho años de soledad que fueron ocho años de determinación, indeclinable... Mis ocho años de lucha están ganados... Desde entonces no he abandonado mi puesto: no lo abandonaré nunca... No me asustan las adversidades cotizables; más me asustarían las victorias fáciles, porque podrían enervarnos... Con la curiosidad del padre o del inventor que quiere probar al hijo o a la obra en el embate de todas las resistencias, yo quiero ver al Partido soportando y venciendo en esta etapa dolorosa, pero quizás necesaria para definir su fortaleza. Quiero que, después de este duro examen, en el que vamos a probar nuestra fe, nuestra energía, nuestro espíritu revolucionario, nuestra indesmayable decisión de constructores del nuevo Perú, volvamos a encontrarnos limpios y dignos los unos de los otros. Porque a quien quiera que se amedrente, jefe o militante, le llamaremos cobarde; y a quien quiera que claudique, jefe o militante, le llamaremos traidor... Hoy comienza para los apristas un nuevo capítulo de la historia del Partido. Las páginas de gloria o de vergüenza las escribiremos nosotros con sangre o con lodo. Hasta hoy nada tenemos de qué sonrojarnos. Hemos dado ejemplo, y si hemos perdido temporal y aparentemente, esta pérdida nos enorgullece porque ella implica para el Aprismo la más alta y hermosa victoria moral que haya inscrito partido alguno en la historia política del país. Declaro, con orgullo, que los apristas han respondido con admirable unanimidad al espíritu del Partido, a la consigna elevada de su gran programa... Yo estaré en mi puesto hasta el fin. Espero que cada uno de los apristas no abandone el suyo... Con la alegría profunda de los luchadores fuertes, con la convicción de nuestra gran causa, con la decisión de vencer, sigamos adelante. Seamos dignos del Pueblo y hagamos que el Pueblo sea digno de nosotros. Sólo el Aprismo salvará al Perú".

Tras la emoción religiosa con que fué escuchado el discurso, estalló la ovación incontenible. Así recibió el 8 de diciembre de 1931, a Haya de la Torre. Ese mismo día, los primeros disparos oficiales, tendían sin vida a muchos campesinos apristas cerca de Trujillo. Se había iniciado la tiranía. Era llegada la hora de la prueba. Pero, Haya de la Torre sonreía conmovido al comprobar la fe y la decisión con que los apristas en medio de su aparente derrota repetían de un extremo a otro del país: "Sólo el Aprismo salvará al Perú".

## XVI

## "TOCCATA Y FUGA"

Largamente, muy largamente, había meditado Haya de la Torre sobre la situación que se planteaba al Aprismo y a su persona. Aquel 8 de diciembre, mientras pronunciaba tan claras y proféticas palabras de admonición y afianzamiento, aún sonaban en sus oídos los ayes de los catorce ancianos asesinados en Paiján, a pocos kilómetros de Trujillo. En vísperas de tomar el mando Sánchez Cerro, el día 6 de diciembre, algunos secuaces incondicionales del civilismo, amparados y alentados por gamonales y caciques de los alrededores, hicieron una expedición a Paiján y, desde la entrada, los fusiles homicidas vomitaban plomo despiadadamente. Catorce campesinos rodaron sin vida. Varias decenas quedaron heridos con balas dun-dun. Diez viudas y treinta y dos huérfanos fué el balance de aquella "razzia" premeditada e injustificable, bajo los auspicios del capitán Isidro Ortega, el capitán Muñoz y el teniente Villanueva. Inaugurábase el "terror civilista".

Sánchez Cerro no podía ya ocultar que cumplía órdenes del civilismo. Su primer gabinete ministerial estaba formado por los más cercanos adláteres del pardismo Germán Arenas, García Bedoya, Luis Miró Quesada, el cuzqueño, Eufrasio Alvarez, el ingeniero Cateriano, el coronel Manuel Rodríguez y don Alfredo Benavides Canseco. Si bien, el general Benavides, a quien se atribuían propósitos típicamente antiapristas, no encabezaba la lista, un pariente y allegado suyo muy cercano ejercía las veces de fideicomisario en el ministerio, impidiendo con su presencia, solicitada por un sector civilista, que el general ocupase una cartera.

El día 9 de diciembre, el capitán Muñoz y el teniente Villanueva, con parte del piquete de Guardia Civil de Casagrande, latifundio imperialista, incursionaban en la poblacion de Chocope, vecina a Trujillo, y destrozaban el local aprista.

Sus 27 secuaces abusaron de varias mujeres, a las que violaron salvajemente; flagelaron a algunos campesinos apristas, (entre ellos a Pedro Arréstegui) y establecieron el terror en el pueblo. Un día después, el pequeño aprista Apaza Yura caía asesinado de un balazo, en la puerta del Local Central del Partido de la calle de Belén, en Lima. Habíase desencadenado la barbarie sobre el pueblo del Perú. Nadie estaba seguro. Ni los propios miembros del Parlamento. El representante aprista por Tacna, Gustavo Neuhaus, sufría agresión a las puertas del Congreso por una turba capitaneada por miembros de la policía secreta. Era prefecto de Lima, el doctor Teobaldo González López, ex deportado de Leguía y ex compañero del general Benavides, en Guayaquil. El 11 se atacaba, semioficialmente, a los locales apristas de Huacho, destrozando su mobiliario e hiriendo a varios afiliados. Entretanto, los constituyentes apristas, sobreponiéndose a las circunstancias y cumpliendo las palabras del líder, trabajaban afanosamente en el Congreso y presentaban un proyecto para realizar elecciones municipales en toda la República— elecciones suspendidas desde 1923—, así como una ley contra la sistemática reducción de salarios que llevaba a cabo el civilismo. El 14, los apristas dentro de su línea antiimperialista, presentaban un proyecto de ley para revisar los contratos lesivos a la nacionalidad. La mayoría tuvo que aprobarlo a regañadientes. Pero, en represalia, ese día 14, el Prefecto, cumpliendo "órdenes superiores", despojaba de su imprenta a *La Tribuna*, pensando así amordazar al vocero aprista. Simultáneamente, se destacaba una tenaz ofensiva contra los empleados, obreros y maestros que no pertenecieesen a las agrupaciones civilistas. La desocupación agravaríase así con la destecnificación en los centros de trabajo: talleres, oficinas y escuelas. El 15 se incorporaba Heysen al Congreso. Cox yacía enfermo gravemente, por lo que Heysen asumió la secretaría general del Partido. Traía instrucciones personales y directas de Haya de la Torre.

A pesar de la persecución y la derrota, el Aprismo ganaba la calle y la opinión. Los cinco representantes obreros apristas —Avila, Arévalo, Sabroso, Sierra y Vallejos— habían elaborado un certero proyecto de ley sobre y contra la desocupación. Nadie dudaba ya de la raíz trabajadora del aprismo. Para defenderse, el gobierno echaba mano a las medidas policiales. Por un bando prefectural destinado a impedir las manifestaciones callejeras que, diariamente, vitoreaban al Aprismo y a los representantes apristas ante el Congreso, prohibiéronse las reuniones públicas. Era un atentado contra la Constitución, pero, el civilismo se había paralogizado dentro de un innegable módulo de odio y espanto

ante el Aprismo. Al día siguiente, fué clausurado el Local Central Aprista de la calle de Belén. Emblema de la mentalidad del gobierno, un representante de la mayoría parlamentaria, declaraba enfático y provocador:

—"La minoría está por caridad en el Parlamento".

Sin embargo, la minoría daba duras batallas. La Célula Parlamentaria Aprista cumplía su papel de tratar de poner en funcionamiento el Programa Mínimo. Defendía tenazmente a los trabajadores manuales e intelectuales. El 21 presentó un proyecto prohibiendo el alza de alquileres y estableciendo una tasa racional para lo sucesivo. La respuesta no tardó. Muchos de los civilistas eran propietarios urbanos. Ante el peligro de un rechazo de plano. postergaban el proyecto aprista. Entretanto el cerco para Haya de la Torre era cada vez más tenaz. El Centro Universitario de Trujillo protestó contra las torturas infligidas al estudiante Ciro Alegría. A pesar de la grita indignada de la población, se nombró subprefecto de Trujillo al capitán Ortega, el héroe de Malpaso, Oyolo y Oroya, en 1930, y de Paiján semanas antes. (De prefecto oficiaba don Alejandro Barua y Ganoza, trujillano.) Así llegó la víspera de la Pascua. Los apristas trujillanos resolvieron reunirse en un fraterno chocolate pascual. Invitaron a Haya de la Torre. Pero, a las 12 y media de la noche, el líder, en vista de que no podía dejar de recibir a la multitud de compañeros que asediaban su casa, mandó avisar al local que no concurriría. No bien había llegado a la esquina de la Casa Aprista el automóvil a servicio del Jefe del Partido, cuando sonó una súbita descarga. Minutos antes, la trilogía formada por los capitanes Muñoz y Ortega y el teniente Villanueva, se había presentado al local exigiendo su inmediato desalojo, en medio de frases descompuestas. No respetaron a mujeres ni a niños. Poco después sonó aquella primera descarga. Era la una de la madrugada del 25 de diciembre. Alboreaba la sangrienta pascuacivilista de Trujillo.

Durante varias horas no cesó el fuego. Se baleaba sin piedad a los indefensos apristas. Evidentemente, el propósito había sido asesinar a Haya de la Torre. En el recuento oficial se acusaron, primero, 4 muertos; luego, 6; pero, fueron más. Al amparo de la noche sepultóse a los caídos. Una doméstica al servicio de la familia del Secretario de Propaganda, Silva Solís, cayó muerta de un balazo, estando en el interior de su casa. Decenas de mujeres fueron encarceladas. El director de *El Norte*, Antenor Orrego, tras un duro diálogo con el capitán Muñoz, también fué detenido. Trujillo quedó convertido en una ciudad sitiada. Nadie podía transitar sin salvoconducto especial. Había que impedir que Haya de

la Torre saliera o que se esparciera la noticia de la masacre. Entre los heridos de aquella cruenta noche, cayó José Domingo Navarrete, un aprista ciento por ciento, padre de larga prole. Imposibilitada su curación, supo que era inevitable la muerte; y, en los estertores de la agonía, llamó a su mujer y a sus hijos:

—Júrame—le dijo a la infeliz compañera de su vida y de su lucha—júrame, pero, con la izquierda en alto, como los apristas, que mis hijos serán educados apristamente. Júrame que todos seguirán las huellas del compañero Haya de la Torre. Júrame que morirán, si es preciso, por defender la Justicia Social. Sólo el Aprismo salvará al Perú. —Y Domingo Navarrete enmudeció para siempre, con la izquierda en alto.

Lima se sobrecogió con la noticia de aquella masacre, denunciada por los representantes apristas en el Congreso. Seoane partió hacia Trujillo inmediatamente. El Gobierno, por mano del ministro García Bedoya, replicó, enviando un proyecto de Ley de Emergencia. Se había tratado de suspender las garantías individuales. Pero, como estaban de moda los ejemplos de la recién inaugurada República española, se optó por caricaturizar la Ley de Defensa de la República El proyecto peruano era sencillamente monstruoso Según él, el Ministro de Gobierno y Policía quedaba facultado para acusar a cualquier ciudadano o periódico; el mismo Ministro juzgaba de la denuncia, sin oír al acusado; el mismo Ministro condenaba al acusado, sin que éste conociera la sentencia; y, por fin, sin apelación alguna, sin defensa de nadie, el mismo Ministro mandaba ejecutar la pena. Prácticamente quedaba suprimido el Poder Judicial. Para mayor escarnio, las multas serían pagadas, en caso de insolvencia con detención del multado, o sea la pena corporal substituyendo a la pecuniaria. Se comprende que todos los periódicos del país protestaran, con rara unanimidad, contra aquel atropello a toda ley. Sólo *El Comercio* de Lima aplaudió y hasta pidió mayor crudeza en la represión.

A pesar de todos aquellos preparativos, Haya de la Torre, en forma insospechada y burlando la vigilancia policial, salió de Trujillo, rompió el cerco y llegó a Lima el 1.º de enero de 1932. Se dió la noticia como si hubiese llegado el 2. En Huacho, mientras descansaba en un lugar a las afueras de la ciudad, estuvo a punto de ser reconocido. El líder sorteó el riesgo con su audacia e impasibilidad. La llegada de Haya de la Torre a Lima fué un dramático golpe al civilismo. Desde ese momento resolvieron los civilistas acelerar su maquinaria tiranista. Haya de la Torre formuló su primera declaración contra la Ley de Emergencia proyectada, el

5 de enero de 1932. El día 2, Cox se había incorporado al Congreso.

Tras terrible oposición y una discusión prolongada que convirtió al Congreso en Campo de Agramante, la ley no pudo ser aprobada. Permitió el que presidía el Congreso, Clemente Revilla, que un piquete de tropa invadiese el salón de sesiones del Congreso, para amedrentar a la minoría que se encorajinó más. A la postre, la mayoría abandonó desalentada el salón. Pero, en cubileteos de oficina, Revilla dió por aprobada la ley que no se había votado, y el Ejecutivo la promulgó el mismo día 9 de enero. Se había entronizado la tiranía con apariencias legalistas. Dos años después, el presidente legal del Congreso, don Luis Antonio Eguiguren, declaraba que, efectivamente, la Ley de Emergencia no fué aprobada por el Congreso. Ante el desembozado propósito del Gabinete Arenas, el Aprismo tomó una nueva actitud. Cancelada la lucha legal, el Comité Ejecutivo Nacional resignó sus cargos. Ese mismo día 9 se constituyó un nuevo Comité: Tenía como secretario General al propio Haya de la Torre y se integró con un crecido número de obreros: Vidal, Rodríguez, Ríos, Conde, Pebes, la compañera Michelini, el representante obrero Arévalo; y con intelectuales en casi igual proporción: Bueno, Roca, Sánchez, Saco. Había llegado el instante de una acción más a fondo y preparatoria de la inminente ilegalidad.

No se hicieron esperar los resultados de la Ley de Emergencia. El 12 fueron multados *La Noche* y *Buen Humor;* el 15 la revista *Apra*, cuyo director, Serafín Delmar, pagó con su prisión el monto del castigo; el 22, *La Revista Semanal*. En provincias el ritmo era más acelerado aún. No existía libertad de prensa ni de reunión. Delatar se convertía en un oficio frecuente. *El Comercio* emprendió la campaña de equiparar al Aprismo con el Comunismo, a lo que Haya de la Torre respondió con dos magistrales artículos titulados: "No todo marxismo es comunismo, señores de *El Comercio*".

La Célula Parlamentaria proseguía su labor, dirigidas sus sesiones preliminares por el propio Haya de la Torre. No se daba punto de reposo el líder. Como su seguridad era escasa, tenía un domicilio oficial diurno, pero, por las noches dormía en casa de Sánchez, quien iba a recogerlo diariamente en la madrugada. La tarea recargadísima reducía a tres las horas de sueño del Jefe. Por la mañana, después de la lectura de los diarios, leía y preparaba materiales de trabajo; a las once de la mañana comenzaba a cambiar ideas con afiliados y políticos; a las dos de la tarde se reunía con la Célula Parlamentaria, hasta la hora en que abrían las se-

siones del Congreso. Aquellas reuniones con los parlamentarios tenían un sabor a fraternidad incomparable. Ahí se hacía la crítica de los oradores de la víspera; se decidía el plan de proyectos y de debate para la sesión del día; se designaban oradores parlamentarios: se tomaban acuerdos para posibles eventos y se distribuía el estudio de los temas por debatirse. Toda la tarde, la pasaba Haya de la Torre celebrando acuerdos con los secretarios del Partido, y conferencias políticas. Un día, cierto connotado político fué a hacerle una propuesta insólita:

—Mire usted, señor Haya, le puedo asegurar que el Presidente Sánchez Cerro se encuentra cansado de esta lucha infructuosa y dañina, a la que lo incitan ciertos elementos que usted se supondrá; y estoy autorizado para proponerle a usted una entrevista...

Ya había corrido sangre aprista, y la tiranía se cernía más apretada sobre la cabeza de los apristas. Sin embargo, en el Congreso algunos representantes mayoritarios lanzaban el balón de ensayo de una tregua. Haya de la Torre recapituló todo eso y contestó:

—"A condición de que cese la persecución, se devuelvan las libertades y que la entrevista sea pública, y su tema pueda ser también publicado, podría aceptar. Pero, es indispensable la publicidad absoluta. De otra manera, no".

Llegaban insinuaciones, tanteos... Por las noches, entre dos y cinco de la madrugada, mientras—único rato de paz — las agujas de bambú de la Ortofónica atenuaban el rumor de alguna Sonata de Beethoven, algún capricho de Stravinski o cierta *Fuga* de Bach, Haya de la Torre recapitulaba las andanzas del día. Aparecía nítidamente en su cerebro la inminencia de la persecución. Sus informes eran cabales: sabía que el "Rimac" estaría dispuesto para los próximos carnavales. En aquellos momentos tan duros una imagen de viejos días juveniles—antiguo idilio trunco de playa—volvía a presentarse en la vida del líder. La confidencia se deslizaba, tímida y un tanto dolida quién sabe de tardanza tan involuntaria y tan amarga. Pero, reaccionaba al punto:

—No puede ser ya. Me debo a nuestra causa; me he casado con el Aprismo. Debo ponerle un dique al corazón. Y, adelante... (En el disco se prolongaba el último acorde, desmayado y lastimero de una "Romanza" beethoveniana, interpretada por Jacques Thibaud).

El Aprismo continuaba su batalla. Dentro de su plan nacionalista, los parlamentarios apristas habían propuesto el homenaje y la impresión de las obras completas de José

Carlos Mariátegui, Hermilio Valdizán y don Manuel González Prada. El 21 de enero planteaban el problema de la deuda externa: mientras no se investigase su monto efectivo y su procedencia legal, había que establecer la moratoria, con cargo de que, después de verificado aquello, cabría aún discutir el pago en su esencia, y la forma de pago. La demagogia extremista—sin prevenir lo que Litvinoff haría en 1933 con Estados Unidos — propugnaba el desconocimiento absoluto de la deuda; y el civilismo aprobó la absurda y antinacional declaratoria de falencia del Perú, al afirmar que la suspensión de pagos obedecía a la crisis económica. Fué una tremenda derrota del civilismo. El 26 de enero, los apristas pedían la concurrencia del Ministro de Relaciones Exteriores, para que informara sobre las dificultades para la aplicación del tratado con Colombia, es decir, para evitar a tiempo posibles conflictos en Leticia. El civilismo rechazó la ponencia avizora. El 27 de enero, Sánchez denunció que se iba a cambiar el ministerio por uno de persecución. El 28, Heysen exigió garantías para Haya de la Torre, desde su curul de parlamentario. El nuevo ministerio era rotundamente de filiación Sanchecerrista. Para emprender la persecución, el civilismo retiraba a sus hombres de la primera línea, y colocaba a jóvenes inexpertos y apasionados, que no midieron la responsabilidad contraída. Encabezaba el Gabinete don Francisco Lanatta, antiguo pardista.

Los demás Ministros eran Luis Flórez, de Gobierno; Carlos Sayan, de Instrucción; Lozada Benavente, de Fomento; Freundt Rossel, de Relaciones Exteriores; Rodríguez y Benavides permanecían en Guerra y Marina.

El ambiente, cada vez más opuesto al gobierno, se evidenció el 31 de enero. Los apristas pidieron la derogatoria de la Ley de Emergencia. Votada la admisión a debate, 59 estuvieron en contra, pero 58 votaron en favor. Había faltado por enfermedad un miembro de la Célula Parlamentaria Aprista, con cuyo voto habríase producido el empate, que el presidente del Congreso, Eguiguren, habría dirimido en sentido favorable a la discusión de la derogatoria. El rechazo al despotismo avanzaba. Paralelamente, gentes que habían combatido acerbamente al aprismo, veían en él la única posibilidad, el único ariete contra la tiranía. Su vigor juvenil, su fe, su decisión eran tales, que olvidaron los reparos doctrinarios formulados anteriormente, y que *El Comercio*, órgano del civilismo, estimulaba y despertaba, tratando de establecer una falsa equivalencia entre comunistas y apristas.

Haya de la Torre, que en Trujillo, a pesar de la aparente derrota eleccionaria, no había dejado de trabajar un

solo día en labores del Partido, continuaba vigilante y certero, la reorganización del Partido en vísperas de trágicos sucesos. Todas las tardes, el pueblo vitoreaba a los líderes del aprismo. Surgía espléndida la fe. El 4 de febrero, el Ministro de Instrucción ordenó la clausura de las Universidades Populares González Prada, pero en el Congreso los apristas ganaban la votación en favor de la concurrencia de ese Ministro a responder la interpelación planteada.

—En Carnavales será la "Razzia" — anunció Haya de la Torre.

Pero, la víspera de Carnaval, después de un suplicio de dos años, durante los cuales el escarnio y la tortura moral y física se sumaron a la enfermedad y a la vejez, el ex Presidente Leguía moría en el Hospital Naval, ante cuyas puertas, semanas antes, se hizo explotar una bomba. Leguía se iba sin haber hablado. Mientras *El Comercio* y el gobierno extremaban su rencor, hasta el punto de negar que Juan Leguía, el único hijo en Lima, saliera de la prisión para asistir a la agonía y a los funerales de su padre. Haya de la Torre, a quien Leguía persiguió sañudamente, enviaba oficialmente su condolencia con uno de sus secretarios; y *La Tribuna* comenzaba el artículo necrológico, con una frase romana: "Mortal, procura que tu odio no sea inmortal"... La muerte de Leguía conmovió al país. Sobre el sentimiento adverso a sus verdugos, no era posible iniciar la persecución antiaprista:

—"Hemos ganado una semana" — comentó Haya de la Torre, el sábado 13, mientras almorzaba con los parlamentarios apristas y dos descentralistas. Aquel día el gobierno había sido derrotado en el Congreso, en la presentación del peligroso proyecto financiero. Seoane y Cox se habían encargado de desmenuzar los propósitos de la propuesta gubernativa.

Días antes, al regresar de una visita a un nieto de González Prada, que estaba gravemente enfermo, en Bellavista, el nuevo jefe de la Policía Política, justamente llamada "soplonería" persiguió el auto en el que viajaba Haya de la Torre. El domingo 14 de febrero, el líder salió temprano de casa de Sánchez. Estuvo con Seoane y Cox, que trabajaban en el Presupuesto y proyectos financieros. Luego, fué a tomar aire a una playa. A las 6 de la tarde volvía a casa de Sánchez, en donde debía esperar una entrevista. A las 9 no había llegado el interlocutor. Aquel día, pasaban la película alemana "Las Walkirias" en el Cine de la Magdalena.

—Me habría gustado ir, pero es tan tarde... Tengo el pálpito de que estamos sobre un volcán.

Finalizaba la noche.

—¿No tienes "Toccatta y Fuga", de Bach? Me gustaría volverla a oír.

Más tarde, pensó cambiar de alojamiento, pero un auto sospechoso vigilaba cerca de la casa, y hubo que alejarlo. Después de trabajar hasta la una de la madrugada, Haya se acostó. A las dos y media de la madrugada, un bocinazo y un silbido despertaban a Sánchez:

—Soy yo, Manolo. ¿Dónde está Víctor? — Ha comenzado la persecución... Muñiz logró escapar de milagro...

Al cuarto de hora, Haya de la Torre y Sánchez quedaban alojados en una casa propicia. Seoane salió en el auto en busca de Cox y Heysen. La casa de Heysen estaba materialmente bloqueada por soplones. Cox logró salir para reunirse con Haya de la Torre, y Seoane hubo de escapar perseguido de cerca por autos oficiales. Cinematográficamente se había quebrado el plan civilista. Sólo el representante obrero Sabroso fué apresado, en su domicilio, después de que lo golpearon cobardemente. Un grupo de periodistas y miembros del aprismo cayeron en la redada policial. A las seis de la mañana, Haya de la Torre dejaba a sus compañeros, rumbo a otro escondite, en donde tenía previamente establecidos sus enlaces. A las once, Heysen, audaz y sereno, salía entre los soplones estupefactos, armado de una elocuente pistola y acompañado por varios apristas decididos y con armas. Un auto lo arrebató a la persecución: la policía lo buscó inútilmente — ubicuo e irreductible — durante veinte meses. Pero Heysen no dejó de trabajar, conspirar y organizar un solo día.

—¡Toccata y Fuga!...

Haya de la Torre dirigió un breve mensaje a la nación. "Sepa el Gobierno que la nación no tolerará otra tiranía. Y sepa la nación que los apristas no desmayaremos en nuestro empeño de demostrarle que hemos de cumplir decididamente nuestra misión de servirla", decía ahí. El comandante Jiménez, ex miembro de la Junta de Gobierno, fué apresado el lunes 15 y deportado. Al partir dirigió una carta abierta: "Desde el destierro o la mazmorra no omitiré ningún esfuerzo para coadyuvar con la ciudadanía en la rectificación de la democracia". El miércoles 17 juró el Prefecto Chávez Cabello, que reemplazó al doctor González López. Cox y Sánchez recibían orden del Comité Ejecutivo del Partido de presentarse al Congreso a contestar las acusaciones del Ministro Flórez. Se les advertía: "deben ustedes romper la vigilancia policial que querrá aprehenderlos antes de llegar al local del Parlamento y deben ustedes ir listos para ser apresados o ser arrojados al destierro". Así

fué. Cox y Sánchez burlaron la vigilancia, y denunciaron ante el país la maniobra civilista de deportar primero y acusar después a los apristas. El Gabinete que estaba en la antesala huyó ante la noticia de la concurrencia de dos de los perseguidos. (Sólo el Ministro Lanatta había discutido previamente la ley financiera que hubo de modificar). A las 3 de la madrugada eran detenidos en la propia sala de sesiones del Congreso, previamente rodeada por tropas armadas de ametralladoras, los representantes apristas Cox, Sánchez, Baluarte, Alva Díaz, Cáceres, Guillén, Pardo Acosta, Arce Arnao, Acosta Cárdenas, Godoy, Pérez León y el descentralista Colina. Antes habían sido apresados, en Lima, los representantes Neuhaus y Pérez Treviño, y en Trujillo, Arévalo.

Los días 18, 19 y 20 se realizó el debate político. Los representantes apristas Muñiz, Spelucin y Morey sostuvieron la discusión hasta el último día en que Seoane pronunció un discurso doctrinario. A la salida, fué asaltado por los soplones. Los cuatro y el representante Avila cayeron presos. Corrió sangre aprista. Al compañero Hohaguen le atravesaron con cuatro bayonetazos, por negarse a separarse de sus camaradas. Una turba, encabezada por el periodista Francisco Loayza (y por el agente Salini,) mataba de un balazo al estudiante Gregorio Elguera. La efervescencia popular crecía. Todas las tardes, mientras los representantes apristas iban ya al destierro, ocurrían choques. En uno de ellos frente a la imprenta de *La Crónica* en la calle de Pando, rodó, herido de muerte, el aprista Floro Portocarrero. Moribundo, trazó con la sangre que brotaba a torrentes de su herida, una cruz y la palabra "A p r a". Las besó. Y un último estremecimiento acabó con su vida.

En tan dramáticas circunstancias, Haya de la Torre redactó su memorable, sereno y elevado "Manifiesto a la Nación'', firmado "En la persecución", febrero de 1932". Ninguna palabra de odio. Mucha lucidez. Mucha certeza. Tamaña fe conmovía ya al país entero. El Aprismo había movilizado no sólo un ejército de afiliados, sino una hueste de iluminados. ''Fanáticos" escupían los adversarios, pero el sacrificio lavaba la saña de los dicterios. Para ''legalizar" la persecución contra Haya de la Torre se urdió un expediente judicial. En Chincha la policía capturó a don César Mendoza, antiguo desterrado de la época leguiísta, quien no intervenía en política. El registro domiciliario dió como resultado el hallazgo de dos cartas "privadas" dirigidas a Mendoza por Haya de la Torre, desde Berlín, en 1929, es decir, durante el gobierno de Leguía. *El Comercio* publicó las cartas facsimilarmente, diciendo que

habían sido "encontradas en el archivo aprista". Las transformaba así de cartas privadas en documentos del partido; y a pesar de que su fecha — 1929 — correspondía a un período comprendido por la amnistía política decretada en septiembre de 1930, y no obstante de tratarse de cartas privadas, cuya violación no produce, legalmente, efecto alguno, hubo un fiscal complaciente, el doctor Juan de Dios Blondet, que abrió proceso contra Haya de la Torre, por delito "contra la seguridad del Estado", basado en tales documentos. Movilizóse la maquinaria judicial, aceitada por el civilismo. Cuatro días después, el fogoso adolescente José Melgar atentaba contra la vida de Sánchez Cerro, en Miraflores.

Al tener la noticia, Haya de la Torre vibró de disgusto. El Gobierno se caía irremisiblemente. Aquel balazo iba a vigorizar al régimen. "Si Sánchez Cerro muere — dijo el líder, seremos convertidos en un partido de terroristas y asesinos. Si no muere, la sentimentalidad ávida de las gentes le rodeará con la aureola de víctima". Pero, Sánchez Cerro y el civilismo no supieron calcular. Procedieron primitivamente. Al día siguiente del atentado, el 7 de marzo, el Congreso creaba la pena de muerte y una Corte Marcial para un delito cometido la víspera. La monstruosidad jurídica de dar efecto retroactivo a una ley era tan notoria, que no tardaron en producirse las protestas. No satisfechos con eso, comprendieron en el proceso a Juan Seoane—sobre quien no había ninguna prueba—por el "delito" de ser hermano de Manuel Seoane, y a Serafín Delmar, porque "había sabido las intenciones de Melgar". La Corte Marcial no halló nada en claro. Se acordó una sentencia por tiempo de presidio, ya que Melgar era un menor de edad — 19 años — y que el delito había sido cometido antes de que se estableciera la pena de muerte. Ajetreos internos transformaron la condena en pena de muerte para Melgar y Seoane, y 20 años de presidio para Delmar. Al punto, el Colegio de Abogados, la Universidad, cuyo rector era el doctor Encinas e instituciones públicas y privadas protestaron contra la inicua sentencia dictada por aquella Corte Marcial que presidió el coronel Guillermo Romero. El civilismo tuvo un acto de cordura. A pesar de que el Congreso podía indultar, la mayoría remitió el perdón a la voluntad del propio Sánchez Cerro. Si Sánchez Cerro indulta ese día, se habría vigorizado su gobierno incalculablemente. Pero, el odio lo cegaba y cegaba a sus consejeros. Mantuvo sesenta días en capilla a los condenados. Cuando firmó la conmutación de la pena — no el indulto — a 25 años, su acto revestía todos los caracteres de una innecesaria crueldad. Así perdió las ventajas que le pudo dar el fallido atentado.

Haya de la Torre, entretanto, dirigía una campaña económica intensísima. Vencíase ya abril. El Ministro Lanatta había caído por acusaciones de orden financiero, sustentadas por uno de los ministros de su propio gabinete. Recrudecía la campaña contra la tirania cada vez más drástica. Llegó mayo. De pronto, una noticia que estremeció a Lima: Haya de la Torre había sido detenido. La estupefacción y la zozobra fueron tan grandes, que pasó inadvertido el júbilo de las gentes del gobierno.

## XVII

## "BAJO EL OPROBIO"

Haya de la Torre había estado oculto, durante aquellos meses, desde febrero, en la casa del súbdito alemán Oscar Plenge, casado con una pariente del líder. Bajo el nombre de "el señor Juan", y tras el disfraz de un espeso bigote y copiosa barba en forma de "candado", pasaba sus vigilias dirigiendo la acción política contra la tiranía y estudiando. Aprovechaba las horas para un repaso total de sus conocimientos de Instrucción Media, para lo que utilizaba los libros de los hijos de Plenge. Al lado de la casa, se erguía el chalet de la Legación de México, cuyo Ministro era el general Juan Cabral, y cuyo primer secretario, hasta marzo, época en la que Víctor Raúl ya se hallaba oculto, era el licenciado Francisco Ortiz Monasterio, joven y acucioso, a quien seducían la nueva política y la nueva ideología... Una tarde, en la que Cabral visitara a sus amigos los Plenge, como era su costumbre, se presentó de improviso Haya de la Torre, en el salón de la casa. Cabral, discretamente, guardó el secreto de su antiguo amigo, y la vida prosiguió su ritmo normal... Pero Manuel Falcón, el jardinero de Plenge, hombre fanático de la tiranía, había sorprendido, en uno de los balcones de la casa, cierto rostro barbado, que él no conocía y que se recataba de ser visto. Ajustó el acecho, facilitado por su empleo, y, al cabo, llevó la denuncia a la policía. En la madrugada del 6 de mayo, sesenta "soplones" irrumpían en la casa del señor Plenge. Eran las tres de la madrugada, cuando fuertes golpes llamaron a la habitación de "el señor Juan", a la cual se habían orientado los agentes. Rápidamente, midió el líder la situación: no había remedio. Sereno, abrió la puerta, y comentó: "Son usos de la guerra, vencer y ser vencido". Pero, los "soplones" no sabían quién era aquel fugitivo. La barba y el vestido de dormir les desorientaba. Cuando, con voz entera, replicó el dete-

nido a la pregunta ritual: "¿Quién es usted?", con un enérgico: "Soy Haya de la Torre", la "soplonería" entera acudió a su vera, a observar a la "fiera", a convencerse de la presa caída en sus manos sin presumirlo. Sólo entonces entró en la casa Damián Mústiga, el siniestro jefe de la brigada sbploneril. Buscaron por toda la casa. Nada hallaron, aunque... al día siguiente, la señora de Plenge constataba que faltábanle ochenta libras que había recibido de su esposo el día anterior, varias alhajas y la pluma fuente de Haya de la Torre... El detenido se vistió tranquilamente Encendió un cigarrillo, tocóse con un sombrero de ala caída, y salió rodeado por sesenta hombres curiosos, armados de pistolas, rencor y miedo. En la puerta, Mústiga hizo un comentario:

—Parece usted con esa barba y ese sombrero, un tenor lírico...

El líder volvióse rápidamente y acotó:

—Se equivoca usted: parezco un tenor dramático en todo caso. El drama me viene mejor, pero usted, que nunca ha viajado, no ha visto en su vida otra cosa que óperas líricas. Me explico su ignorancia.

Al pasar el convoy de automóviles por el jirón de la Unión, el reloj de la Joyería Welsch marcaba diez para las cuatro de la madrugada. Nadie transitaba por las calles, ateridas con el frescor del otoño y el espanto instaurado por la tiranía. Apenas llegaron a la Intendencia, Haya de la Torre fué conducido a la presencia del prefecto, Julio Chávez Cabello, quien, arrebujado en su lecho, no ocultaba la satisfacción que le conmovía en aquel instante. Blanqueaban en su boca ancha los dientes lobunos, y se iluminaban los ojos rodeados por delatoras ojeras de trasnoche y disipación. Mústiga quedóse en un rincón. Chávez Cabello inició un interrogatorio. No fué necesario más. Haya de la Torre, durante dos horas, habló, enfocó la situación, enjuició la realidad política y pronosticó el derrumbamiento del civilismo y el Gobierno. Chávez Cabello escuchaba, serio y atento. Mústiga apenas respiraba. Rayó el alba. Haya de la Torre debía permanecer en otro compartimiento de la prefectura. Al despedirse, Chávez Cabello tendióle una mano musilaginosa y fría de reptil. No pudo callar su odio:

—Con la prisión de usted, el Aprismo pasa a la historia —díjole, apretando los dientes en una sonrisa que se trocó en mueca.

—Es verdad—replicó Haya; —pasa a la historia, pero no en el sentido en que usted lo entiende; no. Pasa a la historia, precisamente, porque no morirá nunca y tiene su puesto en la historia. Porque es carne del Perú. Usted no sabe lo que

es el Aprismo ni lo que es la historia, señor Chávez Cabello...

Mústiga, gordo y pesado, murmuró en el pasillo:

—Nunca le había oído hablar a usted, señor Haya de la Torre. Es usted el hombre más interesante que he conocido...

Durante las veinte horas que estuvo el líder en el salón rojo de la prefectura, constató el miedo oficial. Se temía una insurrección general. El Ministro de Gobierno, Luis Flores, en la habitación contigua, recibía visitas, dictaba órdenes, pero no se atrevió a presentarse al preso. Entre las voces que oyera, hubo una de timbre inconfundible: aguzó el oido: Flores conversaba amistosamente, pero en desacuerdo, con el representante por Piura, Castillo, líder del grupo socialista del Congreso. Mústiga entró para decirle a Haya de la Torre que, poco más tarde, sería conducido a la presencia del comandante Sánchez Cerro:

—Haga usted que me amarren las manos, primero, porque yo no permitiré que me ofenda como ofendió al general... Yo no toleraré ninguna ofensa.

Mústiga no insistió.

Caía la tarde. Hasta la habitación llegaban voces de mando, pisadas de caballos, arrastrar de ametralladoras, golpes de fusiles. Palacio se preparaba para resistir un asalto. Y de afuera llegaban clamores, los sones de la "Marsellesa Aprista", continuos "vivas" al Apra y a Haya de la Torre. El pueblo reaccionaba. Retazos de canto:

Apristas: a luchaaaar
unidos a vencer...
Fervor, acción
hasta triunfar
nuestra Revolución...

Raca-taca-tac-ataca... la ametralladora respondía al canto. Bala y grito, y canto, y miedo. Haya de la Torre comprendió que el Aprismo no moriría nunca. A la una de la mañana vinieron por él. Dos regimientos hacían calle hasta la Penitenciaría. Habíase prohibido el tránsito de vehículos. Dos camiones de soldados con ametralladoras iban tras del automóvil en que él entró, rodeado de guardias. Minutos después se abría una puerta de bronce, y, luego, dos rejas cerráronse tras de él. Iniciaba su cautiverio en la Penitenciaría de Lima. Sin ningún delito, comenzaba la tremenda vida del preso, al cual se priva de todo derecho y de toda ley. Haya de la Torre tenía 37 años.

Agravábase la situación con la torpe declaración del Prefecto, tratando de involucrar al Ministro y al personal de la Legación de México, en el encubrimiento de Haya de la

Torre. Rompiéronse las relaciones diplomáticas entre México y Perú. La escuadra sublevóse al día siguiente. Los cruceros "Grau' y "Bolognesi" abandonaron su fondeadero, exigiendo la libertad de Haya de la Torre, pero Casapía, un marinero traidor a sus compañeros, avisó a los submarinos y a tierra, produciendo prisiones antes de tiempo. Tronaron cañones vanos. Ni un muerto hubo entonces. Los rebeldes, al convencerse de que había abortado su plan y ante la promesa de clemencia, se rindieron sin hacer daños. ¡No sabían los cuitados la suerte que les esperaba! Enviados a la Isla de San Lorenzo, ordenóse que una Corte Marcial les juzgara. Habia el deseo de matar. Por eso, rompiendo todas las ordenanzas legales, tomaron instructiva no sólo los jueces, sino sus amigos. De 64 procesados, sólo 34 alcanzaron a prestar instructiva. Los que no la rindieron fueron absueltos sin ser oídos. De los 34, 8 debían morir. A última hora, Bustamante, uno de ellos, fué separado de sus compañeros, pero como había que matar a ocho, se puso en su lugar a Pedro Arrue, adolescente de diecisiete años, animoso y heroico. A Bustamante le condenaron a 15 años de prisión. No tuvieron tiempo los heroicos muchachos de hablar con sus familiares. Ni ocasión de defenderse, porque el defensor no habló con ellos, y se limitó a acusar a políticos. Ante la muerte negáronse a aceptar vendas ni excusas. Cayeron vivando al A p r a, en presencia de los Ministros Benavides, Canseco y Flores, del secretario del comandante Sánchez Cerro y de periodistas y funcionarios civilistas, que celebraron inexcusable orgía sobre la tumba de los ocho mártires.

Al día siguiente, el 12 de marzo, Haya de la Torre recibió la visita del comandante Guzmán Marquina, director de Gobierno, quien, con sonrisa de júbilo, acudió a referirle lo acontecido. Le entrego un ejemplar de *El Comercio*, en el que se relataba lo ocurrido, y le dijo: "Después de esto, el Gobierno se consolida definitivamente"... Haya de la Torre le miró atentamente; le devolvió el periódico sin abrirlo y le dijo:

—Ustedes no saben lo que hacen. La sangre que han derramado ayer no consolida nada. Abre al Perú el camino de la sangre. Correrá mucha más, y el Pueblo triunfará siempre. Ahora me convenzo de que tuve razón en mi discurso del 8 de diciembre en Trujillo. Tendré razón total cuando el civilismo caiga definitivamente... Llévese el periódico. No lo necesito. Si usted quiere que yo lea, tráigame lo que me interesa y deseo, pero no admito leer sólo los crímenes de ustedes y el martirio de los peruanos. Llévese su periódico;

no lo necesito y sepa que la sangre llama la sangre en toda la historia de la humanidad.

Poco después, un juez ad hoc por su incondicionalidad al régimen, inició la instructiva de Haya de la Torre. Acudía al Panóptico a preguntar, premunido de un papelito, en el cual constaban interrogaciones afanosamente preparadas, acerca de ideas políticas, soluciones económicas, problemas sociales, pero no sobre "hechos". Cuando Haya contestaba la última pregunta del papelito cotidiano, el juez suspendía la diligencia y se retiraba en unión del escribano y del abogado de Haya de la Torre, quien no podía conversar a solas con su defendido. Del 16 de mayo al 31 del mismo mes, la escena se repitió sin variantes. Haya dictaba sus respuestas, y sonreía ante cierta clase de preguntas como una en la que el Juez Villagarcía indagaba muy compuesto: "Diga el instruyente si cree que nuestra crisis sea de hombres o de métodos". Haya de la Torre, soltó una carcajada, antes de contestar, y díjole al juez:

—Debo agradecerle esta clase de preguntas porque me brindan una excelente oportunidad de decir algo que es necesario, pero, al mismo tiempo, debo protestar porque se trata de una pregunta inoficiosa, ya que nadie tiene que ver con mis opiniones personales o de Partido ..

A pesar de que terminó la instructiva, Haya siguió incomunicado. Ni siquiera su defensor podía hablar con él. Además, privado absolutamente de luz natural, tenía sobre sus ojos permanentemente un foco eléctrico que hería su sensibilidad. Habíase iniciado el "tormento de la luz". Durante los meses que duró tal suplicio no pudo nunca distinguir entre el día y la noche. La noción del tiempo desapareció de su vida. Felizmente, el director del Penal, el ingeniero Valdez Muente, sentía su responsabilidad y trataba de aliviar el rigor ilegal usado con el preso. Haya de la Torre le dió su palabra de no comunicarse con el exterior, mientras observara con él semejante conducta, y la cumplió. Pero, no había modo de leer ni de escribir. Ni un libro, ni una revista, ni un papel, ni un lápiz, nada: embrutecimiento, meditación, luz eléctrica permanente, anquilosamiento, ningún paseo, ninguna racha de aire; tal la ley para Haya de la Torre. El Juez no se preocupó de restaurar el imperio de la justicia. Le bastó afirmar que él no había ordenado semejante proceder. Pero, el director del Penal pidió que, por lo menos, se concediera un baño y ventilación al preso. Aquello bastó para que le destituyeran en el acto. Y, en su lugar, nombraron a Pedro Carrasco, personaje siniestro, traído de Apurimac, en donde cometiera, meses antes, inauditos atropellos y masacres contra

los indios... Carrasco estaba encargado de hacer morir a Haya de la Torre.

Entretanto, caravanas de presos llenaban las rutas del Perú. En el Cuzco, llegó a tanto la opresión, que la Corte Superior protestó porque se había encerrado a 400 presos en un local que sólo podía contener a 200, lo que obligaba a los infelices a dormir de rodillas... Torturas, confinamientos, muerte. Partían al Madre de Dios —la 'Siberia de fuego"— cordones de apristas. Caminaban todo el día, bajo la vigilancia del látigo y el culatazo del esbirro. Comían una sola vez al día, a las cinco de la madrugada. Julián Petrovic, secretario de Haya de la Torre, muerto de cansancio, se perdió un día en la selva. Lo recogieron deshecho, y aun así hundieron culatazos en sus carnes magras. A los del Penal de Ancón, en donde estaban el coronel Pardo, el comandante Morel y otros, se les daba de beber un agua turbia y mortífera, que era cambiada cada tres meses en el sucio pozo que la contenía. La disentería, la locura, la anemia, el paludismo, la tuberculosis minaban a los presos. También caían mujeres bajo el flagelo. Era tal el desvarío, que hubo un prefecto que prohibió leer "El Conde de Monte Cristo" en Piura. Desde el 9 de mayo estaba clausurada la Universidad de San Marcos. También, el Instituto Pedagógico. El 2 de julio arrojaban nuevos presos a las cárceles. Sabíase que el comandante Jiménez, de acuerdo con los apristas, pasaría desde Arica hasta Chimbote a sublevarse. Así vivía el Perú cuando, no pudiendo soportar más tanto oprobio, el 7 de julio, en la madrugada, el obrero aprista Manuel Barreto, "Búfalo", al frente de un puñado de compañeros, asaltó y capturó el cuartel de Artillería O'Donovan, a la entrada de Trujillo. Murió Barreto en el asalto desesperado. Pero, triunfaron sus compañeros. Surgieron de sus escondites ambulantes cadáveres que tomaban fusiles para defender la libertad. Trujillo se alzaba en armas. El pueblo armado insurgía por la libertad. Cavaban trincheras que, luego, serían fosas tumbales. No había plan, pero sobraba entusiasmo. Agustín Haya de la Torre, "Cucho", el hermano de Víctor Raúl, también surgido de la persecución, vió todo eso. Y comprendiendo el instante, cuando le pidieron que asumiera la prefectura de La Libertad los revolucionarios, les respondió:

—Acepto. Vamos a ver si así logramos extender el movimiento. De otro modo estamos perdidos.

Manos desleales, vendidas al imperialismo, agentes jurídicos de Gildemeister, anunciaban los acontecimientos a los latifundios, aprovechando de amistades confiadas. En Lima, el gobierno, tembloroso, pensaba en la fuga si lo del norte

cundía. Pero, lo inesperado del alzamiento, restó cohesión a la insurrección. El mismo 7 de julio se constataba la parcialidad del gesto. Y cuando el pueblo de Trujillo asistía en masa, indefenso, al entierro de los caídos en la toma del cuartel, aviones militares bombardearon a la muchedumbre inerme. Comprendióse, entonces, que la lucha sería a muerte, y que la tiranía estaba resuelta a jugarse entera. Las tropas desembarcadas en Salaverry fueron destrozadas por los revolucionarios, pero las que acudían del norte, al mando del coronel Ruiz Bravo, no trepidaron en fusilar en masa y sin proceso a campesinos indefensos. 32 que iban en un camión cayeron prisioneros, y al punto se les ejecutó sin oirlos. El ataque concentrado sobre Trujillo era tremendo. El 9 trasladábase el cuartel general a la hacienda Laredo. El 10 murieron en la cárcel algunos prisioneros, que antes habían prometido secundar a la revolución, y cuya negativa en el momento mismo del peligro había puesto en riesgo la causa. Ahí también figuraban algunos de los violadores de Paiján y de Chocope, verdugos fríos del pueblo trujillano. Sólo el 12 atreviéronse las fuerzas a entrar a la ciudad. Pero, hasta el 18 no se realizó la ocupación definitiva. Y mientras Cucho y sus acompañantes sorteaban toda clase de peligros en la sierra, en Cajabamba las fuerzas de la tiranía asesinaban sin piedad a los apristas presos en la cárcel, y en Trujillo se cazaba a hombres y mujeres, a niños y viejos, sin consideración alguna. Así cayó Fidel León, hombre de avanzada edad, así cayeron dos mil apristas. Y cuando la sangre ahogaba, cuando los hogares allanados y las mujeres violadas y los hombres torturados llenaban, con el clamor de tanta crueldad, los ámbitos del valle, un grupo de damas trujillanas, nada sospechosas de aprismo, dirigieron al coronel Ruiz Bravo un pedido para que cesara la hecatombe: para paliar la crueldad del momento, Ruiz Bravo dispuso la formación de una Corte Marcial. El Fiscal de ella pidió pena de muerte para 102 apristas, de los que 58 estaban ausentes y no habían sido "oídos ni vencidos en juicio" como mandan las leyes de todas partes del mundo. Entre los condenados en ausencia estaban Manuel Barreto y sus bravos compañeros muertos ya desde la madrugada del 7 de julio, en el ataque al Cuartel O'Donovan, y también figuraba Cucho Haya de la Torre. El 27 de julio, al amanecer víspera del aniversario del Perú, los 44 apristas presentes fueron conducidos, entre las nieblas de la madrugada, hasta Chan-chán. Los obligaron a cavar sus propias fosas, mientras el himno aprista, himno fúnebre y promisor, subía hasta el espacio. Y luego, las descargas, y el grito inmortal, vencedor

de la muerte: "Viva el Apra", "Viva la Libertad!". Y cayeron los 44 mártires más. Esa noche, en el local del Club Central, el comisionado especial de la tiranía, comandante Guzmán Marquina, invitó a un baile de regocijo. Daniel Hoyle, anciano de Trujillo, se negó, como otros muchos, a semejante profanación. Meses más tarde, Víctor Raúl diría públicamente del "viejo" Hoyle: "pertenece a la aristocracia de Trujillo, pero no a ésa que baila sobre los cadáveres y que se alegra cuando corre la sangre trujillana"... El 5 de agosto caían fusilados también, en Huaraz, el mayor López Mindreau, el teniente Soto, el sargento Torres, el ciudadano español Alonso y el aprista Carlos Philips. Días antes, un destacamento asesinó al aprista Núñez, porque se negó a gritar "Muera el Apra". Así epilogó la revolución de Huaraz, secuencia de la de Trujillo...

Nada de esto llegaba a oídos de Haya de la Torre, en su prisión. El preso que le atendía, con una fidelidad conmovedora, Adolfo Riojas, nada le comunicó. Riojas recibía la alimentación para el prisionero, y, sin que nadie se lo indicara, la probaba previamente. Vigilado estrechamente, Haya de la Torre no podía dialogar con su abnegado aliado. Comprendía, sí, por la mirada fiel, que tenía junto a sí a un amigo resuelto. Alegre y fuerte, resistía el soborno aquel custodio ejemplar. Más tarde, cuando al fin pudo hablar con él, supo Haya de la Torre la maravillosa altura moral de Riojas: "Yo probaba su alimento, para que no le envenenaran, porque si yo muero, nada pierde el Perú, pero si usted muere le hace mucha falta al Pueblo". ¡Milagrosas reservas de lealtal que atesora el espíritu humano!...

Haya de la Torre nada sabía de Trujillo. Dedicado a estudiar, cuando al fin el director Valdez Muente, permitió que le facilitasen libros de ciencias y letras, pero casi ninguno en castellano, estaba repasando viejos conocimientos. Biología y Economía eran su preocupación preferente. Leía las "Cartas de Bolívar, releía el "Antiduhring" de Engels en su vieja edición alemana de Berlín y el "Capital", en la edición inglesa. Por las noches, para remedar una asistencia al teatro, saboreaba los textos de Shakespeare y Bernard Shaw, en sus ediciones de Oxford, y se entregaba a repasar a Goethe, Calderón y Lope de Vega. A veces, al levantar los ojos a los muros desnudos, se daba cuenta de su soledad absoluta, pero le confortaba una inscripción que con su propia mano, y con un lápiz que le facilitara el señor Valdez Muente, grabó la misma noche de su ingreso a la Penitenciaría: "*Non est propheta sine honore nisi in Patria sua et in domo sua*"... Así avanzaba julio, cuando alguien le notificó lacónicamen-

te de que había una revolución en el Norte... Haya de la Torre, puesto su pensamiento en la causa del Aprismo, concentró todas sus energías para que su inquietud no se transparentase y para proseguir ajustado a la vida a que se había impuesto. El 26 de julio, alguien le indicó: "Se ha perdido la revolución totalmente y mañana será usted llevado a Trujillo, al amanecer, para que lo juzgue una Corte Marcial. Parece que ya no hay esperanzas. Será usted fusilado"... Haya de la Torre corroboró la noticia al constatar la actitud sombría y hermética de sus vigilantes a la hora de comer. Uno le dijo a Riojas y él lo referiría más tarde: —"No te afanes en servir al señor Haya de la Torre, porque ya no será Presidente de la República"... Riojas, indignado respondió: "Yo le sirvo porque es un hombre bueno, y a mí no me importa lo demás"... Apenas le dejaron solo, Haya de la Torre empezó a escribir, con un retacito de lápiz que había conseguido, su mensaje de despedida al Partido. Durante seis horas escribió en papeles de cigarrillos aquel documento, y, luego breves mensajes en los márgenes de libros ingleses y alemanes, cuyo derrotero confió en un papelito a Riojas... A las 3 de la mañana había terminado toda esa tarea. Con absoluta serenidad, arregló sus libros, vistióse con una chompa de lana gruesa, calzó gruesos zapatones de viaje, y, tendido en su cama, inició la lectura de un libro de humorismo: "Thomas Smollet" —escribiría después Víctor Raúl—, un célebre humorista escocés del siglo XVIII, me sirvió de compañero inolvidable. "Humphrey Clinker" es una de sus obras más entretenidas. Les aseguro a ustedes que es una buena lectura para un presunto condenado a muerte". Amaneció. Y pasaron cuatro días, durante los cuales se reiteró el anuncio: era que el Fiscal de la Corte Marcial de Trujillo había pedido, en efecto, que Haya de la Torre fuese enviado a Trujillo para su juzgamiento por la Corte Marcial. El 1.o de agosto, en el patio de reos comunes, se oyó una voz que gritaba: "Haya de la Torre, condenado a muerte." Víctor Raúl lo oyó y esperó la ejecución. Le habían quitado toda lectura, le negaban el baño, le tenían sometido a un régimen vejatorio, sin aire, sin luz... Resuelto a todo, declaróse en huelga de hambre. Y aunque la tiranía negó el hecho, trascendió hasta el Congreso en donde se solicitó su deportación. El civilismo lo negó. Entretanto, los apristas activábase afuera para salvar a su Jefe. Acudió el juez con los abogados del preso, y constató que estaba en huelga de hambre. Débil, barbudo, en el quinto día de inanición, Haya de la Torre declaró que no cedería en su huelga si no cambiaban el régimen a que estaba sometido. Su esta-

do era de cuidado. Ya había sufrido una súbita enfermedad a los ojos y al estómago. Durante la huelga le habían atacado extrañas alucinaciones y habíase producido una especie de desdoblamiento de su personalidad, que el médico constató. Fué sólo mediante esta actitud cómo el director de prisiones, que era el doctor Rodríguez Larraín, accedió a conceder ciertas facilidades nimias al preso, y éste levantó la huelga de hambre. Abriéronse, recién, las ventanas. Pudo leer revistas extranjeras. Le permitieron un baño. Semanas más tarde supo que su hermano Cucho era el condenado a muerte, que a él habían tratado de matarle y que habían caído 44 apristas fusilados y más de 1,500 sin proceso. Llegaron los presos de Trujillo: "No se conduelan de mi situación ni se arredren de la de ustedes. Aprovechen el tiempo, estudien, reflexionen, ejerciten entre ustedes y con los demás presos la solidaridad fraternal del Aprismo" fueron las palabras con que, en un retazo de papel, les recibió el líder en la prisión. Por la noche, se oía en los alrededores de la Penitenciaría el lejano silbido de alguien que tarareaba la Marsellesa. ¡Eran los disciplinarios del Partido que vigilaban la prisión del Jefe, desde las afueras!... Y aquel silbido anunciaba lealtad, actividad, denuedo, sentido fraternal, tanto, tanto que alguna vez se turbaron precariamente los ojos del preso.

Pero, el director Carrasco tenía órdenes estrictas. Como al pasearse en su celda, Haya de la Torre dejaba ver su silueta a los presos del patio, se le amenazó con clausurar de nuevo la ventana. En señal de protesta se metió en cama y no se levantó en seis meses. Enfermó. Conducido a la enfermería en marzo de 1933, el líder dejaba un rastro de sangre por donde caminaba: la várice habíale atenaceado. Hubo que vendarlo para curar aquel nuevo mal, producto de la inmovilidad y la humedad.

No desmayaba su fe. "El aprismo vencerá, vencerá a pesar de todo" escribía en un mensaje breve el 15 de agosto de 1932. Quince días después, un grupo de peruanos tomaba Leticia, en el Nororiente. Complicado con un asunto internacional, el gobierno pensaba detener el avance de la oposición aprista.

Al principio, el civilismo acusó a los apristas de ser los autores de aquel asalto y pidió una expedición colombiana para exterminarlos, según lo declarara el Ministro de Colombia, don Fabio Lozano y Lozano. Pero, luego, tomó la defensa de los asaltantes y convirtió la cuestión de Leticia en un asunto nacional y en un punto de política interior. Agitose la tea bélica. Y en vez de amnistiar, se fomentaba el espi-

ritu "patriótico" a base del exterminio previo de los apristas. Una Junta de Defensa Nacional colectaba fondos para adquirir armamentos contra los apristas, primero, y contra los colombianos, después. Pidióse a los empresarios que licenciaran a los empleados apristas. Pero, el Aprismo insurgía declarando la necesidad de hacer "guerra a la guerra y guerra a la tiranía". Se advertía que el conflicto ficticio tenía otras miras que el interés nacional. El 14 de febrero, la imprevisión civilista recibía su primer golpe, al ser capturado por los colombianos el puesto de Tarapacá, dejado inerme por los directores militares del civilismo peruano. Días más tarde, sucesivos descalabros evidenciaban que el civilismo ponía en riesgo al país, con tal de mantenerse en el gobierno. Pero, aunque en Lima se anunciaban triunfos ilusorios, la verdad se abría paso. Haya de la Torre tenía noticias cada vez más claras de la realidad. Correspondían exactamente a los pronósticos. El comandante Guzmán Marquina se presentó en la enfermería del Panóptico a visitar al preso. Extendió silenciosamente sobre la cama varias decenas de volantes, hojas mimiografiadas e impresas, y le dijo a Haya de la Torre: "Su partido no ha muerto; vea cómo trabaja. Todo esto es propaganda aprista. Y alguna nos ha hecho mucho daño, como por ejemplo ésta que se refiere al asunto con Colombia. Pero, no se alegre, señor Haya de la Torre. No se alegre. Usted se quedará aquí tres años y diez meses más, por lo menos: la guerra, señor Haya, la guerra lo soldará todo, y ustedes serán arrastrados por ella". En un breve apunte escrito horas después —era 15 de febrero— el preso comentó: "Insisto en creer que ni habrá guerra ni estaré aquí tres años. Cuánta ignorancia hay en esta gente"...

Llegó marzo. El 11 se supo que el comandante Jiménez, que había logrado burlar toda vigilancia, se había sublevado al frente del Regimiento número 11 en Cajamarca, y marchaba ya sobre Trujillo. El 13 llegó otra nueva: Jiménez había muerto misteriosamente. ¿Suicidio? ¿Asesinato? De todos modos: traición. Jiménez había firmado un pacto con los apristas en Arica. Su objetivo era evitar el descalabro de una guerra en malas condiciones; devolver la libertad al pueblo peruano y convocar a elecciones para un congreso auténtico, resignando todo deseo de mando previamente. Un emisario llegó hasta cerca de Haya de la Torre con la noticia; consternado, el líder lo miró fijamente y le dijo, con lentitud: "Deploro profundamente la suerte heroica de Jiménez, pero tengo, ahora, la seguridad de que el triunfo se acelera. Hasta ayer luchábamos solos los apristas; hoy ya tenemos aliados, y de qué magnífica clase. No se desaliente: hoy es día

de luto por la calidad de hombre que se va, pero es también día de reafirmación por el significado del hecho". Semanas más tarde, por orden del Congreso, se anulaban las Cortes Marciales de San Pedro, y una, en Trujillo, condenaba a muerte al Mayor Castillo Vásquez, los capitantes Villafuerte y Tirado, el alférez Saldaña y el abogado Gálvez. Sangre de soldados inundaba también los patíbulos: elocuente gesto... Al aplastamiento lo substituía ahora una sensación de ira, una exasperación evidente. Los desfiles de movilizables se efectuaban con jóvenes desarmados. Se pensaba en la guerra, pero se temía armar al miliciano. ¿Cómo conciliar todo ello?... El 30 de abril de 1933, en momentos de salir de uno de esos desfiles, el comandante Sánchez Cerro, convertido ya en general, cayó bajo las balas. Númerosos impactos perforaron su coche. Y él murió minutos después. En la tarde, el general Oscar Benavides, que habia regresado semanas antes al país y ostentaba la dirección de la Defensa Nacional, era electo Presidente por el Congreso. A las 3 de la tarde, supo la noticia Haya de la Torre: "Yo no me alegro del mal de mis enemigos. Esta es una víctima más del civilismo", fué la frase con que contestó a quien le avisó la muerte de su feroz adversario. Por la noche lo trasladaron a su antigua celda, bajo rigor tremendo. Miembros del Gobierno planeaban un asalto al penal para asesinar a Haya. Alguien habló de dejar las puertas abiertas. Pero, intervino el cuerpo diplomático. El ministro español, Jaen Morente, lo relataría más tarde en un libro sobre el Perú: el cuerpo diplomático presionó. Haya de la Torre se había declarado nuevamente en huelga de hambre como protesta contra el nuevo rigor. A los cinco días, el nuevo director del penal, comandante Rojas, cambiaba sus condiciones de vida. V. R. leía las páginas de "Lecciones sobre la historia universal" de Hegel, cuando terminó el proceso seguido ante la Corte Marcial de Lima, por la muerte de Sánchez Cerro. Pero, misteriosamente, uno de los procesados, Saco Espíritu, murió en su celda antes de la vista del juicio.

Parecía como que llegaba la libertad. De repente, el preso tuvo noticias de cómo, durante un año y medio, agitárase, incesante, la opinión mundial en torno suyo, y cómo esa opinión salvárale la vida en agosto de 1932, cuando estaba resuelto su fusilamiento, y, ahora, al perecer trágicamente, víctima de sus propios métodos, el comandante Sánchez Cerro. Manos solícitas ponían en las de Haya de la Torre, mensajes alentadores que movían la gratitud y el fervor. Repasaba las firmas de los mensajes. Cada una evocaba en él distantes días de lucha y de labor fecunda. Alberto Einstein,

el "Aristóteles moderno", Upton Sinclair, padre de "Petróleo"; Sinclair Lewis, premio Nobel de 1931, abogaron por Haya de la Torre. Gerard Hauptman, aquel viejo dramaturgo, cuyas sienes orlaba el Premio Nobel de Literatura, acudió en defensa de su amigo de América Latina; Romain Rolland, el generoso apostol de Villeneuve, padre del célebre "Juan Cristóbal"; y Georges Lansbury, secretario general del Partido Laborista inglés, antiguo líder de la oposición en la Cámara de los Comunes; y Alfonso Goldschmidt, el economista alemán, su compañero de tantas horas; y James Maxton, el líder laborista; y Víctor Basch y la "Liga de los Derechos del Hombre", y Miguel de Unamuno, con quien compartiera meditaciones y aplausos en París, y Jiménez de Asúa, y Ortega y Gasset, y Julián Besteiro, el Presidente de las Cortes Españolas; y las propias Cortes, y la Liga Alemana de los Derechos del Hombre, la de Suiza, todas habían solicitado por Haya de la Torre... En Norteamérica, levantóse la voz de Waldo Frank: del grande y sincero Hubert Herring, del escéptico H. L. Mencken, autor de "Prejudices", de Jane Adams, Anita Brenner, Paul Kellog, Charles Thompson, el profesor Federico de Onís, la Liga de Defensa de los Presos Políticos, y aquella conmovedora Ana Graves, que durante sus viajes por Europa en los que defendiera a Haya de la Torre, tropezó con Francisco García Calderón, quien estuvo a punto de asegurarle la libertad del hombre a quien mantenían en esos días bajo amenaza de muerte, sin aire y sin sol... Georges Duhamel y Harold Laski, el profesor Marett. Gregorio Marañón se sumaba en aquella cruzada tan pocas veces vista en el mundo. El Congreso, los Municipios y los intelectuales de Colombia; el Congreso argentino; viejos políticos, ex presidentes, como Alvear; tipos de lucha, como Palacios, Rojas, Sánchez Viamonte, Repetto; el Congreso de Chile y el de Costa Rica; nombres de fama mundial y continental: García Monje, Caso, Novo, Villaurrutia, Silva Herzog, Benjamín Carrión, Manuel Roy, Méndez Pereira, Lewis, Sotelo, los Castillo, los Santos, Sanín Cano, Vicuña Fuentes, Donoso, Latcham, Latorre, cuántos y cuántos más... De Cuba surgía el llamado nada menos que en boca del maestro Varona, ya en el ocaso de su vida, pero en la plenitud de su videncia; y secundábanle Mañach, Ichaso, Baralt, Guillén, Florit, Lizaso, Roig de Leushsenrinh, Ballagas... Socialistas de Argentina, de Chile, de Uruguay, acudían en defensa de Haya de la Torre. También gentes liberales. Los trabajadores y estudiantes de Panamá y Santiago de Chile, realizaron mítines callejeros defendiendo la libertad del líder y atacando a la tiranía civilista del Perú. En Ecuador el presi-

dente del Congreso, Velasco Ibarra, coincidía con los hombres de izquierda en el afán de libertar a Haya. La voz de Gabriel del Mazo, aquel compañero fraterno de Argentina, habíase unido a la del profesor Orgaz y a las de muchos estudiantes, profesores e intelectuales, en la misma demanda. El mundo entero habíase interesado por Haya de la Torre. Las prensas de *Claridad* de Buenos Aires habían lanzado dos libros suyos: "*Impresiones de Rusia e Inglaterra*" y "*Construyendo el Aprismo*". Y él veníalo a saber ahora, cuando, en medio de pomposas declaraciones, un nuevo gabinete ministerial del general Benavides, aseguraba al Perú desconfiado que se restaurarían las libertades públicas y que se implantaría un voceado régimen de "paz y concordia", aunque los presos continuaban en las cárceles y los desterrados en el exilio...

El nuevo ministerio amplió un poco las condiciones del preso. Al Ministro Prado, que inquirió al líder por algún deseo expreso, le respondió éste:

—Por ahora, en lo que personalmente se refiere a mí, sólo anhelo poder estar sin compañías forzadas. Comer, dormir, vivir solo. —Durante un año había estado controlado, en sus funciones más íntimas, por una vejatoria vigilancia personal e inmediata de tres funcionarios, entre ellos un oficial.

Ahora, ya la justicia se encontraba en el polvoriento camino de los códigos. Parecía restablecerse un ritmo de normalidad. Pero, la amnistía no llegaba. El 28 de julio, como un regalo de efemérides, se abrió la puerta de la prisión de Haya de la Torre, y una mujer ingresó en ella:

—Víctor...

—Zoila...

Era Zoila Haya de la Torre, la hermana, que le traía el primer mensaje de los padres envejecidos y vejados, allá en Trujillo. Entró una oleada de paz, y al propio tiempo, de inenarrable angustia en el estrecho recinto. De un golpe cayó sobre el corazón del preso la pesadumbre de tanta amargura. Se entró el hogar lejano por entre las rendijas del muro insobornable. ¡Los pobres viejos! Sí; estaban tristes, estaban dolidos, y enlutados, y enfermos, y llenos de inquietudes y dolores, pero, ahora, que supieran cómo estaba de entero el hijo primogénito, llenaríanse de albricias sus espíritus conturbados. Zoila le hablaba de ellos. Juventud rota, vidas deshechas por el vendaval del rencor bajuno. Cabeza blanca, blanquísima de don Raúl Edmundo; perfil neto, pero en el que la angustia había impreso cierto rictus evidente, el de doña Zoila Victoria. Hogar deshecho. Cucho, fugitivo, allá en Sihuas, según se decía, hurtando el cuerpo a la muerte que iba en pos de él. El menor, aun en el destierro. Zoila ahí, en la prisión contándole todo eso, y Lucía, junto a los padres, hacién-

doles fiesta con los nietos bullidores, en cuyas caritas inocentes la angustia había grabado su relato siniestro... Trágico destino esquiliano... Por boca de Zoila supo que los apristas trujillanos, al saber que pronto saldría en libertad el jefe, habían invadido la casa de los padres viejos, y remozaban las arrugas y cicatrices que la tiranía dejara en aquel solar vetusto... Preguntas y preguntas, el diálogo ansioso que no termina, que se anuda y se desata. La vida entrando de nuevo a raudales por las ventanucas del presidio. Entonces recordó Víctor Raúl su Pascua de la prisión, cuando, en soledad de soledades, a las 12 de la noche, encendió dos velas y, como un iluminado, levantó la mano izquierda desde su celda y miró a cada uno de los cuatro puntos del horizonte, tendiendo su mensaje mental a cada uno de los corazones apristas. Y aquel año nuevo de 1933, bajo la amenaza de muerte, cuando, allá afuera, la coyuntura bélica parecía prolongar, hasta el infinito la tiranía. Y todo eso, amasijo de dolores y de congojas, pero jamás de dudas...

La primera carta que escribió Haya de la Torre, aun preso, fué a sus abogados, para pedirles que no enjuiciaran a Carrasco, su verdugo. Luego supo de intrigas y atentados para impedir su libertad. En todos los puertos de América, aprestaban sus viajes los desterrados, resueltos a seguir en la brega. El 8 de agosto, Vásquez Díaz, recién libre de la prisión, entró a visitar al líder. Por él supo con certeza que la fe de los apristas mantenía su pendón en alto, y que había más fervor que nunca y más decisión que en todo momento. Al día siguiente se dió la ley de amnistía. Por la mañana recibió la visita del coronel Pardo, también libertado del Penal de Ancón. A la 1 y 10 de la madrugada del 10 de agosto abrióse definitivamente la prisión para Haya de la Torre. Un automóvil le condujo raudamente hasta Miraflores Había transcurrido un año tres meses y dos días desde que fuera apresado. Su emoción era silenciosa e interna. Pensaba en la tarea inmediata. Ningún gesto de alborozo ni en sus ojos ni en su voz ni en sus ademanes. Sereno y resuelto ocupó su puesto de comando en el partido, para recontar filas. Durante 48 horas, de pie, sin dormir, apenas tomando vasos de leche, tuvo que recibir a una cola interminable que iban a saludarle y sentir en su pecho el confortamiento de la tregua, que no era paz. Estaba pálido y grueso por la falta de luz y la inmovilidad de tantos meses. Cien mil ciudadanos desfilaron por los brazos de Haya de la Torre. En seguida reemprendió la tarea del partido. Había que utilizar la tregua y reajustar el aparato de combate para la próxima batalla.

## XVIII

## OTRA VEZ

Agigantada la figura de Haya de la Torre, redoblada su energía para el trabajo, pudo constatar que el Partido había crecido con la persecución y con la muerte. Alrededor de seis mil cadáveres costaba aquella época trágica, de los cuales no menos de cinco mil eran cadáveres apristas. Pero, en lugar de ellos, habían ingresado veinte mil nuevos afiliados. Se veía dibujarse, sobre el horizonte, el triunfo aprista, por su capacidad de resistencia y de lucha. El general Benavides quiso entrevistarse con el líder. Haya de la Torre le dijo, con ruda franqueza:

—Creo, general, que su gobierno debe aspirar a ser el fiel de la balanza. No tome usted partido. No le pido que favorezca usted a los apristas, pero creo que le conviene a usted no favorecer tampoco a los otros. Sea usted como Hindenburg: el viejo mariscal es monárquico y ha aceptado la Presidencia de la República; es protestante y ha admitido cooperar con los católicos; es absolutista y ha tomado el poder de los socialistas; es antinazi y ha tolerado a Hitler. Y es que para Hindenburg, el interés de Alemania está sobre todo otro interés. Sea usted como él. Ahórrenos más sangre, más luto, más vergüenzas.

Hablaron de la cuestión internacional, y Benavides dijo:

—No puede usted quejarse: en lo internacional he acogido la tesis aprista.

—No había otra posible, general — comentó Haya de la Torre.

Se reorganizó el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Aprista Peruano, con Haya de la Torre como Secretario General. Regresaban los desterrados, resucitaban de las cárceles centenares de presos. Cuidadosamente se lubricaba el mecanismo del Partido. La voz de orden era "aprovechar de las vacaciones democráticas para estar listos a re-

sistir y seguir luchando". Así pasó septiembre. El 11 de octubre se decidió que, al día siguiente, se reabrirían los locales. Oponíanse dificultades, porque las autoridades eran las mismas del período trágico. A las interrogaciones de los indecisos se respondió perentoriamente: "Mañana se reabren todos los locales, pase lo que pase. Es nuestro derecho". El 12 de octubre funcionaban todos los locales apristas en el Perú.

El civilismo trataba de romper la admirable cohesión aprista, fomentando, por medio de agentes provocadores, la duda y la intriga. "Fe y unión" fué el grito de respuesta que Haya de la Torre propulsó. Y hubo unión y hubo fe. El civilismo trató de aparentar la defunción o debilitamiento del aprismo. Para lograrlo, dictáronse decretos limitando los locales políticos, el uso del derecho de reunión, medidas coactivas contra el aprismo. Pero, abrióse paso la propaganda contra el Congreso culpable de los desastres y la sangre, y cada vez aumentaba el descontento nacional contra el régimen que aquél encarnaba... Los decretos tuvieron su causa inmediata en un hecho: en el 12 de noviembre. Aquel día se realizó el reencuentro público de Haya de la Torre con los apristas de Lima. Fué en la Plaza de Acho. El aprismo (~~moribundo~~) reunió sin esfuerzos 40,000 afiliados en la Plaza y 10,000 quedaron afuera sin poder entrar...

Fué una tarde de victoria rotunda. Era como el regreso de un largo viaje. Desde el fondo de la prisión, desde la cima del trabajo agobiador de cada día, de cien comferencias diarias y una labor tenaz en la "Remington" silenciosa de tantas horas, surgía el líder para ver a todos reunidos. Urgía hablar a todos. Faltaba conversar en voz alta. Y las manos en alto, pañuelo arriba, y el fervor de aquella jornada despertaba en su corazón un tumulto de emociones tal que, durante el tiempo en que hablaron los otros líderes, permaneció silencioso, serio, caviloso, con una crispación perceptible en el rostro más atezado, con un rictus más triste en los ojos enrojecidos y cansados, con una afirmación más rotunda en el mentón pugnaz y en la nariz de águila. Surgía el recuerdo de la inmensa amargura pasada. Asomaban sus fúnebres manos los muertos. Sonaban los nombres de ausentes sin remedio. Y aquella lava de dolor y de angustia, pero de victoria y de fe, quemaba recuerdos nimios, dejaba en pavesas la armazón de evocaciones pequeñas.

Cuando Haya de la Torre se irguió en la tribuna, el enjambre de la "ovación blanca" y el clamoreo tanto rato contenido puso en su sonrisa una adustez impresentida. Con la izquierda en alto, su gesto tenía algo de estatuario

por lo terso y lo pleno. Leyó su "Manifiesto a la nación", enjuiciatorio de todo lo ocurrido. Y, luego, dirigiéndose a los apristas, pronunció su brioso "Mensaje", en el que volcaba su pensamiento más íntimo y sus sentimientos más recónditos. Resurgía el orador de 1923, con su fuego y su arrebato, pero orlado de cierta visible madurez y de algo inaprehensible, pero que era dolor convertido en obra, dolor fecundante y constructivo. Dijo:

"Este es para mí el verdadero día de la libertad. Porque vuelvo hacia ustedes, porque estoy con ustedes, porque me siento digno de ustedes. Y esta tarde tiene la significación del retorno. Estamos de nuevo juntos y estamos de nuevo fuertes, porque hemos estado siempre limpios... Todos nuestros críticos al juzgarnos — puesto que se atreven a juzgar lo que no saben, lo que no pueden comprender — sólo se miran a sí mismos; y aun los de extrema izquierda, al acusarnos como fascistas, sólo están resacando el subconsciente de fascistas que tienen dentro... Por más que nuestra obra de 16 meses haya sido estupenda, haya sido gloriosa, haya sido admirable, necesitamos aprovecharla como lección en todos sus detalles, con todos sus errores, con todas sus tremendas experiencias. Necesitamos hacer el examen de conciencia, aunque sepamos que tenemos la gloria conquistada, porque no pecamos mortalmente..."

Los más opuestos al Aprismo afirmaban que habían concurrido 34,000 apristas a la Plaza, sin contar los de afuera. La United Press anunció 40,000. La exhibición aprista produjo tremendo desconcierto en quienes creían muerto o anestesiado al Aprismo. Por medio de una escaramuza de antecámara, el Gabinete Prado recibió una zancadilla, y fué substituído por otro que presidía el señor Riva Agüero, pintoresco personaje de la política civilista, aunque antes respetado historiador. Era una declaración de guerra. Y así lo entendió el Partido Aprista.

Aquel mismo día, el Comité Ejecutivo, presidido por Haya de la Torre, lanzó un breve comunicado rechazando al nuevo Gabinete. El general Benavides pidió una entrevista al líder. Fué a Palacio Haya de la Torre, y durante tres horas charlaron. Haya de la Torre planteó sus puntos de vista. El general Benavides convenía en que el gabinete había caído mal, pero que él respondía de la cordura de uno de los ministros especialmente, el señor H., quien era su amigo personal. Para fatal coincidencia, al día siguiente, el ministro de todas las complacencias declaraba a la Associated Press de Nueva York, que iba al Perú resuelto a combatir al A p r a: estaba el juego al desnudo. *La Tribuna*, diario aprista, atacó resueltamente aquel exabrupto.

No hubo otro remedio que desmentir el reportaje, apenas llegó a Lima el Ministro declarante... Mas, no sólo de eso hablaron el general Benavides y Haya de la Torre. Pudo éste ver qué suerte de política de acusaciones chicas, de anónimos falaces, de trampas infantiles se maquinaban cerca del gobierno. También advirtió que la libertad era nominal, porque el Presidente se sentía ligado a la Ley de Emergencia, como puntal insubstituíble para gobernar. El general Benavides le dijo a Haya de la Torre:

—Le aseguro a usted que las elecciones serán libres. Absolutamente libres, y que todos tendrán garantías durante el proceso electoral: la prensa, los partidos, los candidatos, las reuniones, todo...

—Ojalá — fué la acotación del líder.

—Sé que ustedes son una fuerza formidable. Sé que los apristas tienen una disciplina férrea. Pero, no creo que deban ser los únicos organizados. Hay que organizar las derechas...

—¿Y qué interés tiene usted en que unos u otros se organicen? Si usted es imparcial...

—Lo soy, desde luego, señor Haya de la Torre...

—Entonces, si usted es imparcial no tiene por qué interesarse en esas cosas. Nosotros estamos organizados, y es nuestro trabajo sin pedirle consejo ni autorización a nadie. ¿Por qué se interesa usted en los adversarios míos?

—Yo soy como el fiel de la balanza.

—Pero echa usted su peso en el platillo de los enemigos del Aprismo...

Vino la represión casuística, legalista. Se acusaba al Aprismo de un complot militar. Comenzaba diciembre. Repentinamente, el 8 de diciembre, Haya de la Torre se dirigió a Ica, departamento que era un feudo civilista. Ica lo recibió enloquecida de entusiasmo. Visitó a los campesinos en sus centros de trabajo, pronunció conferencias en Pisco, Nasca, Palpa, Ocucaje, Chincha... Al salir de una conferencia en esta ciudad, el subprefecto le mostró un telegrama del gobierno, indicando que Haya de la Torre, antes de pasar a cualquier otro punto del Perú, debería conversar en Lima con el Ministro de Gobierno, Henriod... Haya de la Torre no titubeó. El general Benavides le había invitado a que toda queja que tuviera se la expresara directamente, sin intermediarios. Era la oportunidad. Negóse a aceptar el líder la insinuación de la autoridad, y dirigió un telefonema a la Presidencia de la República, protestando contra el atropello a su libertad de transitar por el país. Al redactarlo recordaba: Henriod, sí, Henriod había sido aquel deportado civilista a quien él, Haya de la Torre, aun estu-

diante amparase en México en 1923; el mismo que le ofreciera una comida en Nueva York, en 1927 y que le visitara siempre en Nueva York, cuando Haya viajaba como candidato a la Presidencia; el mismo de las declaraciones recientes a la Associated Press... No iría a verlo nunca, salvo que lo llevaran preso. Al amanecer, un avión fletado especialmente, conducía al líder a Trujillo, al norte, su ciudad natal. Al pasar sobre el cielo de Lima, en donde estaban consternados, sonrió en la cabina. Horas más tarde, al acercarse al campo de aviación de su ciudad, advirtió la presencia de gruesos piquetes de tropa de caballería que aguardaban el aterrizaje. En medio de ellas, la esbelta silueta de Cucho, su hermano, recién recuperada la libertad... Zumbó la hélice más tenuemente, roncó el motor, y el avión se detuvo suavemente. Al saltar de la cabina, un hombre cargado de hombros y años le salió al encuentro balbuceando:

—Soy el Prefecto, coronel Más. Tengo orden de que usted se regrese a Lima en este mismo aparato. Orden del Ministro de Gobierno. Además, tengo un telegrama del Presidente de la República acerca de usted.

Haya de la Torre, violento y decidido, le atajó:

—Ni usted ni nadie me obligará a reembarcarme. Vengo a visitar a mis padres, soy un ciudadano en la plenitud de mis derechos, transito pública y libremente por el territorio de mi país, vengo a Trujillo y me quedaré los días que me sean necesarios. Dígales usted así a esas gentes de Lima.

Y avanzó entre los soldados, mientras Cucho, mordisqueando distraídamente una uña, seguía tras de él, y, a los lados, doble fila de disciplinarios apristas, con la izquierda en alto y, significativamente, la diestra en el bolsillo de la chaqueta, le abrían paso hasta el automóvil. Al abrir la portezuela oyó la voz prefectural que gritaba:

—Declararé la ciudad en estado de sitio...

—Haga usted lo que le venga en gana...

La multitud acudía presurosa, en verdadero delirio. Al propio tiempo sonaban los tambores anunciando el bando que decretaba el estado de sitio. Prodújose intensa reacción popular. Se hablaba ya de acciones violentas. El subprefecto visitó al líder y convino en pasar un telegrama de protesta al Presidente de la República que Haya redactó concisamente. En Lima habíase iniciado también la gestión activa. Suspendióse el estado de sitio. Y Haya fué anunciado para hablar en el Teatro Popular... De hecho declaróse en fiesta Trujillo. Acudían los obreros de Chicama, de Laredo, de Chiclín, de Cartavio, de Casa Grande, de

Chiquitoy, de Roma, de todas partes. Y le envolvían otra vez brazos fraternos, brazos heroicos que conocían ya el peso del fusil y el peso de la agonía. Viudas de mártires apristas, huérfanos de mártires apristas, madres de mártires apristas, hermanas de mártires apristas, padres de mártires apristas, martirio y martirio convertidos en acción y fe: romería inolvidable que le ataba el corazón al líder... Acudió a casa de sus padres. Rodeáronle afanosos, desesperados, queriéndole retener para siempre, los brazos de la madre, los trémulos brazos del padre. Ahí, junto a aquel rostro afilado, junto a aquella alegría que era angustia hecha sonrisa, que era agonía hecha anunciación, ahí, junto a los padres torturados largamente por la opresión y la muerte en acecho, ahí volvió a sentir algo desconocido, el choque violento de algo sobre el pecho, y la necesidad de sonreír, y el enronquecerse súbito de la voz ya ronca y un escozor terrible en los ojos, habituados al dolor y a la muerte. Un siglo de angustia sobre todos, sobre su hogar, sobre su ciudad.

—Recién veo sonrisas, después de dos años — dijo suavemente doña Zoila Victoria. — Pero las sonrisas trasuntaban contenida pena, un peso viejo de inolvidables tristezas.

Luto, luto, luto... Palidez, hambre, miseria, opresión. Casas derruídas. No había hogar sin ausentes. El padre, el hijo, el esposo, el hermano, la hermana, el maestro, la hija: ¿quién no cayó bajo el plomo de la tiranía? En los campos de fusilamientos, a los que acudió, contraído y pálido, Haya de la Torre tuvo entre sus manos las osamentas fraternas, trozos de vestidos, cinturones, todo a flor de tierra, porque no hubo sepultura para los mártires de la libertad. ¡Y eso llamaban "paz y concordia"! Paz ni siquiera de cementerio para aquellos muertos... 120 fueron los "dorados" — nombre de la guardia inmediata de Víctor Raúl, evocación de los dorados de México, — y de ellos 32 cayeron muertos en julio de 1933. Nadie dió paso atrás. Sólo "vivas al Apra" exhalaron los labios entumecidos, frente a las bocas de los rifles. Haya de la Torre colgaba laureles y laureles en aquel bosque de improvisadas cruces toscas. Triste ceniza humana, macabra exhibición de restos humanos, y más allá, igual con aquellos 5 de abril de 1933, con los 4 oficiales y el abogado que fueron fusilados después del fracaso de Jiménez. Tampoco la paz y la concordia brindaron tumbas para aquellos héroes. Seguía el odio corroyendo a la nación. Vorágine de rencor y de subalternas pasiones. Ahí estaba el testimonio de la pasión bajuna. Y ahí también, envuelto en gloria, el abono de la

conciencia aprista, abono de dolor y de sacrificio. Ninguna promesa tan elocuente como aquélla. Por eso, cuando el lunes 18 de diciembre, apareció en el proscenio del Teatro Popular la silueta de Haya de la Torre, hubo un instante de religioso éxtasis. Fué un clamoreo fugaz, y, luego, un sollozo tremendo. Y después los vítores. Y una larga pausa. Tan larga, que nadie respiraba. Larga pausa durante la cual numerosas filas de hombres y mujeres enlutados miraron a la cara de su líder y, con la izquierda en alto, reafirmaban su fe aprista. Haya de la Torre quedó enmudecido con la mano izquierda también en alto. Saludaba a los presentes y a los ausentes. Parecía el hosanna ecuménico de las transfiguraciones. Aquel era el momento de la resurrección. Haya de la Torre sintió que el corazón se le hacía chico y que una mano le estrangulaba. No podía hablar. Tanto dolor, tanta amargura, tantos martirios palpables y visibles iban cerrando un cerco en torno de su pecho ancho. Rodaba por sus mejillas curtidas, rodaba llanto, sin que ningún sollozo estremeciera su garganta. Era como el desbordarse de una represa largo tiempo detenida. Lloraba como quien cantase. Porque llorando, sólo llorando podía saludar y celebrar aquella alegría del reencuentro en la tierra del martirio, "cuna y tumba" del Aprismo:

—"Con palabras, no puedo" — empezó la oración atajada del líder, que recordaba la magnífica frase de José Martí—: "con palabras no puedo". Hay que extraerlas una a una, del fondo doloroso de dos años que parecen dos siglos, dos siglos angustiosos, dos siglos por la intensidad prodigiosa de la obra realizada en la evolución del espíritu. Porque éste es el aporte máximo de nuestra obra en dos años: obra de espíritu. Porque eso es lo que le faltaba a esta tierra y a este pueblo: les faltaba el soplo de lo cósmico, de lo eterno, de lo alto, de lo puro; y, como no lo tenía, fué preciso pedírselo a los muertos..."

Caían las palabras encendidas en un silencio religioso. Mujeres enlutadas levantaban a los hijos pequeños al grito de: "aquí tengo otro hijo para darlo por el Aprismo". Y eran viudas, eran madres a quienes les habían matado a sus hijos mayores. Fué la apoteosis de la perduración. El dolor sellaba y fecundaba. Pacto indestructible y grito de guerra. Dos días después regresó Haya de la Torre a Lima.

Siguió la lucha terca. Apareció "Política Aprista", nuevo libro del líder. El gobierno se apropió de una película aprista sin derecho y por dolo. Una masacre en la fundición de Tamboraque preludió la clausura de *La Tribuna* y de los locales apristas. El gran esfuerzo de aquellos

días era refrenar a las masas y conducirlas a la lucha legal, a la cual era citado el Partido, y en la que había que triunfar para demostrar a las gentes neutras la verdadera entraña de la batalla librada. Se perseguía a líderes del partido. Hablóse de un complot aprista descubierto, pero jamás probado. Así se había iniciado el año de 1934. Mas, el Partido garantizaba ya su pervivencia en la creación de la FAJ, la Federación Aprista Juvenil, fundada por 1,000 muchachos apristas el 7 de enero y que en medio año alcanzaría a más de 10,000 estudiantes. El 10 de enero, el general Benavides volvió a asegurarle a Haya de la Torre que las elecciones serían libres, con amplias garantías. En seguida se emprendía el ataque contra el Partido. 400 presos sólo en Lima: todos salieron por la ley. Constatóse un plan de asesinato de Haya de la Torre. Sin embargo, acudió a la Fiesta de la Planta en Vitarte, para celebrarla como en sus días de estudiante. El 4 de febrero se intentó asesinar, a la salida del Estadio Nacional, a Seoane, cayendo en la refriega con el público un agente policial de la secreta, tendido para siempre. Los delegados extranjeros a la conferencia de Montevideo visitaban a Haya de la Torre. El propio Hull celebró una entrevista con él. Pero, los periódicos extranjeros recibían sugestiones para no publicar el nombre del líder fuera del Perú. Carleton Beals, el bravío escritor antiimperialista, lo pudo constatar personalmente.

El 22 de febrero cumplía Haya de la Torre 39 años. Para celebrarlo, en medio de la opresión y como un grito contra ella, los apristas decidieron que la víspera, por la noche, se lanzaran cohetecillos en todas las casas apristas. A las 12 de la noche del 21 de febrero, Lima parecía una fragua, tal era la cantidad de cohetes lanzados al aire. Pero, aquello también estaba prohibido. Dispúsose que a bala se extinguiera la alegría aprista. Descargas a mansalva, tendieron a varios heridos y a un muerto: el empleado Loli Milla, padre de cinco hijos, cayó por el tremendo delito de haber quemado cohetecillos en homenaje a Haya de la Torre. Nadie trató de esclarecer el crimen. Matar apristas continuaba siendo un deporte civilista en el Perú civilizado de 1934. Sobre la sangre fresca de Loli Milla, el 2 de marzo el gobierno decretó que las elecciones parlamentarias serían dos meses después. El aprismo, cuya abstención se esperaba por momentos, resolvió ir a las elecciones, a pesar de todo, y firmo un pacto electoral con la Alianza Nacional, a base de conquistar las libertades públicas, como garantía esencial.

Haya de la Torre, entonces seriamente enfermo, como

consecuencia de la disentería que sufriese en la prisión, tenía que soslayar los propósitos asesinos de sus adversarios. No decaía, por eso, la tarea aprista. Nuevos comedores para el pueblo, nuevas cooperativas de consumo, nuevas casas de labor se instalaban. Criollos Primos de Rivera, mestizados con Dollfuss tropicales trataban de aplicar en Lima los métodos de Viena, sin augurar la suerte subsiguiente de Dollfuss. Al saberse que los médicos aconsejaban un viaje al líder, el gobierno se opuso. No había que soltar la presa. Y, además, Haya de la Torre era el mejor pararrayos del civilismo, ante la impaciencia terrorista que pudiera surgir en algunos sectores.

Evidentemente avezado ya en la lucha política, el Aprismo afrontó la lucha en términos ventajosos. Obligó al gobierno a postergar una vez más las elecciones ante el triunfo aprista ineludible. Pero, avanzaban las conversaciones en Río Janeiro para solucionar el asunto de Leticia. Al partir, Haya de la Torre le dijo al delegado que fué en consulta: "ante todo reanúdense las relaciones, establézcase un ambiente de cordialidad, y los resultados serán laudables". Pero, en Río habíase desatado una pintoresca pugna de la que el único sacrificado era el interés del pueblo del Perú. Al cabo, tras un congreso clandestino, que nada supo de lo externo, se llegó a una solución: la misma que Haya de la Torre había indicado, desde la prisión, al gobierno, y que consta en su proceso; la misma que propugnó el Aprismo en 1931, pero con las desventajas de los rozamientos y retardos. El 25 de mayo, Haya de la Torre recibía una visita semioficial del Alcalde de Lima: se desconfiaba del ambiente público para el Tratado. El gobierno no tenía otra posibilidad que la sinceridad aprista. Pero, había que abrir la prensa clausurada, los locales cerrados. El 28 de mayo, 40,000 apristas con sus insignias desfilaban por las calles en homenaje a la paz de América, nada más que a la paz. Cinco meses de lucha concluían con otra victoria del Partido. Haya de la Torre recibió mensajes y felicitaciones, pero no era sino el comienzo. Con una voluntad acerada había de prepararse para la nueva etapa. No se hizo esperar. El 5 de julio, el gobierno dictaba un decreto contra el Aprismo, con motivo de la efemérides de la revolución de Trujillo, pero el Aprismo la conmemoró, a pesar de todo, con magníficas fogatas en todas las cumbres del Perú. Perseguido y hostilizado sin cesar, el Aprismo ha seguido creciendo y multiplicándose. En agosto nuevamente ha sido clausurada la prensa aprista para llevar a cabo las elecciones. Otro estado de sitio cayó sobre Trujillo. Otra persecución y allanamientos a los familiares de Víctor Raúl. Pe-

ro, otra vez, en septiembre, han postergado las elecciones, porque el pueblo está cada vez más resueltamente en las filas del aprismo. Los 106,000 electores de 1931 son hoy 200.000.

Cuando se anunció la definitiva postergación de las elecciones, sin más razón que la seguridad de que el Aprismo las ganaba, el Presidente de la Alianza Nacional, don Amadeo de Piérola, anunció enfáticamente, al general Benavides: "elecciones o revolución" Con gran tardanza, desmintió aquel reto el secretario presidencial, pero nadie dudó de la palabra del señor de Piérola.

En octubre extremáronse los atropellos. A punto tal que, como antes lo anunciara el diputado Medelius, un sicofante cavernícola, en el propio Congreso — "la muerte ronda la casa de Haya de la Torre", amenazó perentoriamente— se fué hasta el atentado personal En ese mes, enfermó gravemente don Raúl Edmundo. Víctor Raúl quiso ir al lado de su padre, pero se sabía que sería asesinado. Personajes de la más variada catadura política — el biógrafo guarda su secreto para próxima edición—anunciaron el plan siniestro. Pero... don Raúl Edmundo agonizaba. Inmovilizado, sólo atinó a decir en su lecho de moribundo: "Qué lástima, no ver el triunfo de nuestro Partido". Desde años atrás, habíase afiliado el anciano al Aprismo, y militaba bajo las órdenes de su hijo y jefe.

Tremendos días, en el refugio de Miraflores, en donde Haya de la Torre vivía sobriamente, con su secretario y su ayudante, un heroico luchador de Trujillo, Carlos Eliseo Idiaquez. Noches de espera, en que los telegramas anunciaban, hora por hora, el ocaso de don Raúl Edmundo. El perfil aguileño, el rostro tostado, las manos elocuentes de Víctor Raúl, habían adquirido cierta quietud, bajo el dolor callado, pero hondo. El 28 de octubre, murió don Raúl Edmundo. Al día siguiente, Víctor Raúl quiso estar en Trujillo, para asistir a los funerales, ver por última vez a su padre y apretar contra su pecho a doña Zoila Victoria. Sánchez y Apaza contrataron un avión especial, en la Casa Grace. Iban a ir cuatro pasajeros. Por la tarde — era un sábado — del Ministerio de Gobierno comunicaban telefónicamente que "todo estaba previsto". Un empleado solícito había comunicado la nómina de viajeros: Haya de la Torre, su hermano, Sánchez e Idiaquez.

Al despuntar el 29, los viajeros se embarcaron en la avioneta que el día anterior llegara de un breve recorrido. Por la noche, un telegrama de Trujillo dijo lacónicamente: "El jefe no debe venir porque corre peligro su vida". Víctor Raúl mostró el telegrama a sus acompañantes: "¿A pesar de esto, quieren viajar conmigo?". Los brazos respondieron me-

jor que los labios. Vibró la hélice... El piloto, inquieto, maniobró largo rato sobre el campo. Se desprendió al fin el avión. Se elevaba ya sobre las cabezas, viraba hacia el norte, cuando osciló violentamente; se abrieron las portezuelas; salieron despedidas las maletas; vióse que, abajo, corrían los espectadores y bocineaban los autos; nuevas trepidaciones, y el avión cayó estrepitosamente, hundiendo un ala en tierra. Ninguno de los pasajeros sufrió nada... Pero, al llegar a Trujillo, horas después, en otro aparato, se corroboró la sospecha: manos criminales habían limado el cable del timón de profundidad. El aparato debió caer irremisiblemente de gran altura. "Te he dicho que no moriré antes de que lleguemos al Poder; y esto te lo corrobora".

En Trujillo esperaban con ansia la llegada de Víctor Raúl. Apenas si hubo tiempo para que el hijo viera por última vez al padre yerto. Estaba sereno y hasta sonriente el rostro marfileño de don Raúl Edmundo. La barbilla audaz y la frente clara continuaban el diálogo entre la perseverancia y la ternura. Entre los brazos del hijo bien hallado, lloró largamente doña Zoila Victoria, y 20.000 almas desfilaron tras el ataúd, a pie, bajo un sol picante, hasta el cementerio.

Se instauró el proceso por "tentativa de asesinato", presentando la denuncia el Comité del Partido y, por su parte, Sánchez, como viajero y presunta víctima. La justicia no quiso indagar quién cortó los cables, acaso porque sabía que llegaría a una comprobación tremenda. Las "razones de Estado" suelen atemorizar a los jueces. Pero, el proceso está abierto hasta hoy.

Reajuste de la actividad. El gobierno empujaba al partido hacia la ilegalidad. Aliados apresurados, pero cautos, armaban maquinarias conspirativas. "Elecciones o revolución" había dicho don Amadeo de Piérola, y le otorgaron voto de aplauso los políticos del Descentralismo, del Social-Demócrata, del Democrático-Reformista, comités directivos coligados bajo la Alianza Nacional. El 26 de noviembre estalló la rebeldía. En Ayacucho, los apristas tomaron los cuarteles, sin causar más bajas que las derivadas del combate leal. El decano del colegio de abogados, Guillén Valdivia, estaba a la cabeza de los revolucionarios civiles y militares. El 27, en Huancavélica, los apristas tomaron la ciudad. Un conato en Huancayo se frustró. En Lima, el motín civil-militar fué descubierto por agentes provocadores, y poblaron las cárceles civiles y militares. Se puso precio a la cabeza de Haya de la Torre. Los líderes fueron apresados y otros desterrados. Magda Portal, la gran poetisa peruana, compañera de Serafín del Mar, otro poeta egregio, fué extraída de su lecho en Chiclayo. Columnas de presos, a pie, sangrando, partieron a trabajar ca-

torce horas diarias, con una sola comida al día, al Satipo. La ferocidad reinó de nuevo. Al adolescente Caviedes lo fusilaron sin proceso en Ayacucho. Al adolescente Peralta le dejaron morir en la prisión. Rodaron más de 300 muertos, silenciosamente. Pero, "elecciones o revolución", los arrogantes sostenedores del dilema no sufrieron sino prisiones leves o impunidades graves....

El archivo particular de Haya de la Torre, sus ropas, todo cuanto tenía, que no era mucho materialmente, fué saqueado. A raíz del asesinato del director de "El Comercio" — que incitaba a fusilar a los apristas por la espalda y azotar a los "fajistas" con el gato de nueve colas, — la represión fué peor. El Colegio de Abogados íntegro fué a la cárcel para sustituirlo por un personal sumiso. La protesta internacional surge incontenible. Las torturas de la prisión empujan al suicidio; tal, el caso del teniente Pineda Alcocer. Por la persecución policial se posponen la higiene y la educación pública.

De nuevo, otra vez, pueblan presos apristas cárceles y lugares de detención del Perú. La prensa sigue clausurada. Pero, las masas saben quién ha sido y es leal a sus destinos. "Volveré cuando sea llegada la hora de la gran transformación", dijo Haya de la Torre en octubre de 1923. Han pasado once años sin tregua, sin flaquezas. Nunca extremóse tanto la calumnia como contra el líder aprista, pero jamás respondió a un ataque personal. "Hacer", ha sido su respuesta. "Se viene al mundo para hacer política o se viene para hacer definiciones", escribe Ortega y Gasset en su ensayo sobre "Mirabeau". Haya de la Torre trazó definiciones, pero no descuidó tampoco el ponerlas en práctica, y readaptarlas, rectificándose implacablemente, cuando la realidad lo ha hecho necesario. Debió ser hombre de sociedad, diputado, catedrático, político, músico, escritor, ministro: prefirió su terco y voluntarioso destino de político, y de político nuevo, con su cortejo de persecuciones y dolores. Y hacer, siempre hacer, hacer, y más hacer...

*
* *

En Trujillo, después de las elecciones de 1931, cuando se anunciaba la tiranía, Haya de la Torre solía ir a pasear por los valles vecinos, armado de brocha y pintura. Deteníase ante las tapias y las ennegrecía con enormes cartelones de "Viva el Apra", "Quien está contra el Apra está contra el Pueblo", "El que nos divide, enemigo es".

—¿Para qué gastas tu tiempo en esto? — preguntábale, escéptico y sorprendido Antenor Orrego.

—Para mañana, Antenor — contestaba Víctor Raúl,— porque mañana vendrá la tiranía; nos cerrarán los locales; amordazarán la prensa; tendremos impedimentos hasta para respirar, y cuando todo en el Perú sea un inmenso silencio, tal vez un enorme osario, entonces, estos letreros serán la única protesta visible, el grito de combate que recuerde que existimos y que debemos luchar más, la patentización de nuestra indoblegable voluntad de vencer...

Pasaron los meses. Estalló la revolución de Trujillo el 7 de julio de 1932. Fueron vencidos los apristas trujillanos. Y esa madrugada, mientras se adelgazaba la brisa sobre los campos y la lluvia plateaba los campos, sacaron al azar, de uno de los calabozos, a veinte mocetones apristas. Nadie los juzgó. Ellos tampoco dijeron nada. Todos los días repetíase la escena, y el que salía no regresaba más. Al despuntar el alba trujillana, en aquel trágico julio de 1932, la saludaban cotidianamente salvas de fusilería con rúbrica de cadáveres... Los veinte mocetones de aquella madrugada conocían su destino. No era necesario un tribunal para matar apristas. Subieron a un camión, atados codo a codo. Y partió el carruaje de la muerte. Por el camino, de tumbo en tumbo. de bache en bache, tropezándose los unos con los otros, fúnebre carga de la muerte, respiraban ávidamente el vientecillo sutil del amanecer, el cielo que se clareaba ya por el horizonte, la lluvia que resultaba grata como todo lo que significaba vivir... La proximidad del desenlace enmudeció a los veinte apristas. Morir así, en plena juventud, sin que nadie los juzgue, sin que nadie los oiga, algunos de ellos sin haber tomado las armas tan siquiera... El camión avanzaba trepidando. De pronto, uno de los muchachos tendió el cuello hacia un lado del camino. Sus ojos horadaron la penumbra del orto. Sacudió la cabeza y se irguió:

—Compañeros — gritó entusiasta ya, — vean ese letrero, "Viva el Apra". Eso lo pintó el Jefe. Con sus propias manos. El sufre como nosotros. A él lo matarán como a nosotros. Pero, él no pide clemencia. El sabe morir. Hay que ser valientes, compañeros. Seamos dignos del Apra y del Jefe. Sólo el Aprismo salvará al Perú. ¡Viva el Apra!...

Respondió un clamor entusiasta y bélico: los condenados a muerte clamaban: "¡Vivaaa!"

Diez minutos después se detenía el camión. Pero no descendió una veintena de reos ni de vencidos. Parecía un grupo de victoriosos, en cuyos labios sonaban las palabras viriles de la "Marsellesa Aprista". Ninguno desmayó. Ninguno se dejó vendar. Todos cantaban fervorosos. Los fusiles tuvieron vergüenza de segar aquellas vidas juveniles. Rodaron malheridos los apristas y el montón de carne acri-

billada cantaba, cantaba, mientras les daban el tiro de gracia. Cantaba como quien anuncia la victoria. Amanecia ya. Los ejecutores no enterraron a los muertos.

El letrero está ahí en pie.

FIN

---

Panamá, 9 de julio de 1932.
Magdalena del Mar, 27 de septiembre de 1934.
Santiago de Chile, enero de 1936.

# INDICE






$ 16.—